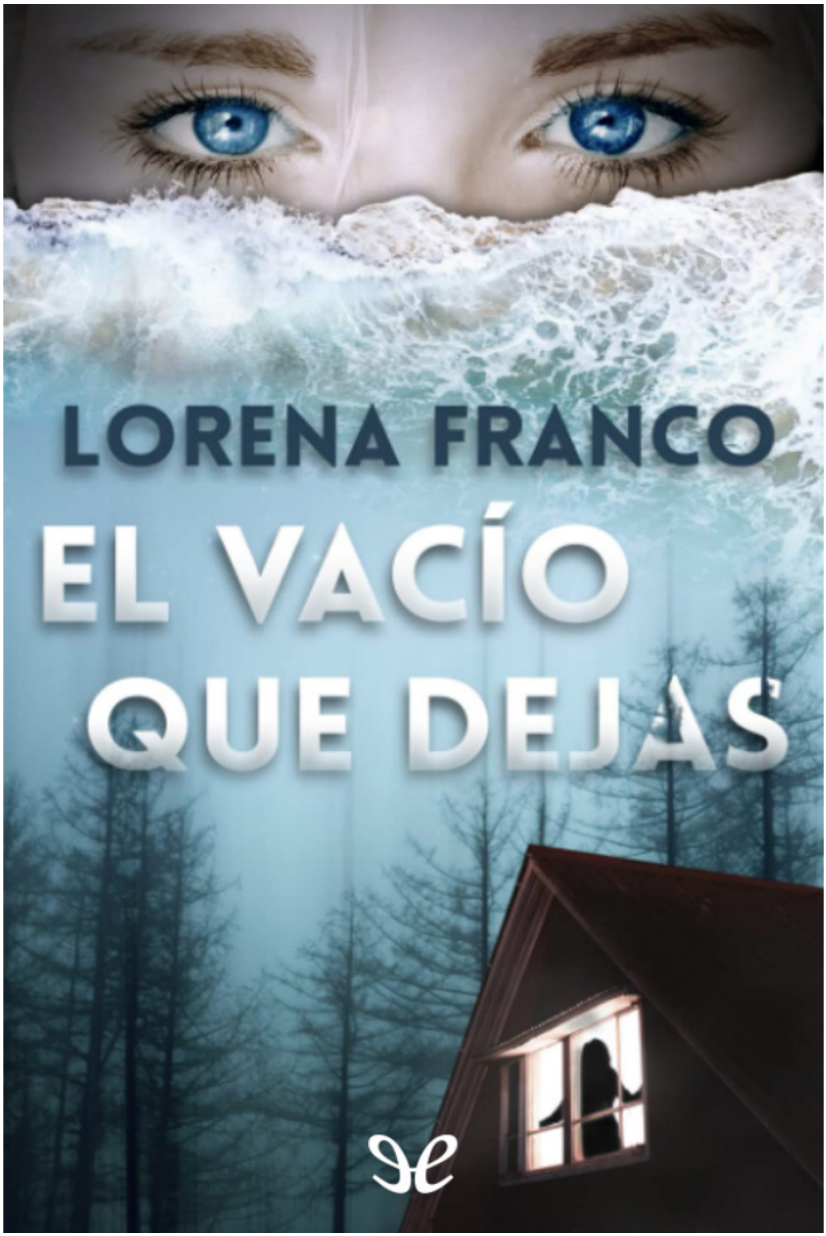
LORENA FRANCO
EL VACÍO QUE DEJAS

El apacible pueblo costero de Port de la Selva oculta un temible secreto desde que Arsenda, una joven condenada por brujería en el siglo XVII, lanzó una maldición: llevarse a una niña del pueblo cada diez años.

Tres meses después de descubrir el misterio que envolvió la desaparición de Silvia Blanch en Montseny, la periodista Alex Duarte, sin inspiración para una nueva novela, decide alejarse de todo y encerrarse en un retiro literario en el pueblo marinero de Port de la Selva. Su intención también es olvidar la historia de amor inconclusa que tuvo con Jan, cuyo recuerdo la persigue, pero se topa con otra desaparición con la que no tarda en obsesionarse, la de Ally Fian, una niña inglesa desaparecida hace un año.

Durante su estancia, Alex conocerá a Luke, un supuesto escritor inglés, cuya motivación al alojarse en el retiro es muy distinta a la de centrarse en escribir.

Alex y Luke descubrirán un oscuro secreto que algunos habitantes del pueblo se han esmerado en proteger durante siglos. Y, para mantener ese secreto a salvo, hay quienes son capaces de hacer cualquier cosa.

¿Quién, cuatrocientos años después de la maldición, sigue llevándose a niñas que no vuelven a aparecer?

Lorena Franco

El vacío que dejas

Alex Duarte: 02

ePub r1.0
Titivillus 16.02.2023

Título original: *El vacío que dejas*
Lorena Franco, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Un año más tarde

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Siete meses más tarde
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
En la actualidad

Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83

El vacío que dejas es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Port de la Selva es un pueblo precioso y apacible y todo lo que aparece en esta novela es ficción.

A Chloe.

Mi chica favorita

Recordar es fácil para el que tiene memoria.
Olvidar es difícil para quien tiene corazón.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Después de ciertos infiernos,
no cualquier demonio te quema.

NIETZSCHE

NOTA DE LA AUTORA

Aunque estás a punto de adentrarte en un caso distinto al de *El último verano de Silvia Blanch* (2020), es recomendable haberlo leído para entender algunos detalles que aparecen en esta segunda parte en la que nos reencontraremos con Alex Duarte y Jan Blanch. Quién sabe. Igual tienen el final que tanto habéis pedido.

¡Feliz lectura!
Encuéntrame en Instagram y Twitter:

@bylorenafranco

1

ARSENDA

En el poblado de Selva de Mar
1620

He visto más, mucho más de lo que nunca verán estas gentes que hoy, reunidos a mi alrededor, jubilosos por las desgracias ajenas, aguardan ansiosos el momento en que verán arder mi cuerpo, liberándome al fin del castigo que supone vivir en una época tan ignorante como cruel.

—Sí, soy bruja —les he retado a mis torturadores para acallar sus voces delirantes. Me estaban volviendo loca, no lo soportaba más.

En cuanto pronuncié la palabra maldita, *bruja*, se detuvieron un instante contemplando con horror la marca en forma de corazón que tengo en el cuello. La marca del diablo, aseguran ellos. Y aun así, el dolor de la carne en sangre viva de mi espalda después de lo que me parecieron cientos de latigazos, no cesó. Fue entonces cuando percibí un destello de terror en sus ojos, el pánico adueñándose de sus almas insignificantes, como si pudiera transformarlos en polvo con solo mirarlos.

Hasta hace una semana era feliz.

Cómo puede cambiar la vida en un instante…

Dentro de poco las llamas me alcanzarán. El único consuelo que me queda es que a unos pocos pasos se halla la mar. Quiero que sea lo último que mis ojos, anegados en lágrimas de rabia e impotencia, vean. Pensaba que sería rápido, pero eso solamente debe de ocurrir cuando eres un mero espectador, porque ahora que llega mi turno, que soy yo quien va a morir, se me está haciendo eterno. Me aferro a la vida aun sabiendo que no hay escapatoria. Puede que por eso

esta situación a la que he llegado me parezca irreal. No puede estar sucediendo. No puede estar ocurriéndome también a mí, cuando pensaba que tenía toda una vida por delante. Somos muchas las que hemos terminado en la hoguera o con la soga al cuello acusadas de brujería. ¿Qué podría salvarme a mí, que no soy más que una campesina que ha jugado a ser Dios al intentar salvar vidas, y he amado al hombre equivocado más que a mí misma? Ese ha sido mi pecado. Tratar de ayudar a los necesitados, a quienes la salud ha abandonado, y enamorarme, enamorarme como una loca y escapar por las noches al bosque solo para ver a Oriol… mi amado Oriol, hijo de un terrateniente tirano del condado de Osona, que nunca me ha querido para su descendiente por ser poco para él. Fue quien me acusó de brujería. Quien, con malas intenciones y adelantándose a lo que ocurriría, encerró a su hijo para que me descubrieran sola en el bosque donde me atraparon, creyendo que estaba realizando magia negra. Fue una emboscada. Y yo caí.

Pero no importa… ya no importa. Esto también estaba escrito en las estrellas. Esto, como todo, también pasará. Ahora solo me queda rezar y creer firmemente que después del sufrimiento hallaré la paz. Cerrar los ojos para siempre y descansar, aunque la conciencia se empeñe en recordarme que no hay tiempo, tiempo para algo más.

¿Mereció la pena? No lo creo. A fin de cuentas, Oriol no se ha prodigado hasta este poblado de pescadores al pie de la montaña. No está para defenderme de las falsas acusaciones, para gritarles que están cometiendo un grave error, que no soy una bruja ni una mala mujer, ni para decirme por última vez, en este acantilado que parece el fin del mundo, que no ha amado a nadie más que a mí.

La pena se entremezcla con la rabia. Qué poco vale una vida. Un velo de lágrimas me nubla la visión y empiezo a ver borroso, los rostros se distorsionan ante mí. No quiero morir.

Hace calor.

Quema. Quema. Quema.

Contengo la respiración.

De mi garganta, seca e irritada por el humo, emerge un gorgoteo. Son asesinos. ¡Asesinos! La rabia impulsa en mí una fuerza hasta ahora desconocida, para maldecir a quienes ríen como hienas. Si voy a morir hoy, y no me cabe la menor duda, que sea contemplando el terror en los ojos de quienes aseguran que soy una

bruja.

—¡Os maldigo! ¡Os maldigo a todos!

Los señalo uno a uno con dedo tembloroso. Todo mi cuerpo sufre convulsiones que no soy capaz de controlar. La tensión crece, mi ira va en aumento, la locura se apodera del público y una mujer grita aterrada llevándose las manos sucias a la boca. Me alegra ser la responsable de sus temores. No soportaría morir viendo cómo el público ríe y sigue humillándome. Quiero que recuerden este día, que lo recuerden durante mucho tiempo con tanto miedo como el que tengo yo.

—Vuestra descendencia pagará este castigo —prosigo con voz trémula—. ¡Cada diez años me llevaré a una niña de este poblado! ¡Las niñas se evaporarán dejando un reguero de lágrimas y sufrimiento! ¡Yo os maldigo! Os… mal…

No soy capaz de continuar hablando. Se me cierra la garganta de golpe debido al humo negro que asciende cada vez más rápido y más intenso y se me mete en la boca. Pero he logrado mi propósito. Porque no hay nada más temible que condenar el amor sincero y verdadero que se siente por un hijo.

Consternados, quienes presencian mi final ya no ríen. Petrificados, levantan las miradas al cielo e imploran clemencia. Las maldiciones aterrorizan hasta al más agnóstico.

Ahora se ven tan indefensos desde aquí arriba…

De manera inconsciente, me llevo la mano a mi vientre y lloro por la vida que nunca podrá ser. Anoche soñé que, de haber nacido, habría sido una preciosa niña de ojos azules como el mar que se desvanece ante mis ojos y se tiñe del rojo del fuego que me devora hasta hacerme desaparecer.

2

ALLY

Port de la Selva
7 de marzo de 2020

Papá y mamá estaban discutiendo cuando me he escapado de casa, así que no se han enterado de que me he ido. A lo mejor piensan que estoy en la habitación jugando o haciendo deberes. No sé de qué hablaban, por qué se estaban peleando (otra vez); nunca entiendo lo que dicen, gritan demasiado, se pisan el uno al otro. El otro día mamá rompió un jarrón. A papá le salió sangre de la frente. Me asusté. Le puse una tirita, una de *Dora, la exploradora* que papá compró en la farmacia. Me fui a la cama llorando. No soporto que riñan tanto. Mamá me prometió que, con el cambio de pueblo y de casa, todo mejoraría, pero no. Ha ido a peor. Y no entiendo por qué.

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo diez años. Me han felicitado, me han dado muchos besos y hay un regalo grande esperándome en el salón.

—Lo abriremos después de soplar las velas —me ha prometido mamá sonriente, y yo me he tenido que aguantar la curiosidad.

Hacía días que no veía a mamá sonreír. He pensado que era porque había arreglado sus problemas con papá. Pero, luego, he subido a la habitación y mamá le ha gritado a papá. ¿Por qué mamá es tan mala? Ella dice que algún día lo entenderé.

Me descalzo y dejo los zapatos en la orilla. La arena me hace cosquillas en la planta de los pies, la sensación de frescor me relaja. Recojo unas cuantas conchas. Me gusta el sonido que hacen en la palma de mi mano al chocar entre ellas. Sé que no tengo que alejarme mucho y volver pronto a casa. Si tengo suerte, hasta puede

que papá y mamá no se enteren de que he salido un ratito. Eva, mi mejor amiga, me contó que hay niñas que desaparecen en Port de la Selva, que se las lleva una bruja a su guarida secreta, porque, igual que yo colecciono conchas, ella colecciona huesos de niñas de diez años como yo. Se me puso el pelo de punta.

—Eso son cuentos para niñas tontas —le dije riendo.

Pero ¿y si es verdad?

Miro a mi alrededor. Estoy sola en la cala. Llegar hasta aquí no es fácil, por eso nunca hay nadie, y, además, hoy el cielo está nublado. Me acuerdo de aquella chica que olía mal y que me perseguía. Me dijo que no fuera sola a ningún sitio, que tuviera cuidado.

—¿Tu madre nunca viene a buscarte al colegio? —me preguntó.

Me entran escalofríos cuando me acuerdo de ella. Porque no acabó bien.

Juego un rato con la arena, vuelvo a poner los pies en el agua fría. Creo que va a llover. Me entretengo mirando al cielo. Las nubes son cada vez más grises. Sonrío. Sonrío porque aquí no hay gritos, solo silencio, y el silencio me gusta, aunque empiezo a aburrirme un poco. Ojalá Eva estuviera aquí.

El agua ahora me llega hasta las rodillas.

Oh, oh…

Mamá se va a enfadar si llego con los pantalones mojados.

Pero es que se está tan a gusto… Cuando llegue a casa, espero que mamá esté entretenida con sus cosas, con alguna serie de Netflix o distraída con el móvil. Entonces, aprovecharé para subir corriendo a mi habitación, me pondré el pijama, y no se dará cuenta de que me he mojado los pantalones. Es un plan perfecto.

Cierro los ojos. Imagino un mundo más bonito, uno en el que papá y mamá se quieren, son felices y no se hacen daño. Pero la imagen desaparece cuando unos brazos me agarran por detrás sacándome del agua. Pataleo, me sacudo, intento resistirme mordiendo los brazos lechosos que me acorralan y me asfixian, pero no sirve de nada. En el momento en que voy a gritar, una mano vieja y arrugada con las uñas largas como las de una bruja, me tapa la boca. Antes de cerrar los ojos, porque me entra mucho sueño, alcanzo a ver un mechón de pelo blanco revuelto por el viento.

Eva tenía razón. Y aquella chica también. Tendría que haberle

hecho caso.

Hay una bruja que, cada cierto tiempo, se lleva a una niña, y, de entre todas las niñas del pueblo, me ha elegido a mí.

UN AÑO MÁS TARDE

Marzo, 2021

3

ALEX

Han pasado tres meses desde que el mundo supo la verdad de lo que le ocurrió a Silvia Blanch. Mi madre, orgullosa, guarda todos los recortes de prensa para presumir de hija, sobre todo los que me dejan como una heroína, algo que, a nivel editorial, me ha metido un poco de presión.

—Nos gustaría una nueva novela, Alex. Un nuevo caso. Eres periodista, encontrarás la historia.

Tonta de mí por aceptar el suculento adelanto que me compromete a presentar un manuscrito en seis meses. Seis meses, pero si el tiempo vuela, les dije, y las ideas no fluyen con tanta facilidad como cuando me topé con la desaparición de Silvia Blanch. A veces es duro que crean en exceso en tus capacidades cuando has perdido la confianza en ti misma. La vida era más sencilla trabajando de periodista en *Barcelona ahora*, yendo de aquí para allá y limitándome a cubrir la noticia sin necesidad de fantasear ni opinar. A veces hasta me da por echar de menos a Pol, el jefe.

He tenido mucho tiempo libre mientras me recuperaba de la bala que fue a parar a mi pulmón, así que no hay serie de Netflix que se me haya resistido, con la excusa de que alguna de sus tramas activaría la bombilla fundida de mi cerebro para ponerme a escribir. Pero nada. Porque lo que me funciona es obsesionarme con algo que haya ocurrido de verdad, será que fantasear no es lo mío, así que, después de un mes buscando qué hacer, aquí estoy, en el portal de casa esperando al chófer que me llevará hasta Port de la Selva, un pequeño pueblo de pescadores situado en el norte de Cap de Creus, último contrafuerte de los Pirineos. A diferencia de otros pueblos de la Costa Brava, no está tan masificado por el turismo, y

ahora lo que necesito es tranquilidad y cero distracciones para ponerme a escribir. A las afueras del pueblo de gran tradición pesquera, en lo alto de una colina, descubrí la existencia de un retiro literario con vistas al mar y acceso privado a una cala. Me apetece decirle adiós a Barcelona por un tiempo, cambiar de aires, y lo ideal es un lugar así, inspirador y campestre. Eso fue lo primero que pensé cuando di con el lugar tras una ardua búsqueda en internet. No fue fácil encontrarlo. No es un retiro que se publicite en todas partes, tal vez porque quieren darle un aire de exclusividad. O esa es la conclusión a la que he llegado. Uno de mis requisitos era que hubiera playa; no quiero estar en un lugar que me recuerde a Montseny. A lo mejor así consigo olvidarme de Jan. Mi cerebro, sádico donde los haya, sigue empeñado en volver a él una y otra vez.

«¿Qué estará haciendo? ¿Habrá conocido a alguien?», me fustigo.

En mi fuero interno he mantenido discusiones silenciosas con él cada día. Mi yo racional terminaba entrometiéndose, explicándome que no tenía sentido pensar en él. A lo hecho, pecho. Le había dicho adiós. Fin de la historia. Y eso que, a lo largo de estos meses, me ha escrito wasaps interesándose por mi estado de salud, aunque yo, orgullosa, no he contestado a ninguno, que sé que jode. No le perdono lo que hizo. Bueno, más bien lo que no hizo. Aún no. Al menos de momento, nuestros futuros evolucionarán a unos pocos kilómetros de distancia.

Impaciente, miro la hora en el móvil. El chófer ya tendría que estar aquí. ¿O a lo mejor me he equivocado de hora? Cuando ayer mi coche decidió tomarse unas vacaciones en el taller del mecánico, que me sugirió que jubilara al viejo Saxo porque me llevaría a la ruina, llamé a la propietaria del retiro. En la web había visto que hay servicio de chófer. Supongo que va bien para los escritores que vienen de lejos y hay que ir a buscarlos al aeropuerto. Me vino de perlas que me dijera que no tenía nada programado para hoy, así que, por un extra, viene a buscarme.

Y entonces, justo en el momento en que, cansada de esperar de pie, me siento en el escalón de la portería, un Mercedes negro y reluciente se detiene junto a mí. No me levanto, me quedo mirándolo con desconfianza. A ver si ahora me van a secuestrar.

—¿Señorita Alejandra Duarte?

—Sí —confirmo—. ¿Adónde voy?

—¿Perdone?

—Le estoy poniendo a prueba. Con la de cosas que pasan, solo me falta que me suba al coche equivocado.

—Pero he dicho su nombre… —ríe, componiendo una mueca nerviosa—. Bien. Señorita Duarte, la llevo al retiro literario de Nimue, situado en el paradisiaco pueblo de Port de la Selva. ¿Mejor?

—Estupendo, vámonos.

El conductor, sonriente y servicial, baja del coche para recoger mi maleta y meterla dentro del maletero. Debe de tener unos cincuenta y largos años, va vestido con traje negro, como si fuera a un funeral, y parece inglés.

—Puedes llamarme Alex.

—Mi nombre es Bruce, Alex. Siento la tardanza. ¿Puedo tutearla?

—Claro, Bruce.

—Adelante —me ofrece, abriendo la puerta trasera del coche.

—Si no te importa, preferiría ir delante. Atrás me mareo.

—No hay problema —dice, permitiendo que me acomode en el asiento del acompañante. Bruce vuelve a subir al coche y arranca el motor—. Llegaremos a Port de la Selva en una hora y cincuenta minutos —me informa con profesionalidad—. ¿Conoces la zona, Alex?

—No, es la primera vez que voy.

—Te encantará. Además, el retiro literario de la señorita Nimue es muy especial. Ya lo verás, ya —asegura misterioso.

—Nimue es un nombre curioso —medito—. No lo había oído nunca.

—Procede de la leyenda del Rey Arturo. Nimue era la bruja que hechizó y enamoró al Mago Merlín. Precisamente, Port de la Selva, aunque muy poca gente lo sepa, está repleto de leyendas. Las irás descubriendo.

—¿Leyendas? No creo mucho en esas cosas, la verdad.

—¿No? Yo soy escocés, aunque mi padre era de Santander, por eso hablo con fluidez español, y en mi país creemos mucho en leyendas. Que se lo digan a los Fian.

—¿Los Fian?

—Ajá. La pequeña Ally Fian. Vivía en Port de la Selva con sus padres desde hacía unos pocos meses y desapareció el año pasado debido a la maldición, hace cuatro siglos, de una mujer a la que condenaron por brujería en Vic y quemaron en lo alto de una colina del pueblo. La bruja Arsenda.

—Vaya —me sorprendo—. Lo buscaré en internet —zanjo, sin muchas ganas de continuar hablando. Ir de copiloto también me marea, da igual ir delante o detrás, aunque detrás lo paso peor, algo que, inevitablemente, me recuerda a las curvas de Montseny.

«No. No. Olvídalo, Alex. Olvídalo de una vez por todas. Por eso te vas a Port de la Selva, a un escenario distinto, para estar lejos de todo aquello, de todo lo que sigue doliendo», me reprendo, anotando mentalmente un nombre en el que centrarme para dejar atrás a los fantasmas del pasado: Ally Fian.

4

LUKE

—Ya la he conocido. Es más joven de lo que pensaba.

—Aquí en España tiene fama de meterse donde no la llaman, Luke. Vigílala de cerca.

—Por supuesto. Pero llevo dos semanas aquí y…

—Me da igual. Tómate el tiempo que necesites, pero no salgas de ahí hasta que descubras algo, ¿entendido?

—De acuerdo.

5

ALEX

Pensaba que no podían existir peores curvas que las que conducen a Montseny, pero ¡ay!, inocente de mí, por poco no tengo que bajar la ventanilla y echar la pota, porque la llegada hasta Port de la Selva me ha parecido una tortura. Y lo peor ha sido el tramo final. Bruce se ha desviado del centro del pueblo y ha ascendido por un sendero de tierra repleto de baches y curvas en dirección a la colina donde se encuentra el retiro literario de Nimue. Pensaba que me moría. Para más inri, al llegar, un gato negro, indiferente a nuestra presencia, se nos cruza en el camino antes de que el coche frene frente a la verja doble de hierro, cuyas bisagras exhalan un profundo lamento cuando Bruce la abre de par en par. Noto que un escalofrío me recorre el espinazo al ver al gato esfumarse por un bosque situado a la derecha, donde destaca un cobertizo destartalado. Un gato negro como recibimiento no augura nada bueno. Es como cuando en un hotel te alojan en la habitación número 13, un moscardón se empeña en ser tu sombra, o vas caminando por la calle y no te queda más remedio que pasar por debajo de una escalera.

A pesar de todo, las vistas son una maravilla y se respira paz y tranquilidad. Demasiada tranquilidad, me temo, volviendo a mirar el bosque que se atisba a través de la verja que estamos a punto de cruzar.

—¿Y qué creen los escoceses de los gatos negros, Bruce? —le pregunto en el momento en que vuelve a subir al coche y conduce unos pocos metros adentrándose en el arbolado recinto.

—Que son los gatos de las brujas —responde riendo, sacudiendo la cabeza y bajando del coche para rodearlo y, caballeroso, abrirme la puerta.

Mientras Bruce abre el maletero y saca mi maleta, alzo la cabeza para contemplar la casa. Es de estilo victoriano, de tejados en mariposa con las aguas invertidas, bastante peculiar y poco frecuente en esta zona, donde lo que más abunda son las casitas blancas. La fachada de piedra oscura de tres plantas, invadida por enredaderas, nos recibe lóbrega. Todo a mi alrededor es un poco siniestro, parece que me haya metido en una novela de Stephen King. En la página web parecía un lugar más alegre, si bien había menos hiedra ocupando la fachada y la fotografía estaba hecha en un día soleado. Hoy el cielo gris augura tormenta.

—Espero que tu estancia sea agradable, Alex —me desea Bruce dándome mi maleta.

—Gracias, muy amable.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

—En principio un mes.

—Es un buen lugar para escribir —opina, desviando la mirada hacia la entrada, donde una mujer alta, de cabello largo y blanco, deduzco que Nimue, la propietaria del retiro, me espera de brazos cruzados apoyada en el marco de la puerta.

—Eso parece —le doy la razón.

Le dedico una sonrisa a Nimue, que, extraña, en lugar de acercarse para recibirme, se gira en el momento en que aparece otra mujer arrastrando un par de maletas. La situación es rara, se vuelve tensa. A Bruce también debe de parecérselo por cómo mira incómodo a la que reconozco como una de las autoras americanas de *thriller* más populares del momento. Tengo su nombre en la punta de la lengua, pero es tal mi aturdimiento que no me sale.

—¡Nunca más, esto es de locos! —grita en inglés, ante la mirada imperturbable de Nimue. Sale de la puerta como si se la llevaran los demonios, aunque su semblante cambia de repente al ver a Bruce. Se apacigua un poco—. ¡Qué bien que estés aquí, Bruce! ¿Puedes llevarme al aeropuerto?

—Por supuesto, señorita Clark.

¡Eso! Sarah Clark, neoyorquina, la reina del *thriller*, adicta a los tacos mexicanos y a correr por Central Park, más bajita y pecosa en persona que en sus fotos de Instagram. No creía que este retiro literario, que parece estar en el fin del mundo, fuera tan internacional.

Me aparto para dejar pasar a Sarah, no vaya a ser que pague su irrefrenable cólera conmigo, pero no tengo el don de hacerme invisible, todavía no, por lo que, cuando Bruce está metiendo sus enormes maletas dentro del maletero, repara en mi presencia.

—¿Escritora?

—Ssssí… —titubeo.

—¿Y vienes a escribir aquí? —inquiere, señalando la casa y, seguidamente, a Nimue.

—Eh…

—¡Ja! —Enarca las cejas, me dedica una sonrisa tirante como una goma de mascar y vuelve a mirar en dirección a Nimue—. Buena suerte.

«¿Qué habrá pasado?», me pregunto, mirando a Bruce, que, a su vez, saluda con un gesto de cabeza a Nimue, quien adopta la misma postura que antes: apoya el peso de su cuerpo contra el marco de la puerta de entrada. La escritora americana sube al coche con la elegancia de un burro y se acomoda en la parte de atrás sin decir ni una palabra más. Bruce se encoge de hombros y me sonríe.

—Nos veremos por aquí, Alex. Un placer.

En el momento en que el coche desaparece por el camino, me siento como una niña abandonada frente a una institutriz. La presencia de Nimue es regia y su mirada gélida de ojos azules me analizan sin disimulo.

—¿Nimue? —pregunto forzando una sonrisa.

A medida que me acerco a ella, me doy cuenta de que no es tan mayor como me lo ha parecido desde lejos. El cabello largo y plateado le suman años. Su piel es blanca y lechosa, apenas tiene arrugas, y lo que más destaca de sus facciones es la nariz aguileña. Es bella de una manera poco convencional.

—La misma —asiente tranquila—. ¿Alejandra Duarte?

—Puedes llamarme Alex.

—Es un placer tenerte aquí, Alex. —Me tiende la mano, se la estrecho, y por fin me dedica una sonrisa cálida y amable—. Te pido disculpas por lo que acabas de presenciar. Supongo que no se puede complacer a todo el mundo.

—Claro, es normal —le resto importancia, barriendo el aire con la mano.

Me da cosa preguntar qué ha pasado, así que me limito a darle

la razón. La entrada no es tan grande como cabe esperar en una casa centenaria. El vestíbulo me recibe oscuro. Huele a cedro viejo y flores frescas.

—¿Puedes esperar un momento en el salón? —propone Nimue, señalando a su izquierda, donde diviso a través de un arco el reposabrazos de un sofá de cuero marrón—. Hay una biblioteca inmensa, seguro que te gusta. Creo que Luke, un escritor inglés que lleva alojado en el retiro un par de semanas, está ahí. Así lo conoces. Oh, y verás qué bien te caen las hermanas Juliette y Alizee Baudin, que escriben a cuatro manos. ¿No te parece de lo más curioso? Mientras tanto, voy a prepararte la habitación. Te alojarás en la que estaba Sarah, es la más luminosa. En fin…, bienvenida. Siéntete como en casa, Alex.

Me da una suave palmadita en el hombro y desaparece escaleras arriba, silenciosa como un gato. Dejo mi maleta en el suelo y me asomo al salón. Está decorado en blanco con toques de azul marino y dorado, un estilo tradicional y elegante, donde veo al que deduzco que es Luke, el escritor que acaba de mencionar Nimue, hojeando un libro frente a una librería que ocupa toda la pared. No hago ruido, por lo que no se da cuenta de mi presencia, y me permito la licencia de observarlo más de lo que debería. Es alto, atlético, nadie diría que se trata de un escritor que pasa sus días sentado frente al teclado, porque ese cuerpo esculpido por los dioses requiere de un trabajo exhaustivo en el gimnasio. Cabello castaño claro ondulado, intuyo que tiene los ojos azules, y una elegancia natural que me recuerda a James Bond. No me cuesta mucho elucubrar sobre su vida en solo un segundo: es probable que fuera a un colegio de pago de lo mejorcito, que sus padres aún vivan en una casa señorial en el campo con pista de tenis en la que se crio rodeado de montones de hermanos y hermanas, primeras ediciones en las estanterías y cuadros que podrían ser o no ser valiosos, pero ni lo sabían ni a nadie le importaba. Sigo mirándolo en silencio, regalándole una vida que puede que sea, puede que no, y así durante un rato más, hasta que doy un paso y la madera vieja del suelo me traiciona crujiendo estrepitosamente. El tal Luke, pese a lo centrado que parecía estar en el libro, un tomo viejo con letras doradas incrustadas en la cubierta de cuero, levanta la vista y, al verme, sonríe. Tengo la seguridad de que esa sonrisa ha provocado unos

cuantos vuelcos en el estómago.

—Hola, perdona la interrupción —me disculpo—. Soy Alex.

—Hola, Alex, encantado.

Habla muy bien castellano. Deja el libro en el estante con cuidado y lentitud y se acerca a mí. Huele maravillosamente, a lima y a algo suave y almizclado. No tiene los ojos azules como creía, sino verdes. Un verde claro precioso. Me tiende la mano y se la estrecho. Me pone un poco nerviosa. Vuelvo a pensar que no tiene pinta de escritor. Rozo su piel unos pocos segundos, los suficientes para notar que la tiene áspera. Más bien parece un hombre de acción.

—Soy Luke Campbell —se presenta.

—Escritor, imagino.

—Sí, estoy escribiendo mi primera novela —contesta mirándome con interés—. ¿Y tú?

—Publiqué un libro el año pasado.

Me quedo callada un momento. Otra vez los recuerdos. Tan solo es un *flash*, pero Jan tiene la mala costumbre de perseguirme como una sombra pesada allá donde voy. Luke no tiene nada que ver con él, son polos opuestos, tanto físicamente como intuyo que de carácter. No sé por qué los comparo. Jan no tiene ni de lejos la elegancia que desprende el hombre que tengo delante, pero, sin que venga a cuento ni la situación se parezca lo más mínimo, me acecha el recuerdo del día en que conocí a Jan en la terraza del hostal Montserrat como si hubiera ocurrido ayer. En realidad, ¿cuándo lo he olvidado? Nunca. Solo han pasado tres meses, necesito más tiempo.

—Ahora busco la inspiración para el segundo libro —añado mirando al suelo, después del raro silencio en el que Luke ha esperado pacientemente a que añadiera algo más.

—¿Eres de Barcelona? —pregunta curioso.

—Sí.

—Qué bonita ciudad. Y qué acogedora. Me encanta la Sagrada Familia.

—Dicen que la terminan en 2026.

—¡Por fin! —ríe despreocupado—. Bueno, Alex, será mejor que suba a mi habitación a escribir un poco.

—Claro.

—¿Nos vemos en la cena? —Esboza una sonrisa, lenta y sexi. Asiento no muy convencida. ¿Es obligatorio cenar todos juntos? ¿Hay una especie de horario, puedo cenar sola en mi habitación e ir a mi bola, o tengo que relacionarme con la gente sí o sí? Últimamente he estado un pelín antisocial—. Después de la cena suelo escaparme a un bar del pueblo a tomar una copa. Si te quieres escapar conmigo, ya sabes.

Su propuesta hace que me ruborice. Ya ves tú, qué tontería, pero noto que las mejillas me arden. ¿Se me nota mucho? ¿Por qué se ríe? ¿Se está riendo de mí?

—Juliette y Alizee también salen a tomar una copa después de cenar, les va bien porque ellas escriben de noche —añade.

—Ah… Bueno, me encantará ir con vosotros al bar —acepto la invitación, recalcando el «vosotros».

—Nos vemos luego. Para lo que necesites, habitación 1. Es la mía.

Cuando Luke se va, me acerco a la biblioteca. Hay títulos interesantes, primeras ediciones de clásicos con un valor incalculable. Con delicadeza, como si las páginas amarillentas pudieran resquebrajarse, cojo una edición antigua de *Don Quijote de la Mancha*, que examino durante poco rato, ya que el crujido de la tabla de madera me advierte de una presencia bajo el arco. Es Nimue, observándome en silencio, cautelosa, con la mirada perdida en el libro que sostengo entre las manos.

¿Qué tendrá de especial observar en secreto a alguien mientras lee? Yo lo suelo hacer mucho en el metro, las caras que pone la gente al leer son de lo más curiosas. Al principio, me ilusionaba ver a alguien con un ejemplar de mi libro *Todos mienten*, y hasta hice alguna foto con disimulo. Pero supongo que me fui acostumbrando y ya dejó de parecerme insólito. El encanto de las primeras veces nunca vuelve.

—Ya has conocido a Luke. Es agradable, ¿verdad? —comenta Nimue de manera sugerente, esbozando una sonrisa maliciosa. Me recuerda a mi madre cuando se empeña en organizarme una cita a ciegas con algún hijo de sus amigas, haciéndome sentir como una de las hermanas Bennet, versión siglo XXI—. Tu habitación ya está lista. Es la de la puerta número 3.

«Tres… Tres… No pasa nada, no lleva el uno delante», rumio, y

ahora es Montse quien me viene a la cabeza por la tabarra que le di en su hostal con la habitación número 13.

—Gracias, Nimue. Subo a dejar mis cosas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario.

—A las ocho y media sirvo la cena. Puedes bajar, cenar con nosotros, en tu habitación… lo que te apetezca. No hay normas. Abrí este retiro hace un par de años y todos los escritores salen de aquí con una novela bajo el brazo —me cuenta orgullosa—. Salvo Sarah —ríe nerviosa—. Espero que salgas de aquí con un próximo éxito de ventas, Alex, sé que tu anterior novela tuvo mucha repercusión. Estaba inspirada en un caso real, ¿no?

—Sí, aunque no acerté en la resolución, así que dejémoslo en que se trata de una ficción —le explico, dejando el libro de Cervantes en la estantería con el mismo mimo con el que lo he cogido, emprendiendo el camino en dirección a las escaleras.

—Este sitio te inspirará —me asegura, dándome la llave de mi habitación en el momento en que paso por su lado.

Nimue es agradable. Pero hay algo en ella que no me gusta. Puede que, después del caso de Silvia Blanch, me haya vuelto más recelosa, algo que me desagrada, pero, tras comprobar de primera mano de lo que es capaz de hacer el ser humano, no lo puedo evitar. He aprendido que tengo que hacer más caso a mi intuición y a Nimue la envuelve un halo misterioso que me provoca cierta incomodidad. Quizá es este ambiente de casa victoriana, cielo gris, acantilados y bosques bucólicos a su alrededor que influye en que vea a la propietaria del retiro literario con malos ojos, aun sin conocerla de nada.

6

LUKE

—Soy yo otra vez. He hablado con ella, parece de confianza.

—No te fíes de las apariencias, Luke, ya sabes que quien menos…

—Ya, ya, pero creo que solo viene a escribir.

—Bueno, tú no la pierdas de vista. Es una chica lista, basta un empujoncito para que se dé cuenta de lo que pasa.

—Igual es lo que nos conviene. Que se dé cuenta. De todas formas, yo me encargo. Seré su sombra.

—Bien. Ahora te tengo que dejar.

—Te iré informando.

7

ALLY

5 de marzo de 2020
Dos días antes de desaparecer

—¿La has vuelto a ver, eh? ¿Has vuelto a estar con ella? ¡Maldito cabrón!

Me tapo los oídos. La voz de mamá es cada vez más rabiosa, insoportable. Me pregunto qué dirán los vecinos, qué pensarán de ella, siempre tan histérica, siempre tan mala. A mí me miran con cara de pena. Solo hace siete meses que estamos en este pueblo y la gente ya habla de nosotros. Los ingleses chiflados. Mamá no trabaja, dice que no vale para casi nada, pero para lo que sí vale es para llamar la atención. Papá no habla, al menos desde mi habitación no lo oigo. Si lo hace, es en un susurro, porque no quiere preocuparme. Pero mamá vuelve a gritar.

—¡Te odio, Arturo! Eres lo peor que me ha pasado en la vida. ¡Lo peor!

Lloro.

Lloro porque soy demasiado pequeña para defender a papá y, si lo hago, tengo miedo de que mamá se enfade conmigo y me dé un bofetón. La odio con todas mis fuerzas.

Cojo mi peluche, el que siempre tengo en la cama. Soy muy mayor para peluches, pero abrazarlo y acariciarlo me calma. Así parece que lo que dice mamá no tiene tanta importancia, es como si doliera menos, aunque veo en los ojos tristes de papá que está loca. Sí, eso es. Está loca. Y papá no la deja por mí, para seguir estando conmigo.

A lo mejor la locura es genética y se hereda como el color de ojos. Mamá siempre dice que la abuela está loca, por eso no vamos

a verla, pero ¿qué es lo que ha vuelto loca a mamá?

8

ALEX

En el pasillo de la segunda planta, cuyas paredes están decoradas con fotografías locales en blanco y negro de Port de la Selva, hay seis puertas. Cada habitación tiene una placa dorada con su respectivo número: 1, 2, 3 y 4. Al fondo, hay un par de puertas más que he comprobado que conducen a los cuartos de baño, uno para hombres y otro para mujeres. Lo de compartir cuarto de baño no me hace gracia, me recuerda a las convivencias de tres días del colegio a las que nunca quería ir, pero mi madre me obligaba. «Tienes que sociabilizar más, Alejandra», decía. Una excusa como cualquier otra para quedarse a solas con mi padre y ahorrarse una canguro. En fin. Espero que las escritoras alojadas sean pulcras y ordenadas y no dejen sus pelos estancados en el desagüe de la ducha.

Abro la puerta 3. Mi habitación. Vuelvo a pensar en Montse y en su hostal, en la brasa que le di, en que al 3 le faltaría un 1 delante para que regresaran los recuerdos de Montseny.

Quita, quita.

El cuarto me recibe oscuro. Son casi las siete de la tarde y apenas entra luz por la ventana de guillotina, que abro nada más dejar la maleta sobre la cama con dosel. Creo que Sarah Clark fumaba, huele a tabaco y el aire está viciado.

Frente a la cama, hay un sofá de terciopelo granate, y debajo de la ventana un escritorio de grandes dimensiones. Nimue debe de saber que todo escritor que se precie no se caracteriza por ser ordenado mientras trabaja. En mi caso, entre el portátil y el despliegue de apuntes y libros que esparzo sobre la mesa, me va a venir fenomenal que la mesa de trabajo sea tan grande.

Deshago la maleta y dejo la ropa colgada en el armario. Lo hago

rápido porque en mi cabeza empieza a asentarse algo, pero antes tengo que saber quién es o quién era Ally Fian. Qué le pasó. La desaparición de una niña… ¿Acaso hay algo más triste? Pienso en sus padres. En los padres de Silvia Blanch, especialmente en su madre. En todas las personas a las que parece que se las traga la tierra y de las que nunca se vuelve a saber nada, y da igual dónde sea, porque hasta los lugares en calma como en el que me encuentro, son posibles escenarios para que suceda lo peor.

Abro el portátil. Nimue ha dejado escrito en un papelito la clave wifi. Me sorprende que en un lugar así llegue internet, pero qué sería de mí sin «San Google». Mientras el ordenador arranca, miro el móvil. Lo tenía en silencio, ya que, con tanta curva, haberlo mirado a cada rato habría tenido fatales consecuencias. Tres mensajes de mi madre en el buzón de voz. Ya la llamaré. Me entretengo mirando Instagram y Facebook. Tengo cientos de comentarios deseándome suerte debajo de la foto de una cala cualquiera de Port de la Selva que he cogido de Pinterest y he subido a las redes por puro aburrimiento mientras esperaba al chófer. El ordenador está listo, pero no puedo apartar los ojos de la pantalla de mi móvil. El último comentario es de Jan.

—Jan… —murmuro su nombre.

¿Cuándo se ha abierto un perfil de Facebook? ¿No era de los que estaba en contra de exponer la vida personal en redes? No le pega nada usar redes sociales.

«Te deseo lo mejor, Alex», ha escrito hace veinticuatro minutos, sin tener en cuenta que su comentario puede volver a abrir la caja de Pandora.

Me da un vuelco el corazón. Y tengo ganas de llorar. Entro en su perfil. Jan Blanch. No tiene foto de portada, pero sí una de perfil de su caballo preferido, Tristán. Sonrío. Ni siquiera me ha enviado una solicitud de amistad. ¿Sabrá cómo funciona Facebook? De pronto, solo me asaltan recuerdos bonitos. Los atardeceres estivales desde la granja, nuestros cigarros a medias, la ternura con la que me rozaba la comisura de los labios con el pulgar justo antes de besarme, su sonrisa, sus miradas… Esas miradas de reojo… Él creía que no me daba cuenta, pero siempre le pillaba. Siempre. Echo en falta que alguien me mire como lo hacía él, tan pendiente de mí, como si nunca quisiera perderme de vista. Supongo que es normal idealizar

momentos del pasado con alguien cuando lo echas de menos. En realidad, ninguno de nuestros momentos fueron tan perfectos como se me antoja recordarlos ahora, pero eso le convierte en una persona tan especial, que tampoco quiero despedirme de lo poquito que me queda de él. A veces, visualizo con tanta claridad a Jan, aunque sea en sueños, que es como si lo tuviera delante y pudiera tocarlo. Pero no me viene bien. Me pongo triste. Y no me gusta esta melancolía, por mucho que aseguren que es vitamina para los artistas.

Pensativa, me asomo a la ventana, desde donde tengo unas vistas privilegiadas de la entrada y, más allá, alcanzo a ver un pedacito de mar. Nimue, inconfundible por su melena blanca, está de pie frente a la verja. Al otro lado hay alguien, un hombre, pero no alcanzo a verle bien la cara, solo puedo distinguir que tiene barba. Están hablando, diría que en tensión por cómo Nimue aprieta cada vez más fuerte la mano que tiene colocada alrededor del barrote. Me fijo en la rigidez de su espalda y en la de los hombros. Los espío durante dos o tres minutos, hasta que ella se gira y levanta la mirada hacia mi ventana, momento en que me agacho dejando caer la cortina.

¿Me habrá visto? Niego con la cabeza. No es posible, he sido rápida.

Cuando el wifi obra el milagro y consigo conectarme, abro Google.

Tecleo Ally Fian.

«Quizá quisiste decir: Ally Final», sugiere el buscador erróneamente.

No, no, no.

«Ally Fian», insisto.

Y es que no aparece nada, absolutamente nada, de una niña desaparecida en Port de la Selva, lo cual me extraña, porque toda desaparición, en cualquier parte del mundo, el buscador, valga la redundancia, la encuentra.

Pruebo con «Ally Fian desaparecida», «Ally Fian, niña desaparecida en Port de la Selva», «Desapariciones en Port de la Selva 2020»… Me estrujo la cabeza durante un buen rato con infinitas posibilidades que no dan ningún resultado. La única noticia que se le parece se remonta al año 2009. Y es igual de terrible:

hallazgo del cuerpo de una niña alemana de seis años en el fondo de un acantilado de cuarenta metros de altura, después de perderse cerca de la ermita de Sant Baldiri, en Cap de Creus, mientras estaba de excusión con sus padres y hermanas.

Google no sabe nada, no conoce a Ally Fian.

¿Cómo es posible?

A lo mejor Bruce se ha confundido con el nombre o el apellido, parece un tipo distraído. Entonces, recuerdo un detalle más: dijo que la niña desapareció por culpa de la maldición de la bruja Arsenda. Busco su nombre. «Bruja Arsenda, condenada por brujería», «Maldición en Port de la Selva»… Y así, llego hasta un artículo que habla de la caza catalana de brujas, especialmente intensa en la Cataluña del siglo XVII en los tribunales civiles. Leo entre líneas, salto párrafos enteros que hablan de aquelarres, pactos satánicos, pócimas, pobreza…, y pongo especial atención a la parte en la que se habla de la primera oleada de represión, que se dio antes de 1620 y afectó a comarcas como Osona, La Segarra y Urgell. En Vic, que es donde Bruce me ha dicho que condenaron a Arsenda, fueron procesadas cuarenta y cinco mujeres entre 1618 y 1622 que, en su mayoría, murieron ahorcadas. En los años sucesivos, en el Berguedà y en las tierras cercanas a Montseny, se produjeron numerosas detenciones y ejecuciones que se extendieron también al Rosellón y a la Cerdaña.

Histeria colectiva, voy llegando al final, al final y…

No puede ser.

9

ALEX

ARSENDA EIMERIC,

LA BRUJA QUE ARDIÓ EN PORT DE LA SELVA.

Aún no he conocido a nadie que sea tan supersticioso como yo, pero no creo en brujería ni en temas esotéricos, los evito, me dan mal rollo. Las pocas veces que he visto el programa sobre fenómenos paranormales *Otra dimensión* me ha costado conciliar el sueño pensando que en cualquier momento se me podía aparecer el espíritu de mi abuela a los pies de la cama.

No se sabe mucho sobre Arsenda, pone en el inicio del párrafo, solo que fue una de las mujeres procesadas en Vic durante la segunda mitad del siglo XVII y condenada a muerte, siendo la única a la que trasladaron al poblado de Selva de Mar por orden de un poderoso terrateniente que la quería alejar de su hijo, con quien huía por las noches al bosque para hechizarlo. Era tal el dolor que le causaba Arsenda al chico, que apenas era capaz de levantarse por las mañanas.

Anda, no te jode. El tío se iba a dormir a las tantas de la madrugada, normal que no pudiera con su alma.

Pero eso no es todo.

A Arsenda, que había realizado algunas curaciones que se consideraron milagrosas y, por tanto, obra de una bruja, le exigieron dar respuestas al motivo de su conducta. Durante los primeros días, la joven campesina no fue capaz de dar una explicación convincente, negando un pacto con el Diablo después de una prolongada tortura en la que descubrieron en su cuello la

marca.

¿La marca?

Así que la siguieron torturando hasta que confesó ser bruja. No debió de ver otra alternativa, nada podía salvarla de su destino. La mujer murió en la hoguera, no indica el día ni el mes, ni siquiera el año exacto. Su único delito fue, probablemente, además de enamorarse de quien no debía, tener nociones de herborista, según indica el párrafo final.

En el portal no hay más información. Aun conociendo el final de Arsenda y con la seguridad de que existió, busco algún dato sobre su maldición. Encuentro un único artículo en inglés que lleva como título *La maldición de la bruja Arsenda en Port de la Selva en el siglo XVII*, escrito por Claire Glenn, que me lleva a un enlace inexistente.

«La página que busca no existe».

¿En qué consistía exactamente la maldición de la bruja Arsenda? ¿Fue real, maldijo al pueblo de Port de la Selva, o ha sido una invención que ha pasado de generación en generación para encubrir a auténticos secuestradores de carne y hueso?

Está claro que, con respecto a la leyenda de la maldición y a la desaparición de Ally Fian, esta vez Google no me va a dar la clave. Y, aunque no creo en hechizos ni en maldiciones de supuestas brujas que vivieron hace siglos, sí creo que toda desaparición siempre tiene una explicación.

10

ALEX

No sé cómo es Ally Fian. Tampoco sé qué edad tiene. Cuando Bruce ha dicho «la pequeña Ally Fian», imagino a una niña de tres, cuatro o cinco años, pero vete a saber.

«La pequeña Ally Fian desapareció el año pasado debido a la maldición, hace cuatro siglos, de la bruja Arsenda».

Menudo titular. Parece una broma. En la vida he oído nada igual. Jamás me hubiera imaginado que un lugar como este tuviera una maldición que parece haberse quedado anclada en el tiempo.

¿Eso significa que han desaparecido más niñas en el pueblo desde que la bruja Arsenda lo maldijo en el siglo XVII? ¿Debería preguntar durante la cena? Descarto la idea. Nimue pensaría que estoy chiflada, aunque, a estas alturas, no es algo que me importe demasiado. El hecho de haber estado a las puertas de la muerte cambió mi mentalidad. Y es que la vida es demasiado corta e incierta como para perder el tiempo en banalidades o en esforzarse en agradar. Sí es cierto que en estos tres últimos meses he salido poco de casa, así que tampoco he dado pie a que opinen demasiado de mí. Sin embargo, ahora lo que me obsesiona es saber más sobre Ally Fian, así que espero volver a ver a Bruce para que me hable de ella. Ya no daré por sentado, por las pocas ganas que tenía de hablar durante el tortuoso trayecto en coche, que internet me dará todas las respuestas que busco.

La tecnología nos ha vuelto muy vagos.

A las ocho y media salgo de mi habitación para bajar a cenar, aunque no tengo hambre. En el tramo final de las escaleras, me topo con Luke, que ha ralentizado sus pasos en cuanto me ha visto.

—¿Has escrito mucho? —le pregunto, por preguntar algo, bajando detrás de él.

—Ha cundido el tiempo, sí —contesta—. Mmmm… huele a *Coq au vin* —olfatea Luke, ya en el vestíbulo, con la mano en el pomo de la puerta que conduce a la cocina. A mí me huele a estofado, sin más, desconozco lo que es el *Coq au vin*, pero suena muy exquisito y muy francés.

—¿A qué?

—Estofado de pollo con mucho vino tinto —ríe, con un marcado acento inglés—. Es el plato estrella de Nimue, el que prepara para recibir a los nuevos escritores. Le sale riquísimo. Es francesa, ¿lo sabías?

—No tiene acento.

—Eso es porque lleva mucho tiempo viviendo aquí.

—Ya… —murmuro, sin saber si debo o no debo preguntar, pero…, venga, ya, al lío, lo suelto y ya está—: ¿Puedo hacerte una pregunta, Luke?

—*Of course*.

—¿Qué le ha pasado a Sarah?

Para mi desconcierto, Luke esboza una risa breve y seca.

—Es un poco excéntrica. Bueno, en realidad, ¿qué escritor no lo es? No le caía bien a nadie, siempre se estaba quejando por todo, así que su pérdida no ha supuesto ninguna tragedia.

—Ya, ¿pero qué ha pasado? Estaba enfadadísima —insisto, antes de que Luke abra la puerta y ya no pueda saber, al menos de inmediato, por qué Sarah se ha largado del retiro.

Sin que lo vea venir ni lo pueda evitar, Luke se aproxima a mí y me susurra al oído:

—Ha sido por culpa del fantasma que hay en la habitación que ocupaba Sarah. La misma en la que ahora duermes tú.

Vuelve a reír, esta vez con más ganas, mostrándome su dentadura blanca y perfecta. A mí me ha dejado del todo descolocada, petrificada como si hubiera criado raíces en la madera del suelo. Sin darme tiempo a decir nada más, Luke abre la puerta y nos encontramos a Nimue de espaldas terminando de preparar lo que sea que esté cocinando en la amplísima y rústica cocina con vigas en el techo y una mesa para seis comensales en el centro, preparada solo para tres.

—Hoy cenamos los tres solos —informa, centrada en la bandeja con lo que se supone que es el *Coq au vin* acompañado de un

montón de cebolla. Vamos, lo que vendría a ser un estofado de toda la vida—. ¿Qué tal la habitación, Alex?

—Genial —contesto, sentándome a la mesa sin perder de vista a Luke, que parece no haberse dado cuenta de lo mucho que me ha asustado con el tema de un fantasma en la habitación donde tengo que dormir durante el mes que ya he pagado por adelantado.

La noche ha caído de golpe, como un telón que cede, se desploma sobre el escenario sin avisar y oculta todo el decorado. A través de la ventana que hay sobre el fregadero, alcanzo a ver un búho encaramado sobre la rama de uno de los árboles que hay junto a la verja de la entrada.

«Ha sido por culpa del fantasma».

Las palabras de Luke se me han quedado grabadas; si no tenía apetito, ahora, directamente, no me entra nada.

—¿Vino, agua?

—¿Qué?

—¿Prefieres vino o agua?

—Ah, agua está bien. Gracias, Nimue.

—¿Pensando en tu nueva historia? Te veo distraída, Alex —comenta la anfitriona sentándose a mi lado.

—Hay un búho ahí fuera.

—Sí, viene siempre a esta hora —contesta sonriente, mirando por la ventana—. Una escritora italiana lo llamó Irvin, que significa bello. Creo que viene de noche para proteger la casa.

—¿Para proteger la casa de qué?

Luke me dedica una media sonrisa. Nimue, seria, clava la vista en su plato y empieza a hablar sin mirarme. No me fío de la gente que habla sin mirarte a los ojos. Es como si tuvieran algo que esconder.

—Es una casa antigua —espeta, con un gesto de desaliento—. De hecho, no solo las paredes de esta casa, construida en 1845, podrían explicarte mil historias, también el terreno.

—En esta colina quemaron a una bruja en el siglo XVII —añade Luke.

—¿Eres supersticiosa? —pregunta Nimue.

«Mucho. Muchísimo. Demasiado. A veces creo que estoy un poco cucú».

—No, no lo soy —miento, jugando con la comida. Espero que

este escalofrío que no me quito de encima no me delate.

—Entonces no tendrás problemas —le resta importancia la mujer, dándole un sorbo a su copa de vino.

—¿Os suena de algo el nombre de Arsenda? ¿La bruja Arsenda? —aprovecho para preguntar, sabiendo que no me van a tomar por loca. Ellos han sido quienes han sacado el tema de la bruja, así que es el momento idóneo.

Luke y Nimue intercambian una mirada. Percibo un rollito extraño entre ellos que no me gusta. Ser la nueva siempre es un fastidio.

—Es la mujer que dio pie a la maldición de Port de la Selva. Te acabo de decir que en este terreno quemaron a una bruja. Esa bruja se llamaba Arsenda —explica Luke, mientras Nimue permanece en silencio, como si estuviera en su propio mundo.

—Y la maldición consiste en…

Clavo los ojos en Luke, que es quien parece disfrutar hablando del tema, con el tenedor suspendido entre el plato y la boca.

—Antes de que el fuego la engullera, maldijo al pueblo. Aseguró que cada diez años desaparecería una niña en Port de la Selva.

—Y la última ha sido Ally Fian el año pasado —prosigo, logrando captar la atención de Nimue, que ahora sí me mira, y lo hace con los ojos entornados y la cabeza ladeada, preguntándose cómo es posible que sepa el nombre de la última niña desaparecida.

—Eso es —asiente Luke, satisfecho, como si se tratara de un juego.

—¿Y cada diez años desde que Arsenda fue condenada a la hoguera ha desaparecido una niña? Eso son muchas, muchísimas niñas.

—Pues me temo que ninguna ha aparecido —señala Luke, mirando a Nimue. Ella lo ignora y me dirige una mirada algo errática, como si estuviera desorientada.

Nos quedamos en silencio. El aire vibra de tensión.

—No he encontrado nada en internet —alego molesta.

—Eso es porque se trata de un tema bastante escabroso, Alex. Este pueblo quiere atraer turismo, no espantarlo —razona Luke—. De todas maneras, no le des demasiada importancia.

—¿Que no le dé demasiada importancia? ¡Hay una niña desaparecida desde hace un año! Hace once años hubo otra, ¿me

equivoco?

Otro silencio incómodo se apodera de la cocina. Nimue sigue bebiendo vino, chasquea la lengua y, con un gesto entre la impaciencia y la impotencia, zanja:

—Si no os importa, no quiero que habléis de Arsenda ni de maldiciones o niñas desaparecidas en esta casa, por favor.

Creo percibir un destello de pánico en su rostro.

—Perdona, Nimue —se disculpa Luke, escudriñándola como si intentara desentrañar los secretos que empiezo a elucubrar que la propietaria del retiro esconde.

11

LUKE

—Sí, se ha interesado en la desaparición de Ally.

—Bien, pero no confíes en exceso, Luke. Puede ser peligrosa.

—¿Alex peligrosa? Para nada, no lo creo. Confía en mí. ¿Cuándo te he fallado?

—Confío, Luke, confío. Eres tú el que está ahí, no yo. Pero, en cuanto obtengáis respuestas, en cuanto esa chica te ayude a descubrir quién mató a mi hija, porque sé que va a ayudarte, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Lo has sabido desde el principio, ¿verdad? Buscaste información sobre Alex en cuanto hizo la reserva. Ha sido una suerte que eligiera este retiro precisamente ahora. Es como si ella nos la hubiera enviado…

12

ALLY

8 de febrero de 2020
Tres meses antes de desaparecer

El abuelo de Eva es divertido, pero un poco raro. Hoy es sábado, no hay colegio, y nos ha llevado a hacer un pícnic a la playa. Me ha preguntado si soy buena estudiante, le he dicho que sí, que me gustan las matemáticas, aunque lo que más me gusta es leer.

—¿Y te gusta la Historia, Ally? —ha querido saber. He dicho que sí con la cabeza—. Mis padres me pusieron el nombre de Salvador por el Castillo de Verdera, una fortificación medieval que fue construida desde el siglo IX hasta el siglo XIII. Se encuentra en la cima de San Salvador Saverdera, a seiscientos setenta metros sobre el nivel del mar, en el pico más alto de la Sierra de Rodes.

—Ah —he murmurado sin interés, mirando de reojo a Eva, que no le ha hecho caso. Pero el hombre ha continuado hablando:

—Sí, es un lugar muy interesante, repleto de leyendas —ha añadido con misterio—. Se dice que algunas noches, en el Castillo de Verdera o lo que queda de él, pueden oírse los lamentos del alma en pena de la Condesa de Empúries, que saltó por un precipicio del castillo, siendo perseguida por el Conde de Rocabertí, su enamorado. Algún día tenemos que ir a hacer una excursión, ¿a que sí, Eva? Tú estuviste hace años, cuando eras muy pequeña. No te acordarás, claro, tendrías unos tres o cuatro añitos. Solo se puede acceder a pie desde el Monasterio de Sant Pere de Rodes. El castillo defendía al Monasterio de los ataques.

Solo quería que se callara para jugar con Eva que, aburrida, a lo mejor porque su abuelo cuenta lo mismo una y otra vez como suelen hacer las personas mayores, se ha quedado mirando el mar

pensativa después de poner los ojos en blanco, como queriéndome decir: «Jopé, ¡qué pesado!». Luego, el abuelo de Eva se ha interesado por papá y mamá. Le he dicho que papá es jardinero y que ha conseguido trabajo en algunas casas, aunque espera ser más conocido en el pueblo para conseguir más jardines. El abuelo de Eva se ha reído. Tiene una risa muy escandalosa, no me gusta.

—Dile que hable conmigo. Conozco a todo el mundo, quizá pueda echarle un cable.

—Vale —he dicho, sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

No me gusta cómo me mira. No me gusta que a Eva la coja tan fuerte de la mano, cuando está claro que ella no quiere porque le gusta ir a su aire. ¡Ya tenemos casi diez años! No tenemos por qué ir de la mano de los mayores todo el día. A Eva la tienen muy controlada, pero yo voy al cole y vuelvo a casa sola. Y no pasa nada.

—¡No os acerquéis al agua! —nos ha gritado Salvador, cuando nos hemos descalzado para ir a jugar a la orilla.

—Nunca le hago caso —me ha susurrado Eva mirando con disimulo hacia su abuelo, que no nos quitaba la vista de encima—. Me tiene harta, siempre está mandando.

13

ALEX

Nos dirigimos al centro del pueblo en el coche que Luke tiene alquilado durante su estancia en el retiro, un Mercedes Clase A de color negro limpito y reluciente. Mi madre estaría encantada con un hombre así para mí; el yerno ideal, pienso. Y, por un momento, mi mente vuela lejos, al caos del coche de Jan repleto de ceniza y olor a tabaco. No lo puedo evitar. Me entristezco, y la pena dura poco, tan solo un par de segundos, suficientes para que Luke lo perciba y me pregunte qué me pasa.

—Nada. Estaba acordándome de algo.

—¿O de alguien?

Chico listo.

No voy a hablar de Jan, me niego, y menos con alguien a quien acabo de conocer. No he hablado de él durante estos tres meses, no lo haré ahora.

—A lo mejor nos encontramos con Juliette y a Alizee. Hoy habrán cenado en el pueblo, suelen alargar la noche hasta las tantas de la madrugada —deduce sonriente.

El cielo de esta noche ha adquirido un hostil tono gris acero. El pueblo tiene mucho encanto. Recorremos despacio sus calles en forma de herradura, bordeadas de casas de color blanco, hasta llegar a una zona de aparcamiento frente a la playa. Me embriago del olor a mar y salitre, mientras Luke y yo avanzamos en silencio por el paseo marítimo, desde donde se ven riscos montañosos salpicados de lucecitas procedentes de las casas que hay a lo lejos.

—¿Desde aquí se puede ver el retiro de Nimue? —le pregunto, curiosa, mirando en dirección al pico de las montañas engullidas por la oscuridad.

—No. El retiro queda al otro lado.

Dejamos atrás el paseo marítimo y nos adentramos en la plaza del doctor Oriol, que se encuentra justo al lado. Está poco concurrida debido al frío que hace, y presume de unas vistas privilegiadas al mar. Esto, en temporada alta, debe de ser un hervidero de turistas.

—Me he hecho amigo del camarero, pero entre tú y yo —empieza a decir, como si se tratara de un secreto, *nuestro secreto*, agachándose un poco para quedar a mi altura—, los mejores bares son los que están perdidos en el interior, en las callejuelas del pueblo. Soy guiri, pero no soy tonto —ríe, guiñándome un ojo.

Nada más entrar por la puerta del bar Platja, bien ubicado en una esquina y con terraza exterior, Luke saluda al camarero, un tipo joven barbudo. Con confianza en sí mismo, es algo que muestra en cada uno de sus movimientos, firmes y autoritarios, se sienta en un taburete frente a una mesa de madera alta y redonda, que queda frente al televisor sin sonido que emite un videoclip de Beyoncé.

—¿Vas a beber lo mismo que yo? —pregunta Luke, y, por su tono socarrón, parece que me está retando. Me encojo de hombros, asiento sin preguntar qué es lo mismo que va a tomar él, y se levanta para ir a buscar las bebidas que ya están preparadas en la barra—. Es fuerte, bebe despacio.

Whisky. Cómo no. Típica bebida de escritor, un cliché que me divierte bastante. Le doy un trago que me deja la boca seca como una lija, por lo que bebo más para refrescar el paladar, y el segundo trago me quema la garganta. Toso como quien se fuma su primer cigarro.

—Te he dicho que bebieras despacio —me recuerda entre risas, dándome una palmadita en la espalda.

—Antes has dicho que Sarah se fue del retiro por el fantasma de la habitación… —empiezo a decir, titubeante, mirando mi vaso de whisky con recelo.

—El fantasma de la bruja Arsenda —añade, contundente, como si de verdad creyera que los fantasmas existen.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

«La habitación de Sarah es ahora mi habitación», vuelvo a pensar.

—Sarah se fue enfadada porque le pidió a Nimue que la cambiara de habitación y no quiso.

—Podría haberla cambiado. Hay una habitación libre, ¿no?

—Como te he dicho antes, Sarah se quejaba por todo, así que creo que Nimue estaba deseando que se largara y la locura de la escritora fue la excusa perfecta.

—La locura… —murmuro—. Entonces tiene su lógica. —Termino de un trago el whisky. Luke va a por más. No le digo que no, esto engancha—. ¿Y por qué crees que el fantasma de Arsenda ronda por ahí? ¿Asuntos pendientes?

—No crees en fantasmas, ¿verdad?

—Pse…

—La casa de Nimue fue construida sobre el terreno donde torturaron y quemaron a la bruja Arsenda.

—Hostia —suelto en una exhalación.

No se me había ocurrido pensar que, cuando Luke ha dicho en la cena que quemaron a Arsenda en una colina del pueblo, fuera en esa misma colina, donde dos siglos más tarde construyeron el retiro de Nimue.

—¿Realmente crees que hay niñas que desaparecen cada diez años por la maldición que lanzó al pueblo?

—Sin creencias, Alex, ¿qué nos queda?

—No, esas creencias son estúpidas —rebato—. Alguien se ha llevado a Ally Fian. —Le doy otro trago al whisky, que alguien me pare, por favor. Me acerco a Luke. Mi mano, descontrolada, golpea la mesa. Pese al espacio libre de humo, me escuecen los ojos—. Voy a descubrir quién ha sido.

Luke, serio, me mira fijamente. Ya no sonríe, parece estar sopesando mis palabras. Sin embargo, las risas animadas de dos mujeres de unos treinta y tantos años, idénticas salvo por el corte de pelo, interrumpen nuestra conversación.

—¡El guapo de Luke acompañado! —dice una algo ebria en un inglés afrancesado. La otra se sujeta en su hombro, parece no tenerse en pie.

—Las gemelas Juliette y Alizee… ¿De dónde habéis salido? —pregunta, divertido, mirando al fondo del bar, donde hay una mesa con dos chicos sentados de espaldas, probablemente los que acompañaban a las escritoras francesas, impidiendo que Luke las viera al llegar—. Chicas, os presento a Alex, de Barcelona. Es escritora, se aloja con nosotros en el retiro.

—¡Encantada! —dicen las dos al unísono. Saben hablar español, algo torpe, pero se defienden con el idioma.

¿Cómo van a escribir de noche si apenas pueden vocalizar?

—Igualmente —les sonrío, memorizando que Juliette es la del cabello largo y Alizee la del cabello corto con un lunar en la mejilla que la diferencia de su hermana, ambas pelirrojas y de ojos color miel.

—Nos vamos ya, a ver si podemos escribir un poco —se despide Juliette, componiendo un gesto de resignación al tiempo que mira la hora en el reloj colgado en la pared.

—Id con cuidado, chicas —les dice Luke—. Hasta mañana.

Las miramos mientras se alejan. Son altas, delgadas, e imagino que no suelen caminar a trompicones hasta la salida como lo están haciendo ahora por culpa del exceso de alcohol.

—Hoy no escribirán —me asegura Luke—. Se van a quedar dormidas hasta la hora de la cena de mañana.

—No me extrañaría —me río, terminando mi segundo vaso de whisky. Qué bueno está. El whisky, no Luke. Bueno, Luke, que se levanta y va a por más whisky, también está bueno, para qué vamos a negar lo evidente.

—¿Escribes por la noche? —quiere saber antes de darme el vaso.

—No, escribo de día. Por la noche veo Netflix y me quedo frita en el sofá.

—¿Frita?

—Dormida.

—Okey. Entonces puedes beber.

—¿Qué estás escribiendo, Luke?

—Aún no puedo considerarme escritor, no he publicado nada, así que no te lo voy a contar —sonríe misterioso—. ¿Y tú?

—Nada. No estoy escribiendo nada. —Suspiro y pongo los ojos en blanco—. Pero cuando sepa quién es Ally Fian y qué es lo que le ha pasado, puede que ahí tenga la historia que quiero contar.

—Vaya. ¿Te obsesionan las desapariciones? ¿De qué va tu novela, esa que te ha hecho tan popular?

—¿Me has estado investigando, Luke?

—Un poco —contesta seductor levantando una ceja.

—Mi novela va de una desaparición real, la de Silvia Blanch, que ocurrió en Montseny hace cuatro años. Pero cometí el error de

involucrarme demasiado en la historia, de inventarme cosas para la novela aun diciendo que estaba inspirada en el caso, y fue algo que no tendría que haber hecho porque… —Me detengo y trago saliva, las palabras se resisten a salir—. Bueno, porque hice daño a muchas personas —añado.

—Y dices que no has encontrado nada sobre Ally en internet, así que, ¿dónde piensas buscar?

—En el colegio. En las calles, preguntando a la gente. Entraré en su casa, hablaré con sus padres, veré sus fotos —contesto con seguridad—. Antes que escritora, aquí una servidora era periodista.

—Interesante —murmura, sin dejar de mirarme, agitando el vaso y haciendo chocar los cubitos de hielo—. Mantenme al corriente de tu investigación, *Miss Marple*.

No sé cuántos vasos de whisky me he tomado, porque Luke los hace aparecer mágicamente delante de mis ojos antes de que pueda darme cuenta de que se ha acabado el anterior, pero aun así, una parte de mí es consciente de que mi voz suena cantarina, subiendo y bajando, no siempre en consonancia con lo que le cuento que es, prácticamente, toda mi vida, concretamente desde que empezó a ponerse interesante gracias a la desaparición de Silvia Blanch, puesto que antes era de lo más anodina. De la redacción a casa, de casa a la redacción, un par de casos emocionantes al mes en plan: una anciana se ha quedado encerrada durante cinco horas en el ascensor, ¿cómo ha sobrevivido tanto tiempo? A Jan, esté donde esté, deben de pitarle los oídos, ya que su nombre ha aparecido en cada frase. Luke me ha dicho que sigo enamorada. Yo, categóricamente, lo he negado, asegurando que solo estoy enamorada del recuerdo, de algunos recuerdos, claro, no todos son buenos, pero ¿a quién quiero engañar? No soy creíble. Pienso en Jan cada segundo de todos los malditos días desde que decidí decirle adiós en aquella habitación de hospital. Nadie es tan estúpido como para decirle adiós a la persona a la que quiere, ¿no? Bueno, pues resulta que yo sí. Luke, muy acertadamente, ha citado a Bukowski, y eso que la que va piripi soy yo: «Hay personas inolvidables. Y no hay cura». No, no hay cura, pero puedes tomar la decisión de pasar página y, con el tiempo, que dicen que todo lo cura aunque empiezo a dudarlo, tal vez se pueda olvidar un amor.

Tal vez.

Pero a la memoria del corazón es imposible engañarla.

—¿Por qué es tan difícil pasar página? —pregunto, arrastrando ligeramente las palabras con los ojos llorosos, más para mí misma que para Luke, a quien veo borroso, momento en que él me ha retirado mi vaso de whisky medio vacío.

—Creo que es hora de volver al retiro, Alex.

—¿Me has emborrachado para sacarme información? —inquiero, cuando se levanta para ir a la barra a pagar la cuenta.

—Puede.

Me guiña un ojo, habla con el camarero mientras yo le miro el trasero enfundado en unos tejanos que le sientan de muerte, y vuelve a por mí con su brazo firme en torno a mi cintura para ponerme derecha. Nada más poner un pie en el suelo, el bar setentero empieza a dar vueltas y vueltas y mis ojos, cansados, amenazan con cerrarse en tres, dos, uno…

14

ALEX

La luz del sol me arranca del sueño bruscamente.

Cómo llegué anoche a la cama es, para mí, un misterio. No recuerdo casi nada. Intento abrir los ojos, pero los noto hinchados y la cabeza me va a estallar. Qué mal me sienta el whisky. Necesito agua, tengo la boca pastosa, aún me sabe a alcohol. Voy vestida con la ropa de ayer y mis Converse están bien colocadas junto a la cama, por lo que Luke debió de acostarme. Qué vergüenza. Qué habrá pensado de mí. Cómo voy a mirarlo hoy a la cara.

Un pajarillo canta en el alfeizar de la ventana. Qué bonito. No entiendo de aves; de hecho, huyo de todo lo que tenga plumas, pero quiero pensar que es un colibrí, que dicen de ellos que, cuando aparece en un jardín, nos viene a contar que las almas de los que amamos están bien.

Me levanto de la cama y, descalza, sin saber muy bien qué hacer, aturdida y con resaca, con la esperanza de que una bocanada de aire frío me haga sentir más humana cuando salga al exterior, deambulo por la habitación sintiendo el calor de la madera en la planta de mis pies. Tengo una sensación extraña, me doy cuenta de que tiene que ver con mi ordenador portátil, un detalle insignificante que me da qué pensar. Tiene la tapa levantada cuando, estoy segura, segurísima, de que ayer por la tarde, al terminar mi infructuosa búsqueda sobre Ally Fian, la dejé tapada.

¿Luke estuvo espiando mi ordenador?

Trato de no darle vueltas al asunto.

Son las diez de la mañana. El cielo resplandece como una perla. Me asomo a la ventana y veo a Nimue entrar en el cobertizo que hay enfrente, a medio camino entre la verja de la entrada y el bosque, cuyo sendero empinado conduce a la cala. Nimue lleva

puesto un abrigo de color rojo con capucha que llama mi atención porque, con lo discreta que va siempre, vestida con colores neutros tirando a oscuros, no le pega nada. Qué curiosa es esta mujer. Y qué hambre me ha entrado de repente. Todavía envuelta en la bruma del sueño, me cambio rápido de ropa, salgo de la habitación, voy al cuarto de baño, que está impoluto, como si hiciera días que nadie lo usa, y desciendo las escaleras, no sin antes quedarme unos segundos con la vista fija en la puerta de Luke.

¿Estará durmiendo? ¿Escribiendo? ¿Habrá salido?

Hay un silencio sepulcral en toda la casa. Da la impresión de que nadie se ha levantado todavía, pero, para mi sorpresa, al entrar en la cocina veo a Nimue sentada a la mesa terminando una taza de café. La he encontrado pensativa mirando por la ventana y parece llevar un buen rato así, porque le ha costado reaccionar al verme. Entonces, si no era ella, ¿a quién he visto entrar en el cobertizo? No ha podido cambiar de escenario con tanta rapidez. No he estado tanto rato en el cuarto de baño y tampoco he oído el ruido de ninguna puerta abrirse y cerrarse. ¿Y dónde está el abrigo rojo con capucha que llevaba puesto?

—«¿Qué creen los escoceses de los gatos? —le pregunté ayer a Bruce.

—Que son los gatos de las brujas».

—¡Buenos días, Alex! ¿Café? —pregunta Nimue enérgica.

—Buenos días. Sí, por favor.

Sonrío amable y miro por la ventana, desde donde veo aparecer al mismo gato que me recibió ayer. Más negro que un tizón. Rápido como una bala, el gato se adentra en el bosque, volatilizándose en las sombras que otorgan los árboles. Fijo la mirada en el cobertizo, como si de repente una doble de Nimue pudiera emerger de él, pero no hay nada. Ni nadie. Solo nosotras dos en la impoluta cocina y un silencio incómodo que la anfitriona se encarga de romper.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Sí, eso creo —contesto confundida.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy?

No beber whisky. Descansar. Dejar de pensar en Jan, aunque solo sea un poquito. Tomarme un Ibuprofeno para que desaparezca este condenado dolor de cabeza.

—Saldré a conocer el pueblo. Iré a la cala.

—Estupendo. Si necesitas chófer, solo tienes que decírmelo y llamaré a Bruce.

—Nimue, te he visto hace nada entrar en el cobertizo… —No atino con las palabras—. ¿Es posible que…?

—¿En el cobertizo? —me interrumpe. Parece nerviosa, su rostro es el de una esfinge; los ojos vacíos de expresión. Desconfío—. Se me olvidó decirte ayer que está hecho un desastre, por lo que, por favor, no te acerques ahí. En cualquier momento puede desprenderse una tabla de madera, Dios no lo quiera, y hacer daño a alguien.

—Claro. —Le doy un sorbo al café que me sirve, sin dejar de mirarla con la intención de intimidarla. Creo que lo consigo, desvía la mirada lejos de mí. En las pocas horas que llevo en el retiro, me he dado cuenta de que le incomoda el contacto visual—. Tendré cuidado de no pasar por ahí —zanjo.

Nimue no me conoce. No sabe que no se me puede decir que no vaya a un sitio aunque ese sitio suponga un peligro. Cuanto más insista en que no puedo entrar en el cobertizo «por si», más ganas voy a tener de entrar.

15

LUKE

—Acaba de salir de la habitación. Es observadora. Curiosa por naturaleza, perspicaz. Anoche me estuvo contando toda la historia de Silvia Blanch. Fascinante de principio a fin. De no haber sido por Alex, esa chica habría caído en el olvido. Jamás se habría descubierto qué le ocurrió.

—¿Pudiste ver su ordenador?

—Sí. Contraseña 1, 2, 3, 4. ¿Se puede ser más simple? Estuvo buscando información sobre la desaparición de Ally. También cosas de brujas… Arsenda, la mujer condenada a la hoguera por brujería en Port de la Selva y…

—¿Y qué, Luke?

—Encontró el enlace, pero también se han encargado de eliminarlo.

—Como si nunca hubiera existido…

—Exacto.

—Sigue así, Luke. Si Alex se empeña en descubrir la verdad, nos será de ayuda. Cuatro ojos ven más que dos, y tú no estás viendo demasiado, que digamos.

—Hago lo que puedo. La gente en este pueblo es muy cerrada.

—Pues haz que se abran a ti. ¿Dónde está el hombre persuasivo que conocí?

—Me temo que se fue con ella.

16

ALEX

Me despido de Nimue diciéndole que no me espere a la hora de comer.

—¡Te vas a perder mi delicioso pastel de carne! —ha exclamado orgullosa cuando he salido de casa.

Nimue me tiene confusa. El ser humano es contradictorio por naturaleza, hoy dice A y mañana puede decir B y está en todo su derecho de ser variable como el viento, pero ¿tanto? Nimue tiene la capacidad de mostrarse fría y autoritaria, esquiva y con pocas ganas de sociabilizar, y, en lo que dura un pestañeo, transformarse en una mujer agradable y cercana con una vitalidad envidiable. La perfecta anfitriona de un retiro literario sin pretensiones, cero normas y, aunque difícil de encontrar buceando en internet, de acceso rápido para cualquier persona que quiera escribir en un entorno tranquilo y privilegiado, aun cuando no ha publicado un libro en su vida, como es el caso de Luke. Desconozco si Juliette y Alizee han publicado algo; anoche no las pillé en su momento más lúcido para preguntárselo. Tener un libro publicado por editorial, normalmente en el país del que procedes, es una premisa obligatoria en casi todos los retiros literarios de cualquier parte del mundo, pero el de Nimue se asemeja más a un hotel rústico en plena naturaleza por ochocientos euros al mes con desayuno, comida y cena. Puede que solo sea una mujer solitaria que quiere compañía y necesita dinero para mantener una casa centenaria, que barata no debe de ser. Me pregunto si el hombre con el que hablaba ayer por la tarde a través de los barrotes es su novio o un amante con el que tiene que verse a escondidas, si se ha llegado a casar o ha tenido hijos. Sospecho que no será fácil averiguarlo. Nimue no parece abrirse a la gente, y eso me provoca curiosidad. Se muestra amable, pero parece preocupada

por mantener las distancias.
Camino durante cinco minutos por el interior del bosque, donde hay un sendero de cuento cada vez más desnivelado hacia abajo y rocoso, que conduce a una cala de aguas cristalinas con tanto prado verde a su alrededor como arena. No me hace gracia tener que cruzar el bosque entero para llegar, la verdad. Aunque el sol brilla en lo alto, aquí dentro está muy oscuro. Parece transportarte a un submundo donde los árboles proyectan sombras tenebrosas, la luz cálida juega entre las hojas, y los animales, ocultos entre matorrales que crecen a sus anchas, hacen ruidos. Algún que otro sobresalto me llevo, mi estómago se erice de miedo; sin embargo, merece la pena cuando, al final del camino, tras sortear unas cuantas rocas, se me presenta el mar en calma.

Me descalzo y pongo un pie en la arena disfrutando de su tacto rugoso. No hay nada, absolutamente nada, que el mar no cure, o eso dicen. Estoy sola en este día de marzo soleado con fuertes ráfagas de viento, pese a que no es del todo una cala privada. Al alzar la cabeza y mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que hay otros accesos posibles, aunque incómodos, además de cruzar el bosque exclusivo del retiro literario.

Me acerco a la orilla y me siento. El aire fresco cargado de salitre se cuela por mis fosas nasales y me reconcilia un poco con el mundo. El mar resplandece con los reflejos del sol y en este instante parece estar cubierto por una gasa de color amarillo. Jugueteo con la arena apurando al máximo el momento de encenderme un cigarro. Mis pulmones lo agradecerán, pienso. Miro el móvil, pasando por alto todas las notificaciones procedentes de las redes sociales. Doy por hecho de que Jan no me ha vuelto a escribir, aunque, quién sabe, y le mando un wasap a mi madre para decirle que todo va bien. Sin más dilación, tengo que empezar a trabajar, por lo que pongo en marcha mi plan, y el primer paso consiste en enviarle un correo electrónico a Pol, el que fue mi jefe en el periódico *Barcelona ahora*, antes de ponerme de patitas en la calle por un recorte de personal. Después del éxito que tuvo mi primera novela, que no habría escrito si Pol no me hubiera despedido, y de lo mucho que se ha hablado de mí tras resolver el caso de Silvia Blanch, aunque fuera de manera accidental y no saliera bien parada, quiso que volviera a trabajar en la redacción. Me negué.

Aún creo que la vida tiene otros planes para mí, planes en los que no concibo encerrarme en una redacción de lunes a viernes. No estaba mal y a veces disfrutaba de mi trabajo, pero aspiro a algo más. Escribir me hace feliz, pero todavía intento averiguar si detrás de las historias que quiero contar existe alguna otra cosa que me haga sentir satisfecha conmigo misma.

—Aún no es el momento, Pol. Puede que algún día —le dije.

—Aquí siempre tendrás las puertas abiertas, Alex —me prometió.

Es un alivio saber que no me va a faltar trabajo si mi carrera como escritora se va a pique.

De: Alex Duarte [mailto: alexd89@gmail.com]

Enviado el: martes, 4 de marzo de 2021 11.10

Para: Pol Figueroa

<pfigueroa@barcelonaahora.com>
Asunto: Desaparición en Port de la Selva
Hola, Pol:

Espero que estés bien. Supongo que sabrás que estoy en Port de la Selva, leí tu comentario en la foto que publiqué en Facebook deseándome suerte. El caso es que en este pueblo desapareció el año pasado una niña llamada Ally Fian. Estarás pensando: «Tú y tu obsesión con las personas desaparecidas». Ya, ya, ya… El caso es que no encuentro nada sobre ella en internet y aquí hablan de leyendas, brujería, de una maldición iniciada por una mujer llamada Arsenda condenada a la hoguera en el siglo XVII… No creo que encuentres nada al respecto y tampoco es eso lo que quiero pedirte. Me harías un favor enorme si, durante un tiempo, un mes, a lo sumo, pudieras añadirme en la web de *Barcelona ahora* como periodista. Con mi foto, mi biografía, experiencia y esas cosas, como cuando trabajaba ahí. Quiero hablar con los padres (aunque aún no sé dónde viven), con la escuela, alguna amiga… y así anticiparme por si alguien busca información sobre mí. Que crean que soy una periodista en activo que actualmente trabaja en un periódico.

¿Me harás ese favor? Por los viejos tiempos.

Un abrazo, jefe.
Alex

De: Pol Figueroa [mailto: pfigueroa@barcelonaahora.com]

Enviado el: martes, 4 de marzo de 2021 11.40

Para: Alex Duarte

<alexd89@gmail.com>
Asunto: Desaparición en Port de la Selva
Estimadísima Alex:
Cuánto me alegra saber de ti. Vuelvo a repetirte que despedirte fue un error, aunque creo en el destino y, sin la peor decisión que pude tomar para el periódico, no habrías llegado tan alto. Si entras en la web, verás que ya apareces en la plantilla de *Barcelona ahora*; haces bien en anticiparte por si te buscan. Por favor, ten cuidado. Lo que cuentas de brujas y leyendas… qué mal rollo, como dirías tú. Ah, por supuesto, este favor no te lo hago gratis. Cuando publiques tu próximo libro, quiero la primera entrevista, y, a poder ser, de las jugosas.

Un abrazo,
Pol

Sonrío agradecida ante la eficacia de Pol. No tenía por qué haberme hecho ese favor y lo ha hecho. Lo visualizo saliendo de su despacho acristalado, dejando todo lo que estaba haciendo por mí, corriendo hasta quienquiera que se encargue ahora de la web, y ordenándole en un siseo autoritario lo que le acabo de pedir, mirando por encima del hombro que el informático haga bien y rápido su trabajo. Compruebo que, efectivamente, mi ficha aparece en la página del periódico como periodista. Ha incluido una breve biografía debajo de mi fotografía, la misma que me hicieron al entrar a trabajar ahí, allá por el año 2015. Han pasado seis años y casi no me reconozco en esa sonrisa y en esa cara inocente y más redonda que la actual. Es la cara de quien desconoce por completo todo lo que está por llegar.

Cojo un cigarro y lo enciendo. Cuando doy la primera calada que me sabe a gloria, la voz de Luke a mi espalda entorpece mi momento de paz.

—Fumar es una debilidad, Alex.

—Soy débil, Luke.

—Lo dudo.

—¿Qué te conté anoche? ¿Cómo terminé en mi cama? No recuerdo nada.

—Te prometo que en todo momento fui un caballero y que todo

lo que me confesaste está a salvo. —Me dedica una sonrisa de galán levantando las manos en son de paz. Qué envidia me da su dentadura, blanca y perfecta, ni un solo diente torcido. Sus movimientos son pausados y elegantes, me mira con benevolencia a media distancia, como si perteneciera a la aristocracia. Se sienta en la arena junto a mí. Por la cara que pone, no le hace gracia pringarse los pantalones de arena—. Estabas sonriendo. ¿Noticias de Jan?

—No, de Jan no. —«¿Anoche hablé mucho de Jan? ¿Cuánto?», me callo—. De mi jefe en el periódico en el que trabajaba.

—Pol.

—¿También lo nombré? —me sorprendo.

—Varias veces. En el fondo lo aprecias, se nota.

—Bueno, no sé yo… Qué buena memoria tienes.

—Los escritores tienen que tener buena memoria, ¿no?

—¿Tienen? ¿No te incluyes?

—Todavía no me considero escritor. No hasta que vea mi primera obra publicada.

—Por cierto, ¿anoche tocaste mi ordenador? —pregunto, escudriñándolo con atención.

—Jamás haría algo así —contesta, llevándose una mano al pecho como si lo hubiera ofendido con mi pregunta.

—Ya. Qué despistada soy. —Me quedo en silencio. Lo pillo mirándome de reojo, escondiendo una sonrisa pícara y entrecerrando los ojos cuando los rayos del sol le dan en la cara—. ¿Tienes novia, Luke?

Su semblante se ensombrece, mostrándome de pronto una expresión melancólica. Agacha la cabeza y se encoge de hombros. Le doy una calada al cigarro soltando una larga columna de humo. Puede que mi inocente pregunta haya tocado alguna tecla sensible; el silencio prolongado nunca es buena señal.

—Tenía.

Abro la boca como un pez fuera del agua. La cierro y me limito a decir un simple:

—Ah.

No insisto cuando percibo que sus ojos están un poco vidriosos. Apago el cigarro, envuelvo la colilla en un clínex para tirarla en algún cubo de basura, y me levanto, lista para empezar a averiguar

quién es Ally Fian.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero ir sola.

—¿A dónde? —se interesa.

—A conocer el pueblo.

—Puedo enseñarte un bar que…

—No, Luke.

—Vale… —titubea—. Como quieras.

17

LUKE

—No la pierdo de vista. La estoy siguiendo.

—¿Dónde estás?

—En el colegio. Alex acaba de entrar.

—Te veo, Luke.

—No sabes cuánto me recuerda a ella.

—No empieces. Los sentimentalismos distraen.

—Lo siento.

—Espérala fuera. Llévala a comer. Entretenla.

18

ALEX

En Port de la Selva no hay mucha oferta educativa, por lo que deduzco, aun a riesgo de equivocarme, que Ally Fian iba a la escuela rural Les Clisques. También cabe la posibilidad de que la llevaran a cualquier otro colegio de algún municipio cercano, pero no tengo nada que perder por acercarme y preguntar. Parece mentira que ocurran cosas malas en un lugar tan idílico como este. En el pueblo destacan las calles empedradas y estrechas, flanqueadas por casitas blancas, muchas de ellas centenarias y de pescadores, con puertas de madera centenarias pintadas de azul. Sin embargo, es en estas zonas residenciales, en estos pueblos que en invierno parecen dormidos y en verano resucitan con la alegría característica de quienes están de vacaciones, donde la gente suele guardar los peores secretos. Y los secretos cuyos propietarios se empeñan en que nunca salgan a la luz, no suelen traer nada bueno.

Mientras voy alejándome de Luke, activo el GPS en mi móvil para ubicarme. Selecciono como destino la escuela. Tengo la sensación de que Luke sigue observándome en un momento un poco comprometido, mientras subo un peñasco con cero feminidad. Son las doce del mediodía y, desde donde estoy, tardo andando media hora. Sin más dilación, vuelvo a adentrarme en el bosque, lo cruzo corriendo y salgo del retiro siguiendo el sendero de tierra en dirección al pueblo. Verás cuando tenga que volver a recorrer el camino de subida. Voy a morir.

Paso por caminos agrícolas contemplando las vistas, un cielo despejado y sin nubes, entremezclándose con el azul del mar. Avenidas residencias con casas bajas de diferentes estilos que no tienen nada que ver con las casitas de marineros que destacan en la zona, y que están más cerca de las playas concurridas. Más subidas,

más bajadas, sigo avanzando por una calle llamada Serra Carbonera… Según el GPS del móvil ya estoy cerca de la escuela, a solo cinco minutos que se me hacen eternos, porque ya estoy cansada de caminar, hasta que me detengo en la calle de la Lloia. La escuela es pequeña, familiar. Tiene cuatro ventanales en la planta superior y su fachada es de cemento blanca, cuidada y moderna, integrada con el resto de edificaciones de la zona. Miro a mi alrededor con la extraña sensación de que alguien me vigila, pero no hay nadie, solo una pareja que entra en una de las casas que hay enfrente, cuyo diseño me hace creer que, en lugar de estar en la Costa Brava, me encuentro en Ibiza. Entro sin mucha idea de cómo me voy a presentar. Soy consciente de que solo tengo una oportunidad; si desconfían de mí no voy a poder saber quién es Ally, y mucho menos conseguir la dirección de sus padres para ir a hablar con ellos.

—Hola, ¿qué deseas? —me pregunta cordialmente un chico joven desde el mostrador. A mi alrededor hay niños alborotados, algunos chillan, pero no son rabietas, es pura felicidad. Me encantan los niños, pero no podría trabajar aquí. Hay demasiado ruido, tengo que levantar la voz para que el chico pueda oírme, y no me gusta cómo suena cuando grito.

—Hola, soy Alex Duarte. Me gustaría hablar con el director o la directora de esta escuela.

—¿Por? —quiere saber el conserje, descolgando el auricular del teléfono sin perder la sonrisa con la que me ha recibido, lo cual es de agradecer y me da confianza.

—Soy periodista. —Adiós sonrisa. Mierda—. Del periódico *Barcelona ahora*. —«Piensa rápido, Alex. Piensa rápido, por lo que más quieras. ¡Rápido!». El chico ahora me mira fatal—. Lo puedes comprobar, aparezco en la página web.

Me siento una novata estúpida.

—¿Pero qué quieres? —insiste.

—Estoy escribiendo un artículo sobre escuelas rurales.

—Ah.

—Sí. He visitado otras escuelas en Montseny, en Vic y… eh… bueno, me falta este. Para una comparativa con las escuelas de Barcelona.

—¿Qué escuelas de Montseny y de Vic has visitado?

—Pues…

—Déjala entrar.

Esto último lo dice una mujer de unos cincuenta años, bajita y fornida con el pelo peinado en ordenadas ondas negras, como si fuera una estrella de cine de los años treinta, que ha aparecido por una de las puertas que hay tras el mostrador. Su rostro es afable y sus ojos marrones me miran con curiosidad, en el momento en que un niño torpe o mal educado o puede que ambas cosas, se interpone en mi camino dándome un codazo en las costillas. Reprimo las ganas que me entran de chillarle. Ay. Seré una madre horrible.

—Gracias —digo, deduciendo que la mujer a la que sigo es la directora del centro.

Me hace pasar a un despacho con vistas al patio. Tiene la pared repleta de dibujos que han debido de hacerle los niños. Mis ojos se quedan fijos en uno de los mejores, que firma con una letra grande y redonda Ally Fian. Si me quedaba alguna duda de que la niña venía a esta escuela, ya se ha evaporado. Me quedo mirando el dibujo con más atención. Me centro en los contrastes, en el color naranja, el verde, el amarillo chillón. Colores vivos, chispeantes. ¿Era una niña feliz? ¿Le gustaba pintar? Eso parece.

—Vienes por Ally Fian —adivina la mujer, devolviéndome a la realidad—. ¿Me equivoco?

«¿Esto va a ser más sencillo de lo que esperaba? ¿Va a desaparecer el hilillo de sudor que me recorre la espalda, provocado por la desconfianza del conserje?».

—Sí —asiento cohibida.

—Te he reconocido. Leí tu libro sobre la desaparición de Silvia Blanch. Muy desacertada, nada de lo que escribiste ocurrió en realidad, narrativa simple, demasiado, pero engancha, es entretenido y se lee en un suspiro.

—Gracias.

«Creo».

—Yo me llamo Adriana, y llevo en esta escuela desde 2010, el año en que desapareció Magda, de solo tres años, la hija de mi mejor amiga. ¿Sabes cuántas niñas han desaparecido en Port de la Selva desde entonces? —Niego. Se me forma un nudo en la garganta. Adriana parece estar acostumbrada a dar reprimendas, y me hace sentir como aquella niña que fui, siempre metida en líos,

desobediente y cabezota, que terminaba castigada en el despacho de la directora de la cual, dicho sea de paso, me hice amiga—. Año 1990: Lia Campbell, una niña americana que había venido de vacaciones con su familia. Año 2000: Sandra Serra, de Barcelona. Llevaban un año y medio instalados en el pueblo. 2010: Magda, la hija de mi amiga, como te acabo de decir. 2020: Ally Fian. Ninguna de estas niñas ni las anteriores que durante siglos han ido desapareciendo, regresaron. Ni vivas. Ni muertas. Nunca más se supo. Ally tampoco va a aparecer —sentencia, pronunciando las palabras como si se las estuviera tragando.

Siento que el corazón me da un vuelco.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque es la maldición.

—¡Venga ya! —exclamo. Mi incredulidad con respecto a la maldición no parece sentarle demasiado bien a la directora.

—¿Qué quieres? —inquiere firme, autoritaria.

—Hablar con sus padres.

—No creo que te reciban.

—¿Por qué? Tiene que haber alguna posibilidad de encontrar sana y salva a Ally. La información es poder, hay que dar a conocer lo que está pasando aquí, no puede seguir oculto. La cobertura de una noticia ayuda a que se busque con más ímpetu a la persona que desaparece, y, en este caso, estamos hablando de una niña —le reprocho con acritud.

Aprieto los labios con fuerza. No es lugar para andar soltando tacos, pero siento que me va a vencer una rabia que me estalla roja en las mejillas. Lo que ocurre aquí no es normal.

—Has estado buscando en internet y no has encontrado nada, ¿cierto? —Mira la pantalla del ordenador con la mirada perdida. Duda si continuar hablando o no, pero, por suerte, prosigue—: Hace un tiempo, una joven vino haciendo las mismas preguntas que tú sobre las desapariciones. Decía que era para un blog. ¿Sabes qué le pasó?

—Cuéntamelo tú.

Desafiante, me cruzo de brazos bastante molesta e indignada ante su calma por lo sucedido, a la espera de su respuesta.

—Una semana después de estar aquí, sentada en la misma silla donde estás tú ahora, apareció muerta en una cala. Y dos semanas

después, Ally desapareció.

—Muerta… O sea que… —balbuceo confundida, porque esto no me lo esperaba.

—La mataron —me asegura, en el momento en que la claridad del mediodía cae a través de la ventana, otorgándole a la directora sombras poco favorecedoras—. Tampoco encontrarás nada sobre ella en internet. Hay información que debe seguir oculta por el bien de este pueblo.

—La mataron… —repito en un murmullo—. ¡¿Quién?! —me desespero.

—La bruja. Arsenda. Su espíritu. Por meterse donde no la habían llamado. Por ese motivo, aquí no se habla de las desapariciones y mucho menos se exhibe en la prensa o en internet. Da mal fario. A ningún periodista se le ocurre venir a preguntar sobre las desapariciones, y así debe seguir, Alex. ¿Sabes para qué? —Incrédula, pensando que la mujer que tengo delante está completamente loca, niego con la cabeza—. Para no enfadarla más de lo que ya lo hicieron nuestros antepasados en 1620 al quemarla por brujería. Al final, Arsenda terminó condenándonos a todos.

—Madre mía… —Me llevo la mano a la frente, anotando mentalmente el año en el que condenaron a Arsenda a la hoguera, dato relevante que hasta ahora desconocía: 1620—. ¿En serio? —Me parece imposible que una directora de colegio hable con tanta normalidad de algo irreal, pura fantasía. No entiendo nada y, por cómo me mira, la que parece que está mal de la cabeza soy yo—. Arsenda murió hace cuatrocientos años. Han pasado cuatro siglos. Puede que ni siquiera sea verdad que la pobre mujer maldijera al pueblo, no aparece nada de eso en la única página que hay en internet que habla de ella y todo el tema de la caza de brujas catalana.

—Ocurrió de verdad —me asegura con calma—. Aparece en el archivo histórico. Las maldiciones nunca mueren. El espíritu de Arsenda pervive y, cada diez años, despierta —dice tan normal, como quien habla del viento de la tramontana—. Anda con ojo, no te entrometas en su camino, o el siguiente cadáver que encontrarán en alguna playa será el tuyo —comenta, y casi me parece una amenaza que, por ahora, prefiero ignorar—. Mira, Alex, es una lástima, pero los de aquí estamos acostumbrados a que, cada diez

años, desaparezca una niña. Se dice que es porque la propia Arsenda estaba embarazada de una niña. Y ahora, si me haces el favor de…

—No. Quiero hablar con los padres de Ally —insisto, haciendo un gran esfuerzo para no soltar improperios.

—Si eso sirve para que te vayas… —suspira, deseando librarse de mí sin ningún tipo de disimulo—. Bah, no creo que pase nada, así que…

Concentrada, teclea en el ordenador y, acto seguido, coge papel y boli y apunta un nombre y una dirección. Bingo. Antes de que me vaya, me enseña la fotografía enmarcada de un niño tomada hace varios años.

—Cuando me quedé embarazada de mi hijo Isaac, que ya tiene veintitrés años, recé cada noche para que no fuera una niña. Porque si hubiera nacido niña, nos habríamos tenido que ir de Port de la Selva. Las familias de las niñas que desaparecen no suelen creer en la maldición, son agnósticas, no están metidas en… —Se detiene y le entra una repentina tos que parece forzada. ¿Dónde no están metidas? ¿Qué se está callando?—. Las últimas niñas que desaparecieron no llevaban mucho tiempo viviendo en el pueblo, venían de fuera. Puede que ni siquiera supieran nada de la bruja o sus padres no creyeran todavía en eso, como tú, por el hecho de que no aparece información al respecto en ninguna parte. Deseo que tengas suerte en tu búsqueda y, ojalá, des con el paradero de Ally.

—Pero has dicho que…

Sacude la cabeza, me dedica una sonrisa triste, cansada.

—Aún, a pesar de todo, tengo esperanza. La pequeña Ally era especial. Una superviviente.

Vuelve a su mesa y extrae de una carpeta la fotografía de una niña preciosa, rubia de ojos verdes y pequitas salpicadas alrededor de una nariz respingona.

—Puedes quedártela. Es Ally Fian. Supongo que ni siquiera sabías cómo era —adivina.

—Qué guapa.

—Era… No, era no. Es inglesa, aunque su padre nació y vivió casi toda la vida en Gerona. Sabía un poquito de español y catalán, en pocos meses dominó los dos idiomas a la perfección. Casi nunca reía, era una niña solitaria y triste. Solo tenía una amiga. Eva.

Problemas en casa. Sus padres discutían mucho, es lo único que sé porque a veces me lo contaba. Lista, espabilada y muy educada.

—¿Dónde desapareció?

—El día que cumplió diez años se largó de casa sin avisar. Encontraron sus zapatitos en la orilla de la cala que queda justo debajo del retiro literario de Nimue, no sé si lo conoces. —Compongo un gesto afirmativo sin decirle que me alojo ahí. Me estremezco al saber que hace una hora mis pies pisaban la misma arena que Ally pisó por última vez antes de desvanecerse—. El cuerpo sin vida de la chica de la que te he hablado también la encontraron en esa cala. Parece que está tan maldita como la propia maldición de Arsenda —añade, sacudiendo la cabeza.

—¿Buscaron en el mar? —pregunto con incomodidad.

¿Y si a la niña se le ocurrió bañarse y se ahogó? ¿Y si no tiene nada que ver con las desapariciones de las otras niñas a lo largo de todo este tiempo y no fue a causa de la irracional maldición, sino que le ocurrió lo mismo que a la niña alemana en 2009, a quien encontraron en el fondo de un acantilado? ¿Por qué con esa niña pusieron más empeño y con Ally, por lo visto, no?

—No —niega tajante con el semblante serio—. Nunca buscan a las niñas que desaparecen cada diez años por culpa de la maldición. Me temo que los habitantes de este pequeño pueblo nos hemos resignado a que así sea y el año pasado le tocó a la pobre Ally. Y no es conveniente que los forasteros sepan nada. Sería peligroso… Fin de la historia.

—No, Adriana. No es el fin de la historia —zanjo, rotunda, saliendo del despacho, no sin antes echar un último vistazo al colorido dibujo que Ally Fian le pintó.

19

ALLY

17 de enero de 2020
Dos meses antes de desaparecer

Hoy duermo en casa de Eva. ¡Yupi! Y eso que no nos hemos portado muy bien. Hoy, en clase, hemos estado pasándonos notitas y nuestra profesora nos ha pillado. Nos ha enviado al despacho de la directora, Adriana, con la que a veces hablo porque es muy simpática y se le da bien escuchar. Ella me aconseja que, cuando mis papás se pelean, me ponga unos auriculares y escuche música o un cuento. El otro día me regaló el cuento de *Peter Pan* en audio. Le di las gracias y le regalé un dibujo que ha colgado en la pared de su despacho, en un sitio destacado donde se ve más que los otros, porque mamá dice que a los mayores les gusta que les dibujemos y a mí no se me da nada mal.

La madre de Eva, que es muy guapa, muy alta y sonríe mucho, nos deja comer pizza en la habitación. ¡Es lo más! Mamá no me deja comer en la habitación, aunque creo que en casa de Eva hoy han hecho una excepción porque celebran una fiesta abajo y no quieren que molestemos. No se oye música, solo muchas voces que se mezclan y se interrumpen todo el rato.

—¿Es una fiesta? —le pregunto a Eva.

—Una reunión, creo.

—Ah. ¿Y de qué hablan?

—De Arsenda.

—¿Quién es Arsenda?

—Una bruja que vivió hace muchos años y la quemaron aquí, en Port de la Selva. Antes de morir, ¿sabes qué dijo?

Me encojo de hombros y me llevo un trozo de pizza a la boca.

—Que se llevaría a las niñas del pueblo. Una a una. Porque colecciona sus huesos. Así que se las lleva. Me parece que cada diez años o algo así.

—¡Hala! Eso es una tontería.

—No, es de verdad. Pasa de verdad —afirma segura—. Se lleva a las niñas y no vuelven.

—¿Nunca?

—Nunca.

Nos quedamos un rato serias, pero ella se echa a reír y yo, cuando se me pasa un poco el miedo, también.

—Eso son cuentos para niñas tontas —me río—. Tengo sed. ¿Puedo bajar a por agua?

—Sí, pero con cuidado, que no te vean. No les gusta que se les moleste cuando tienen reunión.

—Vale.

Bajo las escaleras en silencio, con mucho cuidado de no hacer ruido. Está hablando un hombre y luego otro, creo que el abuelo de Eva, pero no estoy segura porque todas las voces me parecen iguales. Por suerte, están en el salón, con la puerta corredera cerrada, así que no tienen por qué verme, porque voy a la cocina, que está al otro lado del vestíbulo. De puntillas, sin hacer ruido, abro la nevera y cojo zumo de naranja. Miro hacia la puerta por si viene alguien y, como no veo a nadie, bebo de la botella. Mi madre me grita cada vez que me ve hacer algo así, dice que soy una mal educada. Hay una botella de agua en la encimera de la isla. Me la llevo. Cuando como pizza me entra mucha sed. De vuelta a la habitación de Eva, me detengo en medio del vestíbulo porque la madre de Eva me nombra. Oigo que dice:

—Será Ally Fian.

Se me cae la botella al suelo y, del susto, pues creo que he hecho mucho ruido, me quedo paralizada. La mamá de Eva sale del salón sin sonreír, tensa y con la mandíbula apretada, igual que mamá cuando se enfada con papá. Me coge del brazo fuerte, y seria, muy seria, me dice:

—¿Qué haces aquí, Ally? Venga, sube. Ve al cuarto con Eva, haz el favor.

Coge la botella de agua, me la da de malas formas y me empuja para que espabile, para que vuelva a la habitación con Eva, a la que

no le cuento que he oído a su madre decir mi nombre en la reunión.

Pero no sé por qué.

20

ALEX

Salgo del colegio estremecida, rara, perdida. No llevo ni veinticuatro horas aquí y ya me siento víctima del asesinato de la curiosa del blog y de la desaparición de una niña, cuyo rostro se me ha quedado grabado a fuego en la retina. No me hace falta mirar la fotografía que sostengo entre las manos para verla. Pienso en ella y tengo que enfrentarme a esos ojitos inocentes que me suplican que la encuentre. Ya ni siquiera pienso en la novela que tengo que escribir. La verdad es que no sabría ni por dónde empezar, no, al menos, hasta que hable con sus padres y descubra algo más de la niña perdida el mismo día en que cumplía diez años. Si todavía no la han encontrado, sea de la manera que sea, es porque hasta la mismísima policía de aquí debe de creer que una bruja se la ha llevado a donde sea que las brujas se lleven a las niñas. ¿Dónde? ¿Al infierno? ¿A otra dimensión? ¿Dónde creen que se las lleva? Creo que el ser humano es quien fabrica sus miedos, forja sus mitos e incluso a sus monstruos, por lo que las creencias de este pueblo me parecen absurdas, sobre todo teniendo en cuenta que han asesinado a una mujer. Es probable que su curiosidad por la maldición la llevara a encontrar el fin en manos de quien no le interesa que nadie descubra qué es lo que pasa de verdad con las niñas que desaparecen cada diez años en este pueblo. No entiendo cómo aún creen que existe tal maldición. En el siglo XVII, vale, la ignorancia estaba a la orden del día, ¿pero en pleno siglo XXI? ¿Nos hemos vuelto locos? El mundo va mal, todos lo sabemos, ¿pero tanto? En serio, ¿tanto? ¿Cómo es posible que una locura así haya perdurado durante siglos y durante tantas y tantas generaciones?

No, algo no me cuadra, para mí es incomprensible, y la directora del colegio me ha ocultado algo, lo sé, se le notaba. El asesinato de

esa mujer es la prueba más firme que encuentro para demostrar que la bruja Arsenda descansa tranquilita desde hace cuatrocientos años, y su espíritu no se dedica a llevarse a nadie. Entonces me acuerdo del blog con el enlace roto: *Arsenda Eimeric, la bruja que ardió en Port de la Selva*.

Desanimada, emprendo el camino hacia el retiro. Solo pensar en la subidita… Antes de poner en marcha el GPS para buscar alguna otra ruta alternativa más llana, tecleo en Google el título, pero el enlace sigue roto. Nada ha cambiado desde que ayer di con él y sigue apareciendo el nombre de la propietaria del blog: Claire Glenn. No existe ninguna otra entrada. ¿Será la misma mujer que apareció muerta por ir haciendo preguntas incómodas? Tecleo su nombre en Google, pero tarda en cargar y no me da tiempo a esperar, puesto que un coche negro que reconozco al instante frena a mi lado. Guardo la fotografía de Ally en el bolso y bloqueo mi móvil.

—¿Me estás siguiendo, Luke?

Siento que me recorre con la mirada, como si intentara averiguar algo. Me mira como anoche miró a Nimue.

—Anda, sube, que hay una buena cuesta hasta el retiro. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Un poco.

—Te invito a un sitio muy especial, ya verás. Te va a encantar —propone de manera entusiasta.

—Vale.

Finjo normalidad y me subo al coche. Miro de reojo a Luke, que conduce con una sola mano, asomando el codo por la ventanilla bajada. Así es cómo desaparecen muchas personas, subiéndose al coche de un conocido al que, realmente, no conocen muy bien.

¿Luke es de fiar?

«¡No seas tonta!», me reprendo internamente, cuando Luke emprende el camino hacia el interior del pueblo. Para llevar solo dos semanas, lo conoce a la perfección. Si quisiera secuestrarme, habría ido en dirección contraria, perdiéndonos por la parte salvaje de Port de la Selva, campos, bosques y montañas de difícil acceso, donde sería fácil hacer desaparecer a alguien para siempre.

—¿Qué hacías en la escuela? ¿Matricularte en primaria? —ríe.

Me hago la despistada y me encojo de hombros. No sé ni qué

contestar.

—No hagas tantas preguntas, Luke. No es de buena educación.

—Bueno, puede que a ti te inspiren las desapariciones y a mí me inspiren las personas como tú.

—¿Las personas como yo?

—Sí. Personas con curiosidad e inconformistas como tú. Eres todo un misterio, Alex.

—No te creas. Soy de lo más normalita y transparente —rebato, con la mirada fija en la ventanilla, donde las casas blancas van desfigurándose a medida que avanzamos por las callejuelas.

—¿Normal? ¿Tú? Eres de todo menos normal, créeme. Sé que has estado en el colegio donde iba Ally Fian para saber más cosas sobre ella. Solo dime… ¿Has conseguido lo que andabas buscando?

—Creo que sí —contesto pensativa, obviando el hecho de que Luke me ha estado siguiendo.

21

JAN

En Montseny, a unos 142 km de Port de la Selva

Después de una ruta a caballo por los bosques de Montseny con unos turistas franceses, me quedo en el hostal Montserrat donde Montse, como siempre, me recibe con una sonrisa, que últimamente es más compasiva de lo que me gustaría. Me siento a una de las mesas de la terraza, saludo a los viejos que echan su partida de cartas, y enciendo un cigarro pensando en Alex cuando el camarero me trae una
Coca-Cola
Light.

—Se nos han acabado las normales, lo siento.

—Una *light* está bien, gracias.

Una excusa como cualquier otra para no dejar de pensar en ella ni un solo segundo de cada jodido día. Miro el móvil. Hace unos meses abrí una cuenta en Facebook. No sé en qué estaba pensando. Ni siquiera le he enviado una solicitud de amistad a Alex, pero, por suerte, publica de manera pública, para sus fans, así que puedo verlo todo sin ser amigos. Qué curioso es esto de las redes sociales. Montse, que está más al día que yo en lo que a internet se refiere, y hasta tiene una cuenta en Twitter del hostal, me dijo que no fue una buena idea dejar un comentario en la última foto que subió Alex. Me enseñó algunos tuits, qué rara se me hace la palabra tuits, con una captura de mi comentario deseándole lo mejor y con la foto de una cala de Port de la Selva donde por lo visto Alex ha decidido perderse, que decían:

¿@alexduarte y #JanBlanch de nuevo juntos?

#RealLove #TodosMienten

Lo que unió #SilviaBlanch que no lo separe la Costa Brava.
#Laperiodistayelprimo #quevuelvan

#JanBlanch sigue coladito por @alexduarte
#FotoVistaEnFacebook

Qué extraña es la fama. Esto de Twitter es como el patio del colegio.

«¿Quieres añadir a Alex Duarte como amiga?», me pregunta Facebook, igual que me pregunta que en qué estoy pensando. Me río. Era mi amiga. Sí, mi mejor amiga y mucho más. La única que creyó en mí con los ojos cerrados pese a ser muy criticada por ello, algo comprensible, con lo loco que está el mundo. Y la perdí por gilipollas. Por cobarde. Por no estar acostumbrado a expresar lo que de verdad pienso y siento. Por haberme callado cosas con respecto a mi prima, por no haberle revelado toda la verdad a Alex, pensando que así la estaba protegiendo. Y en realidad la envié directa a la boca del lobo desde que puso un pie en este pueblo. No me extraña que me odie.

Le doy una calada al cigarro, un sorbo a la Coca-Cola *Light*, que me sabe igual que la normal, pero se supone que tiene menos azúcar. Dejo el móvil sobre la mesa y contemplo el paisaje que me sé de memoria. Hubo un tiempo en el que quise irme de aquí, en el que busqué otras opciones, nuevas oportunidades, pero ahora que todo está más tranquilo, que nadie me busca ni parece juzgarme, aunque eso en un pueblo resulta casi imposible, estoy bien. Acostumbrado a mi rutina, la de siempre, si bien reconozco que desde que Alex entró en mi vida no soy el mismo. Tengo miedos, miedos absurdos. Por ejemplo: me da miedo que conozca a alguien, a otro tipo similar a aquel médico con el que estuvo, con una vida estable y económicamente desahogada, y se enamore, esta vez de verdad, sin que sea por despecho. Soy consciente de que tengo que dejarla ir, que es lo mejor para ella, para que sea feliz, que es lo que merece, pero no quiero que me olvide. Por eso le escribo wasaps a veces, no muy a menudo, no quiero que crea que soy un acosador. El resultado es una mierda, porque sé que me lee cuando el doble *check* se vuelve azul, pero no contesta. Al menos no me ha bloqueado, algo es algo. Alex cree que puse en riesgo su

vida, pero en realidad solo quise cuidarla y alejarla del dolor. En fin, no soy el mejor dando explicaciones. A veces, simplemente, las cosas no salen como uno espera.

Y hay que joderse.

La pantalla de mi móvil, que siempre suelo tener en silencio, se ilumina mostrándome un número desconocido.

¿Quién llama?

Solo me llama Montse para concertar excursiones con los huéspedes del hostal.

—¿Sí?

—¿Jan? ¿Jan Blanch?

—Sí.

—No me conoces. Soy Pol Figueroa, director del periódico *Barcelona ahora*.

Alex.

Me da un vuelco el corazón.

—No concedo entrevistas por el caso de mi prima. Yo no…

—No, no, no es nada de eso —me interrumpe—. Sé lo tuyo con Alex. No sé si sabes que está en Port de la Selva.

—Sí.

—Hoy me ha enviado un correo electrónico que, no sé, me ha dejado un poco preocupado, aunque no tiene nada que ver contigo.

—¿De qué se trata? —quiero saber, aún con el corazón en un puño martilleando fuerte en mi pecho.

—Alex está alojada en un retito literario de Port de la Selva. Por lo visto, el año pasado desapareció una niña del pueblo, Ally Fian. Efectivamente, como Alex me ha dicho, no hay nada de ella en internet, lo cual me parece extraño, y también me ha comentado no sé qué de maldiciones, una bruja…

No entiendo nada.

—El caso es que Alex está empeñada en saber qué le ocurrió a esa niña y ya sabes cómo terminan esos asuntos —añade—. Temo que le vuelva a pasar algo como en… ya sabes.

«¿Y yo qué tengo que ver? ¿Para qué me llama este tío?».

—Sé que no habéis terminado juntos, Jan, medio país lo sabe, pero vi tu comentario en su foto de Facebook. Twitter está que arde con vosotros, imagino que no lo habrás visto…, generasteis mucho interés como pareja, y, bueno, he querido llamarte para contarte

esto porque después de todo lo que pasó con tu prima, deduzco que Alex es importante para ti, ¿no? —tantea.

—Mucho —reconozco, tras un silencio de un par de segundos. Nervioso, me llevo la mano a la nuca y me rasco hasta hacerme daño—. Gracias, Pol. Eh… ¿podrías pasarme la dirección del retiro literario donde está Alex?

—Claro, claro, sí, no es muy difícil. —Parecía estar deseando que le pidiera la dirección—. Es el único retiro literario que hay en Port de la Selva. La verdad que encontrarlo en internet es una odisea, no aparece de buenas a primeras, pero una vez sabes el nombre, es pan comido. Ahora mismo te mando un wasap con la ubicación, ¿vale?

—Genial, gracias.

Cuelgo la llamada. Me quedo un rato pensando. Lo último que Alex esperaría es verme en Port de la Selva, en el retiro que ha elegido para centrarse y escribir, un lugar retirado de estas montañas verdes de Montseny que esconden uno de esos atardeceres rosáceos que tanto le gustaba contemplar.

22

ALEX

Anochece en Port de la Selva, en este rinconcito que parece el fin del mundo, y mucho me temo que he perdido una tarde preciosa por culpa de Luke. Podría haber ido a ver a los Fian. Luke me ha entretenido más de la cuenta, será que le gusta mi compañía, aunque tampoco me he resistido mucho. Me ha llevado a comer a un sitio increíble y único, al restaurante Chris Little, al lado del Faro de Cap de Creus, que ocupa el edificio anterior a la administración del faro, ahora controlado desde Barcelona. En las proximidades, hay una placa sobre una roca que señala el lugar exacto donde se alzaba un faro ficticio que se construyó como decorado para la película *La luz del fin del mundo*, basada en la novela homónima de Julio Verne. Por lo visto, durante años, el faro de mentira permaneció ahí después de que el rodaje concluyera. Lástima no haber venido antes para verlo.

—Rodaron en 1970 a cargo de la Metro Goldwyn Mayer —me ha explicado Luke—. La producción trajo hasta aquí a Kirk Douglas, Yul Brynner y Samantha Eggar. El actor español Fernando Rey interpretó al farero que tiene que hacer frente al ataque de los piratas que quieren destruir la señal luminosa para robar a los barcos que se estrellan contra los acantilados.

Yo miraba a Luke, cualquiera diría que embelesada, y visualizaba el momento en que, mareada por las curvas que conducen a Cadaqués, me decía con voz dulce: «Mira al cielo, Alex, no mires al frente, no mires la carretera, solo al cielo. Así no te marearás». Funcionó. Y también pensaba que, aunque es muy atractivo, probablemente el hombre más atractivo que he tenido nunca delante y también interesante, culto y simpático, no es Jan. Ninguno de los hombres que, con el tiempo, tratarán de

conquistarme o acercarse a mí, serán él. Y eso me angustia, no sé cómo deshacerme del recuerdo, cómo dejarlo en un rinconcito del pasado donde no pese tanto. Decir adiós no es sinónimo de olvido; hay historias que se congelan en la memoria y, por mucho que quieras huir, siempre te atrapan. Siempre. De repente, me invade una sensación desequilibrante y visceral, que me hace sentir suspendida en el tiempo. Inspiro hondo, enciendo un cigarro.

No debería, pero…

Mis pensamientos giran y dan volteretas, hundiéndose en una gran nube tóxica. Y me detesto por ello.

Contemplo maravillada cómo la esfera de fuego va ocultándose en el horizonte sobre el telón de tonos anaranjados y rosados que el cielo traza con maestría. Las olas besan suavemente la orilla. Y yo aquí, sola y sentada encima de una roca, porque no me apetece todavía subir al retiro, ocupo parte de mi pensamiento en Ally Fian. Por enésima vez, miro su fotografía, que sujeto con manos temblorosas, no de nervios, sino de frío. Me pregunto cómo una niña pequeña pudo llegar hasta aquí, atravesando alguno de los dos difíciles accesos que hay, y de qué conocía esta cala. ¿Por qué esta y no otra o la playa del centro del pueblo, que le quedaba más cerca de casa?

—¿Dónde estás? —le pregunto, como si la imagen de la niña pudiera cobrar vida y responderme, liberando así todas las incógnitas que rodean su desaparición.

Dirijo la mirada al bosque. No conozco otro camino que me lleve hasta el retiro y paso de probar y perderme a estas horas. Estoy demasiado cansada y todo empieza a estar oscuro, por lo que me temo que, al final, voy a tener que recorrerlo de noche. Tengo poca batería en el móvil, pero suficiente para que la linterna funcione durante el breve recorrido. A paso rápido, hasta mis propias pisadas sobre la hojarasca me estremecen y me asustan. Lo peor que podría pasarme, pienso, no es tropezar con una piedra o estamparme la cara contra el suelo y romperme un par de dientes. Me acompañan las cigarras, me encanta el ruidito que hacen, así que no pasa nada, me convenzo. Basta de imaginar que tras los matorrales hay monstruos al acecho, espíritus en los que nunca he creído observándome, provocándome un frío aterrador en la nuca, asesinos en serie o brujas que maldicen a todo un pueblo haciendo

desaparecer a sus niñas cada diez años…

Madre mía.

«No, olvídalo. No crees en esas cosas. Ni siquiera crees en fantasmas».

Acelero los pasos cuando oigo ruido tras un árbol. Va, seguramente ha sido un animal, no es nada, es la aprensión, que me está jugando una mala pasada. Pero, al detenerme, sigo oyendo pasos. No son los míos. Hay alguien ahí. Y acaba de detenerse. Miro en todas direcciones con el móvil en alto alumbrando parte del bosque como un faro en la noche, mientras el viento agita las ramas altas. Cada rincón está envuelto en una oscuridad opaca, impenetrable. Entrecierro los ojos tratando de vislumbrar algo, sin poder ver nada más que manchas de color, formas indeterminadas que se desfiguran y se vuelven borrosas pese a la luz de la linterna de mi móvil.

—¿Hay alguien?

El ulular de una lechuza encaramada en las alturas me contesta. Elevo los ojos al cielo, consternada.

«Imbécil —me reprendo internamente—. Esa es la típica pregunta que hacen en una peli de terror antes de que salga el asesino del hacha de detrás de un árbol. Más te vale salir corriendo».

Siento un sofoco que me va del pecho al cuello y se propaga más rápido que un incendio forestal. Corro hasta que me quedo sin aliento maldiciendo el último cigarrillo que he fumado, y solo consigo sentirme a salvo cuando, por fin, tengo ante mí el retiro de Nimue. Todas las luces están encendidas salvo la de la ventana que da a mi habitación. Poco a poco, voy recuperando un ritmo de respiración que ni era consciente de haber perdido. Ahora, el silencio es tan denso que pienso que esa debe de ser la misma sensación que tiene un sordo.

Mi móvil muere, le agradezco que no se haya fundido cuando estaba en el interior del pedregoso y salvaje bosque, tan oscuro como la boca de un lobo, la clase de oscuridad que nunca se ve en las ciudades grandes. Me siento agotada y torpe; el corazón me late con fuerza, como cuando te despiertas de una pesadilla en mitad de la noche. Cada vez que piso un bosque, da igual la hora, tiene que pasarme algo. No aprendo.

Muy mala cara debe de verme Nimue, cuando me pregunta si me pasa algo.

—No, nada.

—¿Tienes hambre? Te iría bien comer un poco.

Miro la hora. No son ni las siete de la tarde y tengo un sueño que me muero.

—Aún no, gracias.

—Las hermanas Baudin y Luke están en el salón debatiendo sobre la bibliografía de Agatha Christie. A lo mejor te apetece un poco de compañía —propone con dulzura.

Entro en el salón, donde Juliette habla con pasión de la novela *Asesinato en el Oriente Express*. Se muestra divertida, animada y ruidosa, tiene una risa súbita que suena a una gallina cacareando. Resulta un poco molesta, así que apenas le presto atención. Todavía tengo el susto metido en el cuerpo. Alguien a quien no he visto caminaba detrás de mí, estoy segura, no han sido imaginaciones mías agravadas por la oscuridad y la tenebrosidad del bosque, y mucho menos por leyendas que me niego a creer que sean ciertas. Lo que me acaba de pasar ha sido real. Y, teniendo en cuenta que hay una mujer que murió por querer saber demasiado para un supuesto blog y su cadáver apareció en la cala donde he estado, medito la posibilidad de detener mi investigación sobre Ally, al principio pensando en una historia para mi próxima novela, ahora por mi empeño en hacer justicia y demostrar que las maldiciones no existen, pero sí la maldad humana. Esa existe y existirá siempre. De eso, por desgracia, vamos bien servidos en cualquier rincón del mundo, hasta en el que, por su apariencia tranquila, podrías pensar que nunca pasa nada. Hasta que pasa. Porque siempre pasa algo, y de nada sirve que miremos hacia otro lado con la ilusa intención de que no nos salpique.

Miro por la ventana en dirección al cobertizo. No se ve, está muy oscuro, pero sí se intuye el contorno de la destartalada construcción. Estoy tan concentrada, que no me doy cuenta de que Luke se ha levantado del sofá y está a mi lado ofreciéndome un vaso de whisky.

—No, gracias. Ayer me sentó fatal —recuerdo—. Quiero levantarme por la mañana y recordar cómo acabé en la cama.

Las dos hermanas se echan a reír. Luke no. Luke me mira

intensamente, como si pudiera leerme los pensamientos o atravesarme como un rayo.

—¿Ha pasado algo en el bosque, Alex? —susurra Luke a mi oído con la mano apoyada delicadamente en mi espalda, aprovechando que las hermanas vuelven a enzarzarse en una conversación literaria.

—¿En el bosque? ¿Qué va a pasar en el bosque? —disimulo, en el mismo tono susurrante, apartándome de él.

—Venías de ahí. —Señala la ventana—. Y has entrado asustada, te he visto.

—Yo no… —Dudo, bajo la mirada y le dedico una sonrisa forzada—. Eh… subo a mi habitación. Hasta luego.

Nada más poner un pie en la habitación, dividida en zonas de intensa oscuridad y franjas azuladas por la luz de la luna que se filtra por la ventana, empiezan a pesarme los párpados. Me quito la ropa, me pongo el pijama y me tumbo en la cama. No tardo ni cinco minutos en quedarme dormida.

Y sueño.

Sueño con montañas enormes y oscuras que me engullen. La misma sensación de pánico que he sentido en el bosque no desaparece. Los recuerdos regresan, siempre regresan en forma de sonidos. El impacto de una bala, la sangre manando de mi cuerpo, una figura espectral con forma de mujer llamándome desde un más allá al que me resisto… Nada de eso me pertenece ya, lo sé. Es pasado, un pasado que pesa, que no debe regresar. Hasta que unos gemidos al otro lado de la pared me desvelan. Tardo un poco en reaccionar y ubicarme, en saber que no es un sueño, que está ocurriendo de verdad y que no estoy en mi cama de Barcelona, con el ruido de los barrenderos a las dos de la madrugada, sino en lo alto de un pueblo de la Costa Brava donde el ulular de un búho es casi lo único que se oye. Miro la hora en el móvil, cargando en la mesita de noche. Son las tres de la madrugada. Llevo durmiendo ocho horas y dormiría otras ocho de no ser por el escándalo que hay al otro lado de la pared. Las notificaciones en las redes sociales siguen acumulándose. Tendré que dar señales de vida en breve.

Un grito ahogado amenaza con dejarme traumatizada de por vida. La cotilla que hay en mí se pregunta cuál de las dos hermanas Baudin será.

—*Plus, plus, plus*!

Lo que vendría a ser: ¡Más, más, más!

Jo-der. Qué intensita.

¿Será Juliette o Alizee? ¿No escribían de noche? Puede que estén escribiendo alguna escena erótica. Descarto esa probabilidad cuando un jadeo masculino se entremezcla con la petición de Juliette o Alizee. Entonces, caigo en la cuenta de que el único hombre que hay en la casa es Luke.

—Pues vaya. Pensaba que le gustaba yo —me veo diciendo en un susurro, ofendida y decepcionada para mi sorpresa, tapándome la cabeza con la almohada porque los gemidos van en aumento.

Sé que Nimue duerme arriba, en una zona restringida para los huéspedes que elucubro abuhardillada por la forma del tejado de pizarra que se ve desde fuera. ¿Alcanzará a oír ella también los gemidos de los amantes? ¿Qué pensará al respecto?

Intento dormir. Ya no puedo. Maldigo a la escritora de la habitación contigua. Enciendo la luz y, en el momento en que voy hacia el escritorio, alguien llama a mi puerta. Me giro como si tuviera rayos láser en los ojos y pudiera ver quién hay al otro lado a estas horas.

—¿Quién es? —pregunto bajito, con la oreja pegada a la puerta.

—Luke —contesta en el mismo tono.

—¿Luke? —me sorprendo, con el corazón latiéndome a mil por hora.

Le abro. Sonríe burlón balanceando una botella de whisky medio llena y mostrándome dos vasos que tenía ocultos tras la espalda.

—Pero tú no…

—Por eso he venido. Para que no creas que soy yo el que está con Juliette al otro lado de la pared.

—¿Es Juliette? ¿Y su hermana?

¿Parezco escandalizada? ¿Lo parezco? A ver, no soy una monjita de la caridad, no quisiera darle a Luke esa impresión, pero no es una situación cómoda.

—Alizee duerme en la habitación libre.

—Y Nimue permite que…

—Nimue sube a la buhardilla a las nueve y no se entera de nada. Creo que la tiene insonorizada.

—Ah.

—Estaba escribiendo, he intentado dormir, pero los amantes no me dejan. No es la primera vez que pasa… —dice con una risa seca —. ¿Puedo entrar?

Sin pensarlo mucho, dejo que Luke invada mi habitación con su fuerte presencia. Tiene una forma de mirar que te vacía por dentro. No sé qué hacer, no sé qué decir, y me entra la timidez de golpe al percatarme de que él va vestido con tejanos y una camisa, y yo llevo puesto el pijama que, por suerte, es gris y aburrido, nada de lo que avergonzarme dentro de unas horas. Podría ser peor. Podría haberme puesto el pijama de *El Monstruo de las Galletas* que mi madre me regaló las navidades pasadas.

—¿Y ese esfuerzo para que no piense que eres tú el que está ahí?

Qué incómodo cuando Juliette emite un alarido con el que difícilmente podré volver a mirarla a la cara sin recordarlo. Luke, con calma, sirve whisky en los dos vasos y me tiende uno mirándome fijamente a los ojos.

—Qué manía tienes de querer emborracharme.

—Me recuerdas a alguien, Alex. Eso es todo —murmura con una expresión muy seria y muy triste. Luego, emite un profundo suspiro. La voz se le extingue en la noche. Y, cómo no, despierta mi curiosidad.

—¿A quién te recuerdo?

Levanta la vista hacia mí expectante y de forma fugaz, como suele hacer la gente cuando quiere que sepas que está enfrascada en otra cosa.

—Me preguntaste si había alguien. Si tenía novia. —Asiento dando un sorbo al whisky, apreciando y degustando su sabor amargo en el paladar al que me estoy empezando a acostumbrar—. Pues sí, había alguien y ese alguien me recuerda a ti —repite.

—¿Y dónde está? —pregunto, fingiendo que no me doy cuenta de que me mira como se miran esas cosas que te mueres por tener.

—Muerta.

Su mirada me paraliza como un táser.

—Lo siento muchísimo.

La voz muere en mi garganta y el corazón me late en el pecho con tanta fuerza que estoy segura de que Luke puede oírlo.

—Tú quieres saber dónde está esa niña, Ally Fian. Estás empeñada en descubrir quién se la ha llevado. No crees en brujas,

maldiciones, espíritus… lo normal. Yo tampoco, a quién quiero engañar. —Sus palabras quedan flotando en el aire. Su voz extremadamente profunda reverbera en mi interior. Se acerca a mí balanceando su vaso de whisky y dejo que me coloque un mechón de pelo detrás de la oreja. El rubor me sube lentamente desde el pecho hasta la línea de nacimiento del pelo; me quedo quieta. Acto seguido, susurra inclinándose hacia delante y bajando tanto la voz que retumba en mi oído—: Y yo quiero saber qué le pasó a mi novia.

Sé su nombre. Lo sé. Solo necesito oírlo de su boca para confirmar mis sospechas.

—Y tu novia se llamaba…

—Claire Glenn.

23

LUKE

—Ya sabe lo de Claire. Está de nuestro lado.

—¿Qué le has contado, Luke?

—Nada que en unos días no fuera a descubrir por su cuenta.

—Vale, bien… que te ayude. Pero que sea discreta. No quiero que mi hija se convierta en la protagonista de esas historias de crímenes y desapariciones que escribe.

—Eso no te lo puedo prometer. No depende de mí.

24

ALEX

El blog de Claire Glenn, estudiante de periodismo y una apasionada de la Historia, era solo un *hobby*, o eso parece, aunque también podía tratarse de una tapadera, como el hecho de que yo figure en la plantilla del periódico *Barcelona ahora* y ya no trabaje ahí. Todo lo que ocurre en Port de la Selva parece quedarse en Port de la Selva, como si aquí no existieran desapariciones de niñas, maldiciones ancestrales, brujas convertidas en espíritus maléficos con las peores intenciones y muertes en extrañas circunstancias. Tal y como me temía, no se investigó la muerte de Claire, la novia de Luke, cuyo cuerpo repatriaron a su Edimburgo natal. No aparece nada de Claire en internet, salvo la entrada sobre la bruja Arsenda, la única que escribió y que no puede leerse, ya que el enlace está roto. Debió de averiguar algo que los habitantes de este pueblo se empeñan en ocultar. Por eso la mataron. ¿Pero quién? ¿O quiénes? Luke necesita saberlo, por eso está aquí, alojado en el retiro de Nimue, según me confesó anoche durante la hora que estuvo en mi habitación hablando, desahogándose y bebiendo. Intuyo que no es escritor ni pretende serlo, pero, respecto a eso, ni confirma ni desmiente, y eso que bebió mucho, pero aun así, fue capaz de contenerse. Desveló lo justo y necesario, como si no terminara de confiar en mí. Por otro lado, estoy yo, que quiero saber quién se llevó a Ally Fian con total impunidad por culpa de creencias que escapan de toda lógica.

Llevo cinco días en Port de la Selva y no he escrito ni una sola línea de la nueva novela que tengo que entregar en unos meses. Esta tarde tengo una entrevista por Skype para una revista femenina, y no sé qué voy a contestar a la típica pregunta que siempre hacen los periodistas a los escritores: «¿En qué estás

trabajando ahora?».

A lo largo de estos días, Luke se ha convertido en mi sombra. No lo hace solo para protegerme, algo que lamenta no haber hecho con su novia, sino también porque cree que la desaparición de Ally y el asesinato de Claire dos semanas antes de que la niña se esfumara, están relacionados. Teme que, por culpa de mi curiosidad, corra la misma suerte que Claire. Me gustaría decirle que el tiempo difuminará el dolor, que su memoria lo atenuará, pero no quiero mentirle. Es un horror persistente. La obra de la muerte deja una huella indeleble, como para demostrar que nadie puede escapar de ella. Mucho me temo que los recuerdos del pasado lo perseguirán siempre. Y es de sobra conocido que nadie va por la vida más deprisa que sus fantasmas.

—¿Cómo pueden estar relacionados? —le pregunté una mañana en la que nos encontramos en la cocina cuando él regresó de correr, sudoroso y con una energía desbordante que no consigo yo ni con tres tazas de café.

—Claire tampoco creía en la maldición, pero si vino hasta aquí fue por algo, estoy seguro —me aseguró cabizbajo—. Prometió enviarme cartas, ella era así, a la vieja usanza. Le gustaba viajar, descubrir historias insólitas, leyendas que conociera muy poca gente…, y me escribía desde cualquier rincón de mundo contándomelo todo. Todo lo que ahorraba se lo gastaba en viajes. A veces recibía sus cartas cuando ya había llegado a casa y le gustaba mirarme mientras yo las leía. Pero en ninguna de las cartas que recibí cuando Claire estuvo aquí mencionó nada de la maldición, aunque más tarde me enteré de que vino por eso, por Arsenda. Por las niñas. Para descubrir quién se las llevaba. A lo mejor descubrió algo sobre el tema de las desapariciones, pero no lo sé con certeza; su voz, por teléfono, parecía más apagada, así que evitaba preguntarle al respecto. Por eso es importante que vigiles y no hables con cualquiera, Alex —zanjó con preocupación y cierto misterio en su mirada esquiva—. Claire habló más de la cuenta con quien no debía y por eso… por eso está muerta.

Se empeñaron en hacerles creer que Claire se suicidó o que sufrió un fatal accidente. Que se adentró en las frías aguas, se ahogó y la marea arrastró su cadáver de vuelta a la orilla.

«¿Y si fue eso lo que ocurrió?», he llegado a pensar, pese a lo

extraño del asunto y la contundencia de la directora del colegio al decirme que, si seguía haciendo preguntas incómodas, terminaría como esa chica.

Es una lástima que los muertos se lleven las respuestas a la tumba. Cuántas incógnitas, cuántos quebraderos de cabeza para quienes seguimos en el único mundo que conocemos, conformándonos con las migajas de la ausencia de quienes hemos querido. Pero no puedo decírselo a Luke. Me va a ser de ayuda en este lugar y, además, sí, reconozco que su compañía hace que, poco a poco, los recuerdos de Jan se diluyan. Aún están ahí, claro, siempre lo estarán, pero no duelen. O eso creo cuando estoy con el falso aspirante a escritor, alegre y despreocupado cuando me invita a una copa de whisky y me habla de Claire, y tan misterioso e introvertido en otras ocasiones, como si la vida le pesara toneladas, algo que a veces sí me recuerda a Jan con sus innumerables secretos.

—Nos conocíamos desde pequeños, cuando mi familia se mudó de Londres a Edimburgo. Éramos vecinos. No recuerdo un solo día sin ella, Alex… ni uno solo. —Esbozó una sonrisa llena de nostalgia. Imagino que en ese momento le invadieron multitud de recuerdos. Luego, añadió—: Claire es mi gran amor —declaró, con la mirada diluida y algo ebrio, que es cuando solemos abrir más el corazón.

A veces, por cómo Luke habla de Claire, parece que aún siga viva. Es una lástima perder a ese gran amor tan joven y de una manera tan trágica, cuando apenas cuentas con treinta y pocos años y podrían haber compartido toda una vida. Cuando me dijo eso, que Claire fue su gran amor, me sentí vacía, como si hubiera estado durmiendo durante mucho tiempo, como si no hubiera vivido de verdad. Tengo treinta y dos años y dudo mucho de que alguien haya hablado de mí como Luke habla de Claire.

—¿Quién ha sido tu gran amor, Alex? —quiso sonsacarme Luke, pillándome desprevenida y, en vista de lo que ocurrió a los dos segundos, más sensible de lo habitual.

Sentí demasiado tarde que se me saltaban las lágrimas y me limpié los ojos con un gesto brusco. Él se levantó de la silla, vino hacia mí y me abrazó. Al separarnos, nos percatamos de que Nimue nos observaba con gesto inescrutable desde el vano de la puerta de la cocina.

—Vámonos de aquí —me susurró Luke al oído, incómodo por la presencia de la propietaria del retiro.

Luke me cogió de la mano y me arrastró hasta el exterior en dirección a su coche, donde un aire frío nos golpeó fuerte en la cara.

—Has bebido, Luke.

—No lo suficiente como para no poder conducir, tranquila —dijo, seguro de sí mismo, arrancando el motor y mirando por el retrovisor. Los nudillos se le pusieron blancos al volante de la tensión.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté, en el momento en que traspasamos la verja que nos alejó por unas horas del retiro de la extraña Nimue.

—Es una sorpresa —sonrió, mirándome de reojo con aire divertido, pero centrado en la conducción.

Conforme, me encogí de hombros y me limité a disfrutar del paisaje, de la carretera rodeada de llanuras cubiertas por jirones de niebla. El trayecto duró veinte minutos. Luke condujo hasta el lugar que me demostró que un corazón en ruinas, destrozado por los golpes de la vida y el paso del tiempo, también puede conservar su encanto y su valor.

El Monasterio de Sant Pere de Rodes, que domina geográficamente la bahía de Llançà y de Port de la Selva, se encuentra en una de las cimas de la sierra de Rodes. Históricamente, está considerado como ejemplo típico de la construcción románica en Cataluña. Se cree que el monasterio se fundó en el año 610, en tiempos del Emperador Focas del Imperio romano de Oriente. Dice la leyenda que en la bahía naufragaron cristianos que venían de Roma, prometiendo en ese lugar la construcción del monasterio como ofrenda a Dios, por lo que la doctrina cristiana entiende Sant Pere de Rodes como uno de los monasterios más representativos.

—Durante mucho tiempo, su poder se extendía desde Barcelona hasta el Rosselló, que ahora parte de Francia —me explicó Luke, contemplando el conjunto monumental, algunas de sus partes remodeladas pero con resquicios en sus piedras ennegrecidas que hablan de un pasado muy lejano. Esa mañana éramos los únicos visitantes, el lugar estaba desértico, paraje muerto, desolado—.

Desde el año 1100 y durante todo el siglo XII, llevaron a cabo obras de reforma en las dependencias por las disputas entre las casas de Peralada y Empúries, que afectaron al monasterio. Y eso no fue todo —añadió, cruzando el portal amurallado de la galilea, sombrío y frío, por donde no entraba ni un solo rayo de sol—. Los efectos de la peste negra en el siglo XIV se llevó la vida de veinticuatro monjes e hizo que se fortificara por miedo a los ataques piratas. Su decadencia fue en aumento. Estuvo abandonado en el siglo XVII por la guerra, a causa de los enfrentamientos bélicos con los franceses. Sufrió sucesivos saqueos. Sí, en el mismo siglo en el que, no muy lejos, condenaron a Arsenda por brujería y acabaron con su vida.

En el claustro inferior, con cuatro galerías porticadas cubiertas con bóvedas de cañón, no es difícil imaginar a monjes con sus inconfundibles togas negras caminando serenos y en silencio con los ojos clavados en el suelo. Ahí tuve una sensación extraña. Un frío que me heló la sangre y que he preferido olvidar. Como si un velo de seda, muy ligero, me acariciara la nuca, en el momento en que contemplé los restos de pintura mural que representa la Crucifixión: la figura de Cristo con los ojos abiertos, uno de los ladrones, soldados con lanzas y mazas y, sobre ellos, la luna y el sol.

Luke estuvo un rato acariciando una de las columnas de la iglesia. Cerró los ojos, compungido, o puede que los efectos del alcohol no se hubieran ido del todo y que, por lo tanto, fuera un milagro que no nos matáramos por las curvas cerradas que llevaban hasta el monasterio.

—La de historias que puede explicarnos este lugar, Alex… es fascinante. Guerras, enfermedades, abandono, saqueos, dolor…

—Y aun así, sigue en pie —medité.

—Exacto. Y aun así, sigue en pie —repitió pensativo—. Quienes habitaron aquí ya no existen; la muerte, como con todos, se encargó de ellos. Los hizo desaparecer. Caer en el olvido. Pero han transcurrido los siglos y la edificación sigue aquí. Estas paredes, estos suelos, los claustros, el campanario, la torre de defensa, cada columna, pintura, escultura… hablan de historias, Alex. Historias reales que ahora son muy lejanas en el tiempo, pero que dolieron a personas de verdad, como tú y como yo.

No sabía dónde quería ir a parar, así que guardé silencio y continuamos con la visita.

—Sé que el dolor por la muerte de Claire pasará —asumió reflexivo—. Y que llegará un momento, o eso quiero pensar, que los habitantes de Port de la Selva se darán de bruces con la realidad de lo que ocurre y dejarán de creer en la maldición de Arsenda, otra mujer a quien la muerte debió de aliviar. Este lugar me gusta por eso, porque me demuestra que, pese a las duras batallas, pese a todas las dolorosas pérdidas, puedo seguir en pie. Puedo seguir viviendo, resistiendo, sintiendo, acumular nuevos recuerdos… Hasta que llegue mi hora y me reúna de nuevo con Claire.

Asentí dándole la razón, comprendiendo lo que quería decir. Recordé algo que leí hace tiempo sobre el valor y la belleza que tienen las cicatrices para los japoneses. *Kintsugi*, le llaman, y se trata de una técnica oriental que consiste en cubrir grietas o cicatrices con resina de oro a un jarrón hecho añicos.

—¿Cómo sabes tantas cosas de este monasterio, Luke? —pregunté con curiosidad.

Suspiró, esbozó una sonrisa seguida de una mueca triste y, con la luz del sol otorgándole un color verde esmeralda radiante y precioso a sus ojos, respondió afligido:

—Porque Claire, en una de sus últimas cartas, me dijo que este monasterio se había convertido en su lugar favorito y que, algún día, lo visitaríamos juntos. Al final, como tantos otros planes que teníamos, no pudo ser.

25

ALLY

7 de febrero de 2020
Un mes antes de desaparecer

Estoy un poco asustada, pero últimamente me asusta todo, hasta los gatos callejeros que trepan hasta mi ventana porque al principio, cuando llegué aquí, les di de comer.

Mamá dice que no hable con extraños, así que hoy, cuando una chica joven y muy guapa que hablaba en inglés, me ha asaltado a la salida del colegio y me ha dicho que quería hablar conmigo, he pasado de largo.

—¡Espera! —Ha intentado detenerme, pero he corrido rápido, lo más rápido que he podido, he cruzado la acera con cuidado, mirando si venía algún coche, y la he perdido de vista—. ¡Me llamo Claire! —he llegado a oír que me decía.

A la hora de la cena no tenía hambre. Solo pensaba en lo que Eva me contó hace semanas, cuando me quedé en su casa a cenar pizza y a dormir, sobre la bruja que se lleva a las niñas cada diez años. Si es bruja, puede adoptar la forma de una chica joven y guapa como la que me ha llamado a la salida del colegio esta tarde, ¿verdad? Lo he visto en las películas. Así que, si vuelve a aparecer, seguiré huyendo de esa chica, aunque aún no me creo mucho lo del cuento de la bruja que se lleva a niñas de Port de la Selva. Sería un poco tonta si creyera en esas cosas, pero la gente de aquí sí que cree.

Mamá y papá, que hace días que no se hablan ni se miran, no me han obligado a terminar la cena, así que he subido a mi habitación y, como no podía dormir, he estado leyendo un rato. Me ha costado concentrarme, porque me ha venido a la cabeza el

abuelo de Eva. Y es que, aunque sea el abuelo de mi mejor amiga, no me gusta, porque siempre me mira mucho, me sonríe sin motivo, como si le hiciera gracia algo, y me hace sentir incómoda y nerviosa. Intento volver al libro, a *La Isla del tesoro*, que está lleno de aventuras y me ayuda a olvidar que papá y mamá están tan ocupados que ya ni se acuerdan de entrar en mi habitación para darme un beso de buenas noches.

26

ALEX

He ido a casa de los Fian cuatro veces. Al final voy a tener que alquilar un coche; entre las subidas y bajadas del retiro literario perdido en la montaña y mis paseos con la ayuda del GPS del móvil para llegar a los sitios, termino por las noches con unas agujetas horribles.

Los Fian nunca abren la puerta. La última vez me planté durante una hora frente a la casa, ubicada en una calle larga y estrecha de casas blancas apiñadas las unas con las otras, con el encanto típico del Mediterráneo. Ese día, me pareció ver vida tras una de las ventanas de madera pintadas de azul que hay en la planta baja, así que insistí. Y seguí llamando. Pero nada. No desisto. Hoy voy a intentarlo otra vez. Puede que no los haya pillado en casa, últimamente la buena suerte no me acompaña.

Son las once de la mañana. El cielo está encapotado, lo que hace que mi paseo hasta la calle de Dalt sea más triste que en las otras ocasiones en las que el sol brillaba en lo alto y no parecía que fuera a llover.

—¿No llevas paraguas, Alex? —pregunta una voz a mi espalda, cuando estoy en la calle empedrada Cantó de Santa Elena, a punto de llegar a mi destino.

—¡Bruce! —Me produce una gran alegría encontrarme con el chófer—. ¿Cómo estás?

—Bien, disfrutando del fin de semana. ¿Y tú? ¿Dando un paseo?

—Sí. ¿Vives por aquí?

—Cerca, en la casa del final de esta calle. Para lo que necesites, ahí estoy.

—Gracias. Yo voy a la calle de Dalt, aquí al lado. —Durante un par de segundos, Bruce se muestra intranquilo—. A casa de Ally

Fian —añado, aunque el chófer ya lo ha debido de suponer.

—¿Ally Fian? —Bruce frunce los labios y sus ojos azules se vuelven fríos y acerados—. Por qué… ¿Por qué vas a su casa, Alex? ¿Cómo sabes dónde vivía?

—Me dieron la dirección. Quiero hablar con sus padres —contesto, dando unos golpes impacientes con el pie contra el bordillo.

—Creo que no es buena idea. Esa niña…

—La maldición, blablablá… Bruce, somos mayorcitos como para seguir creyendo en cuentos, ¿no te parece? A esa niña se la han llevado y no ha sido una bruja que murió hace cuatro siglos. ¿Vas a decirme que Santa Claus también existe? —río con sarcasmo.

Bruce, en un gesto que se me antoja inquietante, mira a ambos lados de la calle y, en un susurro, pese a que no hay nadie cerca, me dice:

—Será mejor que no te metas en eso, Alex. No tendría que haberte dicho nada.

—Sé lo de Claire Glenn.

—¿Quién?

—No finjas. Se nota que sabes de quién te hablo. La chica que apareció muerta en la misma cala donde, dos semanas más tarde, a Ally se le perdió la pista.

—Oh, sí, sí. Una tragedia. Por lo visto, se ahogó.

—Se ahogó. Ya.

—Me tengo que ir. Ha sido un placer verte y, por favor, hazme caso. Olvida a Ally. Por tu seguridad.

—¡¿También me van a ahogar, Bruce?!

Esto último lo he dicho demasiado alto para que me oiga, porque, a paso rápido, Bruce se aleja de mí sin mirar atrás. Tengo que inspirar un par de veces para que se me pase la mala leche que me ha provocado el chófer, con lo majo que parecía.

Sigo mi camino hasta llegar a casa de los Fian, tratando de encontrar algo de paz después del raro momento con Bruce. Que ande con cuidado, me ha dicho. ¿Otra amenaza? ¿Es que nadie quiere saber dónde está Ally?

Llego a mi destino. La casa de los Fian es blanca, como el resto, pero está dejada, la pintura desconchada y con humedades. Cualquiera diría que está abandonada, ya que no percibo que haya

vida en su interior, pero, un día más, decido probar suerte. Doy dos golpes secos a la puerta. No hay timbre. Cuento los segundos mentalmente con la vista clavada en la puerta de madera pintada de azul, hasta que la alegría me invade al oír el sonido del cerrojo. Abre una mujer bajita, rubia y pecosa de unos cuarenta años, la viva imagen de cómo sería Ally Fian de mayor.

—¿Qué quieres?

Su tono de voz es áspero, parece que mi presencia supone una molestia. No sería la primera vez, estoy acostumbrada.

—Buenos días, me llamo Alex Duarte y trabajo en el periódico *Barcelona ahora*.

—Uff… —resopla.

Está a punto de cerrarme la puerta en las narices.

—No, espere —le digo, tratando de ocultar mi desesperación y mis ansias de hablar con ella, aunque sea aquí, en la calle, sin ninguna oportunidad de que me invite a entrar—. Quiero hablar con usted. Quiero descubrir qué le pasó a su hija.

Su semblante cambia al instante. Del cabreo y la indiferencia a la esperanza, o eso es lo que quiero ver. No tiene nada en común con la madre de Silvia Blanch a la que conocí hace tiempo, parece que en otra vida, tan deshecha que apenas le salía la voz. La mujer que tengo delante tiene buena cara, no tiene ojeras ni parece cansada o triste. Nadie diría que hace un año que su hija desapareció.

—Me llamo Diane. Y trátame de tú —me pide, en un correcto castellano con acento inglés—. No soy tan vieja. Anda, pasa.

Con unos modales poco refinados, me hace entrar en la cocina. Está desordenada, sucia, y es antigua. Huele a café y a algo dulce, como si hubiera un bizcocho horneándose, pero a mi alrededor solo veo caos y platos apilados sin fregar desde hace días.

—Acabo de preparar café. ¿Quieres? —me ofrece de manera brusca.

—No, gracias, no quiero molestar.

—No es molestia. Siéntate.

Me siento a la mesa. Mis labios se curvan en una sonrisa a pesar de la irritación que me produce la mujer. Me sirve café en una taza de porcelana muy *british*, con el rostro sonriente de la reina de Inglaterra Isabel II, y se sienta a mi lado. Enciende un cigarro, no

tiene reparo en echarme el humo a la cara.

—¿Y bien? ¿De qué quieres hablar?

—Además de periodista, soy escritora. Puedes comprobarlo en…

—Me da igual —me corta.

—Vale —acepto, incómoda, mirando a mi alrededor sin saber por dónde empezar—. Hace casi una semana llegué al pueblo y me enteré de la desaparición de tu hija. He venido a tu casa porque supongo que no crees en la maldición de Arsenda y esas cosas, ¿no? O sea, que alguien debió de llevársela, debe de estar secuestrada en alguna parte —trato de explicarme, pero no es fácil por la cara que pone, el ceño fruncido, los labios apretados, como si estuviera a punto de mandarme a la mierda o, peor aún, soltarme un guantazo —. Quiero ayudar. Quiero descubrir quién se la ha llevado, dónde está.

—Mi hija está muerta —dice sin emoción, la mirada tan muerta como cree que lo está Ally.

—Espero que no —rebato esperanzada con un hilo de voz.

—Créeme, lo está. No la siento. Aquí. —Señala su corazón de manera torpe, imprecisa. ¿Ha bebido?—. Así que siento que estés perdiendo tu tiempo si crees que la vas a encontrar.

—No me has contestado con respecto a la maldición —insisto.

—¿Que si creo en brujas? —ríe—. No, claro que no. Pero todo este maldito pueblo cree en ellas, intentan comerte la cabeza, así que…

El silencio nos envuelve con violencia.

—Entonces… —dudo.

—Quería a mi hija —espeta con ímpetu—. La quiero. Era preciosa en todos los sentidos, más de lo que merece esta mierda de sociedad. A veces me pregunto por qué seguimos trayendo al mundo a niños inocentes que la humanidad corrompe. —Se detiene. Traga saliva, pero no le cuesta contener sus emociones, como si fuera incapaz de derramar una sola lágrima. Quizá ya las ha gastado todas—. Ally no era feliz —prosigue—. No supe hacerla feliz y tengo que aceptar que su destino era ese. Desaparecer, morir en Port de la Selva… Estaba maldita. Maldita por esa historia degenerada de la bruja. Nunca debimos irnos de Londres, nunca debimos venir a vivir aquí, donde ahora estoy atrapada por una puta hipoteca, pero cada diez años ocurre, y si no hubiera sido mi

hija, habría sido otra, así que… No es consuelo, pero es lo que hay. Si no te resignas, mueres en vida.

—No te entiendo. No puedes conformarte con que es algo que ocurre cada diez años, Diane, las maldiciones no existen —suelto con desprecio, sabiendo que me estoy pasando de la raya.

Tengo la imagen de Ally en la cabeza. La visualizo y me entran ganas de llorar ante la despreocupación de la mujer que la tuvo en las entrañas y le dio la vida.

—No hace falta que una completa desconocida como tú entienda nada —ataca.

—¿El padre de Ally está aquí?

—El padre de Ally no sé dónde está. Arturo, el que ha hecho de padre de Ally —me corrige—, es el cabrón que se está acercando, el que nos arrastró hasta aquí, y le va a entrar un cabreo monumental como sigas preguntando.

Debo de estar quedándome sorda o algo, porque no he oído los pasos, pero, efectivamente, un hombre, Arturo, se detiene indeciso en el umbral de la puerta. Es alto y robusto, y sería atractivo si no fuera por la barba canosa dejada a su suerte con la que oculta buena parte de su rostro. Él sí parece un hombre roto, de mirada triste y profundas ojeras oscuras.

—Buenos días —saluda—. ¿Quién es? —le pregunta a Diane, señalándome despectivamente como si no estuviera delante.

—Ha venido por Ally —le dice la señora Fian, esbozando una risa breve y áspera—. Dice que va a descubrir dónde está.

—Estás perdiendo el tiempo, joven.

—¿Nos hemos visto antes? —le pregunto.

Chasquea la lengua contra el paladar varias veces a modo de negación, dando golpecitos en el marco de la puerta como si un tic nervioso se hubiera apoderado de su dedo.

—No, no lo creo —niega rotundo.

—Será mejor que te vayas —gruñe Diane, retirándome la taza de café que ni siquiera he probado, con la mirada fija en su marido, que resulta que no es el verdadero padre de Ally—. Siento que no hayas encontrado el entretenimiento que andabas buscando.

—No he venido aquí a encontrar ningún entretenimiento —me defiendo molesta, tratando de controlar mi enfado—. De verdad que quiero descubrir qué le pasó a tu hija.

—Si insistes… —murmura con apatía, encogiéndose de hombros y dirigiéndome hasta la puerta con los mismos malos modales con los que me ha recibido. Antes de salir, alcanzo a ver en el salón, completamente en penumbra y con muy pocos muebles, un paquete enorme envuelto en papel de regalo de Hello Kitty. Recuerdo que la directora del colegio me dijo que Ally desapareció el día de su décimo cumpleaños. De repente, me invade una pena inmensa. Su regalo lleva esperando por ella un año, sigue ahí, sin abrir. Ally no llegó a saber qué había dentro—. Por favor, no me molestes más —zanja Diane, que se da cuenta de que he visto el regalo, signo inequívoco de que todavía le queda un poquito de esperanza de que su hija regrese algún día.

No me da tiempo a protestar, ya tengo un pie puesto en la calle, momento en que Diane aprovecha para cerrar la puerta dando un fuerte portazo. Como si mi presencia en esa casa nunca se hubiera dado, alcanzo a oír cómo la mujer le grita al tal Arturo:

—¡Cabronazo! ¡¿Dónde estuviste anoche?! ¡¿Dónde?!

Acto seguido, algo, un plato, o puede que una de las tazas de café con el rostro feliz de la reina de Inglaterra, se hace añicos contra la pared.

«Ally, ¿cómo aguantabas esto?».

No esperaba, ni de lejos, toparme con un panorama como ese, tan desolador como un desierto, pese a la advertencia de la directora del colegio. «Problemas en casa», dijo, referente a Ally. Bueno, en realidad, no sé qué esperaba, pero conocer a una madre fría, mal educada, déspota, que asegura que su hija de tan solo diez años está muerta y, aparentemente, no le duele ni le importa, me rompe el corazón. Pensaba que tendría ante mí a una madre destrozada. Que lloraríamos juntas y me agradecería el interés por su hija, porque el tema de la maldición no hay por dónde cogerlo, y nadie parece haber movido un dedo para dar con su paradero. ¿Puede que su actitud sea un escudo? ¿Una armadura que la ayuda a seguir viviendo el día a día con cierta normalidad? Las preguntas se acumulan, quién soy yo para juzgar. Pero qué pena que un pueblo entero, incluida una madre, le dé la espalda a una niña desaparecida, suceso destacable en las noticias capaz de movilizar internet y las redes sociales, pero no aquí. No en Port de la Selva.

Enfrascada en pensamientos turbios, me doy la vuelta dispuesta

a marcharme de esta casa de locos. Los gritos siguen oyéndose desde la calle; ahora es el hombre quien ataca, pero no alcanzo a entender qué dice. Se me ha quedado mal cuerpo. Entonces, veo a una niña pequeña que debe de tener la edad de Ally, diez u once años, quieta como una estatua en mitad de la calle mirándome expectante. Es morena, de ojos grandes, castaños y vivarachos, que se asusta en cuanto levanto la mano para saludarla. En el momento en que avanzo para ir hacia ella, con la intención de preguntarle si es amiga de Ally, la niña echa a correr y, la verdad, podría seguirla y alcanzarla, pero no quiero terminar en comisaría. Resignada y triste, sigo caminando en dirección al retiro de Nimue bajo una fina llovizna intermitente. Casi preferiría no haber conocido nunca a los Fian. Son muchas cosas. Demasiadas como para correr un tupido velo y fingir que aquí no ocurre nada.

27

JAN

—Jan, hijo. ¡Sonríe un poco! —me pide Montse—. Me vas a espantar a los huéspedes.

—¿Quién sonríe a las ocho de la mañana?

—¿Es por Alex? ¿Seguimos así?

Me encojo de hombros. No quiero hablar del tema, y menos con Montse, a quien nunca se le ha dado bien animar al personal.

—Con la cantidad de mujeres guapas que hay por ahí… Tienes buena planta, podrías tener a cualquiera. ¿Cómo se llamaba aquella ex que se fue a vivir a Berlín? Diablos, no me sale el nombre, hacerse vieja es un fastidio, con la buena memoria que he tenido siempre.

«Cualquiera no me sirve. Quiero a Alex».

—¿Conoces la sensación de haber perdido a la única persona con la que eres feliz? —me sincero.

—Ay, *nano*, qué filosófico estás últimamente.

Bah. No voy a seguir hablando de Alex con Montse.

—Los alemanes bajarán en cinco minutos.

—Aquí les espero.

—Oye, ¿y por qué no vas a verla a Port de la Selva? No queda muy lejos —sugiere al cabo de un momento, tras un necesario silencio.

—Tenemos excursiones, Montse…, y la granja, que…

—A la mierda las excursiones —me interrumpe, dando un golpe fuerte en el mostrador con la palma de la mano abierta—. Yo me encargo de la granja los días que necesites. La vida no es esperar a que te toque el sueldo para toda la vida de Nescafé. La vida es trabajar día a día por ese sueldo, Jan.

—¿Estás comparando a Alex con el sueldo Nescafé?

No puedo evitar echarme a reír.

—*Collons*, si Alex es la única persona que te hace feliz en este puñetero mundo, ve a por ella —me presiona.

—La última vez que la vi me rechazó. Ni siquiera contesta mis mensajes, no quiere saber nada de mí.

—¿Y? ¿De qué tienes miedo? Miedo debería darte no intentarlo y vivir el resto de tu vida con la duda de «qué hubiera pasado si…». No hay nada más horrible que eso, Jan. Nada.

28

ALEX

Al otro lado de la pantalla de mi ordenador, me saluda una chica joven y entusiasta llamada Noelia. Grita tanto, como si pensara que su voz no me llega con claridad a través de la pantalla, que estoy convencida de que la pueden oír hasta en la cala. Me agradece que le dedique unos minutos para responder a la entrevista que publicarán en la revista la semana que viene, acompañándola de un par de fotografías mías de archivo. Se me sigue haciendo raro esto de estar al otro lado y no ser yo quien hace las preguntas. Aún me sorprende que a alguien le interese lo que tengo que decir. Lo primero que comenta es que le encantó mi última novela, *Todos mienten*. La leyó hace tiempo, nada más salir a la venta.

—En realidad fue mi primera novela —la corrijo, cuando habla de la última como si llevara más libros publicados.

—Ya, ya —me ignora, barriendo el aire con la mano—. Pues me alucinó. Y ese final… Buah. Cómo me enganchó —exclama mascando chicle—. Por cierto, extraoficialmente, ¿qué tal con Jan, el primo de Silvia? Comentó tu última fotografía en Facebook, y Twitter, que ya sabes que es donde está el salseo, ha ardido con comentarios sobre vosotros, no sé si lo has visto.

Mi espalda se pone tensa.

«Uff… Ni que fuéramos Angelina Jolie y Brad Pitt».

—Algo he visto, pero estoy bastante ocupada, así que lo he pasado por alto.

—Pero ¿seguís juntos?

—No.

De pronto, me veo pensando que me hubiera gustado responder que sí estamos juntos. Que no lo perdí. Por idiota. Por rencorosa. Porque me enfureció enterarme antes de que me dispararan de que

Jan lo sabía todo desde el principio. Jan trató de explicarse y no lo quise escuchar.

—Eh… Vale, bien —acepta Noelia—. Veo que no quieres hablar del tema, así que a otra cosa. A los lectores de la revista les gustaría saber para cuándo tu próxima novela.

—En unos meses.

Sonrío incómoda.

—¿Y me puedes dar alguna pistita?

—¿Sobre la nueva novela? —Asiente—. Pues… está ambientada en Port de la Selva —añado, apreciando las vistas que se ven desde la ventana.

—Ajá. —Baja la mirada y, concentrada, anota algo en una libreta que no alcanzo a ver desde la pantalla—. ¿También trata sobre una desaparición? —pregunta sin mirarme. Sigue escribiendo —. ¿Algún caso real que conozcamos?

—Estoy investigando, aunque no es un caso que haya trascendido a la prensa.

—Desapariciones de segunda… así las llaman —murmura, encogiéndose de hombros—. Bien, ¿y volverás a utilizar como protagonista a tu *alter ego*?

—¿Mi *alter ego*?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—Sí, la periodista que fue hasta Montseny a descubrir qué le ocurrió a Samanta Borrás, inspirada en Silvia Blanch.

No había pensado en esa posibilidad y, de repente, la idea de volver a utilizar a la periodista me entusiasma. ¿Podría hacer una serie con ella? ¿Una de esas bilogías o trilogías que tanto se llevan ahora?

—Sí, volverá a aparecer en mi próxima novela —confirmo, decidida, dando por sentado que a mi editora le parecerá una buena idea.

—¡Bien! —aplaude—. Nuevo caso, misma protagonista. Sabemos que estás en un retiro literario. Las redes sociales nos lo chivan todo. —Me guiña un ojo divertida. Espero que no vuelva a nombrar a Jan—. ¿Qué te ha impulsado a viajar hasta allí, Alex?

—Tenía ganas de cambiar de escenario.

—¿Algo más?

«¿Se puede ser más insulsa que yo?», debe de estar pensando la

redactora, a la que se le ha congelado la sonrisa esperando que alargue mi respuesta.

—Pues…

Bajo la mirada. La habitación parece helarse de repente y me ciño la chaqueta.

—Ayuda…

—¿Cómo? —le pregunto a Noelia, mirando de nuevo a la pantalla.

—No he dicho nada. Puedes seguir.

—Ayuda…

—¿Noelia, has dicho «Ayuda»? —vuelvo a preguntarle, esta vez en un susurro acercando la cara a la pantalla.

Por un momento, pienso que Noelia está en un aprieto pero no puede decir nada, solo «ayuda» en un débil siseo. ¿Ha entrado alguien en su despacho y no me he dado cuenta? Miro con detalle la estancia en la que se encuentra. Detrás de ella hay una librería blanca, la típica de IKEA, con libros y un jarrón con flores de plástico.

—Eh… pues no —contesta.

Parece confundida, tanto como yo, que registro mi entorno para averiguar de dónde procede esa voz, apenas un murmullo extraño y lejano, pidiendo ayuda. El sonido es tan tenue que no consigo descifrar más palabras. Fuera, una nube tapa el sol, y la penumbra de la habitación se intensifica.

—Ayúdame, por favor.

Cierro los ojos para concentrarme y vaciar la mente, para ahuyentar cualquier pensamiento perturbador. Enciendo la luz, está todo demasiado oscuro. Menos mal que esta es la habitación con más luz, dijo Nimue. Cómo serán las otras, me pregunto.

«Ha sido por culpa del fantasma», me contó Luke, cuando le pregunté por qué la escritora americana, Sarah Clark, que se alojaba en esta misma habitación en la que llevo casi una semana, huyó con tanta prisa del retiro. Nimue no quiso cambiarla de habitación. Mucho estaba tardando en manifestarse el fantasma de Arsenda, si es que se trata de ella y no son alucinaciones mías. ¿Ahora cómo se supone que voy a poder conciliar el sueño entre estas cuatro paredes?

«¿No decías que no creías en fantasmas, Alex?», pregunta una

vocecilla interior con malicia.

Vale. Definitivamente, me he vuelto loca.

—Noelia, ¿has oído eso? —insisto, tan nerviosa que un tic se apodera de mi pierna derecha. No puedo detenerla.

—¿El qué? —se desespera.

—Una voz pidiendo ayuda.

«Si hasta parece de ultratumba», me callo, con una sensación rara en la nuca, como si alguien con la mano helada me estuviera rozando. Noto que mi pecho se queda ligeramente sin aliento y tengo que tragar saliva antes de continuar hablando.

—No, no he oído nada. —Noelia está empezando a hartarse de mí, normal, yo en su lugar habría cortado la comunicación, pero su semblante cambia y añade sonriente—: Pero veo a un tío que está cañón entrando en tu habitación.

—¡¿Qué?!

Al girarme, veo a Luke, que ha entrado sigiloso y sin llamar a la puerta. Cuando se percata de que estoy hablando por Skype, se disculpa con un gesto y leo en sus labios un: «Hablamos luego».

—¿Podemos seguir con la entrevista, por favor, Alex?

Noelia ya no sonríe. Ni siquiera se muestra agradable, y yo tampoco me esfuerzo en disimular el miedo que tengo de estar donde estoy, en una habitación en la que el fantasma de una bruja a la que quemaron en la colina antes de que construyeran esta casa, debe de creer que los huéspedes pueden ayudarla.

¿Ayudarla a qué?

Siento que el frío vuelve a caer sobre mí como la tapa de un sarcófago. Si no puedo comprender, al menos tengo que pensar en lo que puedo hacer.

29

LUKE

—Está aterrorizada. Ha oído la voz. Al final voy a tener que creer en fantasmas. Pensaba que la escritora americana estaba chiflada, pero no. Alex también ha oído al fantasma de la bruja.

—Ahora no nos interesa que se vaya, Luke. Retenla como sea. Sigue siendo su sombra, día y noche, a todas horas. No la pierdas de vista.

—Está muy nerviosa. No sé si…

—Sácala del retiro. Conquístala si es necesario. Pero que se quede, que siga con su investigación. Nos está viniendo bien.

—Esta casa me da escalofríos, ¿sabes? Si por mí fuera, yo también saldría de aquí.

—Claire, obcecada con la historia más oculta de Port de la Selva, descubrió algo, Luke. Y por eso la mataron. Solo necesitó un par de semanas y tú llevas tres. Espabila, chico, llevo demasiado tiempo esperando. Quiero justicia y la quiero ya. Deja que Alex siga haciendo preguntas, que no obtenga respuestas, solo trabas e impedimentos para querer saber más y más; su naturaleza inquieta y obsesiva está de nuestra parte. Los mismos que fueron a por Claire irán a por ella y nosotros estaremos ahí para saber quiénes son.

—¿Y si le pasa algo? ¿Y si no estoy ahí para protegerla?

—Ese no es nuestro problema, Luke.

30

ALEX

Cuando termino la entrevista, un hilillo de sudor frío me recorre la espina dorsal. Lo único que quiero es salir de esta habitación opresiva, que mis pies descalzos se fusionen con la arena de la cala, olvidar la voz de ultratumba pidiéndome ayuda y seguir siendo una escéptica convencida. Pero a veces ocurren cosas que no tienen explicación, que te sacan de tu zona de confort y te hacen creer, aunque solo sea por un momento, que puede existir algo más, algo que nuestros ojos no son capaces de ver, pero nuestra parte más confiada, cuando no está en alerta, sí percibe de algún modo. Todos nos hacemos la misma pregunta y hasta yo, cuando estuve cerca de la muerte y mi cerebro me jugó la mala pasada de hacerme ver la luz y esas cosas que dicen que hay cuando te mueres, me pregunto a qué lugar vamos en el momento en que nuestro caparazón se vuelve inservible y el corazón deja de latir. Por más que me estruje la cabeza, no lo sé. No lo entiendo. Y el hecho de no entenderlo, es lo que provoca que tengamos miedo. Miedo a lo desconocido. Siempre he pensado que aún tengo muchos años por delante para averiguarlo, pero nunca se sabe. Que se lo digan a Arsenda, condenada por brujería en una época bestial, dura, ignorante y cruel. O a Claire Glenn, que puede que se llevara con ella la respuesta que me obsesiona en estos momentos: dónde está Ally Fian. Quién se la ha llevado. Quién se ha llevado a tantas otras niñas durante siglos para cumplir con los designios de una estúpida maldición.

—¿Qué tal la entrevista? —me pregunta Luke desde el salón, cuando me ve cruzar el vestíbulo, donde huele a algún guiso que Nimue debe de estar cocinando. La puerta de la cocina está cerrada.

—Fatal —contesto con sinceridad—. Voy a salir.

—Espera, no te veo bien —se preocupa, levantándose como un resorte y acercándose a mí—. Salgo también, ¿me dejas acompañarte?

Me encojo de hombros y miro hacia otro lado. Preferiría estar sola, pero no se lo digo.

—Como quieras —contesto en lugar de negarme.

Luke esboza una sonrisa, yo lanzo un suspiro.

Cruzamos el bosque en silencio siguiendo el sendero que nos conduce a la cala. No es un buen lugar para contarle lo de la voz del fantasma en mi habitación pidiéndome ayuda, así que me lo reservo para cuando nos acomodemos a la orilla. Aquí el aire no es viciado y nada a nuestro alrededor provoca que me ponga a temblar de miedo cuando empiezo a hablarle de lo sucedido.

—¿Pidiendo ayuda? —trata de comprender. Asiento con la cabeza—. Sarah decía lo mismo. Que escuchaba una voz lejana, muerta, la definió ella, que pedía ayuda.

—Me dijiste que era Arsenda. Su espíritu. O lo que sea. —Y es que aún, a pesar de haber oído *la voz*, me niego a creer en fantasmas—. ¿Por qué estás tan seguro de que es el fantasma de esa bruja?

Casi temo haber dicho «esa bruja» con tanto desprecio. ¿Y si su espíritu ronda por aquí, invisible para los vivos, y se cabrea conmigo?

«¡¿Pero qué estoy diciendo?!».

—Ya te lo conté —dice tranquilo—. La quemaron en la colina donde años más tarde se construyó la casa de Nimue —resopla—. Pero quién sabe, puede que ahí torturaran a más gente. Que sea un lugar impregnado de mucho dolor y que, de alguna manera, salga a la superficie atormentando a los vivos.

—¿Pero tú de verdad crees en fantasmas? Me dijiste que no. Es de locos.

—Bueno, yo qué sé, Alex…, en algo hay que creer, ¿no? Mira, a mí tampoco me gusta esa casa. Ni Nimue, por muy agradable y buena anfitriona que sea con quien le apetece. Me parece una persona oscura, oculta cosas, estoy seguro —se sincera—. Pero tenemos una misión, ¿recuerdas? ¿Qué daño nos puede hacer un fantasma?

—Ya, pero acojona. ¿Me cambias la habitación? —le suplico,

mirándolo con ojos de cordero degollado y uniendo las manos en una muda plegaria. Solo consigo que se ría de mí.

—Ni por todo el oro del mundo, pero puedes dormir en mi cama —sugiere con picardía.

—Eres lo peor.

Me dedica una media sonrisa y se queda un rato observando lo que pasa delante de él, como si hubiera caído en un sueño provocado por alucinógenos. Empieza a refrescar. El cielo se va oscureciendo paulatinamente. Luke observa la bruma que se levanta del mar y yo, más reflexiva de lo que debería, lo observo a él. Es muy guapo. Probablemente, el hombre más guapo con el que he hablado en toda mi vida, de esos que te quitan el aliento con solo una mirada y te provocan cosquillas en el bajo vientre. Tiene la piel inmaculada y el pelo suave, de color castaño con reflejos dorados. Y huele muy bien, a colonia cara, como la sección de caballeros de unos grandes almacenes pijos. Se pasa la mano por la cara, abatido, y me mira de reojo, indeciso. Nerviosa, le doy una calada al cigarro apartando la mirada de él. Mis piernas empiezan a temblar; es por el frío, me digo, aunque no es verdad. Pero entonces, me doy cuenta de las intenciones de Luke, del motivo real de mis nervios, porque, tentador, se acerca a mí. Sus ojos recorren mi cara con expresión abstraída, y extiende una mano para acariciarme la mejilla. No me aparto. Podría, pero no lo hago. Recuerdo que me dijo que le recordaba a su novia, a Claire, y el hecho de parecerme a una muerta me provoca un súbito escalofrío. En realidad no nos parecíamos; ella era rubia, de ojos claros, unos ojos que relucían con el brillo de un alma buena de verdad, y, por lo que vi en la foto que Luke me enseñó, una en la que aparecían abrazados, tenía unas piernas infinitas que ya quisiera para mí. Parecía de esas mujeres siempre impecables sin que parezca haber invertido el más mínimo esfuerzo. No le he llegado a preguntar en qué le recuerdo a ella, y es en lo que pienso cuando Luke, en un gesto de impaciencia, me atrae hacia él apretando su boca contra la mía. No hay razón alguna para que no siga con este beso, pero no me acaba de parecer bien. Es demasiado pronto, mis sentidos aún se aferran a Jan, y Luke hace un año que perdió al que, tal y como dijo, considera el gran amor de su vida. No, definitivamente esto no está bien.

—No, Luke.

Apoyo las manos en sus hombros y lo separo de mí. Él inspira hondo y exhala el aire precipitadamente, levantando los ojos hacia el cielo. Un músculo de su mandíbula palpita ostensiblemente.

Tengo que largarme de aquí.

Aparentando una tranquilidad que no siento, me levanto, termino el cigarrillo y me descalzo, alejándome de Luke para dar un paseo en solitario por la pequeña cala. Durante parte del camino, noto su mirada clavada en mi espalda. Ahora la tarde se extiende ante mí como un paisaje desalentador y anodino.

31

ALLY

21 de febrero de 2020
Dos semanas antes de desaparecer

Llueve. El cielo está gris y hay mucha niebla, por eso la gente en invierno es tan triste. Yo intento reír, eso le digo a la directora del cole, que lo intento con todas mis fuerzas, pero a lo mejor no solo es culpa de papá y mamá, a lo mejor también es culpa del clima.

No llevo paraguas. Salgo del colegio sabiendo que me voy a mojar. Espero no ponerme enferma, me aburre tener que estar en la cama, la fiebre es un rollo y me sienta fatal. Cuando cruzo la calle corriendo, veo a la chica del otro día, la que intentó hablar conmigo. No me fío. ¿Qué querrá? Además, hoy no tiene buen aspecto. Tiene ojeras, está empapada, el pelo le tapa media cara y parece no importarle. Hoy no es tan guapa, está distinta. A ella también se le ha debido de olvidar el paraguas en casa.

—Ally, ¡espera!

¿Cómo sabe mi nombre?

¿Será la bruja disfrazada de chica joven?

No seas tonta, Ally.

Camino rápido, cada vez más rápido, disimulando, como si no la oyera, como si no la viera.

«No hables con extraños», dice siempre papá.

—¡Ally, por favor! ¡Es importante!

Me está siguiendo. Entonces, empiezo a correr y resbalo y me caigo, y ella, que ya andaba cerca de mí porque corre más rápido que yo, aprovecha para agacharse a mi lado. Su cara está muy cerca de la mía, tanto que puedo oler su aliento. Y huele mal. Cuando mamá insista en que tengo que lavarme los dientes después de cada

comida, le haré caso y lo haré sin rechistar. No quiero oler así. La chica me ofrece la mano, pero niego con la cabeza y me levanto sola. Intento caminar, pero me duele el tobillo, creo que me lo he torcido.

—¿Tu madre nunca viene a buscarte al colegio? —quiere saber para asegurarse de que estoy sola. Está inquieta, nerviosa. No, no me gusta. No me gusta nada. Quiero gritarle que me deje en paz, que no me siga más, pero estoy tan asustada que no me sale la voz, como cuando en las pesadillas me siguen monstruos o fantasmas, y no puedo gritar ni pedir ayuda.

Camino coja, pero intento continuar y, si hace falta, pediré ayuda a alguien, pero no pasa nadie por esta calle; me he alejado del cole, donde aún quedaban padres que podrían salvarme. La chica me sigue, va a mi lado, se encorva un poco para quedar a mi altura y para que la pueda oír bien.

—Ally… Ally, escúchame, por favor. Me llamo Claire y soy de Edimburgo. —Habla muy rápido y alto—. No puedes ir sola por ahí, ¿entiendes? Tienes que tener cuidado. Es importante que sepas que…

—¿Pasa algo, Ally?

Respiro aliviada. El abuelo de Eva para el coche y sale, cogiéndome rápido de la mano y llevándome con él. No me resisto; Eva está en el asiento de atrás sonriéndome. Claire mira al abuelo de Eva con miedo. Parece aterrorizada, abre mucho los ojos, levanta las cejas y su respiración se vuelve agitada de repente como si estuviera delante de un demonio. A ver, a mí tampoco me gusta el abuelo de Eva, pero por lo menos no es un extraño.

—No, Ally. Ally, no vayas con él —me pide. Le tiembla la voz, como si tuviera frío. Extiende la mano para intentar cogerme, pero el abuelo de Eva es más rápido y me aparta de ella, me dice que entre en el coche y eso es lo que hago.

—Señorita, deje en paz a la niña, ¿no ve que la está asustando?

No dejo de mirar a la chica, que se queda quieta en la acera mirándome con pena.

¿Está llorando?

El abuelo de Eva arranca el coche y nos alejamos en dirección a mi casa.

—Tranquila, Ally. Esa chica no volverá a molestarte más.

32

ALEX

Cae la noche y ni la luz de la luna ni el brillo de una estrella se perciben en un cielo desbordado de nubes que auguran tempestad. Es inquietante, pero, por suerte, he descubierto otro camino para llegar al retiro. Si bien es más farragoso, va directo al sendero empinado que conduce a la casa de Nimue, sin necesidad de tener que adentrarme en el bosque con la linterna activada del móvil como único método de seguridad.

Algo es algo.

Antes de entrar en casa, me detengo frente al cobertizo. Será incómodo volver a encontrarme con Luke después de lo que ha pasado en la cala. Es cierto, el cobertizo está ruinoso, lo mejor que podría hacer Nimue es derribarlo. Tal y como dijo, supone un peligro. Y yo no tendría que estar aquí, frente a la puerta, si es que a un tablón de madera que puedo echar abajo de una patada se le puede llamar puerta, pero la curiosidad me puede cuando, a través de una ranura, percibo un destello parpadeante. Parece la luz de una vela. ¿Habrá entrado Nimue a buscar algo? Voy a comprobarlo, pero una mano sobre mi hombro frena mi impulso.

—Te dije que no te acercaras al cobertizo, Alex —me reprende Nimue, apareciendo de repente y asustándome.

—Lo siento, me ha parecido ver luz —me disculpo, enfrentándome a sus ojos furiosos. Cuando me doy la vuelta, la luz que hasta hace nada salía de la ranura ha desaparecido.

—Vamos dentro. La cena ya está lista.

Cenamos en silencio. Luke evita mirarme y las hermanas Baudin, las únicas que podrían amenizar la cena con la alegría que las caracteriza, están calladas. Me pregunto si esta noche Juliette va a traer a su habitación a algún otro amante sin que Nimue se entere,

lo cual me iría de perlas para no pensar en «el fantasma». No sé cómo voy a poder dormir después de oír esa voz pidiendo ayuda. ¿Habrán sido alucinaciones? ¿Estaré sugestionada por las creencias de la gente de este pueblo?

Terminamos la cena con un pudin casero tambaleando en la bandeja. Lo rechazo. Mi estómago dice basta; las cenas de nuestra anfitriona son demasiado copiosas. Nimue parece tensa, enfadada, e igual que Luke, ni me mira. Ha debido de molestarle verme frente al cobertizo con la intención de entrar. ¿Qué oculta en ese lugar? Parece tenerlo en constante vigilancia, por lo que empiezo a sospechar que no solo es por el peligro que entraña su estado ruinoso. Tiene que haber algo más…, algo que tengo que descubrir. Por fin, Alizee habla, destensando el ambiente:

—¿Venís al bar?

—Esta noche no —niega Luke, levantando la vista del plato para fijarla durante unos segundos en mí.

—Yo sí —digo, sin apartar la mirada de él. Lo que sea para alejarme durante unas horas de aquí.

—Genial —sonríe Juliette, masticando y guiñándome un ojo.

—¿Cómo va vuestra novela? —les pregunta Nimue con tono sarcástico. Sabe tan bien como yo que a las hermanas les gusta más la fiesta que quedarse encerradas en su cuarto enfrentándose a la página en blanco.

—Avanzando —contesta Alizee, distraída, saboreando el pudin.

—¿Qué escribís? —quiero saber.

—Novela erótica. ¿Y tú? Te busqué en Google. ¿Intriga, verdad? —apunta Juliette.

—Sí, podría decirse que sí. Intriga… —repito, dejando que la palabra muera en mi boca, mientras miro sin disimulo a Nimue, que, con el ceño fruncido, se levanta y empieza a recoger la mesa.

33

JAN

Soy el último cliente en el bar l'Estanc. Es martes, así que no ha entrado mucha gente durante las tres horas y pico que llevo encerrado aquí.

—Jan, chico, ya has bebido demasiado.

—Joder, Martí, nunca es demasiado. Ponme otra.

Martí calla y obedece sirviéndome otra cerveza, una de esas alemanas fuertes y amargas de las que siempre presume. «No todos los bares la tienen», afirma con orgullo.

—Jan, me quiero ir a dormir… —murmura, poniendo los ojos en blanco y mirando la hora en el reloj de pared. La una de la madrugada. Sé que tendría que haber cerrado hace dos horas; si aún tiene el bar abierto es solo por mí.

—Me bebo esta y me voy, te lo juro.

—¿Y cómo piensas volver a casa?

—En coche.

—Estás tú para conducir… Anda, te llevaré.

—Ni hablar. Voy bien. En serio, voy bien.

—Me estaba acordando yo de esa periodista… ¿Cómo se llama? Tiene nombre de chico… eh… —titubea.

—Alex. Se llama Alex. Y ya no es periodista, es escritora.

—Claro —asiente—. Escritora, claro. Nunca llegué a leer el libro que habla de… Bueno, ya sabes, de tu prima. ¿La volviste a ver después de toda la movida?

Compongo un gesto de negación sacudiendo la cabeza. No tengo ganas de hablar. Se me forma un nudo en la garganta que me deja sin voz. Es hora de irme. Mire donde mire, veo a Alex en todas partes, y lo peor es que siempre hay alguien que me la recuerda por cualquier motivo. Sé que, probablemente, hace tiempo, estuvo

sentada en el mismo taburete donde estoy yo ahora. También soy consciente de que recorrió cientos de veces la calle que estoy a punto de pisar para coger el coche y volver a la granja, *mi hogar dulce hogar*, que parece muerto sin ella.

—Ya me voy, Martí.

Le dejo un billete de veinte en la barra y me tambaleo hacia la salida.

—Tío, en serio, te llevo, que no me cuesta nada.

—¡Voy bien!

En la calle, entrecierro los ojos en un intento de enfocar la mirada en dirección a mi coche, a unos pocos pasos que ahora mismo me parecen muy lejanos.

Dentro del coche, miro mis ojos en el espejo retrovisor. Están rojos. Rojos de tristeza, rojos de alcohol. No, no voy bien. Nada va bien. Mi reflejo me da asco. Lo que veo me repugna. Me veo dejado, la piel deshidratada, aparentando más años de los treinta y ocho que tengo, sin afeitar desde hace semanas y con el cabello revuelto. Alex nunca se habría fijado en mí si me hubiera conocido así. Enciendo un cigarro, trato de espabilarme y arranco el motor.

—Voy bien, voy bien… —repito una y otra vez, como si por decirlo en voz alta fuera verdad, dando caladas nerviosas al cigarro.

Pero, de pronto, la carretera se vuelve oscura. Ya no hay farolas que la alumbren, solo el camino de tierra empinado y repleto de curvas en dirección a la granja, envuelto en una densa bruma. Junta eso con la borrachera y un jabalí que parece haber salido de la nada, y el resultado es un fuerte choque contra el pobre animal, varias vueltas de campana por el terraplén, y, en menos de lo que dura un pestañeo, mi cuerpo bocabajo, ingrávido, atrapado entre los hierros de la carrocería, el goteo de la sangre que mana de mi cabeza cayendo frente a mis ojos sin control y los párpados que pesan, pesan cada vez más y más y más…

Estoy en un jodido agujero sin visibilidad.

No hay posibilidad de que me encuentren hasta dentro de unas cuantas horas, probablemente cuando Montse dé la voz de alarma al no verme aparecer para la excursión de las diez.

Joder, mierda…

Para entonces, ya puede ser tarde.

—Voy bien, voy bien… —repito en un murmullo débil, como

quien cuenta ovejas para conciliar el sueño, hasta que, como si el cuerpo que está aquí, atrapado, fuera de otro y no el mío, me quedo dormido, sumido en una temida pero apacible oscuridad en la que el miedo y el dolor desaparecen.

34

ALEX

He visto peligrar mi vida no una, sino cinco veces, hasta llegar al paseo marítimo donde las hermanas Baudin han aparcado su maltrecho coche, un Peugeot rojo destartalado, anticuado y sucio, que las trajo de París a Port de la Selva de puro milagro.

—Conocemos todos los bares de aquí —ha asegurado Juliette, que es quien conduce.

—No me cabe la menor duda —me he reído, contagiada por la chispa de las hermanas, que me han dicho que están terminando su tercera novela erótica y que en unos días abandonarán el retiro.

Tengo curiosidad por leer alguna de sus novelas. Por lo visto, en Francia han triunfado con sus anteriores títulos. Me ha sorprendido saber que llevan tres meses alojadas en el retiro y que piensan repetir, aunque a la próxima vendrán en verano, que esto está muy muerto en invierno, y que durante este tiempo han conocido a seis escritores que solo han aguantado en la casa unas pocas semanas. Cuando les he preguntado qué tal la relación con Nimue, una de las dos, no recuerdo cuál, ha contestado seriamente: «Sin comentarios». No he insistido más. Todavía tengo unas cuantas horas por delante para sonsacarles información sobre nuestra anfitriona. Igual, con un poco de suerte, se emborrachan y me cuentan algo suculento sobre ella.

Pasamos de largo el bar La Platja, donde estuve la primera noche con Luke, y avanzamos recto por la calle del Mar, con innumerables barcas y motos acuáticas amarradas al muelle.

—Esto en verano tiene que ser la bomba, Juliette —le dice Alizee a su hermana.

—Nos hemos equivocado de estación, *amie*.

Las hermanas, decididas, entran en un bar llamado Can Pepitu,

que según ellas es el mejor de la zona. No tiene una atractiva y turística terraza con vistas al puerto, pero sí dos mesitas de madera en la acera, colocadas a ambos lados de la entrada con forma de arco. Todo el pueblo debe de estar metido en este bar rústico con paredes bastas de piedra, porque no cabe un alfiler.

Junto a las francesas me siento bajita. Muy bajita. Con decisión, se dirigen a la barra contoneando las caderas como si estuvieran en un concierto de, yo qué sé, pongamos de The Rolling Stones, y todo el mundo, especialmente los hombres, se giran para mirarlas de arriba abajo, mientras yo parezco una sombra que pasa desapercibida.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Alizee.

—Agua.

—¡Dos cervezas y un agua para nuestra amiga! —grita una de las hermanas. Tienen el mismo timbre de voz, por lo que, si no las miras, no sabes cuál de las dos habla.

Botella de agua en mano, Juliette y Alizee se pierden entre la gente. Tienen un don, una gracia natural envidiable para entablar conversación con cualquiera. Mientras tanto, yo no sé muy bien qué hacer salvo conspirar. Uy, conspirar se me da de lujo. ¿Caerá alguno de estos chicos inocentes en las redes de Alizee o de Juliette? ¿Se llevarán a un nuevo amante al retiro con el que experimentar para que sus novelas eróticas sean más realistas? Me doy cuenta de que no me interesa lo más mínimo. Le doy un sorbo a mi botellín de agua como si se tratara del mismo whisky que Luke me dio a probar, y miro a mi alrededor en busca de algún entretenimiento que, por el momento, no encuentro.

—Voy a la calle a fumar un cigarro —le digo aburrida a Juliette, elevando la voz para que me oiga. Asiente sin hacerme caso.

En la calle, respirando la brisa marina y buscando en el cielo encapotado alguna estrella, enciendo un cigarrillo y, súbitamente, me entra una sacudida al recordar, cómo no, a Jan, y, al mismo tiempo, el beso de hace unas horas con Luke. Qué extraño es todo, como si Port de la Selva tuviera el poder de cambiarme, pero, al mismo tiempo, magnificara mis sentimientos por Jan. Pensaba que el cambio de aires podría proporcionarme… no sé, quizá no la inspiración como tal, pero sí el estímulo de una nueva perspectiva. Nada de eso ha ocurrido. También es verdad que la paciencia no es

mi fuerte y llevo pocos días aquí. Pero menudos días. Me he obsesionado con la desaparición de una niña, con la muerte de una estudiante de periodismo que era la novia de un tío que ha intentado algo conmigo, empiezo a creer que de veras existen los fantasmas, y recuerdo, con más añoranza si cabe, a Jan.

No puedo con tanta intensidad. Me siento desbordada.

A punto de terminar el cigarro, un hombre que viene hacia donde estoy llama mi atención. Lo recuerdo bien. Es Arturo, el marido de Diane, la madre de Ally Fian. Camina serio y pensativo, mira a su alrededor, pero está ausente, no parece ver nada. Sin embargo, a medida que se acerca, se percata de mi presencia. Por la mirada hastiada que me dedica, deduzco que tiene un mal recuerdo de mí de aquella extraña mañana en su casa. Inquisitivo, me señala con el dedo.

—Eres la periodista —saluda con burla.

—Alex, sí. Arturo, ¿verdad? El padre de Ally Fian.

Sé que no es su padre, Diane me lo dijo. No obstante, la niña creció creyendo que el hombre que tengo delante es su auténtico padre. Me pregunto si fue bueno para ella. Si vivir en una mentira mereció la pena.

—Dejaste a Diane muy tocada, chica.

—¿Perdona?

—Que tu presencia la desestabilizó aún más, si es que eso es posible —explica, encendiendo un cigarro.

—Lo siento —me disculpo—. Pero, por cómo habló, no sé, no parecía muy interesada en encontrar a Ally. Como si diera por supuesto que… —«No puedo decir muerta. No puedo, no puedo»—. Que ya no está.

—Desaparecen niñas cada diez años y, cuando ocurre, nadie habla del tema, ¿entiendes? —apunta en un susurro—. Es la maldición.

No, no lo entiendo. Y estoy harta de que algo tan grave sea un tema tabú. Es el mismo discurso de siempre en otra voz.

—Ya.

Me escruta unos segundos y se humedece los labios con la lengua. El aire a nuestro alrededor se vuelve tan denso que comienzo a sentir claustrofobia.

—Quien se mete en estos temas termina mal, ¿sabes? —insiste,

empeñado como todos en querer asustarme.

—Algo he oído.

Le sigo el juego con indiferencia, aunque la frustración es patente en mi voz.

—Eres joven y guapa. —Toma aire con brusquedad antes de seguir hablando—. No me gustaría enterarme de que tu cadáver aparece arrastrado por la mar.

Contengo la respiración, suelto el aire en un intento de tranquilizarme, pero no puedo disimular que se me empiezan a llevar los demonios.

—Arturo, ¿me estás amenazando? Porque empiezo a pensar, después de conocer a tu mujer y ahora, hablando contigo, que os interesaba que Ally desapareciera.

La expresión de su rostro cambia. Ahora parece que me quiera matar. Toma una bocanada de aire, brusca y sonora, con las aletas de la nariz dilatadas. Nervioso, hace estallar los nudillos de los dedos. Miro hacia abajo. Aprieta tanto la mano, contenida en un puño que temo que quiera dirigir a mi cara, que debe de estar haciéndose sangre en la palma.

—Quería a esa niña como si fuera mi hija de verdad —alega con voz quebrada—. Pero sé aceptar las consecuencias, aunque estén relacionados con actos atroces cometidos hace siglos. Tú ni siquiera conocías a Ally, así que olvídate del tema y déjanos en paz.

Termina el cigarro y, en el momento en que Juliette sale del bar, Arturo entra. Se intercambian una mirada fugaz, como si ya se conocieran pero se quisieran evitar.

—¿De qué conoces a ese hombre? —me pregunta Juliette sorprendida, con la mirada puesta en el interior del bar. Yo suspiro como si un peso muy grande me estuviera aplastando.

—De nada —contesto con el corazón en un puño—. No lo conozco de nada —repito, consternada por nuestra breve y tensa conversación.

—Pero estabas hablando con él.

—Me ha preguntado la hora —disimulo.

—Eso no se lo cree nadie, Alex, pero en fin… ¿De verdad que no sabes quién es?

Empiezo a sentir verdadera curiosidad.

—Dímelo tú.

—Se llama Arturo, es el padre de la niña que desapareció el año pasado.

—Ya, sí, eso lo sé —confirmo decepcionada. Me temo que Juliette sabe menos que yo, porque Arturo no es el verdadero padre de Ally. Pero, por la mirada que me dedica, en plan: «Prepárate, que ahora llega la bomba», parece que Juliette se ha reservado lo más importante para el final:

—También es el jardinero del retiro literario —añade misteriosa —. Y el amante de Nimue.

35

ALLY

28 de febrero de 2020
Una semana antes de desaparecer

A mamá le duele la cabeza, así que se ha quedado durmiendo y yo me he ido con papá, que hoy tiene trabajo en el jardín de una casa alejada del pueblo que da un poco de miedo. Es gris y oscura, como de peli de terror. La piedra de la fachada casi no se ve porque trepa una planta gigantesca de esas con hojas verdes donde se esconden las lagartijas. No me gusta, está muy alta, en la montaña, y, además, al lado hay un bosque, lo que hace que dé aún más miedo. Podría ser la casa de la bruja de la que me habló Eva, pero, por lo visto, siempre está llena de gente, escritores que buscan tranquilidad, dice papá, y eso me ha gustado. Me ha prometido que luego me enseñará la cala que hay debajo de la casa. Papá dice que es muy bonita y que nunca hay nadie. Estoy deseando verla.

—¿Ally, qué quieres ser de mayor? —pregunta papá mientras trabaja. No me lo pienso mucho, respondo al momento:

—Escritora.

Un gato negro que he visto salir del bosque se acerca a mí. Me siento en el suelo y empiezo a jugar con él.

—Le caes bien —sonríe papá al cabo de un rato—. Es un gato muy esquivo, nunca se acerca a nadie.

—¡Arturo! ¿Puedes venir un momento, por favor? —le pide una mujer desde la puerta de la casa. Es alta y tiene el pelo blanco, muy brillante. Como estamos un poco lejos, no le veo bien la cara, pero me parece que tiene la nariz grande. ¿Será una bruja? Se me pone la piel de gallina. Eva no tendría que haberme contado nada, porque llevo pensando en lo de la bruja desde que me lo dijo. Ya no

sé qué pensar después de todo lo que ha pasado en el pueblo. Aquella chica que me perseguía al salir del cole murió. Dicen que se ahogó en el mar hace unos días, no sé en qué playa apareció su cuerpo; la gente aquí evita hablar de esas cosas.

—Quédate aquí, Ally —me ordena papá—. No te muevas, ¿vale?

—Vale, papá.

En el momento en que papá pasa por nuestro lado para ir a la casa, el gato negro se va corriendo como si se hubiera asustado. Desaparece por donde ha venido, se mete en el bosque y no lo veo más.

La mujer de cabello blanco me mira con una expresión rara. A mí me suena de haberla visto en otro sitio, a lo mejor si la viera de cerca me acordaría…

Cuando papá llega a la puerta, ella coloca la mano en su espalda, como si fueran amigos, y lo invita a entrar.

Una nube grande y gris tapa el sol. Pasan los minutos… pasan lentos, me aburro, me agobio…, y me empiezo a poner nerviosa. Llevo demasiado tiempo aquí sola. El gato negro no ha vuelto. No sé qué hora es, así que me levanto para ir a la casa y buscar a papá. Quiero irme de aquí, hay ruidos raros detrás de los arbustos.

Cuando paso por delante de la ventana, veo a papá sentado en el sofá de un salón grande y muy bonito lleno de libros. Me asomo con cuidado para que no me vean; la mujer del pelo blanco está a su lado, pero solo le veo la espalda. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué le acaricia la cara a papá? ¿Se habrá hecho algún rasguño mientras podaba? No me he fijado.

Hablan. Y, de repente, mi corazón empieza a latir muy deprisa al ver que ella se acerca más y más, y se dan un beso en la boca. Papá cierra los ojos y empieza a hacer cosas que hacía con mamá antes, cuando vivíamos en Londres y ella aún era buena y no bebía ni le gritaba ni le lanzaba cosas a la cabeza.

36

ALEX

«No hay un fantasma en mi habitación. No hay un fantasma en mi habitación», repito internamente de camino al retiro, ignorando las risas escandalosas de Alizee y Juliette.

No dejo de pensar en Nimue y en Arturo. Es probable que fuera el hombre con el que hablaba Nimue a través de la verja de la entrada de la casa, aunque no le vi bien la cara. Eso me da que pensar, barajo posibilidades, me pregunto si Nimue llegó a tener relación con la pequeña Ally, si la niña sabía que el marido de su madre se veía con otra mujer, si… si… si… Qué dolor de cabeza. Ahora entiendo por qué Diane le gritó aquel día a Arturo, por qué discuten tanto. La madre de Ally lo sabe. Todos lo sabían menos yo, que no soy más que una forastera como lo era también en Montseny.

Es medianoche. Las hermanas Baudin han bebido de más, así que soy yo la que conduce el viejo trasto que se me cala cada dos por tres y que a duras penas ha subido por la cuesta. Cuando llegamos, las hermanas, abrazadas, caminan torpes en dirección a la entrada. Me desean buenas noches entre risas, suben a la planta de arriba y se encierran en sus respectivas habitaciones. Me detengo en el pasillo. Miro la puerta de Luke y miro la mía como si estuviera viendo un partido de tenis. Indecisa, le echo un vistazo rápido a la pared, repleta de fotografías antiguas de Port de la Selva a las que, un día más, no presto atención. Mis ojos miran, pero con la cabeza caótica como la tengo y el sueño que está a punto de vencerme, no ven.

Entro en la habitación, me desvisto, me pongo el pijama, y vuelvo a salir con mi neceser bajo el brazo para ir al cuarto de baño a lavarme los dientes. Echo de menos el ruido de la ciudad, su caos,

el ligero temblor que provoca el metro al pasar… Quién me iba a decir que algún sonido mundano aliviaría la horrible sensación que tengo de que, en cualquier momento, pueda volver a ocurrir algo incomprensible.

Al salir del cuarto de baño, me detengo de nuevo frente a la puerta de mi habitación con muy pocas ganas de entrar después de lo ocurrido mientras hablaba por Skype con la chica de la revista. Pero entonces, la luz del pasillo se apaga. Me pongo nerviosa. Las palpitaciones de mi corazón resuenan caóticas dentro de mi cabeza. Le doy al interruptor de la luz una, dos, tres, veinte veces, y nada. Todo sigue oscuro. Mi mirada, fija al final del pasillo, ve cosas que no están ahí, una sombra tan quieta como yo, un movimiento, un gemido ahogado. Nada, son figuraciones mías, y la indignación por sentirme así me colapsa. Me quedo clavada, como un árbol arraigado en la tierra.

—¿Nimue? —pregunto en un susurro.

Apenas me sale la voz. Estoy enfadada, aunque consciente de que buena parte de mi enfado procede del miedo. Entrecierro los ojos en un intento de fijar la mirada a pesar de la densa penumbra, y constato que no hay ningún movimiento, que no hay nada ni nadie acechando aquí, observándome bajo la protección de la oscuridad. Mi corazón empieza a recuperar el ritmo normal cuando regresa la luz. Bajo mis pies, el entablado está frío y me estremezco. Es una idiotez. Pero aquí estoy, de pie en el pasillo en plena noche, inventándome cosas raras. Sacudo la cabeza. Las obsesiones solo sirven para poner el foco en lo que no existe e inventarse fantasmas. Después de todo, puede que yo no sea tan diferente de la gente de Port de la Selva. Todos tenemos la necesidad de creer en algo, aunque asuste, aunque nos pasemos media vida evitándolo, aunque resulte peligroso.

Abro la puerta de mi habitación. La tranquila estancia está llena de sombras que se alargan sin fin. Hoy duermo con la luz encendida, decido, en el momento en que le doy al interruptor y, acto seguido, doy un respingo y emito un grito ahogado al ver que no estoy sola.

37

JAN

Me despierto en la cama de un hospital que, inevitablemente, me recuerda a la última vez que vi a Alex. No sé cómo he llegado hasta aquí, pero, pese al desconcierto inicial, no me cuesta ubicarme gracias a Montse, que está sentada a mi lado, en una de esas butacas viejas con la piel gastada que hay en las habitaciones de los hospitales. Levanta la vista del Sudoku en cuanto ve que abro los ojos.

—Jan, no me vuelvas a dar estos sustos, por favor. Que ya tengo una edad…

—Cómo… Quién…

No soy capaz de articular palabra. Tengo la boca seca, pastosa. Montse me ofrece un vaso de agua que bebo con su ayuda.

—Martí te vio tan perjudicado que decidió seguirte para asegurarse de que llegabas bien a la granja —me explica—. Por suerte, iba detrás cuando tuviste el accidente, porque, de no haber llamado enseguida a la ambulancia, no sé qué habría sido de ti.

—¿Puedo caminar? ¿Estoy bien?

—Sí, Jan, puedes caminar y estás bien, solo llevas diez horas en el hospital, pero necesitas reposo. Te tienen en observación. A lo mejor te dan el alta mañana.

—No. No necesito descansar, Montse, lo que necesito es ir a Port de la Selva, al retiro ese, y hablar con Alex.

Intento incorporarme, pero Montse coloca la mano en mi pecho y me tumba de nuevo en la cama. Me mareo un poco.

—Madre mía, lo que da de sí estar a las puertas de la muerte, ¿eh? —dice en tono jocoso levantando una ceja—. Ya tendrás tiempo de ir a ese pueblo para hablar con Alex. Ahora tienes que descansar —ordena autoritaria.

—¡No! Tengo que ir ahora. Ahora mismo —me empeño, intentando levantarme de nuevo. Pero el mareo persiste, por lo que me rindo y vuelvo a tumbarme. Derrotado, con la cabeza echada hacia atrás, cierro los ojos.

—Escúchame con atención —me pide Montse al cabo de un rato, colocando con suavidad la mano sobre mi brazo magullado—. Alex y tú estáis destinados, lo sé, tengo un pálpito. Ella debe de pensar en ti tanto como tú en ella, porque, ¿qué sentido tendría entonces? ¿Puede que aún siga enfadada por todo lo que pasó? Puede. Es una chica orgullosa, pero, con el tiempo, el orgullo se va dejando al descubierto los verdaderos sentimientos. Y no me cabe la menor duda de que vosotros dos sentís mucho, muchísimo, el uno por el otro. Lo que hay entre vosotros es una bomba de relojería, una química especial que solo ocurre una vez en la vida. Hazle caso a esta vieja, hijo, que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Lo vi desde el primer día. Me fijé en cómo os mirabais. Y las miradas, Jan…, las miradas nunca mienten. Nunca.

—Pero si conoce a otro…

—Shhh… no, Jan, no —susurra, dándome una palmadita suave en el brazo—. Confía.

38

ALEX

Luke, delante del escritorio de mi habitación, sostiene un vaso de whisky casi vacío. Tiene los ojos vidriosos e hinchados, no es solo por el alcohol, estoy convencida de que ha estado llorando. Mira hacia arriba, su nuez proyecta una afilada sombra a lo largo de su cuello.

—Lo siento —balbucea, suspirando con afectación teatral. Me dedica una mirada triste y lejana—. Lo siento mucho, Alex. Lo que ha pasado en la cala…

Niego con la cabeza, no le dejo hablar.

—Este día se me está haciendo eterno. Lo único que quiero es tumbarme en la cama y dormir —digo cansada, sin darle importancia al beso en la cala y esperando que pille la indirecta y salga de aquí. Tengo que acostumbrarme a cerrar con llave, no puedo permitir que Luke vuelva a colarse en mi habitación.

—No lo entiendes. No entiendes nada —rebate con un gesto de desaliento—. Pero, en realidad, yo tampoco entiendo nada, no entiendo qué pasa aquí y no entiendo por qué mataron a Claire. Era buena… era tan buena… Siempre se preocupaba por los demás, como tú. Parece que todos en este maldito pueblo estén confabulados para que no se descubra quién está detrás de su asesinato, de las desapariciones de las niñas… Hasta la policía está metida en esto por una puta maldición. ¿Tú qué piensas?

—No lo sé —contesto contrariada, percibiendo en sus ojos una locura que me da miedo, porque me resulta conocida. La vi hace tres meses en la mirada de quien estuvo a punto de matarme, aunque Luke sostiene en su mano un inofensivo vaso de whisky en lugar de una pistola.

Doy un paso atrás cuando él avanza en mi dirección. No tengo

escapatoria.

Su presencia, al contrario que los otros días, ahora me inquieta.

Podría abrir la puerta y huir. Pero sé que no es necesario cuando Luke, abatido y cabizbajo, pasa por mi lado y se va. Me invade una pena inmensa, me pregunto cuándo me he vuelto tan cobarde, tan miedosa, tan imbécil. Luke tiene el corazón roto, solo eso, no hay peligro alguno en él.

Al cabo de un rato, miro a mi alrededor, hasta debajo de la cama. No quiero imprevistos ni más visitas nocturnas.

—Arsenda —me veo diciendo en un susurro cuando, tras la marcha de Luke, cierro la habitación con llave quedándome más tranquila—. Vamos a tener la noche tranquilita, ¿vale?

Me tumbo en la cama y el sueño se va apoderando lentamente de mí. No hay voces pidiendo ayuda, puede que nunca las haya habido. Noelia, a través de Skype, no oyó nada, así que eso es lo que hay: nada. Aquí solo se oye un ruido lejano procedente del exterior, pero es una casa vieja, así que es normal que la madera cruja, las luces dejen de funcionar y las tuberías emitan ruidos de ultratumba mientras Irvin, el búho, ulula encaramado en la rama de un árbol para ahuyentar los malos espíritus que, como dirían las meigas, haberlos, *haylos*.

Un portazo me hace abrir los ojos de golpe. Veo aparecer ante mí la silueta de una persona. Parpadeo y me aparto el pelo enmarañado de la cara. Nimue se encuentra a los pies de la cama. La miro confusa, como si aún estuviera dentro de un sueño, mientras obligo a mi cerebro a funcionar. Los colores del amanecer ya han pasado de largo y una luz brillante y luminosa se cuela por la ventana.

¿Qué hora es?

¿Cuántas horas llevo durmiendo?

—Tienes que marcharte de aquí —sisea Nimue.

La frente se le llena de arrugas de preocupación y percibo un ligero temblor en su voz pese a la contundencia de sus palabras.

—¿Cómo?

—Que tienes que irte —repite ansiosa, colocando los brazos en jarra—. Estás haciendo demasiadas preguntas por el pueblo, Alex. Ya basta.

Siento la ira como lava caliente por mis venas buscando una salida.

—Y tú cómo sabes que… —Sé cómo lo sabe. Claro que lo sé. Todos tenemos esa parte retorcida, mala, oscura y dañina, que, en ciertos momentos, cuando sabemos que es necesario, sale a la luz con la intención de defendernos. Esa es la parte que ahora mismo inunda todo mi ser, sobre todo porque tengo la imagen de la pequeña Ally grabada a fuego, y porque no soporto que me despierten de una forma tan brusca. Como es obvio, también me preocupa que la anfitriona tenga una copia de la llave de mi habitación—. Arturo te lo ha dicho —suelto. Me divierte su desconcierto mal disimulado—. Arturo, el jardinero, tu amante, el que Ally Fian, la niña que desapareció hace un año, creía que era su padre, te ha dicho que ando por ahí haciendo preguntas. —Me levanto, cojo una goma de pelo de la mesilla de noche ante la atenta mirada de Nimue, y me hago un moño rápido controlando el temblor de mis manos—. ¿Sabes qué, Nimue? Después de hacer todas esas preguntas que dices que he hecho por ahí, le he dado vueltas al asunto. —Dios, necesito un café. Me paseo por la habitación ligeramente mareada y me detengo frente a la ventana. Adormilada, contemplo el exterior. Ya no me cabe la menor duda de que el hombre que hablaba a través de la verja con Nimue era Arturo—. En ocasiones, los niños estorban a los amantes. Eso dicen, ¿no? Ally te estorbaba, era un impedimento para avanzar en tu relación con Arturo.

—No. No digas eso, Alex. No tienes ni idea.

—¿No? ¡Estoy cansada de que me digan que no sé nada! —estallo—. Así que deja que siga aquí haciendo lo que me dé la gana, porque sigo empeñada en descubrir qué le pasó a esa niña. Y quién mató a Claire Glenn. Muchos me han comparado con ella, incluso un par de veces, al nombrarla, me ha parecido ver un atisbo de amenaza o advertencia, no lo he sabido distinguir bien. ¿Mi cadáver también va a aparecer en la cala, Nimue? ¿También me lo vas a decir tú? ¿Has aprovechado una estúpida maldición centenaria para hacer desaparecer a Ally? —pregunto mordaz.

—Alex, no… —titubea, en un gesto que me parece de derrota. Mira al suelo sin ser capaz de enfrentarse a mí, pese a su aparente valentía inicial al presentarse en mi habitación despertándome de sopetón. Su reacción cobarde me empodera.

—¿No qué, Nimue? ¡¿No qué?! ¿Qué dirá la prensa si me pasa

algo? ¿Qué dirán de este retiro, de ti? Nadie fuera de aquí va a creer el cuento de que las niñas desaparecen cada diez años por culpa de una maldición. ¡Es absurdo! —le grito, pagando toda mi frustración contra ella—. Tampoco creerán que me ahogué involuntariamente como, fíjate qué casualidad, una estudiante de periodismo escocesa, que apareció muerta en la cala de tu retiro literario y cuya entrada en un blog han hecho desaparecer de internet.

Asiente sacudiendo la cabeza lentamente, captando mi mensaje. Aprieta los labios, tensa la mandíbula y, por un momento, creo que se va a echar a llorar. ¿Es la culpabilidad? ¿Es el miedo? ¿He acertado en mi precipitada hipótesis? ¿Nimue, la aparentemente tranquila e indefensa anfitriona de un retiro literario en un pequeño pueblo de pescadores repleto de mitos y leyendas ocultos al mundo, es la culpable de la desaparición de Ally Fian? ¿De la muerte de Claire que, igual que yo, se obsesionó con las niñas desaparecidas y tampoco creyó en el cuento de la maldición de Arsenda?

—El único error que he cometido ha sido enamorarme de un hombre casado —confiesa avergonzada con un hilo de voz. Conozco ese nudo en la garganta. Lo conozco muy bien y es dificilísimo deshacerse de él—. Nunca, jamás, haría daño a una niña —añade, ya en el umbral de la puerta—. He preparado café. También hay bizcocho, por si tienes hambre…

Cuando Nimue desaparece de mi vista, siento que el aire a mi alrededor me aplasta contra el suelo y tengo que apoyarme en la pared.

«Nunca, jamás, haría daño a una niña», ha dicho con voz temblorosa antes de salir de mi habitación, como ocurre cuando decimos la verdad con miedo de que no nos crean, o, por el contrario, mentimos sintiéndonos culpables por algo que nunca debimos hacer.

«Secretos —pienso—. Aquí todos ocultan algo».

Mis suposiciones se van a la mierda. Nimue tiene razón. Todos tienen razón. No tengo ni idea; quién me manda a mí a meterme en jardines ajenos sin entender de jardinería. Llevo algo más de una semana aquí, con mi vida en suspenso, estoy hecha un manojo de nervios a causa de la desaparición de una niña a la que ni siquiera conozco y, probablemente, nunca conoceré, y sigo sin respuestas. El

problema es que también me he quedado sin preguntas.

39

LUKE

—La he cagado. No me quiere ver ni en pintura.

—No todas van a beber los vientos por ti, Luke.

—Lo mejor será que me vaya de aquí. Que nos vayamos los dos, que dejemos esto. No vamos a descubrir quién mató a Claire, no…

—No. No te rindas, Luke. Vas a descubrirlo. Vamos a descubrirlo, aunque sea sin ayuda. Ya falta poco, chico. Tengo el presentimiento de que falta muy poco para saber la verdad.

40

ALEX

Durante días, la realidad deja de importarme por completo. Las hermanas Baudin han abandonado el retiro, así que ya no hay risas, tampoco debates literarios, ni ruiditos nocturnos.

—Parecía que no iban a largarse nunca —le dijo Luke a Nimue con complicidad, como si, de repente, se hubieran hecho amiguitos. Ella asintió y sonrió.

Las echo de menos. Apenas veo a Luke, que sé que sigue aquí porque a veces oigo la puerta de su dormitorio. El otro día me quedé demasiado rato observándolo desde la ventana. Sale cada mañana a hacer *footing*, calienta un poco en la entrada y luego se adentra en el bosque que sigue produciéndome escalofríos. Se le ve centrado, aunque con la cabeza en otra parte y el cuerpo en piloto automático. Sus piernas largas y musculadas devoran la tierra bajo sus pies y sus brazos se balancean a un ritmo regular y controlado, tan aerodinámico todo él y eficiente, que no creía que, antes de desaparecer entre los árboles, se girara, levantara la cabeza, y me pillara mirándolo. Su rostro me resultó indescifrable, extraño. Horas más tarde, me escabullí del retiro y fui caminando hasta la pequeña comisaría de los Mossos d'Esquadra de Port de la Selva, ubicada en la calle del Mar, frente al paseo marítimo que hasta ese día solo había visitado de noche. De día hay más gente, más luz, pescadores pacientes a la orilla con sus barquitas míticas de madera amarradas al muelle, y una brisa un pelín incómoda que me dejó la melena hecha un desastre. Crucé uno de los tres arcos que conducen a la comisaría y entré algo torpe e indecisa, sin saber qué decir. Apenas había nadie dentro. No supe por quién preguntar y el agente de recepción, hasta arriba de informes a un lado del mostrador, me atendió mirándome socarrón, como si fuera insólito recibir la visita

de alguien en apuros en una comisaría.

—¿Quieres poner alguna denuncia? —preguntó.

—En realidad… me gustaría hablar con la persona que se encargó del hallazgo del cadáver de Claire Glenn.

—Ajá… Puedes sentarte y esperar.

—Y también… —Dejé la frase en suspenso al percibir el fastidio en sus ojos escrutadores como dos polígrafos—. También me gustaría hablar con quien se encarga de las desapariciones de las niñas.

—¿Las desapariciones de las niñas?

—Cada diez años, por la maldición —le expliqué, aunque sabía que no era necesario. Supe de inmediato que mencionar «la maldición» había sido un tremendo error—. ¿No me dirás que aquí también creéis en la maldición, no? —lo puse a prueba, porque ya no había vuelta atrás.

El semblante del agente se transformó. No dijo nada. Con gesto severo, volvió a señalarme uno de los asientos de la sala de espera y desapareció. Estuve sentada ahí media hora. Me limité a observar el ir y venir de agentes uniformados. Alguno se detuvo a mirarme y otros, en pequeños grupos, cuchichearon sin disimular. Hablaban de mí.

Harta, me levanté en un momento en el que no había nadie en el pasillo. Con precaución para no ser vista, fui hasta donde había ido el policía de recepción y lo encontré en el interior de una sala con la puerta entreabierta. Hablaba con alguien por teléfono. Pude escuchar poco de la conversación, pero me entró un escalofrío.

—Está haciendo preguntas.

—…

—¿Y qué le digo?

—…

—Sí, señor.

Luke tenía razón. La policía también está metida en el embrollo, y no precisamente en el lado de los buenos. Con el corazón latiéndome desbocado, salí corriendo de la comisaría de los Mossos. Podía probar en otra oficina, pedir ayuda a la Policía Local, pero no quise arriesgarme más. Salí de la comisaría y, con miedo de que me siguieran, corrí como alma que lleva el diablo. Me perdí por callejones hasta que me detuve y me resguardé en una pequeña

cafetería. Me sirvieron un chocolate caliente que, lejos de reconfortarme, no me tranquilizó lo más mínimo. Me senté a una mesa del fondo del local con el temor de que, en cualquier momento, pudiera aparecer un policía pidiéndome explicaciones o reteniéndome sin motivo. Durante el rato que estuve en la cafetería, no apareció nadie; sin embargo, eso no me alivió cuando regresé al retiro, fatigada por el largo paseo.

Si no podía confiar en la ley, ¿qué me quedaba? ¿Quién?

Tampoco he tenido contacto con Nimue, la evito tanto o más que a Luke. Conozco sus horarios para no coincidir con ellos en la cocina o en el salón. Siento que estoy en una cárcel, cuando lo más sencillo sería alquilar un coche y regresar a Barcelona.

Me paso las horas encerrada en la habitación escribiendo sobre la desaparición de una niña en un pueblo marinero de la Costa Brava, no digo cuál, donde nadie ha movido un solo dedo para encontrarla, ni a ella, ni a las que desaparecieron hace años. Especulo, escribo sobre la maldición, sobre una bruja que existió en el siglo XVII, Arsenda, cuyo espíritu o lo que sea, debió de hacer caso a mi petición de dejarme tranquila, porque no he vuelto a oír su voz pidiéndome ayuda. Se lo agradezco. Me asusto con facilidad.

Treinta mil palabras y diez capítulos escritos. Ni tan mal.

Vine en busca de una historia y es ella la que me ha encontrado a mí. A veces ocurre. Lo cierto es que ando un poco perdida, despistada… Es el temor de escribir sobre un caso real como ya hice en mi primera novela, y elucubrar sobre «quién fue, quién lo hizo», para luego, si con suerte se descubre, no acertar y perjudicar al más inocente.

Ally Fian me mira desde la fotografía que tengo en el escritorio. Cada mañana le doy los buenos días, pero ya no le prometo nada. Esté donde esté, solo ella sabe quién se la llevó. Puede que también Claire, pero tampoco está aquí para contar qué pasó. Llevo demasiado tiempo sin hablar con nadie, desde mi torpe visita a la comisaría, y, para mi sorpresa, echo de menos a Luke, la relación interesada que teníamos antes de aquel fatídico beso en la cala que rechacé. Es posible que, si volviera a unirme a él, pudiera aclarar estas ideas que a veces me asaltan, para descubrir la verdad sobre Ally y Claire. Busco la parte positiva de todo esto: cada vez me acuerdo menos de Montseny; Port de la Selva, que hace honor a su

nombre, me tiene atrapada del todo. Jan sigue aquí, en cada latido, y sé que olvidarlo ya no es una opción, vivirá conmigo pase lo que pase, pero echarlo de menos no me paraliza el corazón, no parece que haga tanto daño. O eso creo, porque no sé cómo reaccionaría si lo tuviera delante. Últimamente, vivir conmigo misma se ha convertido en un suplicio, en una constante contradicción.

41

LUKE

—Nimue ha salido.

—¿Crees que podrás hacerlo, Luke? Date prisa.

—Me temo que ahora no voy a poder…

—¿Qué pasa?

—Alex está llamando a mi puerta.

42

ALEX

Por cómo me recibe Luke, parece que lo he pillado en mal momento. En lugar de saludarme, arquea las cejas como diciendo: «¿Qué cojones haces aquí?».

—Hola… —saludo—. Lo siento, ¿estabas hablando por teléfono? —me disculpo, señalando el móvil que sujeta con la mano izquierda. La derecha la tiene apoyada en el marco de la puerta impidiéndome el paso.

—¿Qué quieres, Alex?

—Hablar.

Mira a su alrededor, se rasca la nuca, parece agobiado. No es el Luke elegante y seguro de sí mismo que conocí el primer día hojeando un libro en el salón. Han pasado poco más de dos semanas, y el Luke que ahora tengo delante viste unos tejanos oscuros y una sudadera gris con capucha. Da la sensación de que está cansado, como si no hubiera dormido durante días. Ya no lo veo como un Adonis, parece humano, humano de verdad, un tipo con defectos que pasa por un mal momento.

—Vamos a la cala —decide, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Y Nimue? —pregunto. Luke va delante, me da la espalda, así que no veo la expresión de su rostro, pero el tono de su voz denota fastidio.

—Ha salido —contesta.

Ya en el exterior, dirijo la mirada al cobertizo, el lugar de mis desvelos y al que no he vuelto a acercarme por Nimue. Pero si Nimue no está… no hay peligro, ¿no?

—Vamos al cobertizo —incito.

—¿Al cobertizo? —me pregunta Luke con los ojos muy abiertos, como si mi sugerencia fuera una locura. No le da tiempo a

detenerme. Cuando Luke se sitúa detrás de mí, yo ya estoy dentro, después de abrir la puerta con cuidado, no vaya a ser que alguna madera ruinosa termine aplastándome la cabeza.

—Este sitio es peligroso —indica mirando hacia arriba. Hay telarañas por todas partes y las vigas de madera del tejado amenazan con caerse de un momento a otro de tan ruinosas como están. Huele a humedad, a polvo, a dejadez.

Mi desilusión crece por momentos, lo que hace que me plantee la posibilidad de que Nimue me dijera la verdad, que no hay que entrar aquí porque puede ser peligroso. Y nada más. En realidad no hay otro motivo, claro. Tanto especular, tanto darle vueltas a la cabeza… ¿Para qué? ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una niña atada de pies y manos desde hace más de un año? O, en el peor de los casos, su… ¿su cadáver? Sacudo la cabeza decepcionada conmigo misma. Aquí no hay nada, solo motas de polvo suspendidas en el aire reflejadas por el sol de la mañana que se cuela por los innumerables huecos que hay en las cuatro paredes de madera. El espacio, más amplio de lo que parece visto desde fuera, tiene como misión almacenar herramientas de jardinería.

—Aquí no hay nada.

—Ya lo veo, Luke —le doy la razón.

—¿Qué esperabas encontrar?

Me encojo de hombros.

Tenía que intentarlo.

Frustrada, le doy una patada a una alfombra cuyos bordes se enrollan hacia arriba como un bocadillo rancio. Me devuelve la misma rabia en forma de polvo colándose por mis orificios nasales y, asqueada, emito un chillido y me abalanzo a los brazos de Luke cuando una rata enorme pasa escurridiza por nuestro lado.

—¡Hostia!

—Solo es una rata —ríe Luke tranquilo.

—Una rata enorme —contesto, sintiéndome expuesta al percatarme de que estamos muy cerca, mi pecho contra el suyo, mis manos aferrándose con fuerza al cuello de su sudadera, como si me fuera la vida en ello, por «solo» una rata, y que Luke no hace nada por distanciarse de mí. Al contrario. Me mira fijamente y con intensidad, y una media sonrisa burlona se dibuja en su rostro. Aparto la mirada y me separo de él, saliendo con rapidez del

cobertizo. El nudo que lucha por abrirse paso y enredarse en mi garganta empieza a aflojarse.

Nos adentramos en el bosque en silencio. Camino un paso por delante de Luke, él va detrás con las manos hundidas en los bolsillos y, antes de llegar al final, oigo un ruido. Ruidos del bosque, otra rata correteando por aquí, pero no. Luke también lo ha oído. Y parece preocupado. Un animal pisando la hojarasca no hace el mismo ruido que una persona.

—Hay alguien —me susurra Luke al oído, cogiéndome del brazo con gesto protector.

Miramos con atención a nuestro alrededor. No es de noche, el bosque de día no da tanto miedo, especialmente porque el sol luce resplandeciente, y aun así, siento un frío glacial.

—El hombre invisible —objeto, porque, aunque los pasos han sonado cerca, en este trozo de bosque solo estamos Luke y yo—. A lo mejor hay alguien caminando en la otra punta y lo oímos desde aquí a modo de eco, como amplificado o algo así —intento razonar, incrédula ante la seguridad que todos tienen en el pueblo de que existen espíritus, maldiciones, y blablablá.

Mi razonamiento improvisado fruto del miedo, no convence a Luke. A mí tampoco, la verdad, pero no tenemos ganas de ponernos a buscar entre los matorrales o detrás de los árboles centenarios cubiertos de musgo brillante por el rocío que persiste desde la mañana. Así que seguimos caminando hasta llegar a la cala, cuyas aguas nos reciben tranquilas y brillantes, como si cientos de cristalitos se hubieran esparcido en la superficie. El cielo es un arcoíris de tonos arrebolados y naranjas, y el sol todavía sigue hundiéndose pausadamente en el horizonte. Las conchas se desplazan por la arena hacia el agua, parece que el mar las esté atrayendo.

Respiro hondo y enciendo un cigarro ante la atenta mirada de Luke.

—Sí, lo sé. Fumar es de débiles.

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo piensas.

—Bueno, teniendo en cuenta que te pegaron un tiro y la bala fue a parar a tu pulmón… —murmura entornando los ojos—. Yo de ti me cuidaría un poco más.

—Ya. Eso dice mi madre —sonrío—. Por cierto, he estado escribiendo —empiezo a decir, sentándome en la arena.

Luke me imita y se deja caer a mi lado; hoy ensuciarse los pantalones no parece importarle. Sus hombros caídos muestran lo desanimado que está. Permanecemos un rato en la misma postura, los ojos fijos en el mar, sin hablar, sumergidos en un silencio interrumpido por el murmullo de las olas al romper en la orilla. Cuando me veo con valor, prosigo:

—Quería pedirte permiso para escribir sobre…

—No —niega, rehuyendo mi mirada antes siquiera de que pueda mencionar a Claire—. No quiero que escribas sobre ella.

—Vale —acepto, entendiendo por qué mucha gente es reacia a hablar con periodistas: nuestras promesas, en ocasiones, no valen nada; solo miramos por lo que nos interesa, como si lo lleváramos adherido en el ADN. Terminamos haciendo lo que nos da la gana sin pensar en las consecuencias. Ahora mismo me siento mal, como si hubiera abusado de la confianza de Luke por haber creado y desarrollado sin pedir permiso el personaje de Claire. No, ahora no puedo borrarlo de la historia. Es clave.

—A ver si lo adivino… estás pensando que ya es tarde. Estás escribiendo y, por la cantidad de días y horas que has estado encerrada, seguramente tu historia, inspirada en la desaparición de Ally Fian, está desarrolladísima con Claire incluida, así que ya es imposible eliminarla.

—Más o menos…

—Mmmm… Vale. Haz lo que quieras, Alex —expresa con benevolencia. Visto lo visto, una novela debe de ser el menor de sus problemas—. No es por mí, es por…

Se calla de golpe. Sacude la cabeza y vuelve a dirigir la mirada al mar.

—Por…

Quiero que continúe. Necesito que continúe.

Vamos, di algo.

Pero Luke sigue en silencio.

Se acomoda en una pose relajada y yo, consciente de nuestra proximidad cuando su rodilla roza mi muslo, contengo la respiración. No me muevo. Él tampoco. Nos quedamos quietos como estatuas. Al fin, Luke empieza a hablar y yo consigo

destensarme un poco:

—No llegué a contarte que Claire se alojaba en el retiro de Nimue. —Pues no, no me lo llegó a decir, pero debí deducirlo al saber que su cadáver apareció en la misma cala en la que nos encontramos ahora, así que no es algo que me sorprenda—. Estuvo un par de semanas, poco tiempo —prosigue con aire ausente—. No llegó a coincidir con ningún otro escritor. Nimue y ella estaban solas en la casa. Lo más raro de todo, es que si le preguntas a Nimue te dirá que no, que no le suena de nada el nombre de Claire… Como a toda la gente de este pueblo, que parece no recordar nada de lo que pasa aquí. Como si Claire no hubiera sido más que un fantasma, como si la hubieran borrado de un plumazo… Lo peor de todo es que no hay ninguna prueba que incrimine a nadie y las pertenencias de Claire desaparecieron del retiro como por arte de magia.

—¿Nimue sabe que eras su novio?

—Si lo sabe, no me lo ha dicho, pero no, supongo que no. Hay cosas que Nimue no conoce y es mejor que siga siendo así… no sabes lo mucho que me está costando esta mentira. Vivir en el retiro, donde estuvo Claire hace un año, mirar a Nimue a los ojos y tener la seguridad de que si le hago preguntas no me diría la verdad.

—Hace una semana entró en mi habitación. Me dijo que estaba haciendo demasiadas preguntas por el pueblo, que me largara.

—Pero te has quedado —dice con tranquilidad.

—Digamos que la amenacé.

—¿Tú? ¿Amenazando? No te creo.

Asiento con la mirada perdida, fija en el mar. Se me escapa una sonrisa triunfal al recordar la cara que puso Nimue cuando insinué que ella podía tener algo que ver con la desaparición de Ally. Me regodeo un rato en ese momento, decido explicárselo a Luke:

—Juliette me contó que Nimue y Arturo, el jardinero, son amantes. —Luke vuelve a mirarme. Frunce el ceño, he captado toda su atención—. No sé si sabes que Arturo es el padre de Ally. Bueno, el que Ally pensaba que era su padre.

—¿Tiene barba? ¿Es grande, fuerte? —Asiento—. No tenía ni idea. ¿Cómo lo sabía Juliette?

—No lo sé, no llegué a preguntárselo, pero estaba muy segura de lo que decía. Puede que los pillara juntos, porque, a ver, tres meses

en el retiro da para mucho, ¿no? El caso es que elucubré posibilidades. Directamente, le dije a Nimue que, a veces, a los amantes les estorban los hijos. Que puede que Ally fuera el motivo por el que Arturo no dejaba a Diane, su mujer. Apurada, me dijo, sin negar que se acuesta con Arturo y reconociendo estar enamorada de él, que ella jamás le haría daño a una niña.

—A una niña no. Pero a una mujer sí —murmura, preocupado, dirigiendo de nuevo su mirada al horizonte con gesto pensativo. Puedo oír el engranaje de su cerebro mientras piensa. A Luke, si bien la desaparición de la niña le inquieta, solo le interesa descubrir quién mató a Claire.

—¿Crees que Nimue pudo matar a Claire? —Se encoge de hombros, no dice nada, pero sé que está pensando en esa posibilidad—. ¿Por qué? —insisto—. ¿Qué motivo tendría Nimue para querer deshacerse de ella?

—Por estar haciendo preguntas. Como tú. La diferencia es que tú eres conocida y Claire no. Ella era una estudiante de periodismo extranjera con unas ansias locas de destacar en el mundillo y conseguir un buen trabajo nada más terminar la carrera —explica con pesar. Exhalo despacio, sopesando lo que me cuenta—. La fama que tienes te hace intocable. Si a ti te pasara algo, la prensa se movilizaría, tendrían problemas.

—Hablas en plural. ¿Quiénes tendrían problemas? —me preocupo.

—En el caso de que Nimue haya hecho algo, no lo ha hecho sola. Estoy convencido de que hay alguien más detrás de todo esto.

43

JAN

Llegando a Port de la Selva, pienso que el paisaje no es muy distinto al de Montseny. Prados y montañas verdes a mi alrededor me reciben bajo un atardecer rosáceo. Abro la ventanilla. El aire frío de este mes de abril me golpea en la cara, me espabila. No sé si son estas curvas desconocidas a las que tengo que prestar atención o la brisa marina, pero me siento mareado y, además, hace dos días que, de los nervios, apenas duermo. También es el miedo. Miedo entremezclado con las ganas que tengo de volver a ver a Alex. Habría sido más fácil aprovechar cuando estaba en Barcelona, aparecer por la calle donde vive, llamar a su puerta… pero aún no estaba preparado, fuerte, como ella merece, para dar el paso. Puede que aquí, en un lugar que no es suyo ni mío, apartados de lo que conocemos y hemos temido, a cierta distancia de los recuerdos, que ya no pesan tanto y que ahora parecen lejanos en el tiempo aunque solo hayan transcurrido tres meses, no me mande a la mierda. He pensado en esa posibilidad, claro, pero los ánimos de Montse me hacen creer que el enfado de Alex es cosa del pasado, aun cuando no ha contestado a ninguno de mis mensajes.

Respiro hondo. Atento a la carretera y al GPS del móvil, enciendo un cigarro. Faltan veinte minutos para llegar a mi destino. Joder. Estoy a solo veinte minutos de distancia de Alex. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué cara pondrá? Los nervios aumentan y el corazón golpea tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho.

—Es Alex —digo en voz alta—. No pasa nada, es Alex. No hay nadie en este puto mundo que te entienda mejor que ella.

Y entonces me doy cuenta.

He salido de mi zona de confort y me adentro en un lugar apacible que me resulta familiar por sus montañas, a estas horas

teñidas de rosa, aunque, a diferencia de Montseny, estas están rodeadas de mar. Por Alex, no recorrería unos pocos kilómetros, no, también cruzaría el mismísimo infierno. Siendo consciente de esto, de que la quiero como nunca antes he querido a nadie en mi vida, nada puede salir mal. Repito lo que me dijo Montse en el hospital: «Confía». Confío. Los fantasmas del pasado ya no me persiguen, espero que tampoco la persigan a ella. Automáticamente, me calmo, mi respiración regresa a su ritmo normal, pero solo un poco.

Solo un poco…

Un cartel me da la bienvenida a Port de la Selva que, como imaginaba, se ve un pueblo tranquilo rodeado de verde, casas blancas y mar. A simple vista parece familiar, turístico. Lo primero que pienso es que tengo la seguridad de que a Alex le ha gustado. Me pregunto cómo son los atardeceres aquí. Y cómo sería volver a ver un atardecer con ella bebiendo una

Coca-Cola

y fumando un cigarrillo a medias, aunque por su bien espero que haya dejado de fumar.

Sigo las indicaciones del GPS que me desvían por un sendero estrecho de tierra flanqueado por frondosos árboles que ocultan bosques. Cuando llevo un par de minutos siguiendo el camino, cada vez más empinado y retirado del pueblo, pienso que me he perdido. No hay ninguna señal ni casas. No hay vida. Hasta que atisbo al final de un camino sin salida una verja abierta y, tras ella, a escasos metros, una casa gris, oscura y muy antigua envuelta en hiedra, que te hace pensar que estás en una peli de terror.

¿Ese es el retiro literario?

Debe de serlo.

Me estremezco al detenerme frente a la verja sin atreverme a cruzar el umbral pese a que nada ni nadie me lo impide. Por un momento, no sé qué hacer. Apago el motor, me bajo del coche y, cuando miro a mi alrededor, veo aparecer a Alex. Detrás de ella va un hombre alto, rubio, atlético. El típico guiri guaperas. Me pongo en alerta, el ceño fruncido sin ser consciente del todo del gesto cabreado de mi cara, el cuerpo rígido debido a la tensión. Los observo durante unos segundos sin que me vean. Se miran, están muy cerca el uno del otro, joder, demasiado cerca, como si el resto del mundo no existiera. Hablan en un susurro, no alcanzo a oír lo

que dicen, todavía estoy un poco lejos. Seguidamente, se dan un abrazo. No dura más de dos segundos, pero me parece una eternidad. En este preciso momento un nubarrón tapa el sol poniéndose a tono con mi estado de ánimo. Siguen mirándose. Hablándose con la mirada, como si estuvieran conectados, como lo estábamos Alex y yo no hace mucho.

Joder.

¿Qué hay entre ellos?

Me he convertido en un mero espectador.

Alex, definitivamente, me ha desterrado de su vida. Hay otro. Ha encontrado a otro que la merece más que yo. Si ahora mismo se dieran un beso en la boca no podría soportarlo.

«Confía».

44

ALEX

—Si Nimue es culpable de la muerte de Claire, haremos que lo pague muy caro —le susurro a Luke—. Te lo prometo. Aunque la policía de aquí no nos haga caso, encontraremos la manera de que se haga justicia.

—No prometas algo que no sabes si vas a cumplir, Alex —replica Luke tristemente, tras un abrazo que nos ha venido bien a ambos. Recuerdo con tristeza a quien hace años me dijo estas mismas palabras. Fue Daniel, el novio de Silvia Blanch, el hombre con el que se iba a casar y cuya vida se rompió de la noche a la mañana.

—Alex —me llama una voz ronca a mi espalda.

Una ligera brisa me agita el cabello arremolinándomelo sobre la cara. Me lo aparto con los dedos, lo coloco detrás de la oreja, y en este preciso instante el aire parece cambiar a mi alrededor, la brisa que acaba de jugar con mi pelo se vuelve extraña y pesada. Una sensación peculiar se me aloja en la boca del estómago y los pelos de la nuca se me erizan.

No me hace falta girarme para saber quién es. Casi puedo sentir su aliento acariciándome la parte superior de la cabeza. Y, como si me encontrara en un vórtice más allá del tiempo y el espacio, todo se detiene. Todo. Luke mira a Jan con curiosidad, seguidamente me mira a mí y dibuja una sonrisa lenta. Yo no sonrío. No puedo. Mis piernas empiezan a temblar como si fueran gelatinas. El estómago me da un vuelco, como cuando caes al vacío de golpe, el vértigo te domina y tu cuerpo se agita buscando donde aferrarse. El silencio nos envuelve a los tres suavemente. Respiro hondo como si así pudiera librarme del exceso de emociones que Jan provoca en mí al mirarlo, al tiempo que él dirige una mirada fugaz a Luke con la mandíbula apretada, los hombros en tensión. Parece que esté

intentando asimilar algo.

No puede estar pasando.

Jan no puede estar aquí, son imaginaciones mías, una visión que, sumada a la voz que oí en mi habitación pidiendo ayuda, terminaría por convencerme de que me he vuelto loca. O que todo esto es un sueño, desde el momento en que Bruce, el chófer, vino a buscarme a Barcelona, y en realidad aún estoy en el hospital, recién operada y sedada. Pero Luke, que es quien me hace reaccionar, da un paso al frente en dirección a Jan haciéndome saber que sí, que es real. Que no estoy chiflada ni dormida o en coma. Que de verdad Jan, a quien solo soy capaz de ubicar en Montseny, donde nos conocimos hace tres años, está aquí.

Aquí, conmigo, por mí…

Mi cabeza ahora mismo es un caos.

—Hola, soy Luke.

Luke le tiende la mano a Jan. Por un momento, sabiendo lo borde que puede llegar a ser, dudo que corresponda a su saludo, pero sí lo hace, y hasta le dedica una sonrisa.

—Jan.

—Claro, Jan. He oído hablar mucho de ti —dice Luke, y el momento parece divertirle, porque me sonríe y me guiña un ojo—. Será mejor que os deje solos.

Luke se aleja y entra en casa. Jan y yo nos quedamos quietos frente al cobertizo sin ser capaces de mover un solo músculo, hasta que él avanza quedando cerca de mí. Con determinación consciente, exhalo el aire de los pulmones y trato de hacer que mi ansiedad desaparezca.

—Qué…

Sacudo la cabeza, incrédula. No soy capaz de articular palabra, debo de parecer boba. El corazón me late a mil por hora, siento un cosquilleo en el estómago que no desaparece, pero no es angustia, porque, en el fondo, me alegra tanto verlo… Tanto… Me visualizo en aquella habitación de hospital diciéndole adiós y pensando dramáticamente que era probable que no lo volviera a ver más. Ya me había hecho a la idea de que no volvería a estar con él. Que, a pesar de sus mensajes, no movería cielo y tierra por estar conmigo, y, finalmente, impredecible como siempre me ha demostrado que es, ha cogido el coche y se ha plantado en el retiro literario de

Nimue perdido en mitad de la nada. Ahora, mirándolo a los ojos, esos ojos color miel que me dicen tanto sin necesidad de palabras, sé que lo he perdonado. Que, en realidad, no había nada que perdonar. Fui injusta con Jan. Lo he sido todo este tiempo en el que no me he dignado a contestar ninguno de sus mensajes. Ni siquiera le di la oportunidad de explicarse bien, aun sabiendo cuánto le cuesta abrirse a la gente.

—¿Qué hago aquí? —pregunta por mí, poniendo los brazos en jarra y alzando la vista para mirar la casa—. Bueno, veo que he interrumpido algo, que no he llegado en buen momento.

Su boca es una línea delgada y furiosa, tensa la mandíbula obstinadamente. No es lo que esperaba que dijera, y mucho menos que se pusiera así, celoso y a la defensiva.

—Estabas abrazada a ese tío, Luke…

—¿Estás celoso, Jan? —Lanza un suspiro de frustración bajando las manos a las caderas. Me río, presa de los nervios, con un resoplido—. ¿Vienes aquí y, a modo de saludo, me reprochas que me estuviera dando un abrazo con Luke, del que no sabes absolutamente nada? Sinceramente, no te pega.

Se me humedecen las palmas de las manos. Siento que he perdido el control sobre absolutamente todo. Jan se da la vuelta, se aleja unos metros, regresa la sensación de vértigo y ansiedad al creer que se va a ir, que voy a volver a perderlo, esta vez para siempre; no obstante, vuelve a mí sonriente. Y es este miedo abrumador que Jan hace durar solo una milésima de segundo, el que me demuestra que le quiero y que sigo queriéndolo en mi vida como si nunca me hubiera sentido traicionada por él.

—Empecemos de cero. —Levanta ambas manos en señal de rendición y, seguidamente, me tiende la mano. Le doy la mía. Me estremezco cuando me acaricia los nudillos con el dedo pulgar. Solo él puede provocar que una descarga eléctrica me recorra todo el cuerpo con un solo roce—. Nos quedó una conversación pendiente, Alex. Por eso estoy aquí.

Esboza una sonrisa que hace que se me acelere el pulso, así que, antes de soltar lo que de verdad pienso, espero unos segundos para apaciguarme.

—¿No habría sido más fácil ir a buscarme a Barcelona, a casa, donde he estado prácticamente las veinticuatro horas del día

durante estos meses?

—No me gusta lo fácil. Prefiero complicarme la vida… —lanza, con la frescura de quien arroja despreocupadamente la ceniza de un cigarro en el cenicero.

Mi cerebro se para de golpe, a pesar de que mi ritmo cardíaco se ha acelerado aún más. Quiero abrazarlo, pero el orgullo, al menos de momento, me hace reprimir las ganas. Nos quedamos callados, como si las palabras sobraran en este momento en que los colores anaranjados del atardecer han desaparecido para dar paso a un montón de nubes que tapan el sol.

La bocina estridente de un coche nos saca de nuestro ensimismamiento. Es Nimue, parada con su coche detrás del todoterreno que le impide el paso al recinto y que deduzco que es de Jan. No es el mismo que conducía antes, el que yo conocí, pero está tan sucio como el anterior.

—Vamos a tomar algo —le propongo, yendo hasta el todoterreno y mirando con recelo a Nimue.

—Alex, ya te he dicho que no te acerques al cobertizo —me alerta Nimue, sacando la cabeza por la ventanilla y mirando con desconfianza a Jan.

Sin hacerle caso, entro en el coche de Jan, aunque me confundo, estoy tan nerviosa que no atino, y termino al volante con la llave puesta en el contacto. Como no tengo intención alguna de volver a bajar, le hago señas a Jan para que suba al asiento del acompañante. Entro en el terreno del retiro, doy la vuelta rápido, ruge el motor y provoco una nube de polvo. Espero a que Nimue entre para salir escopeteada, aún no sé adónde, improvisaré sobre la marcha. A medida que la casa va haciéndose pequeñita a través del retrovisor, pierdo las ganas de volver a poner un pie ahí, como si estuviera huyendo de algo que no entiendo. Y, en parte, es así.

—Joder, Alex, que no eres Fernando Alonso —espeta Jan, agarrando fuerte el asidero del techo y haciéndome reír. Aminoro la marcha cuando perdemos de vista el retiro. La respiración, poco a poco se acompasa, va volviendo a la normalidad.

—Están pasando cosas aquí, Jan… —trato de explicarle, mirándolo de reojo. Asiente comprensivo y coloca su mano sobre mi muslo, un gesto íntimo que congela el tiempo y me deja sin aliento.

—Algo me contó Pol.

—¿Pol? —me extraño, porque no relaciono a Pol con Jan ni viceversa de ningún modo. Jan no mueve la mano. Sigue en mi muslo. Pero, sorprendentemente, no me siento incómoda. Sé que es lo que quiero, hacer como si nada; tal y como ha dicho Jan, empezar de cero.

—Sí, me llamó hace unas semanas. Estaba preocupado por ti, por un correo que le enviaste. Otra desaparición, ¿verdad? Una niña.

—Si solo fuera eso… —murmuro pensando en Claire.

Jan se sienta a una de las mesas de madera de la terraza Chris Little, el restaurante de Cap de Creus al borde del acantilado y próximo al faro, con la misma fascinación que sentí yo el día que Luke me trajo aquí a degustar su cocina exótica con claras influencias hindús. Las nubes han ido retirándose, la noche está al caer. Desde aquí el cielo rojizo es más impresionante que desde cualquier otro lugar. El sol baja y se desdibuja alcanzando la cota de la montaña más baja, creando un espectáculo digno de admirar desde este enclave privilegiado con música *jazz* en directo. A Jan no le ha dado tiempo de encender un cigarro, cuando una camarera se acerca para saber qué queremos tomar. Una cerveza, pide Jan. Una

Coca-Cola

Light, pido yo, y algo para picar. Jan sonríe y deja caer sobre mí una mirada cargada de nostalgia.

—Camareros rápidos y eficientes, igual que en el hostal de Montse —ríe irónico.

—Me parece increíble que estés aquí.

Noto los sentidos aguzados por su presencia, como si ambos estuviéramos ligeramente electrizados. Me lanza esa sonrisa suya de alto voltaje que me produce un estremecimiento en la parte baja del vientre. La sensación se intensifica cuando sus ojos se quedan fijos en los míos.

—Tuve un accidente de coche hace un par de semanas que me hizo darme cuenta de que…

—¿Qué te pasó? —me preocupo, entendiendo ahora el cambio de coche y maldiciendo haberlo interrumpido porque ahora no sé lo que me iba a decir. «Me hizo darme cuenta de que…». ¿De qué? Me fijo en que tiene una cicatriz reciente en el brazo izquierdo y una

costra de dimensiones considerables en el codo.

—Bebí de más… esa cerveza alemana de Martí, la debes de recordar. —Asiento poniendo los ojos en blanco. Me acuerdo de la tarde en la que Cristina y su marido Marc tuvieron que llevarme al hostal de Montse por culpa de la dichosa cerveza alemana. Yo apenas podía tenerme en pie y no paraba de decir idioteces—. Suerte que Martí no me vio fino y, como le dije que no hacía falta que me llevara hasta la granja, me siguió para asegurarse de que llegaba bien, pero apareció un jabalí contra el que choqué, perdí el control, el coche volcó, y lo último que recuerdo es despertar en la cama de un hospital con Montse a mi lado haciendo un Sudoku.

—Madre mía, Jan…

Me llevo la mano a la boca, la misma boca que Jan, el muy bribón, no deja de mirar con el deseo refulgiendo en sus pupilas.

Ay, ay.

Llegan las bebidas y un par de cuencos, uno con aceitunas y el otro con patatas de bolsa. Vuelco la

Coca-Cola

en un vaso con cubitos de hielo y limón y le doy un primer sorbo. Me tiemblan las manos.

—Te pongo nerviosa.

—Todavía tienes esa capacidad —murmuro sin mirarlo, sintiendo las mejillas ardiendo, empeñada en demostrarle que es un fastidio seguir sintiendo mariposas por él.

—No has…

—No, Jan, no he conocido a nadie. Y el abrazo que has visto con Luke no ha significado nada, aunque no tengo por qué darte explicaciones.

—Perdí ese derecho, lo sé —comenta resignado—. ¿Me vas a contar qué pasa aquí? No solo Pol está preocupado, también lo estoy yo, Alex. Lo creas o no, me preocupo por ti. Mucho. Siempre lo he hecho.

Respiro hondo y le resumo lo que está ocurriendo en Port de la Selva, algo que sirve para destensarme y no pensar en ese «nosotros» que me tiene en vilo. La maldición de Arsenda, una campesina condenada por brujería que vivió en el siglo XVII. Desapariciones de niñas cada diez años desde hace siglos a causa de esa maldición. Mi extraño momento en la comisaría del pueblo hace

unos días. También le hablo de la pequeña Ally Fian, de sus padres, especialmente de la frialdad de la madre y del rollo que hay entre Nimue y Arturo. La muerte de Claire, la novia de Luke, dos semanas antes de la desaparición de la niña, porque, supuestamente, como yo, iba haciendo preguntas. Es un alivio resumirle toda la historia a Jan porque su visión es neutral. Cuando termino de hablar, me siento mejor, más liviana.

—En el rato que he estado con Luke en la cala, antes de que nos vieras delante del cobertizo, me ha contado que Claire estuvo viviendo unas semanas en el retiro. Hasta hoy no tenía ni idea de que ella también se alojó ahí, no lo había deducido pese a saber que la encontraron muerta en la misma cala donde la niña desapareció. Él sospecha de Nimue, dice que oculta algo, pero también cree que no ha actuado sola. En cualquier caso, no sé si tiene que ver con la desaparición de la niña, no encajo las piezas… estoy un poco confundida.

—Alex, tienes que dejarlo. Esa niña probablemente estará…

«Muerta».

No puedo decirlo en voz alta y Jan tampoco, como si, por el mero hecho de pensarlo, pudiera convertirse en una cruda realidad.

—Acabas de llegar, Jan, no puedes darme consejos que no te he pedido, ¿vale? Estoy empeñada en llegar hasta el fondo de la cuestión. Quiero saber quién se llevó a Ally y quién, hace once años, se llevó a otra niña y así…

—Y así hasta retroceder a 1620, que es el año en el que según la directora del colegio donde iba Ally, quemaron a la pobre mujer —me interrumpe—. ¿Te das cuenta de que es una locura? Quien hizo desaparecer a una niña en 1630, luego en 1640, 1650… y así, sumando de diez en diez hasta nuestros días, no es la misma persona que se ha llevado a Ally.

—¿Pero tú crees que soy idiota? —me indigno—. ¿Que, al igual que todos, creo en el fantasma de una bruja que vivió en el siglo XVII? Hay algo en este pueblo, Jan… algo que no entiendo y no puedo mirar hacia otro lado. No puedo encerrarme en la habitación como he hecho esta última semana rompiéndome el coco, escribiendo una historia de la que en realidad no tengo ni idea, obviando que han habido desapariciones y, que sepamos, una muerte. A Claire la asesinaron, la ahogaron, su cuerpo apareció en

la orilla de la cala, donde nunca hay nadie, porque los accesos son complicados y el del retiro privado. Y la policía, aliada con los culpables, porque tampoco investigan esas desapariciones y se encargan de borrar todo rastro en internet, declararon que la muerte de Claire fue accidental. Hasta insinuaron la posibilidad de suicidio, algo que Luke niega tajante.

Jan sopesa mis palabras. Se ausenta durante unos segundos, pensando. Bebe un sorbo de cerveza y enciende otro cigarrillo en silencio contemplando las vistas. El cielo que hace nada era rojizo ahora es negro y está repleto de estrellas titilantes, con una luna tan grande que parece formar parte de un decorado.

—No esperabas venir aquí y que te taladrara la cabeza con estas cosas, ya… —me lamento.

—Como te he dicho, tenemos una conversación pendiente, y, por una vez, aunque sea solo durante unos minutos, me gustaría que nos centráramos en ti y en mí. En nosotros. Solo nosotros… —murmura con la voz ronca—. Ya sabes que no se me da bien…

—Expresar tus sentimientos —lo ayudo.

—Intenté explicarme. Pero no me salió bien, me echaste a patadas del hospital.

—Estaba resentida.

Por un momento, pienso en todo lo que ocurrió hace tres meses y estoy a punto de claudicar. Demasiado complicado. Pero entonces, miro su cara al otro lado de la mesa, esa cara que desde el primer día me atrajo, sus hombros anchos, el tatuaje del lobo en el brazo cubierto por la manga del jersey, las manos fuertes y grandes que sujetan el botellín de cerveza con suavidad, y un pensamiento empieza a asentarse en mi cabeza: «No podría soportar perderlo otra vez. No puedo echarlo de mi vida, ha vuelto. Y, si ha vuelto, es por algo».

—Pensé que lo sabías todo desde el principio —prosigo bajando la mirada—. Que lo ocultaste por cobardía. No quise escucharte. Reconozco que la cagué. Mi madre me dijo que fuiste al hospital todos los días. Que estuviste ahí, preocupado por mí. Y aun así, he sido una idiota al no contestar tus mensajes, Jan, lo sé, pero necesitaba tiempo, un poco de espacio, y ahora… ahora, al verte, pues… —Me detengo. Hace solo unos días pensaba qué haría si lo tuviera delante. Ahora no me hace falta imaginar nada ni inventar

conversaciones ficticias delante del espejo. Lo miro fijamente. Jan espera que sea yo la que siga hablando, que se lo ponga fácil, como siempre. Pero todo se resume a dos palabras que aún no me atrevo a decir: «Te quiero»—. Jan, no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti —me sincero finalmente al borde de las lágrimas. Son demasiadas cosas, demasiados sentimientos removidos y nadie, nunca, me ha hecho sentir antes cómo me hace sentir Jan.

—Alex… —susurra, extendiendo la mano para acariciar la mía. Me quedo mirando su mano, sus fuertes y maltratados nudillos. Es curioso que parezcan tan duras, tan poderosas, y puedan desplegar tanta ternura a su vez—. Siempre me había limitado a seguir adelante. Pero entonces apareciste tú con preguntas, empeñada en descubrir qué le pasó a mi prima, y, literalmente, la primera vez que me miraste, sentí que algo cedía dentro de mí. De golpe y porrazo, había alguien con quien me apetecía hablar, con quien quería estar a todas horas. Alguien que me entendía, que me entendía de verdad. Era verte y saber que, si estaba contigo, un día horrible no tendría importancia porque me harías sentir mejor. Hemos tenido problemas, malentendidos, sé que has desconfiado de mí y que no te lo he puesto fácil, pero estoy seguro de que aquí hay algo bueno, ¿sabes? Algo por lo que merece la pena luchar y que puede funcionar. Somos nosotros, Alex. Nosotros… —termina de decir con la voz quebrada.

—Nosotros —repito, mirándolo directamente a los ojos. Entrelazo mi mano a la suya. Y así es perfecto. Sí, sería perfecto.

—Sin secretos. Ya no hay secretos ni nada podrido a mi alrededor —zanja, terminando de convencerme de que sí, de que nos podría ir bien.

Jan se levanta de la silla y se acerca a mí. Acto seguido, sin decir nada, me rodea con sus brazos y me abraza con fuerza, agarrándose a mí como si fuera una especie de salvavidas. Una oleada de calor me recorre las venas. El corazón me late cada vez más rápido, con furia, bombeando sangre directamente a mi cabeza. Debo reconocer que en mis conversaciones y disputas internas e imaginarias con Jan siempre terminaba así, entre sus brazos y con la cabeza apoyada en su pecho. Es una sensación reconfortante. Es lo que quiero. La gente de las otras mesas nos mira esbozando una sonrisa pequeñita,

discreta. Apoyo la mano en sus hombros y lo aparto un poco de mí, aunque me gustaría que siguiera así, cerca, siempre cerca, por lo que le digo en un murmullo que se siente a mi lado y, de un impulso, de manera natural, como si lo nuestro nunca hubiera terminado, coloco la mano en su nuca para atraerlo a mí y darle un beso en los labios.

45

LUKE

—Ha venido su novio.

—¿El tal Jan?

—El mismo.

—Vaya. Ese chico nunca desapareció del todo. Juguemos nuestra última carta, Luke. Haz algo, lo que sea. Que se pique y quiera saber más, así funciona Alex. Empiezo a saber de qué pie cojea, y solo cabreándola y poniéndole obstáculos, querrá llegar hasta el fondo de todo esto. Solo así podremos saber qué le pasó a Claire y no perder a Alex por la visita de Jan.

—¿Por qué tienes tanta fe en Alex?

—Tú lo dijiste, Luke. Tú mismo lo dijiste… A mí también me recuerda a Claire.

46

ALEX

No quiero regresar al retiro, así que nos hemos quedado en la romántica terraza de Chris Little a cenar bajo la luz de la luna. En todo este rato, dejando atrás mi orgullo, sabiendo que entre los dos no hay más secretos, mentiras, ni asuntos complicados o, como dice Jan, podridos, podemos empezar de cero y nos puede ir bien porque es lo que queremos. Es lo que he querido siempre, desde que lo conocí, intuyendo erróneamente un peligro en él. Tengo dudas, claro, pero ¿quién no las tiene? Que las dudas y el miedo no nos paralicen. Que no nos dejen con las ganas, con cosas por vivir. Hazlo. Hazlo con dudas, con miedos…, pero haz lo que te haga feliz.

«Confía», me ha dicho Jan en un bisbiseo, mirándome con los ojos entornados, tan magnético, tan electrizante, tan él. Le he sonreído.

—Confío, Jan. Confío en ti.

Cogemos el coche de vuelta a Port de la Selva, aparcamos en el paseo marítimo y damos un paseo hasta el hostal La Tina, una buena opción para pasar la noche, ubicado en la calle Mayor del pueblo.

En la pequeña recepción nos atiende una mujer mayor con gafas que nos recuerda a Montse. Jan y yo, cómplices, nos miramos de reojo y sonreímos. Pagamos la noche y subimos a la habitación 5, sencilla pero agradable y pulcra, con las paredes pintadas de color crema. El cuarto de baño, tirando a pequeño, está invadido por una bañera redonda. Al principio, me siento un poco cohibida, como si todo estuviera yendo demasiado rápido, como si Jan y yo fuéramos desconocidos y esto fuera, en realidad, una primera cita que se precipita hacia lo inevitable.

«Es Jan —me digo—. Quieres estar con él, no seas idiota».

—Podemos quedarnos aquí o ir al bar del hostal… —sugiere Jan, acercándose a mí, que me he quedado quieta como un pasmarote en el balcón.

A veces parece que pueda leerme el pensamiento.

Me abraza por detrás pillándome desprevenida. Hunde la cabeza en mi cuello, donde deja la huella de sus labios, y desliza las manos lentamente por mi vientre, levantándome la camiseta para sentir el contacto de mi piel. Se está tan bien en él…

—Es que aún no me creo que estés aquí, Jan. Que estemos en una habitación de un hostal, en este pueblo…

—No me ubicas —ríe, tirando de mi camiseta y dándome la vuelta para tenerme frente a él.

—No… —murmuro, sin aliento, desviando los ojos hacia ninguna parte, porque me cuesta sostenerle la mirada durante mucho rato. Pero Jan coloca un dedo en mi mentón para que levante la cabeza y lo mire a los ojos mientras él me recorre el rostro y se detiene en mis labios.

—Deja de pensar en la niña. Y en Claire. Solo hoy, solo esta noche.

—No estoy pensando en ellas.

—Nos conocemos un poco, Alex…

—Ya… Sí, tienes razón, lo siento. Necesito desconectar, pero he estado tan metida en esta historia durante estas tres semanas, que se me hace complicado porque sigo sin entender nada, sin tener respuestas. Y también me resulta raro no estar en el retiro, aunque es el último sitio que quiero pisar.

—Pues no vuelvas. Mañana por la mañana vamos, recoges tus cosas y…

—No. No, aún no voy a volver a Barcelona.

—No, a Barcelona no. ¿A Montseny? Allí puedes terminar tu novela —tantea.

—Necesito saber la verdad, Jan.

—Lo entiendo. —Se acerca más a mí. Peligrosamente más…—. Si es lo que quieres, lo respeto, pero recuerda que encontrar todas las respuestas puede que no dependa de ti. A veces, todo se precipita, sin más. Tardamos tres años en saber qué le pasó a Silvia. —Asiento compungida—. No quieras ir tan rápido con esto. —Se

agacha, vuelve a enterrar la cabeza en mi cuello, me besa, provoca una sacudida en todo mi cuerpo y me musita con voz pausada—: Te seguiré esperando el tiempo que haga falta, periodista.

En la privacidad de la habitación, sin miradas curiosas, damos rienda suelta a lo que hemos estado deseando desde que nos hemos visto hace seis horas. Nos fundimos en un largo y pasional beso en el que Jan, de manera dulce y delicada, me hace saber que lo daría todo por estar conmigo. Todo. De hecho, venir hasta aquí ha sido un gran paso. Cuando creo que Jan, ansioso por acariciar mi piel, me va a desvestir, me sorprende escabulléndose al cuarto de baño. Oigo cómo abre el grifo de la bañera, me asomo a la puerta y lo veo arrodillado, lanzando unas sales de baño con aroma a lavanda, cortesía del hostal, que empiezan a burbujear. Cuando la bañera está llena, Jan vuelve a mí, y nos desnudamos lentamente sin dejar de mirarnos a los ojos. Nos metemos en la bañera, yo de espaldas a él, él rodeándome con sus brazos fuertes, el izquierdo magullado por el accidente, convirtiendo el momento en magia, en algo especial, relajado e íntimo, muy alejado de los arranques pasionales e impacientes que teníamos en Montseny. Pienso que el amor que regresa, amor inacabado, no experimentado, perdido, parece muy sencillo, pero en realidad es el amor más puro. Parecemos dos personas distintas alejadas del drama de Silvia Blanch, como si nos hubiéramos conocido en circunstancias normales sin desapariciones ni asesinatos.

—Vamos a jugar —propone, levantando el brazo derecho y colocando un dedo en mi espalda. Miro hacia atrás—. No, no. No puedes mirar —dice divertido—. Con todo este exceso de espuma, voy a escribir palabras en tu espalda. Tienes que adivinar qué escribo.

Me río.

—Cuando era pequeña jugaba a esto con mi madre, pero soy muy mala, nunca adivinaba nada.

—Lo vi en una peli, no recuerdo cuál.

—¿Una romántica? Te pega más ver pelis de acción, Jan.

—Te sorprenderías, periodista. Soy una caja de sorpresas, aún tienes mucho que conocer de mí… —me susurra al oído, llevando su dedo índice a mi espalda mojada invadida por la espuma, provocándome un escalofrío y trazando la primera letra: la T.

47

JAN

Y un

TE QUIERO

escrito con espuma

—¿Tortuga? —pregunta Alex. Sí, definitivamente, a no ser que se esté haciendo la tonta, este juego se le da fatal—. ¿Tarta? ¿Torta? ¡Jan! ¿Qué has escrito? —se impacienta.

Me acerco a ella, los labios en su oído, estremeciéndola, dispuesto a decírselo por primera vez. Lo único que deseo es agarrarla y besarla con fuerza. Nunca he sentido un deseo físico tan apabullante con ninguna otra mujer; quiero apretarla contra mí, sentir sus labios y el calor de su cuerpo contra el mío.

—Te quiero —le susurro muy lento, intenso, y por poco no se me quiebra la voz.

No me mira, está de espaldas a mí, rígida, no alcanzo a ver la expresión de su cara. Joder. Se queda callada, quieta como una estatua, pero la piel no miente, y la tiene de gallina por el cosquilleo que le provoca mi contacto. Por un momento, pienso que la he cagado y que, pese a lo bien que parecemos estar y a lo sencillo que me ha resultado que no me mande a la mierda, lo va a hacer ahora. Ella no lo ve, pero cruzo los dedos. Me deseo suerte a mí mismo. Necesito que me corresponda, no puedo perderla otra vez. Y al fin, se gira. Me mira seriamente, pero su cara bonita y sus ojos grandes expresan mil sentimientos. Sigue callada, pensativa, como si tuviera que sopesar muy bien cada palabra que me quiere

decir. Ahora soy yo el que se estremece, el que se queda paralizado. Trago saliva. Me mira los labios. Dulce como es ella, lleva la mano a mi cara y se queda un rato así, acariciando mi barba, mirándome embelesada y yo muriéndome por ella. Hasta que me besa. Joder… me quedaría a vivir para siempre en sus labios. Y, entonces, pronuncia las palabras mágicas:

—Yo también te quiero, Jan.

48

ALEX

Jan duerme con el brazo relajado sobre mi vientre cuando abro los ojos con los primeros destellos del alba.

¿Qué hora es?

Deben de ser las seis de la mañana, pero no puedo dormir más. Lo de anoche fue… uff, fue maravilloso. Jan me hizo sentir querida y deseada.

¿Por qué hemos esperado tanto? Tres meses ahora me parecen una eternidad.

Miro a Jan y no quiero separarme de él. Nunca. Lo necesito a mi lado como el café por la mañana. Ahora parecemos vivir en una luna de miel en la que todo es perfecto, aunque soy consciente de que no siempre será así. Apenas llevamos unas horas juntos. Ambos tenemos un carácter fuerte y un pronto muy malo, y por eso chocaremos y discutiremos mil veces, aunque sea por cualquier tontería, pero ahora mismo me da igual. Hasta me resulta entrañable imaginarlo siempre y cuando el respeto se imponga en nuestra relación.

«No pienses en el mañana, disfruta del ahora. Este instante es el único que cuenta, el único que importa». Un mantra que tengo que aplicarme más. Silvia, Claire… pienso en ellas y me digo que la vida es breve e incierta, que nunca se sabe, que de nada sirve el orgullo ni alejar a la persona que quieres de tu vida. Me felicito a mí misma por no haber apartado a Jan de mí ayer, cuando lo vi en el retiro, celoso al principio al pillarme abrazando a Luke. Me felicito por haber hecho lo que de verdad quería y sentía, por haberle dejado hablar, algo que lamento no haber hecho antes, porque si le hubiera pasado algo en aquel accidente que tuvo de camino a la granja, no me lo habría perdonado nunca.

No quiero despertarlo, así que levanto su brazo de mi vientre con delicadeza. Emite un pequeño gruñido. Está sumido en un sueño profundo y, por cómo levanta inconscientemente las comisuras de los labios, diría que agradable.

Me levanto de la cama. Compruebo en mi móvil que no andaba equivocada. Son las seis y media de la mañana.

Y el estómago me ruge.

Me visto con la misma ropa de ayer sintiéndome henchida de emoción, más feliz de lo que he estado en toda mi vida por el hombre que aún duerme en la cama y que anoche me llevó a la luna sin billete de vuelta. A pesar de Ally. De Luke. De Claire. A pesar de mi obsesión por dar con su paradero, por descubrir quién se esconde tras una maldición para hacer el mal.

Me lavo la cara y los dientes y le dejo a Jan una notita sobre la almohada en la que le he escrito que he bajado al salón a desayunar, sabiendo, por un panfleto colocado en la mesita de noche, que el desayuno está preparado desde hace treinta minutos.
El hostal está sumido en el más absoluto silencio. En los pasillos, revestidos de madera oscura, no entra mucha claridad, por lo que, temerosa, bajo las escaleras con rapidez, sintiéndome más cómoda en el salón rústico del restaurante, con arcos y paredes de piedra, que te hacen creer que estás en el interior de una bodega. Antes no me daba miedo la oscuridad. Después de darle muchas vueltas sin necesidad de terapia para saber por qué ahora me aterroriza, caí en la cuenta de que fue desde el disparo, desde que una especie de fundido a negro me dejó inconsciente en aquel suelo de cemento de la fábrica de Josep Blanch. Nunca antes había sentido tanto miedo, ni siquiera cuando tenía cinco años y creía que había monstruos debajo de mi cama o escondidos en el armario; sin embargo, algunos de esos monstruos, los peores, se dejan ver también a la luz del día. Lo de la oscuridad es un mito. Podemos cruzarnos a diario con ellos en la calle, caminan tranquilamente, como uno más, y no darnos cuenta de sus atrocidades, de sus pensamientos perversos, de lo que hay detrás de sus miradas amables.

El desayuno está dispuesto en una mesa alargada en el centro del salón. Saludo a la camarera que me pregunta en qué habitación me alojo, y me detengo frente a la apetitosa mesa provista de dulces, pastas, fruta, embutidos y diversos tipos de panecillos, con

la imprescindible máquina de café a un lado. La pongo en marcha y, mientras espero a que la taza se termine de llenar del revitalizante café cuyo aroma empieza a flotar en la estancia, pienso en si me voy a decantar por un desayuno saludable o con alto contenido en grasas. Mis pensamientos lujuriosos al percatarme de la presencia de una bandeja a rebosar de cruasanes rellenos de crema, son interrumpidos cuando una mano me da un toquecito en el hombro:

—Pensaba que te alojabas en el retiro.

—Diane —la nombro en una exhalación.

Miro a la madre de Ally Fian con desconcierto. Hasta los cruasanes rellenos de crema se han volatilizado de mi memoria. Diane lleva ropa cómoda, camisa y pantalones anchos de color blanco, un delantal negro y una rejilla en la cabeza. Es la cocinera del hostal, deduzco. Es quien ha preparado el desayuno que tengo delante y que huele a pan recién hecho.

—He pasado la noche aquí —le digo, cogiendo la taza de café y un par de sobres de azúcar, porque lo único que quiero es sentarme a la mesa y desayunar tranquila y sin sobresaltos.

—Tengo que pedirte perdón por lo estúpida que fui cuando viniste a casa.

—Ya, bueno, no… no pasa nada —titubeo, porque no sé qué esperar de ella.

—Desde que llegamos aquí nada ha ido bien —confiesa con un hilo de voz, mirando a su alrededor con miedo. Me muestra una mirada triste y cansada, muy cansada, distinta a la del día en que la conocí en su casa. Al fin veo un destello de preocupación, del horror que supone perder a un hijo, no saber dónde está, qué ha pasado—. Pero no es el lugar ni el momento para hablar. Hace solo cuatro días que trabajo aquí y no quiero que me despidan, así que será mejor que vuelva a la cocina.

Se aleja de mí. Todavía no estoy lo suficientemente lúcida ni despierta como para detenerla y proponerle otra cita, quizá en algún café del pueblo, no tiene por qué ser en su casa, pero Diane, consciente de que la sigo mirando, se da la vuelta.

—Ven a mi casa cualquier tarde a partir de las cuatro, ¿sí? Quiero contarte algo.

—Mañana a las cuatro estaré ahí —le prometo.

Asiente conforme y desaparece. Yo, pensativa, queriendo saber

qué es eso que tiene que contarme, elijo una mesa al lado de uno de los arcos. El desayuno que he elegido, ya sabía que no iba a poder contenerme, tiene un alto contenido en grasas. Cualquiera se resiste a un buen cruasán relleno de crema, ¿no?

49

JAN

Me habría quedado en la cama toda la mañana, pero a Alex parece haberle entrado prisa por volver al retiro.

—Necesito mi ordenador, no cerré con llave —ha dicho preocupada—. Y ropa. Toda mi ropa está ahí.

Después de una ducha rápida y de besarla durante el rato que me ha dejado, decidimos que pasaremos una noche más en el hostal. Luego, conduzco hasta el retiro literario donde nos cruzamos con la propietaria con ese nombre tan raro y tan místico.

—¿Dónde has pasado la noche, Alex? —quiere saber, mirándome con curiosidad.

—En un hostal del pueblo —contesta esquiva, sin mirarla.

—No es molestia que tu invitado duerma en tu habitación —dice amablemente sin apartar la mirada de mí.

Alex la ignora. Nunca la he visto ser tan antipática con nadie, y, si no me hubiera contado todo lo que cree saber sobre la mujer, casi me habría dado lástima.

—Intenta ser amable contigo, Alex —intento apaciguarla, cuando atravesamos el vestíbulo en el que apenas entra luz y es más pequeño de lo que parece desde fuera.

—Es una bruja —murmura malhumorada, subiendo las escaleras a toda prisa, como si la presencia de la mujer la pusiera de mal humor. Abre la puerta de su habitación, me invita a entrar—. Voy un momento al cuarto de baño, ahora vengo.

La habitación es muy espaciosa, luminosa a estas horas de la mañana, pero hay algo raro en ella. Huele a humedad. No me quedaría a dormir aquí, se me pone la piel de gallina cuando recuerdo que Alex me dijo que oyó una voz pidiendo ayuda. Sacudo la cabeza a modo de negación al tiempo que me acerco a la cama

para sentarme en el borde. Bah, tonterías. Trato de encontrar una explicación coherente. Seguramente Alex estaba cansada, siempre le da demasiadas vueltas a la cabeza, y eso, sumado a su curiosidad por lo que pasa en este pueblo, puede provocar alucinaciones. Fijo que fue por eso. Los fantasmas no existen.

Echo un vistazo al escritorio. El ordenador portátil tiene la tapa destrozada, como si alguien le hubiera dado golpes con un martillo. Sin embargo, eso me parece una nimiedad cuando, a los pies de la cama, distingo dos fotografías, una al lado de la otra. El escenario es el mismo, pero la situación no.

Una es… joder. Una, muy a mi pesar, es vida.

La otra es muerte.

La primera fotografía está hecha desde lejos y me provoca un vuelco en el estómago. Le doy la bienvenida a esa vieja conocida llamada celos que experimenté ayer por la tarde cuando me presenté en el retiro por sorpresa. Porque en la imagen, Alex aparece de espaldas sentada al estilo indio en la arena con el mar de fondo y, a su lado, el tal Luke. Se están dando un beso en los labios. Si Alex, a pesar de que no tenía por qué darme explicaciones, me hubiera dicho que entre ellos había pasado algo, no sentiría este incendio propagándose sin control en mi interior.

Pero la otra foto es peor. Es mucho peor porque me muestra el cadáver de una mujer joven tendida en la orilla de la misma cala que la fotografía anterior, la cala por la que debe de accederse a través del bosque que hay en el jardín delantero del retiro. La piel violácea y mojada. Los ojos hinchados, vacíos, muertos, fijos en ninguna parte. Y, en el dorso, una amenaza que mi cerebro, confuso, tarda más de la cuenta en procesar:

SERÁS LA SIGUIENTE

No soy yo el que tenía que descubrir estas fotos, sino Alex. Sopeso que la mujer muerta en la playa es Claire, que, igual que Alex, se dedicaba a hacer preguntas incómodas por el pueblo queriendo saber demasiado, y murió dos semanas antes de que la niña desapareciera. Corrijo: la mataron dos semanas antes de que la niña desapareciera y su asesino fue tan macabro que la fotografió antes de que encontraran el cuerpo.

Petrificado, con miedo de que Alex siga empeñada en seguir con este tema y corra la misma suerte, me sorprende ser capaz de sostener las dos fotografías. Me tiemblan las manos. Ambas imágenes son igual de macabras por el hecho de que la persona que mató a Claire siguió a Alex y a Luke y también los fotografió sin que se dieran cuenta en un momento íntimo que me golpea fuerte como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—Jan, no te esperaba por aquí —saluda alguien desde la puerta que he dejado abierta. Es Luke. Dejo las fotografías sobre la cama. Respiro hondo. Pero cuando vuelvo a mirar con el rabillo del ojo la fotografía en la que aparece el mismo tipo que me mira sonriente, solo quiero machacarlo—. Eh… ¿todo bien? —pregunta cuando me acerco a él.

No contesto. Directamente, lo cojo del cuello de la camisa y, sin que lo vea venir, lo lanzo contra el suelo de un empujón. Cae haciendo crujir la madera, sigue mirándome confundido, sin entender qué pasa, sin mover un dedo para defenderse. El guiri tiene suerte, porque Alex hace acto de presencia, pálida y con la mandíbula desencajada, al ver a su amiguito en el suelo e intuir qué ha pasado.

—¡Jan! ¿Pero qué has hecho?

—¿Que qué he hecho? ¡Mira las jodidas fotos! ¡Míralas! ¡Estás hasta arriba de mierda por su culpa! —vocifero, señalando a Luke, que parece aliviado con la llegada de Alex. Sabe que delante de ella no voy a ser capaz de hacerle nada, así que se incorpora mirándome asustado. Sigo a Alex, que ha entrado en su habitación. Primero ve el portátil. Se lleva las manos a la boca tras emitir un gemido ahogado al darse cuenta de que está destrozado, irrecuperable, y luego ve las fotos encima de la cama donde lleva casi un mes durmiendo.

50

ALEX

Esto es demasiado. Y no sé qué ha atormentado más a Jan, si el beso con Luke que rechacé aquella tarde en la cala, aunque la fotografía engaña y parece ser de esos besos deseados por ambas partes, largos e intensos, o el cadáver de Claire, que no puedo dejar de mirar como cuando descubrí la fotografía de Silvia Blanch desnuda en lo alto del armario de la habitación de la granja. Es la imagen de una muerta poco después de perder la vida ahogada en el mar. Esta fotografía la hizo su asesino. O asesina. Quien nos fotografió a Luke y a mí es la misma persona. Quien ahora me amenaza diciendo que seré la siguiente, quiere verme muerta. O fuera de aquí. Por querer saber, por querer encontrar a Ally, por querer descubrir quién se deshizo de Claire.

—Alex, esto es peligroso —comenta Jan a mi espalda.

Luke, cerca pero precavido después del susto que se ha llevado cuando Jan se ha puesto agresivo con él, mira con horror la fotografía que sujeto con manos temblorosas.

—Es…

—Es Claire —lo ayudo, ante la atenta mirada de Jan que, de brazos cruzados, plantado en medio de la habitación, nos escudriña en silencio.

—¿Quién…? —trata de decir Luke.

Luke no es capaz de hablar. Ahora es él quien sujeta la fotografía de su novia muerta. Tiene lágrimas en los ojos, sus sollozos me producen lástima.

—Alex, tienes que irte de aquí —apunta Luke con urgencia y la voz tan quebrada que me eriza la piel.

—Ha sido Nimue. Ha tenido que ser ella. Lo ha hecho para que me vaya, para que deje de…

—¡Alex, basta! —grita Jan—. Vámonos, deja esto, por favor.

—¡No te metas, Jan!

Luke, impactado, nos mira como un chiquillo perdido y asustado. Jan se calla tras emitir un profundo suspiro cargado de frustración. Agacha la cabeza y clava la vista en el suelo. Sé que se preocupa por mí, porque sabe que llegará el día en que la mala costumbre que tengo de meterme en la boca del lobo me pasará factura, pero esto es… esto es inadmisible.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A qué vienen esos gritos? —interviene Nimue desde el vano de la puerta.

La miro fijamente, furiosa, y hago lo que no he hecho jamás. Avanzo con rapidez hacia ella propinándole un puñetazo en la cara que no ve venir. Cae al suelo, retrocede hacia el pasillo arrastrándose, hasta apoyar la espalda en la puerta de la habitación de Luke, y, entonces, es tal la presión y me asombra tanto lo que acabo de hacer, que las lágrimas me nublan la visión y me detengo frente a ella.

—¿Qué hiciste, Nimue? —Abre mucho los ojos, esos ojos de un color azul tan claro que es casi transparente, turbio, raro—. ¿Qué le hiciste a Claire? ¿A Ally?

—No, Alex. No, no, no… no fui yo… —balbucea, con la nariz manando sangre y el mentón temblando. Y, por alguna extraña razón, la creo. Algo en mi interior me dice que tengo que creerla, que dice la verdad, pero que sigue ocultando cosas.

—Pero sabes quién fue. Estás encubriendo a un asesino, Nimue.

Nimue no dice nada. Mira hacia arriba, en dirección a la pared donde están colgadas las fotografías de la historia local de Port de la Selva a las que, por una cosa o por otra, nunca he prestado atención. Me dispongo a hacer lo mismo, por si ahí encuentro alguna clave, algo que me dé alguna pista, preguntándome por qué siempre miro hacia ellas sin fijarme en los detalles, esos pequeños detalles que, a veces, te dan la respuesta. Pero Jan me coge del brazo y me aparta, llevándome de nuevo al interior de la habitación. Cierra la puerta y deja a Nimue fuera de todo.

—Alex, tenemos que irnos. Tienes que irte de aquí —me aconseja seriamente. Estoy bloqueada, no soy capaz de pensar con claridad ni decir nada.

—Jan tiene razón —asiente Luke, impresionado por la fotografía

de Claire que todavía sostiene entre las manos—. No sé quién te ha dejado las fotos ahí, pero quiero disculparme por lo del ordenador. Lo siento, de verdad.

—¿Lo has destrozado tú? —me sorprendo—. ¿Por qué?

—La novela… no quiero que escribas sobre Claire. No quiero… —niega con voz susurrante.

Asiento tranquila. Es solo un ordenador. Mi novela está a buen recaudo en la nube, no la he perdido. Voy a poder seguir escribiéndola como si nada, voy a hablar de Claire si me da la gana. Luke me tiende su teléfono móvil.

—Por favor, me gustaría tener tu número de teléfono para seguir en contacto.

Asiento y cojo su móvil. Con la vista nublada al borde de las lágrimas y con un escozor en el cuello que me oprime la garganta, escribo rápidamente los nueve dígitos de mi número. Jan me mira con las cejas enarcadas, sé que piensa que no voy a ceder, que voy a continuar con esto, pero, a pesar de haber quedado con la madre de Ally mañana a las cuatro de la tarde en su casa, no puedo más. Esto me supera y la amenaza y las fotografías han sido el colmo. Es un callejón sin salida, un pueblo entero en silencio, temeroso, con creencias absurdas poniendo en peligro vidas de niñas, y, aunque no estoy segura de que haya sido Nimue quien ha colocado las fotografías sobre la cama, sí hay alguien que es capaz de matar para que no siga aquí tratando de entender, de saber qué fue de la pequeña Ally Fian.

—Vale —le digo a Jan—. Nos vamos de aquí —decido.

—Alex, lo siento… —sigue disculpándose Luke.

—Luke. —Lo miro con una sonrisa pese a las circunstancias—. Me ha gustado conocerte. Sé que guardas secretos y que, seguramente, no me lo has contado todo, pero quiero que sepas que en Barcelona tienes una amiga.

Voy hasta el escritorio, arranco un papel de mi libreta y escribo mi dirección para Luke.

—Es una callecita en el barrio de Gracia —señalo.

—Gracias, Alex —dice con emoción, doblando el papel con mi dirección y guardándoselo en el bolsillo trasero de los tejanos—. Por escucharme y por intentar… bueno, ya sabes, por intentar descubrir la verdad, aunque no haya salido bien.

—Luke, no te rindas. A veces, con el tiempo, estas cosas se acaban descubriendo a pesar del mutismo de todo un pueblo. Sé que, tarde o temprano, sabrás qué le pasó a Claire. Quién lo hizo. Y se hará justicia.

—Seguiré intentándolo.

Luke traga saliva, mira a Jan con respeto, como pidiéndole permiso para poder abrazarme. Me da una palmadita en la espalda amistosa y, al separarnos, veo algo en su mirada, algo que me cuesta un rato identificar.

¿Es arrepentimiento, quizá?

No. Es pena. Ese tipo de pena que se te clava muy adentro cuando tienes la seguridad de que no vas a volver a ver a una persona.

Las siguientes horas son confusas, todo ocurre demasiado rápido. Recojo mis cosas, no vuelvo a ver a Nimue, debe de haber subido a la buhardilla, a su espacio. Jan conduce con cuidado por las curvas, contemplo el paisaje verde, el cielo azul, brillante, el mar. Me despido de Port de la Selva con un dolor insoportable en el pecho. Solo quiero dormir, desaparecer del mundo durante unas horas… me siento agotada.

—Alex, no te tortures por no haber encontrado respuestas —intenta animarme, atento a la carretera—. No podemos tener el control de todo.

Niego con la cabeza y rompo a llorar. Siento las lágrimas cayendo como cascadas por mis mejillas.

—Hace un mes, hace solo un mes, Jan, no tenía ni idea de quién era Ally. Y apenas sabía nada de Port de la Selva. Creía que era un pueblo pesquero a rebosar de turistas en verano, pero me siento como una idiota, una inútil que no ha sido capaz de averiguar nada. Esa niña, esté donde esté, le haya pasado lo que le haya pasado, merece justicia. Claire merece justicia. Y también el resto de niñas que desaparecieron y de las que nunca volvió a saberse nada. No quiero que pasen otros tres años para descubrir la verdad como con Silvia, Jan. Es demasiado tiempo.

—A veces queremos las cosas para ya, pero hay que aprender a ser pacientes.

—No, paciencia y desaparición no van de la mano. Voy a seguir escribiendo la novela. Así, si tiene éxito, puede que se descubra

algo.

—No sé si es buena idea… eso de la maldición… ¿No es un poco arriesgado, teniendo en cuenta que la policía trató de esquivar el tema cuando fuiste a comisaría? Te viste amenazada en un lugar en el que debes sentirte a salvo, Alex.

—Sé que es un tema peliagudo. Creencias que han ido pasando de generación en generación con el paso de los siglos haciendo daño a inocentes, pero tengo que intentarlo. Tengo que contar qué pasa en ese pueblo turístico, idílico, aparentemente tranquilo y familiar. Pueden borrar todo rastro en internet que los incrimine, pero con un libro… —suspiro—. A un libro no se le pueden borrar las páginas ya escritas y publicadas.

Jan sigue conduciendo en silencio. Me mira un momento, solo un segundo, coloca la mano sobre la mía y la acaricia. No llevamos ni veinticuatro horas juntos, era impensable volver a verlo después de tres meses ignorando sus mensajes y ahora… ahora está conmigo, como he querido siempre, cuando más lo necesito, como si de una señal se tratara, llevándome a Montseny y preocupado por mí, por la amenaza que me han dejado en la habitación del retiro que ahora debo dejar atrás para centrarme en otras cosas, a poder ser que no tengan que ver con asesinatos ni desapariciones de niñas, y mucho menos con fantasmas de brujas centenarias que maldijeron a un pueblo entero.

—Por eso me enamoré de ti, Alex —dice con un hilo de voz, dejándome, una vez más, anonadada y sin aliento—. Porque te preocupas de verdad por las personas. Personas a quienes ni siquiera conoces. Podrías mirar hacia otro lado como hacemos todos por nuestra seguridad, limitarte a escribir, imaginar y ya está, pero tienes la necesidad de ayudar, de mejorar el mundo.

Sacudo la cabeza. Agradezco sus palabras, pero de qué me sirve preocuparme si no he sido capaz de hacer nada por Ally. ¿Y si sigue viva? ¿Y si la tienen escondida vete a saber dónde y nunca se descubre? ¿Y si Nimue sí es culpable, la he tenido delante de mí todo este tiempo y no he hecho nada? ¡¿Por qué la policía no hace nada?! ¡¿Por qué todo un pueblo guarda silencio, encargándose de que nada de lo que ocurre en Port de la Selva salga de Port de la Selva?! Me resulta muy frustrante no haber obtenido ni una sola respuesta clara sobre el paradero de la niña, viva o muerta. Me

siento como si estuviera al borde de un acantilado sin saber si voy a caer, ni cómo de puntiagudas son las piedras de abajo, ni si me dará tiempo a gritar, pero la vida es así de impredecible. Y da vértigo.

—Jan, ¿te puedo pedir algo?

—Lo que quieras.

—Quiero quedarme contigo. Quiero que vivamos juntos una temporada, continuar escribiendo el libro en tu casa…

—No imagino un lugar mejor para nosotros.

—Para empezar de cero.

—Empezar de cero… —repite—. Suena bien, periodista.

51

LUKE

—¿Cómo fue, Luke? ¿Sigue empeñada en llegar hasta el fondo del asunto?

—No, Bruce. Se ha ido. Y, por su seguridad, es lo mejor que ha podido hacer. Lo del ordenador es lo de menos, alguien dejó un par de fotos sobre su cama. Una de ellas es… es Claire. Poco después de morir, en la playa.

—¡No! No, no, no… Tienes que retenerla, Luke.

—Ya es tarde, Alex corre peligro. La han amenazado con hacerle lo mismo. Y no sé si ha sido Nimue o…

—¡Me da igual! Alex es como Claire. Sé que es la única que con su insistencia puede destapar lo que ocurre en Port de la Selva como hizo con aquella chica de Montseny.

—Esto no es lo mismo. Aquí hay más gente implicada, es complicado… Tiene miedo. Y se ha cansado, como yo. No puedo más, Bruce. No puedo… Me voy a ir de esta casa de locos. Se acabó. Tú también deberías volver a Edimburgo, tu mujer te espera. Siento no poder hacer más por tu hija… sabes lo mucho que la quería, lo importante que era para mí.

—Está bien, Luke. Pero antes de que salgas de ahí, tengo que pedirte un último favor.

52

ALLY

Bajo tierra, como todas

La bruja tiene razón. Siempre tiene razón. Me he hecho invisible y aquí todo está oscuro. Nadie me ve, nadie me oye por más que grite pidiendo ayuda. La bruja dice que mi destino es vagar eternamente en la oscuridad, ver a gente que no me ve desde la distancia, sin hacer ruido, no volver a hablar con nadie, solo con ella, la única que me ve, y no volver a jugar.

Dice que estoy muerta. Muerta como el fantasma que me viene a visitar. A veces la creo y otras veces no; yo sigo sintiéndome como si estuviera viva, a lo mejor es así como se sienten los que están muertos.

Nadie lo sabe, pero sigo aquí. Aún tengo esperanza, es lo que el fantasma me dice, que no pierda la esperanza, e intento hacer que me vean, aunque creo que ya es tarde. Ha pasado mucho tiempo y el tiempo es olvido.

Echo de menos a papá. Y a mamá. Seguro que se han olvidado de mí igual que se han olvidado de las otras niñas, más de cuarenta, asegura la bruja, cuyos papás y mamás, como ellas, también están bajo tierra.

SIETE MESES MÁS TARDE

Noviembre, 2021

53

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Tiene diez años y es una niña preciosa y buena, muy buena, de rostro angelical y mirada transparente. Él quiere conocerla, ¡por fin!, y quiere verme. Después de tantos años, quiere volver a verme… Habrá recapacitado, se habrá arrepentido de lo que hizo, rechazarme a mí y al bebé que esperaba, ahora convertida en el ser humano más excepcional sobre la faz de la Tierra. Por eso estamos aquí, alojadas en un hostal de Port de la Selva, donde él vive. Es un lugar precioso de mar inmenso y brillante, pueblo tradicional de pescadores con montañas salpicadas de casitas blancas y atardeceres rojizos que tiñen el cielo como si fuera puro fuego. Pero no puedo esperar más a que me dé esa señal de la que me habló para verlo, o para que se presente en el hostal donde sabe que estamos, porque fue él quien nos lo recomendó. Necesito verlo ya. Le daré una sorpresa. No creo que se lo tome mal, ha sido él quien ha tomado la iniciativa. Lo más importante es que quiere conocer a su hija. De nuestro amor, un amor sin igual que no he vuelto a experimentar desde que nos dimos aquel último beso, nació mi niña, aunque el miedo desde que salimos de Lyon me atenaza fiero, como un lobo hambriento sin piedad. Mi psicólogo, demasiado caro para que pueda seguir permitiéndomelo, me aconsejó que para seguir adelante tenía que resolver asuntos pasados y deshacerme de mis fantasmas. Al fin le estoy haciendo caso; su llamada, su interés en vernos, fue una señal. Creo que me he pasado los últimos diez años de mi vida en el mismo lugar para que pudiera localizarme. Necesito resolver cuentas pendientes que dejen de asfixiarme el

corazón, que ahí es donde más hiere, y poder conciliar el sueño más de dos horas seguidas.

—¿Adónde vamos, mami?

—A conocer a tu papá.

Tengo tantas ganas de que se encuentren… de que él vea en sus ojos sus propios ojos, de ese color tan raro y especial que me enamoró nada más verlo en aquel bar donde yo trabajaba. Fue la mejor semana de mi vida. Ha transcurrido una década y no me lo quito de la cabeza. Tampoco del corazón, que es el que más ha sufrido su ausencia. Y es que los grandes amores, a veces tan efímeros como una estrella fugaz, no entienden de olvido.

A la vista está. Él tampoco me ha olvidado. Porque pertenecemos a los lugares y a las personas a las que regresamos cuando cerramos los ojos.

¿Cómo será el reencuentro?

¿Será tal y como me lo imagino?

¿Me estrechará entre sus brazos para no volver a separarnos nunca más?

No sé. No quiero hacerme ilusiones, a veces mi mente vuela por donde le da la gana y luego el golpe es cruel, pero sí deseo un nuevo comienzo, quizá con él, sin él…

Espero que con él.

Siempre fue él.

54

ALEX

Presenté a la editorial el manuscrito de *La maldición de Arsenda* hace un par de meses, y hoy, por fin, puedo mostrar su cubierta y sinopsis en redes sociales. Tengo muchos comentarios que aún no he leído, la prensa se ha hecho eco y ya hay algunos portales, incluido el del periódico *Barcelona ahora*, que hablan de mi segunda novela «inspirada en un caso real». Pol me ha llamado. Quiere entrevistarme. Estoy emocionada y, al mismo tiempo, tengo miedo. Miedo porque inventé un final feliz para Ally, no podía ser de otra manera tratándose de una niña. Miedo porque culpé a Nimue de su desaparición a causa de los celos que sentía por ser el ojito derecho de Arturo, el jardinero de su retiro literario y su amante, el hombre que Ally creía que era su padre. Miedo porque Nimue, en la trama de mi próxima novela, está protegida por una maldición centenaria que tiene atemorizado a medio pueblo. Miedo porque quizá me he equivocado en todo, y aún sigo con la duda de qué era lo que quería contarme Diane y no llegué a descubrirlo debido a mi huida precipitada y cobarde. Una vez más, cambié los nombres, pero la leyenda que he dado a conocer ha suscitado tanto interés como desconfianza.

«¿En serio esto es real? No me lo creo», han comentado muchos, incluida mi editora, que ha dudado a la hora de decir que la historia está inspirada en un caso real, por lo aterrador que resulta pensar que hay niñas que desaparecen como por arte de magia a causa de una maldición que lanzó una mujer condenada por brujería en 1620.

Ay, si supieran…

De ahí a que prefirieran no dar el nombre del pueblo y dejarlo como «un pequeño pueblo de pescadores de la Costa Brava». En fin.

Por poco no me obligan a ambientarla en Escocia, que según mi editora resultaría más verosímil.

Una vez más, Jan me recordó las consecuencias que puede acarrear elucubrar sobre casos reales. No le hice caso a Luke. Claire es tan protagonista en la trama como la niña desaparecida y como la periodista que se va a un pueblo marinero a investigar sobre un caso que, al principio, parece un sinsentido, porque, ¿quién diablos cree en brujas y maldiciones?, pero que, poco a poco, a base de insistir mucho, de preguntar, y de hasta poner en riesgo su vida, descubre que la responsable era la mujer que tenía delante, la misma mujer que aparentaba ser una perfecta anfitriona de un retiro literario perdido en mitad de la nada y difícil de encontrar. Escribí el libro en tiempo récord. Los aires de Montseny me han inspirado, y eso que Jan ha resultado ser una distracción constante. Solo podía centrarme al cien por cien cuando tenía alguna excursión a caballo o estaba trabajando en la granja. La cotidianidad de este pueblo tranquilo de montaña sigue intacta. Es tal y como lo conocí hace tres años, pero ya sin tanto misterio. Es el mundo apacible y sin sobresaltos que Silvia, a quien es imposible dejar atrás, conoció de niña.

Ahora la trama central que relato en el libro me queda lejos, y, aunque he seguido buscando información en internet sobre la maldición de Arsenda en el siglo XVII, desapariciones de niñas y la sospechosa muerte de Claire Glenn, sigue sin haber nada. Eso sí que es brujería, que «San Google» no se haya hecho eco de lo que pasa ahí. Respecto a Luke, no he tenido noticias de él, y eso me entristece. Ojalá esté bien. Ojalá la vida le vaya bien.

—¿Me ducho y vamos al hostal de Montse a tomar algo? —pregunta Jan entrando en casa y dejando a su paso un tufillo a estiércol que echa para atrás.

—Sabes que tengo que volver a Barcelona, ¿verdad? —Por la expresión compungida de su rostro con puchero infantil incluido, le devuelvo a la realidad de un plumazo, como si estos meses juntos hubieran sido uno de esos veranos fantásticos con amor fugaz incluido que no quieres que terminen nunca—. Mi madre está desquiciada porque hace meses que no voy a verla y, por cierto, algún día tendrás que venir conmigo a comer a su casa. —Jan se ríe, al tiempo que se quita la camiseta dejando al descubierto su

cuerpo grande y escultural—. Mi buzón debe de estar a tope de facturas, a ver si me han ocupado el apartamento o han entrado a robar —añado, sin que la tableta de chocolate de su abdomen bronceado ni sus brazos duros como el acero me distraigan lo más mínimo.

Pasé por mi apartamento en abril, pocos días después de irnos de Port de la Selva como si fuéramos fugitivos, y metí en un par de maletas toda la ropa que había en mi armario, incluidos jerséis y abrigos, porque ya intuía que me quedaría una larga temporada en casa de Jan, y en Montseny suele hacer fresco hasta en verano, sobre todo de noche. También compré un ordenador portátil porque Luke dejó el anterior para el arrastre, y fui a buscar mi coche al mecánico, que no soy nadie sin mi Citroën Saxo, y aquí lo necesito hasta para ir a comprar el pan. Y, aunque pensaba bajar a Barcelona de vez en cuando, no lo he hecho. Ahora mismo, acomodada en esta rutina apacible, no me apetece nada separarme de Jan, que acaba de entrar en la ducha para desprenderse de su habitual olor a granja. Pero la novela está terminada y tendré que salir de aquí, mi pequeño paraíso lleno de recuerdos, algunos malos, claro, ¿cómo olvidar que a unos pocos kilómetros estuve a punto de morir hace casi un año? No obstante, ahora no concibo mi vida fuera de Montseny, aunque si es con Jan cualquier sitio me vale, la verdad. Aún me acuerdo del día que llegué aquí. Era una forastera, una periodista *non grata* con el deber de escribir sobre una desaparición que me obsesionó de tal forma que no paré hasta descubrir qué le pasó a Silvia Blanch, aunque fuera de manera accidental, aunque nada de lo que supuse fuera cierto. Han pasado tres años y recuerdo, como si hubiera ocurrido ayer, que cuando bajé del coche, pensé que este pueblo sería un lugar ideal para vivir en el caso de que pudiera dedicarme solo a escribir. Fíjate, a veces los sueños se hacen realidad. Ya no soy una forastera en Montseny, ahora todos me conocen y me saludan cuando me ven.

—Vamos a tomar una Coca-Cola —decido, abriendo la puerta del cuarto de baño, en el momento en que Jan sale de la ducha con una toalla envuelta alrededor de la cintura.

—¿Y cuándo tienes pensado irte? —me pregunta con cierto temor, como si ahora separarnos unos días fuera una tragedia. Aprieta la mandíbula y sus músculos se tensan por la angustia que

parece producirle que tenga que marcharme.

—Jan. Volveré —le prometo acercándome a él, rodeándolo con los brazos y dándole un beso en los labios—. Siempre voy a volver.

—Eso espero, periodista —me dice, con esa voz suya tan ronca y tan sexi, enmarcando mi cara con sus manos y provocando que la tripa se me encoja cuando me besa y clava sus ojos en los míos anhelante, como si me hubiera convertido en un espejismo que teme que se desvanezca.

—No vas a deshacerte tan rápido de mí.

Pensaba que lo conocía bien, pero estaba equivocada. Sus gestos, sus detalles, sus miradas, sus besos y su manera de hacerme el amor, nuestros baños de espuma y nuestros cigarrillos a medias, los atardeceres estivales desde la granja, noches salpicadas de estrellas, la llegada del otoño con las ramas de los árboles desnudas y sus hojas de tonos ocres cubriendo el camino, paseos por el bosque, andando y a caballo, películas románticas abrazados en el sofá en las que a Jan se le ha escapado alguna lagrimilla… nuestro día a día durante estos meses me ha hecho darme cuenta de lo especial que es y de lo especial que me mira a todas horas, como si viera en mí más de lo que nadie ha visto nunca. Ahora es todo tan perfecto, tan normal, sin secretos, sin misterios y sin asuntos turbios, que hasta da miedo que pueda ocurrir algo que lo tuerza.

Sentados a una de las mesas de la terraza del hostal de Montse, cuyas vistas ahora son distintas a las del verano, ya que la intensa niebla oculta el pico de las montañas, recibo una llamada de mi editora. Hablamos durante veinte minutos de las últimas correcciones y del mes intenso de promoción que me espera dentro de dos meses. Mientras hablo por teléfono, Jan, aburrido, bebe Coca-Cola y fuma un cigarrillo tras otro. Luego le toca el turno a mi madre. Decido llamarla después de ver que ha intentado contactar conmigo cinco veces mientras yo comunicaba. A ver si ha pasado algo, me preocupo.

—Alejandra, pásame al hombre por el que tienes a tus padres abandonados, anda —me ordena autoritaria nada más descolgar el teléfono, sin tan siquiera saludarme.

—¡No! No, mamá, no puede hablar en este mom…

Pero ya es tarde. Jan me arrebata el teléfono, me dedica una

sonrisa encantadora de yerno perfecto, y empieza a hablar con mi madre sobre todos mis defectos.

—Sí, yo también estoy deseando volver a veros.

—…

—Hasta pronto, un abrazo.

Me devuelve el teléfono, me dispongo a hablar con mi madre, pero ha colgado. Jan ríe encogiéndose de hombros. No sé cuánto habló con mis padres durante el tiempo que estuve en el hospital, pero mi madre no dejó de recordarme que él estuvo ahí. Que de verdad le importaba. Hasta que no lo vi aparecer en Port de la Selva no supe cuánto.

—Periodista, te vas a casar conmigo, así que tarde o temprano esto tenía que pasar.

—¿Cómo? ¿Que me voy a casar contigo? —pregunto nerviosa, con voz de pito y gritando demasiado, ante la atenta mirada de los cuatro jubilados abrigaditos con chaquetas de lana y pantalones de pana que hay en la mesa de al lado jugando al dominó y bebiendo carajillos de anís. Nos miran con una media sonrisa entre burlona y nostálgica, supongo que recordando tiempos mejores en los que no necesitaban sonotone ni bastón.

Jan sigue con esa sonrisilla triunfal, le divierte verme asustada, descentrarme, que me atragante con la
Coca-Cola
y robarme un beso cuando menos me lo espero.

Cuando regresamos a casa ya es noche cerrada. Cenamos un par de sándwiches calientes y nos sentamos muy juntitos en el sofá, frente al calor de la chimenea, con una copa de vino tinto y un capítulo nuevo de la serie *This is us*. Jan se queda dormido al cabo de media hora, yo me descentro y, aunque me chifla *This is us* por lo mucho que me emociona, dejo de prestarle atención para mirarlo. Me encanta su cara serena cuando duerme. Su respiración pausada me reconforta. Me pregunto qué soñará. Quién se adentra en su mundo onírico inalcanzable para que casi siempre parezca que sonríe. No quiero irme, pero tengo obligaciones. Le doy un beso en la mejilla áspera por su inconfundible barba de tres días, me levanto, lo arropo con la manta y me sirvo más vino tinto mirando por la ventana de la cocina. Desde hace unos días, oigo el ulular de un búho, pero hoy logro verlo gracias a una luna llena clara. Está

aposentado en la rama de uno de los árboles frutales de la granja y es negro como la noche.

—Irvin —digo en un susurro.

Algo se agita dentro de mí, reconozco qué es. Es la decepción conmigo misma al pensar que podría haber hecho más, mucho más… Es la imagen de Ally Fian todo el rato en mi cabeza, la fotografía del cadáver de Claire tirado en la orilla de la cala como si la vida no valiera nada y la mirada asustadiza de Nimue en dirección a las fotografías del pasillo de su retiro que nunca miré con atención. Había algo ahí, delante de mis narices, que no supe ver… Ojalá me hubiera quedado. Ojalá, pese al peligro, hubiera insistido tanto como la protagonista de mi novela; pero la vida, mi vida, no es una ficción, y, como toda persona de carne y hueso, me asusté. Temí por mi vida. Necesité huir, tomar distancia, protegerme. Ahora el búho despliega sus alas y echa a volar, dándome un susto de muerte cuando se detiene errático hasta acomodarse en el alféizar exterior de la ventana. Nuestras miradas se entrelazan, es solo un segundo, se larga rápido, pero me da por pensar que se trata de una señal. Y ya se sabe que las señales, si estás atento a ellas, son respuestas, un anticipo de lo que está por llegar.

55

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Mi niña y yo nos descalzamos y damos un paseo por la playa de Port de la Selva. Se respira tranquilidad, me encanta el olor a salitre y este cielo teñido de rojo al atardecer. Me entusiasma saber que él, desde donde está, mira el mismo cielo que yo miro y respira el mismo aire que yo respiro.

Estamos tan cerca…

En el hostal donde nos alojamos he preguntado por él. Le he dicho a la mujer de recepción que soy una prima lejana y ella, enseguida, se ha dado cuenta de lo mucho que se parece mi hija a él. Ha sonreído y lo ha alabado. Dice que a *mi primo* lo conoce todo el mundo y es de lo mejorcito del pueblo, hasta nos regala una noche en el hostal por ser de su familia.

Familia…

Me ha facilitado su dirección, porque él aún no ha dado señales y necesito verlo, saber qué quiere de mí, de nosotras, por qué me llamó. Se va a llevar una gran sorpresa.

—¿Cuándo voy a conocer a papá?

—Muy pronto, cielo, te lo prometo. Muy pronto…

56

ALEX

—Prométeme que volverás esta tarde —me pide Jan, estrechándome entre sus brazos y dándome un beso en la frente—. O, como muy tarde, mañana por la mañana.

—Sí, pesado. Te lo prometo.

—Ten cuidado por la carretera.

—Que sí… No me agobies, Jan.

Es peor que mi madre, aunque ese «no me agobies, Jan», no parece haberle sentado bien. Ha sido un disparo directo a quemarropa. Me doy la vuelta para ir hasta mi coche, cuando me envuelve la muñeca entre sus dedos reteniéndome y atrayéndome de nuevo hacia él.

—Vas a llegar tarde a la excursión —le recuerdo.

—Me da igual. Bésame.

Nos fundimos en un largo beso, como si no nos fuéramos a ver durante días, semanas, meses…, como si las casi veinticuatro horas que hemos pasado juntos durante este tiempo en el que el verano dio paso al otoño en lo que me ha parecido un parpadeo, no hubiera bastado. Supongo que eso es lo que pasa cuando eres feliz. Nunca es suficiente. Quieres más, más y más… bailar hasta el fin. Pero una vocecilla sabia me dijo una vez que no se puede vivir la vida bailando. Y tenía un poco de razón. A veces hay que frenar, tomar distancia para encargarte de esos asuntos urgentes aunque en ocasiones no tan importantes, y regresar con más ganas a la pista de baile después de haber hecho todos los deberes.

—Ey, periodista, estaba pensando que… bueno, ¿para qué vas a seguir pagando alquiler si puedes vivir aquí? Puedes escribir desde cualquier sitio, Barcelona te agobia, siempre lo dices, y estás a una hora de camino, tampoco es tanto para cuando tengas que bajar por

trabajo.

—¿Me estás pidiendo que venga a vivir contigo de manera indefinida? —Jan asiente con una sonrisa de medio lado. Suspiro. Yo también lo he pensado, pero que me lo diga así, de sopetón, tan ilusionado… ¿Y si no funciona? Trago saliva. Jan tuerce el gesto al verme tan seria, tan pensativa, dudando de su propuesta, de nosotros, de él—. Lo hablamos cuando vuelva, ¿vale?

—¿Eso es un sí? —pregunta sin soltarme la mano.

—Eso es un «ya veremos».

Lo abrazo por última vez, le guiño un ojo y me deja marchar. Con la cabeza hecha un lío entre lo que quiero y lo que temo, echo un vistazo por el retrovisor. Jan, con los brazos en jarra, quieto en el mismo punto donde nos hemos dicho adiós, observa mi coche alejarse. Me despido por unas horas de Montseny, de sus montañas verdes, de este cielo limpio y puro, conduciendo despacito en dirección a Barcelona por las curvas que cada vez conozco mejor. Noto el cambio en cuanto me meto de lleno en la concurrida Ronda de Dalt, donde todo a mi alrededor es ruido y caos.

En el buzón no cabe ni una carta más. Durante mi ausencia, ha sido invadido por publicidad, sobre todo descuentos en centros de adelgazamiento, ¿qué narices están insinuando?, y un montón de facturas. Subo las escaleras mirando una a una las cartas hasta que llego al rellano de mi piso. Distraída, introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta aliviada al ver que todo está en orden, tal y como lo dejé. Cuando me dispongo a abrir las ventanas para ventilar, se me cae un sobre sellado en Edimburgo, cuya fecha data de finales de abril. En el remitente no hay nada, abro la carta rápidamente haciendo añicos el sobre. El corazón me da un vuelco al ver que es de Luke y que hay dos folios. Son cartas, ambas escritas a mano, con diferente letra, una de ellas es una fotocopia y está en inglés.

Hola, Alex:

Espero que estés bien. Te escribí un wasap, pero debiste de equivocarte con algún número, porque el tipo que me contestó dijo que él no era Alex. Sí espero tener bien tu dirección, el único lugar donde puedo hacerte llegar esta carta que encontré en la habitación de Nimue, dentro de una caja de latón bajo su cama, aprovechando que, al día siguiente de que te fueras con Jan, salió a hacer unos recados. Es la última carta de Claire. Ya te conté que

le gustaba escribir cartas, decía que era más romántico y se negaba a perder esa costumbre desfasada por las nuevas tecnologías. Verás que va dirigida a mí, pero jamás pudo enviármela. Murió pocas horas después de escribirla. El final es revelador. Por favor, en cuanto la leas, ponte en contacto conmigo, Alex. Esto no ha acabado, pero no me fío de nadie, ni siquiera de la policía, tú misma tuviste una mala experiencia en la comisaría de Port de la Selva. No sé qué hacer, me sabe mal pedírtelo, pero eres la única que puede ayudarme, la única que cree que todo lo que pasa en ese pueblo es una locura. Te doy mi número de teléfono. Por favor, llámame en cuanto puedas, aunque no estás obligada a hacerlo. Si no vuelvo a saber de ti, no te preocupes, lo entenderé.

Con cariño,

Luke

Me tiemblan las manos. Esta carta ha estado esperando por mí siete meses. ¿En qué número me confundí al escribírselo en su móvil? Fueron las prisas, el desconcierto, la vista nublada por las lágrimas… Cojo la fotocopia, la carta en inglés de Claire que, según Luke, Nimue escondió en una caja bajo su cama. Se me pone la piel de gallina. Será mejor que me siente, que mantenga la calma. Enciendo un cigarrillo, empiezo a leer:

Port de la Selva
20/02/2020

Luke:

Sigo aquí, en Port de la Selva, en el retiro literario de Nimue, el centro de todo, lo sé, y están pasando cosas extrañas. La maldición… maldita sea, me río de la maldición, aunque todo lo que tiene nombre exista. La gente está loca. La niña a por la que van para proteger a las de su círculo, se llama Ally Fian. Solo lleva unos meses viviendo aquí con unos padres irresponsables que la dejan sola. La niña siempre vuelve sola del colegio, lo saben, saben que es un blanco fácil. He intentado advertirle, hablar con ella, pero me tiene miedo. Debe de saber algo. En mis investigaciones, he descubierto que en el año 1620, cuando Arsenda maldijo al pueblo antes de arder en la hoguera acusada de brujería, crearon una sociedad secreta que ha ido pasando de generación en generación durante cuatrocientos años para hacer desaparecer a niñas que vienen de fuera, niñas que no tienen que ver con las familias de los integrantes. Medio pueblo está metido en el ajo, el otro medio no se mete, les temen, la policía también, y hay *hackers* que borran toda

muestra incriminatoria que pueda haber en internet. Eliminaron el artículo que escribí en el blog a los cinco minutos de publicarlo. Es increíble, Luke, da miedo. El capo, como si de una mafia se tratara, se llama Salvador Torras. Es quien lo maneja todo. Te lo dejo por escrito por si me pasara algo, Luke… Que yo sepa, no interceptan el correo postal. ¿Recuerdas cuando te dije que este estilo mío de seguir escribiendo y enviando cartas nos beneficiaría algún día? Pues ese día ha llegado.

Salvador también es el abuelo de Eva, la mejor amiga de Ally. Saben cómo ganarse la confianza de las pequeñas, lo han hecho desde siempre, concretamente desde 1630, diez años después de sacrificar a Arsenda, cuando tuvieron que raptar a la primera niña. Ha ocurrido cada diez años durante siglos. Te parecerá una locura, pero tengo que detenerlo. Tengo que salvarla, a ella y a las que, si toda esta enajenación mental de la sociedad secreta sigue su curso, seguirán desapareciendo. No sé si lo hace directamente el viejo Salvador u otra persona, pero son quienes, por miedo a que de verdad exista el espíritu de la bruja, por un miedo ridículo a que se cumpla la maldición que lanzó y se lleve a sus niñas, se encargan, a modo de ofrenda, de llevarse cada diez años a pequeñas que no nacieron en el pueblo. Por eso van con mucho cuidado para que la maldición y las desapariciones no salten a la prensa ni a portales de internet, para que sigan llegando familias inocentes con niñas en busca de una vida apacible en un pueblo que ahora, sabiendo todo lo que sé, me resulta aterrador.

Me llevo bien con Nimue. Sé que la propietaria del retiro sabe cosas, puede que lo sepa todo, pero no dice nada. Se mantiene en silencio, es extraña, no logro sacarle información, aunque no creo que sea mala mujer. No lo sé con certeza, no puedo confiar en nadie. El otro día la vi hablando con Salvador y sé que tiene un *affaire* con Arturo, el jardinero, que, a su vez, es el padre de Ally, la niña en la que se han fijado. Todo está conectado, Luke. Todo. Y todos. Las piezas del puzle empiezan a encajar.

Ahora tengo que dejarte, pero te escribiré pronto. Nimue me está llamando, voy a dar un paseo con ella por la cala, que es preciosa. Le gusta mi compañía.

Te quiero, Luke.

Hasta pronto.
Con amor,

Claire

—Salvador Torras… Salvador Torras… —murmuro, sin despegar los ojos de la carta, de las últimas palabras de Claire, cuya letra era alargada, clara y elegante. Fácil y agradable de leer—. ¡¿Quién cojones es Salvador Torras?! —le pregunto a la nada, pensando que,

ciertamente, el final de su carta es revelador. No llegó a enviarle la carta a Luke, no pudo. Se fue con Nimue a la cala, a dar un paseo… y no regresó.

Murió ese mismo día.

Entonces, tuvo que ser Nimue quien la ahogó.

57

CAMILLE

Port de la Selva
1990

La gente nos mira con curiosidad. Mi niña y yo somos las nuevas, las forasteras, llamamos la atención. Aquí, que se conoce todo el mundo, deben de preguntarse quiénes somos. Noto que el mundo enfoca momentáneamente su telescopio hacia la pequeña figura que da saltitos a mi lado. Recorremos el pueblo cogidas de la mano, contemplando las típicas casas blancas a ambos lados de las calles estrechas que desembocan a la playa. Port de la Selva es un lugar encantador, tan familiar y cuidado, repleto de tiendas turísticas y bares con encanto. Cualquiera desearía vivir en un lugar así, sobre todo quien desee empezar de cero.

Como nosotras.

—¿Te gusta, cielo?

—Sí, mami.

—Es un pueblo bonito. ¿Qué te parecería vivir aquí?

—Sí, estaría guay. ¿Cuándo voy a conocer a mi papá? —insiste.

—¿Quieres que vayamos a verlo esta tarde?

—¡Sí!

—Antes, tengo que avisarte de algo, hija. —Mi niña me mira con ojos inocentes. Daría mi vida por ella—. Han pasado diez años desde la última vez que lo vi. Él quiere conocerte, a lo mejor al principio es raro, pero tú no te preocupes por nada, pequeña, mami está contigo. Siempre voy a estar contigo. Solo tienes que sonreírle, ser buena y amable. A ver, enséñame tu sonrisa bonita. —Sonríe abiertamente, esa sonrisa preciosa que me alegra los días más tristes —. Así, muy bien, cariño, muy bien. Así es como tienes que

sonreírle a tu papá cuando nos abra la puerta, ¿sí?

—Sí, mami.

58

JAN

Cuando termino la excursión con una pareja de veinte años que casi se mata con el caballo en varias ocasiones por hacerse selfis, veo que Alex me ha llamado tres veces. Preocupado, le devuelvo la llamada, pero me salta el buzón de voz.

¿Qué cojones pasa?

Me pongo nervioso, le dejo un mensaje, espero que esté bien. Media hora más tarde, después de llamarla dos veces más, recibo un wasap.

ALEX_12:30

Luke encontró algo importante,
una carta de Claire.
Voy de camino a Port de la Selva.
Voy a descubrir qué está pasando ahí.
No te preocupes, ¿vale? Te quiero mucho.

Joder.

Sé que no puedo frenar a Alex. Que, desde que vino conmigo huyendo del retiro y de la amenaza, no ha parado de darle vueltas al asunto, aunque escribir sobre ello hizo que hablara poco al respecto y apaciguara sus ganas de regresar y resolver la desaparición de la niña. Pienso que no es buena idea que vuelva a Port de la Selva, que quien la amenazó debe de seguir allí, que puede pasarle algo, que… Uff.

«No me agobies, Jan», me ha dicho antes, cuando la estaba entreteniendo para alargar el momento de verla marchar. Ha dolido.

Respiro hondo y contesto.

59

ALEX

JAN_12:40

Por favor, ten cuidado, periodista.
Te espero de vuelta a NUESTRA casa sana y salva.
Llámame cuando llegues.
Esto no es lo mismo sin ti. Te quiero.

«A NUESTRA casa».

Así, en mayúsculas, contundente.

Y yo sin decirle aún ni que sí ni que no…

Hace dos horas, después de leer la carta de Claire, he llamado a Luke, al número de teléfono que ha dejado escrito en el reverso de su carta. Le he pedido disculpas por haberme equivocado al darle mi número de teléfono y por haber tardado tanto en dar señales de vida. No parecía enfadado, solo cansado, y, al mismo tiempo, contento y esperanzado al oír mi voz.

—No había vuelto a pisar Barcelona hasta hoy. Lo siento muchísimo, si la hubiera leído cuando la enviaste, a lo mejor…

—No pasa nada, Alex —me ha interrumpido—. Aunque puede que para esa niña sea tarde.

—No, no, no… —Me niego a que sea tarde para Ally—. Deben de tenerla en algún lugar, Luke. La maldición consiste en hacerlas desaparecer, no en… —Trago saliva con fuerza y añado con un hilo de voz—: …no en matarlas.

—Nimue mató a Claire —ha declarado, convencido de sus palabras.

Aun así, pese a lo incuestionable que parece por el final de la carta de Claire, sigo sin tenerlo claro. Hay pistas que parecen tan irrefutables que solo existen para despistarnos, para llevarnos por el

camino erróneo y dar, por decirlo de alguna manera, tiempo extra a *los malos*. Si algo aprendí del caso de Silvia Blanch y de las series de misterio que vi en Netflix cuando estaba convaleciente, fue eso. Nunca hay que dar nada por sentado. Así que nada puede ser tan evidente como el final de la carta que Claire no llegó a enviar.

—No lo sé. No lo sabemos, Luke, no tenemos pruebas.

—La carta es una prueba, Alex. Mira, yo no puedo volver al retiro, seguro que sabe que me colé en su habitación y le robé la carta, era el único que quedaba en la casa, pero tú sí puedes volver.

—¿Yo? ¿Después del puñetazo que le di a Nimue? Seguro que me echa a patadas.

—Ahora mismo me pongo en contacto con Juliette. Mañana por la tarde las hermanas Baudin presentan su nueva novela en la Librería Coromines, en Port de la Selva, con la excusa de regresar y decir que fue el lugar que las inspiró. Quizá ellas puedan ayudarnos, invitar a Nimue a la presentación. Podrías colarte en el retiro mientras no está.

—¿Cómo sabes que las hermanas Baudin están en el pueblo?

—Porque yo también estoy aquí desde hace un mes, Alex, porque no me he rendido. Estoy con…

—Las fotografías del pasillo —le he cortado.

—¿Las fotografías? —ha preguntado extrañado.

—Sí, las fotografías que hay colgadas en el pasillo donde estaban nuestras habitaciones. Las teníamos ahí, justo ahí y… Necesito verlas. Son fotografías de la historia local del pueblo. Aparecía gente, gente con ropa anticuada, pero nunca les hice caso. No me fijé en sus caras. Nimue miró hacia ellas cuando la ataqué, como si intentara decirme algo. Ese día ocurrió todo tan rápido que…

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Como te he dicho, en alguna de esas fotografías había gente. Grupos de personas, ¿verdad?

—No lo sé, tampoco me fijé.

—Sí —he asentido, más para mí misma que para Luke, atento al otro lado de la línea telefónica, convencida de mi súbito pálpito—. Puede que esas fotografías muestren a los integrantes de la sociedad secreta de la que hablaba Claire en la carta —he elucubrado—. Ahí tiene que estar la cara de Salvador. Vamos a dar con él, Luke. Te lo prometo.

—¿Y qué vamos a hacer, Alex? Claire dijo que todo está conectado, que las piezas del puzle empezaban a encajar. Todos están metidos en el ajo, incluida la policía del pueblo. Mossos, Policía Local… todos.

—La policía de Port de la Selva, vale, pero ¿y en Gerona? Podríamos contar todo lo ocurrido en alguna comisaría de Gerona o de cualquier otro lugar. Pueden controlar el pueblo, pero no el mundo entero, Luke. Tiene que haber alguna alternativa para denunciar lo que está ocurriendo aquí. ¿Por qué nadie lo ha hecho?

—¿Para no acabar como Claire? Puede que sí lo hicieran. A lo mejor Claire no ha sido la única víctima. A lo mejor han habido tantos muertos que intentaron hacer justicia como niñas desaparecidas.

—De todas maneras, tenemos que intentarlo.

—¿Crees que no lo pensé cuando encontraron el cadáver de Claire? Ir a una comisaría de Gerona, de Barcelona, de Edimburgo… Intentar hablar con periodistas, con gente importante, denunciar su asesinato encubierto a las altas esferas, donde ni siquiera la sociedad tenga acceso. Pero Claire no era nadie. Yo no soy nadie, Alex. Un periodista de Londres me aconsejó que no perdiera el tiempo, que lo que contaba no tenía sentido y solo conseguiría que me encerraran en un centro psiquiátrico. Lo que pasa aquí es una locura. ¿Quién va a creérselo? Desde el principio supe que tenía que investigar por mi cuenta, que me juzgarían o se reirían de mí. La sociedad secreta está protegida, tienen contactos en todas partes y a cualquiera que se lo cuentes, tú lo sabes mejor que nadie, te dirá que nada de eso existe, que es imposible, rocambolesco.

Resoplé.

—Luke, ve a Gerona, no te queda lejos. Entra en la primera comisaría que encuentres y habla con algún agente. Denuncia lo que ocurre aquí cada diez años. Lo que le hicieron a Claire.

—Que me van a tomar por un chalado, Alex —ha insistido—. Mira, no sabes la de veces que me quedé quieto frente a las puertas de una comisaría de Edimburgo días después del entierro de Claire. Nunca me atreví a entrar.

—¿Y si en Gerona das con la persona adecuada y te creen? ¿Y si pueden ayudarnos? —he dicho esperanzada.

Pero una hora más tarde, cuando he intentado ponerme en

contacto con Jan para decirle que regreso a Port de la Selva mientras iba de camino al parking, he recibido un wasap de Luke en el que me ha escrito que la policía de Gerona, efectivamente, lo ha mirado como si necesitara una camisa de fuerza.

«¿Desapariciones de niñas en Port de la Selva desde hace cuatrocientos años por una maldición? No, no tenemos constancia», le han dicho, por lo visto conteniendo la risa. El hecho de que Luke haya terminado el mensaje con un: «Tranquila, voy preparado», no me ha apaciguado lo más mínimo, todo lo contrario. Me ha puesto aún más nerviosa de lo que ya estaba.

60

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Mi niña y yo contemplamos su casa desde la plaza del doctor Oriol, bien ubicada y con vistas a la playa por la que hemos estado paseando estos días, sin tener la suerte de encontrárnoslo por casualidad. La casa, de fachada blanca impoluta, tiene tres plantas. Debe de ser enorme por dentro, y hasta puede que tenga un jardín en la parte de atrás. Todo aquí es apacible, pero el miedo, ese viejo compañero, no desaparece.

¿Y si sigue casado y por eso me dijo que esperara a su señal?

¿Y si quien me abre la puerta es su mujer?

¿Qué le voy a decir?

Respiro hondo, miro a mi niña, que con ojos inocentes me devuelve la mirada, y, cogida de su mano, doy un paso al frente. Mis pies caminan, no se detienen, hasta que estoy delante del portón. Una brisa marina me acaricia el rostro como si quisiera darme una cálida bienvenida al hogar que debió pertenecerme cuando me quedé embarazada.

Cierro los ojos.

Pido un deseo: que abra él.

Agarro la aldaba de hierro con forma de puño, y el golpe seco en la puerta me transporta al orfanato donde me crie. Cuando me quedé embarazada y él me rechazó, una de mis compañeras del bar me dijo que entregara a mi niña, que cómo iba a mantenerla yo sola, pero mi pasado en un orfanato repleto de niños sin padres en el que me sentí muy sola pese a estar siempre rodeada de gente, me lo impidió. Era sangre de mi sangre, fruto de un amor. Porque

también existen los amores de una semana. Y, a veces, es suficiente. Hay amores fugaces que se te clavan tan adentro que se convierten en algo eterno, inmortal.

—¿Estás preparada, mi niña?

Asiente. Está tan nerviosa como yo frente a esta puerta desconocida que se abre al cabo de dos minutos. Pero quien la abre no es quien yo esperaba. Tengo que mirar hacia abajo y enfrentarme a una realidad abrumadora en forma de niña que es casi una copia exacta de mi propia hija.

61

ALEX

Port de la Selva me recibe aún más tranquilo que en el pasado mes de marzo. Apenas hay gente en la calle, parece un pueblo fantasma envuelto en bruma con el asfalto mojado y resbaladizo. Ha llovido. Son casi las cinco y media de la tarde, no queda nada para que anochezca. Me he entretenido parando un par de veces en bares de carretera para comer, repostar y tomar café, que necesito estar despierta. Aparco frente a la playa y voy caminando hasta el hostal La Tina, el único que conozco y en el que sé que trabaja Diane, la madre de Ally. Necesito verla. Para empezar, antes de avisar a Luke de que ya estoy aquí, podría descubrir qué era lo que quería contarme en aquella cita en su casa a la que falté.

La misma mujer mayor que me recuerda a Montse, me recibe sonriente tras el mostrador de recepción. Se acuerda de mí. Y también del chico guapo y fuerte, según sus propias palabras, que me acompañaba.

—¿Dónde está? —se interesa.

—Se ha quedado en casa —contesto esquiva, cogiendo el móvil y leyendo rápido los wasaps de Jan, preguntándome si ya he llegado, si estoy bien—. Por cierto, ¿está Diane? Trabaja en cocina —le pregunto con aire distraído.

—Diane… —Sacude la cabeza y aprieta los labios—. No, la tuve que despedir hace tres meses. No sé si sabes que su hija desapareció hace más de un año por la maldición de la bruja Arsenda.

Hala, otra con el tema de la maldición, de la bruja, de la creencia absurda de que las niñas desaparecen por arte de magia. No puedo soportarlo más, me va a estallar la cabeza. La bruja, la bruja… La bruja es de carne y hueso. Parece mentira que no les entre en la cabeza. Lo más extraño de todo, reflexiono, es que,

aunque Claire asegurara que la supuesta sociedad secreta va con cuidado para que la maldición y las desapariciones no salten a la prensa ni a portales de internet, hay gente a la que no le tiembla la voz a la hora de mencionarla ante cualquiera, como la directora de la escuela y ahora esta mujer. A lo mejor no soy la única que quiere que esta locura llegue a su fin.

—Sí, algo he oído por el pueblo —disimulo, escondiendo mi frustración.

—Pobre Diane. Es que bebe mucho. Llegaba borracha y tarde. Y yo valoro muchísimo la puntualidad —me explica, demasiado abiertamente en mi opinión. Se nota que es temporada baja y que apenas deben de haber chismes con los que entretenerse—. ¿Por qué preguntas por ella? —quiere saber, dándome la llave de la habitación, previo pago por dos noches y una fotocopia de mi documentación, mientras me hago la tonta fingiendo que no la he oído, le sonrío, y huyo corriendo escaleras arriba hasta plantarme en la habitación número 5, la misma en la que estuve con Jan.

Le escribo un wasap. Le digo que estoy bien, que ya he llegado a Port de la Selva y me alojo en la misma habitación donde estuvimos juntos, una habitación que me recuerda a él, a su TE QUIERO de espuma en mi espalda, a sus besos y a sus miradas. Una habitación que me habla de segundas oportunidades, de nuevos y prometedores comienzos. También le escribo, por si sirve para que no se enfade, porque sé, aunque no me lo ha dicho, que le molesta que haya regresado por el peligro que esta impulsiva decisión entraña, que le quiero y que le echo de menos. Contesta con el emoticono de un corazón. Jan, con sus dedos grandes y callosos de trabajar en el campo, eligiendo un corazón. Para mí. Esto funciona. Va a funcionar.

Dejo mis cosas sobre la cama. Las distracciones para otro momento, me digo, incluido un correo electrónico de mi editora con un calendario de promoción adjunto que ignoro. Llamo a Luke, que, tan ansioso como yo, contesta al primer tono.

—Ya estoy aquí, Luke. Estoy en el hostal La Tina.

—Vale, no estoy lejos de ahí. ¿Conoces el bar Can Pepitu?

Hago memoria, diría que es el mismo bar donde estuve con las escritoras francesas.

—Te queda cerca —me dice—. Calle del Mar, número 20.

—Vale, sí, estuve ahí con Juliette y Alizee —recuerdo—. Voy para allá, nos vemos ahora.

Luke me espera en la calle, frente a la puerta abierta del bar. Nos sonreímos desde la distancia, como viejos amigos, y le doy un abrazo.

—Luke… —lo nombro en un murmullo, al tiempo que me fijo en sus ojos tristes.

—Qué guapa estás, Alex. Se nota que las cosas te van bien con Jan.

—No me puedo quejar —sonrío.

—Venga, te invito a un whisky.

62

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Mi niña, que parece estar mirándose en un espejo de lo mucho que se parece a la pequeña que nos ha abierto la puerta, pregunta abiertamente:

—Mami, ¿es mi hermana?

La otra niña, sorprendida, abre la boca para decir algo, pero se calla cuando oye unos pasos acercándose al vestíbulo. Es él, estoy segura. Mis sospechas se confirman cuando se planta frente a nosotras mirándonos fijamente, especialmente a mi niña, su hija. Dios mío, me parece increíble estar delante de él, volverlo a ver, aspirar su aroma cítrico… es como un sueño.

—Camille —murmura, con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas.

Está tan guapo como siempre, aunque más mayor a como mi memoria lo había retenido. Ahora tiene el cabello cano y barba, pero esos ojos de un azul claro casi transparente siguen atravesándome como mil alfileres. Alto y fuerte, los años no lo han encorvado ni un ápice ni han hecho desaparecer esa presencia magnética que fue lo primero que me atrajo de él cuando lo conocí. La seguridad en sí mismo que siempre ha desprendido es apabullante. Me tiemblan las rodillas. El corazón palpita con rapidez, tengo la sensación de que se me va a salir del pecho. Son tantas emociones en un solo instante, que me siento desbordada. Ha pasado una década, pero tengo la absurda impresión de que solo han pasado dos días desde aquel último beso. Aquel beso que todavía puedo sentir, impactando contra mis labios y prendiendo

fuego en mis entrañas.

—Cariño, ve a tu cuarto —le pide a la niña con autoridad. La niña mira una vez más a mi hija, le sonríe tímidamente y corre escaleras arriba con sus zapatos rojos de charol a juego con el vestido—. Camille —repite, agarrándome del brazo y llevándome de nuevo afuera, tan rápido que apenas me da tiempo a percatarme de su brusquedad, cuando me veo en mitad de la plaza. Mi hija, pobrecita mi niña, se ha quedado quieta un par de pasos detrás de mí con la sonrisa congelada. Me está rompiendo el corazón—. ¿Qué haces aquí?

—Salvador, yo…

—Te dije que esperaras a mi señal —murmura, mirando a mi niña con el ceño fruncido.

—Salvador, es tu hija. —Ya lo sabe, pero se lo digo para ablandarlo, y lo hago con un hilillo de voz, una voz penosa que apenas brota de mi garganta. La acerco a él y ella sonríe como le he dicho que hiciera—. Se llama Nimue.

63

ALEX

Según Oscar Wilde, todos llevamos dentro el cielo y el infierno, y ahora en Luke solo soy capaz de ver lo segundo. Cuánto debe quemarle. No queda nada de la apacibilidad del cielo en el verde de sus ojos. El hombre que tengo ante mí, el mismo que se hizo pasar por escritor para colarse en el retiro donde sabía que se había alojado su novia muerta, el amor de su vida, es solo una sombra de aquel que conocí hace tan solo ocho meses. Si es cierto eso de que la vida te puede cambiar en un segundo, imagina en ocho meses, en un año… Aun así, parece tranquilo, como quien ha vivido el terror, la desesperación, el duelo y la desesperada carga de haber sobrevivido y resistido. Mientras miro a Luke, evoco nuestra visita al Monasterio de Sant Pere de Rodes. Visualizo las ruinas del lugar, recuerdo lo que me explicó, y ahora cobra más sentido que en aquel momento. Luke está hecho añicos, destrozado, pero sigue en pie. Lo importante, siempre, pese al dolor, es seguir en pie.

—He hablado con Juliette —dice después de dar un trago al whisky, que debe de saberle amargo por la mueca que compone tras chasquear la lengua contra el paladar—. Está dispuesta a ayudarnos y, lo mejor de todo, sin preguntas. Me ha confirmado que Nimue irá a la presentación del libro.

—Pensaba que diría que no —me sorprendo—. Con lo poco que parece gustarle la gente.

—Pues hemos tenido suerte. Tendrás un par de horas, suficientes para ir al retiro, echarle un vistazo a esas fotos del pasillo y encontrar alguna otra pista que nos conduzca a lo que le ocurrió a Claire y a la niña. Será mañana, de cuatro a seis. Nimue no suele cerrar con llave, no sé si hay algún escritor alojado.

—Vale.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. También volveré al cobertizo. Nimue siempre estaba pendiente de que no me acercara.

—Ya fuimos al cobertizo y no había nada —me recuerda.

—Estoy convencida de que pasamos algo por alto, Luke, como con el tema de las fotos del pasillo. Claire, por lo que escribió en la carta, pensaba que en el retiro estaba el centro de todo, ¿no? Pero si es así, ¿por qué abrirlo al público? ¿Por qué arriesgarse?

—No lo sé. A lo mejor Nimue necesita dinero para mantener todo eso. —Se frota la cara, cansado—. No sé nada, Alex —añade decaído.

—¿Y si Nimue no es culpable? ¿Y si lo abre al público, no solo por necesidad económica, sino porque ella también quiere que todo esto termine? ¿Que, pase lo que pase, se descubra? La directora del colegio, la propietaria del hostal… hablan abiertamente del tema de la maldición, por lo menos a mí me la mencionaron sin reticencias, supongo que porque no tienen nada que ver con la supuesta sociedad secreta. Y, como ellas, habrá más gente dispuesta a hablar. Es extraño, pero tendría sentido.

—Es muy inocente por tu parte pensar así —espeta, esbozando un mohín de rabia—. Claire escribió que se iba a dar un paseo a la cala con Nimue. No volvió. Si no fue Nimue quien la ahogó en esa cala que siempre está desierta, ¿quién?

—Pudieron toparse con el asesino… Puede que Nimue huyera —conjeturo—. Y que la tengan amenazada para que guarde silencio. Cuando la acusé de hacer desaparecer a Ally parecía aterrorizada.

—Echemos un último vistazo a ese sitio, a ver si sale algo. Puede que al encontrar la carta me precipitara marchándome —se lamenta.

—No, no, hiciste bien, Luke, no te atormentes más.

Me mira fijamente, con los ojos enrojecidos. Niega con la cabeza, como diciendo que no, que podría haber hecho más, pero es normal que parezca tan desubicado cuando ni siquiera sabemos quién es Salvador, el capo, según Claire, de esa sociedad secreta que se encarga de secuestrar a niñas cada diez años como ofrenda a una bruja cuya maldición está más que desfasada, para que no se lleve a las pequeñas de su grupo sectario. Puede que la bruja ni siquiera tuviera tal poder, y solo unas creencias irracionales, exageradas al

pasar de generación en generación, haya degenerado en esta locura.

«En cualquier caso, ¿qué hacen con esas niñas?», pienso angustiada.

—Por cierto, aún hay algo que no sabes, Alex.

—Sorpréndeme.

—El padre de Claire es Bruce.

—¿Bruce? ¿El chófer del retiro? —pregunto agitada, removiéndome en la silla.

—El mismo. Él fue quien vio en ti el parecido con su hija, con Claire. Quien supo, nada más conocerte, que te interesarías por esto, que tratarías de entender, de encontrar respuestas… Que, pese a que tendría que ir con cautela y no confiar demasiado en ti porque el pobre hombre ha dejado de confiar hasta en su sombra, podrías ayudarme a descubrir qué le pasó a Claire.

—Pero… —murmuro, pensando en la última vez que lo vi, cuando fui a casa de los Fian y él trató de disuadirme para que no lo hiciera, para que dejara de hacer preguntas, como si él también creyera en la maldición—. Un día lo vi. Yo iba de camino a casa de Ally para hablar con sus padres, fue el día que los conocí. Bruce intentó que no fuera, me dijo que dejara de hacer preguntas. Parecía creer en Arsenda, en la maldición —le resumo—. Hasta intentó hacerme creer que no sabía quién era Claire.

Luke esboza una sonrisa cansada.

—Lo hizo para que creciera tu interés. Te buscó en internet. Se le quedó grabada una respuesta tuya en una entrevista que venía a decir que los obstáculos, lejos de intimidarte o bloquearte, te motivaban. Tu interés por un caso crece de esa manera, lo fácil te aburre, y él lo sabía.

Asiento con un gesto de cabeza, sintiéndome tonta por no haberlos relacionado. Luke, aunque es inglés, se trasladó con su familia a Edimburgo, y el chófer, me lo dijo desde el principio, es escocés.

—Bruce lleva un año viviendo aquí, lejos de su mujer, que sigue en Edimburgo y sufre una depresión severa desde que asesinaron a Claire. Un día, Bruce, armándose de valor, se presentó en el retiro literario y le ofreció a Nimue sus servicios como conductor. A ella le pareció una idea brillante añadir ese servicio de chófer a su retiro, alguien con idiomas como Bruce que fuera a buscar a los escritores

que lo requirieran al aeropuerto o a otras localidades. Nimue tampoco llegó a relacionar a Bruce con Claire, pero de poco ha servido que viniera, y ahora se niega a irse de aquí, del lugar donde su hija murió —me explica con gesto afligido.

—Es muy triste —opino—. ¿Hay algo más que deba saber?

—No. No tengo más secretos. Solo dudas. Como tú. Lo creas o no, también quiero saber quién se lleva a las niñas. Que se detenga todo esto, la locura, como tú dices.

—Que se detenga la locura… La locura… —murmuro pensativa, con la mirada fija en el vaso de whisky de Luke. Y entonces, como si hubiera tenido una bombilla fundida en el cerebro todo este tiempo y por fin se pusiera en marcha, miro a Luke con los ojos muy abiertos dispuesta a compartir con él lo que estoy pensando—: La voz en mi habitación pidiendo ayuda.

Frunce el ceño, extrañado, como si le estuviera hablando en un idioma que no entiende, hasta que cae en la cuenta de lo que le quiero decir.

—Que también oyó la escritora americana —rememora.

—¡No era un fantasma! —exclamo, quizá demasiado efusiva, porque me parece mentira que no se me hubiera ocurrido antes, que fuera más sencillo pensar en la existencia de fantasmas.

—¿Cómo?

Luke sigue sin entender nada. Baja la mirada, sigue con la expresión ceñuda y bebe whisky.

—No era un fantasma —insisto susurrante, emocionada, cogiendo la mano que Luke tiene sobre la mesa. Un rayito de esperanza se abre paso en mi interior—. Voz de ultratumba… con eco, sin fuerza, de mujer… ¡No! —Empiezo a hablar más para mí misma que para él, que me mira expectante debido a mi efusividad —. Podía ser la voz de una niña.

—De Ally.

—Sí. Y si se escuchaba en mi habitación…

—Es posible que tengan una habitación subterránea —termina de decir, leyéndome el pensamiento.

—Luke, tengo que volver a esa habitación. A mi habitación — zanjo, recalcando «mi habitación» con fastidio, por no haber llegado hasta el fondo del asunto antes, avergonzada ahora mismo por haberle pedido tregua a un fantasma que en realidad no estaba, por

creer que hablaba con la mismísima bruja.

Las horas, lo sé, se me van a hacer eternas hasta que llegue el momento de poder regresar al retiro y comprobar si mis sospechas son ciertas.

Ojalá sean ciertas.

Ojalá no sea demasiado tarde.

Ojalá Ally siga viva.

64

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Nimue sigue sonriendo, mientras a Salvador le ha cambiado por completo la expresión de la cara. Parece enfadado. Me vuelve a coger del brazo, me aparta de mi hija y, con la cara encendida muy cerca de la mía, pregunta violento:

—¿Por qué has venido a mi casa?

—No… no dabas señales de vida, Salvador. Llevamos cuatro días aquí y… y quería que conocieras a Nimue. Quería verte, tenía muchas ganas de verte…

Rompo a llorar. Miro de reojo a mi hija, que nos mira confundida. Ya no sonríe. Está preocupada. Asustada. Sufre. Por mí. No puedo permitirlo. Mi niña…

—Os tenéis que ir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No hagas preguntas. Marchaos de aquí. ¡Ya! —me grita con rabia.

—Pero… No, Salvador, no… Yo te quiero. En todos estos años no he podido olvidarte y cuando me llamaste supe que lo nuestro no había terminado.

—Camille, tenemos que ser discretos —me pide entre susurros mirando a su alrededor—. Estoy casado, lo sabías, en ningún momento lo escondí. No te mentí. Soy jefe de policía en este pueblo, tengo una reputación, maldita sea. Y tengo una hija.

«¿Por qué me llamaste?», me gustaría saber, pero reprimo las ganas y, en lugar de preguntar, suelto una afirmación que sonaba mejor en mi cabeza:

—Aún me quieres. Lo veo en tus ojos.

Esboza una mueca, parece una sonrisa, no sé. Su mirada es cruel, fría. Vacía. Es una mirada carente de emoción.

—No vuelvas a venir aquí —repite amenazante.

Me seco las lágrimas, no puedo permitir que mi hija me vea llorando, tengo que ser fuerte por ella, así que, por mucho que me duela, zanjo la conversación:

—Ya sabes dónde estamos. Te espero mañana en el hostal. Si no vienes… —Regresa el temblor a mi voz, deja de pertenecerme, como si quien estuviera hablando fuera otra persona, una persona más valiente, una de esas personas a las que siempre he admirado y envidiado un poquito—. Si no, atente a las consecuencias, Salvador.

Salvador se queda quieto. Mira a Nimue, que se acerca indecisa a mí. La cojo de la mano, como siempre, porque me siento insegura si la suelto o me separo de ella, y, sin mirar atrás, nos largamos en dirección al hostal.

Mi psicólogo estaba equivocado.

A veces, es mejor no mirar atrás.

Las cuentas pendientes del pasado, en el pasado se deben quedar.

65

ALEX

Es de noche cuando mi camino se separa del de Luke en la puerta del hostal.

—Ni se te ocurra coger el coche —le digo, dada su ingesta masiva de whisky.

—Iré andando. Estoy viviendo con Bruce, no queda lejos de aquí.

Desde donde nos encontramos no ubico la calle, todas me parecen iguales, pero sé que está cerca de donde vivía Ally. Eso fue lo que me dijo Bruce aquella mañana, la última vez que lo vi, hace ya ocho meses, en marzo. Ocho meses… Un año y ocho meses es el tiempo que Ally lleva desaparecida.

«Ayuda».

Me parece estar oyendo esa voz fantasmagórica como si me estuviera susurrando al oído. ¿Podía ser Ally? ¿La tenían ahí, en el retiro, cerca de mí?

Mea culpa por llegar a creer en la existencia de fantasmas, por dejarme sugestionar de esa manera, como sugestionados deben de estar todos los miembros de la temida sociedad secreta.

Aprovecho para fumar un cigarrillo antes de meterme en la habitación del hostal. Ni siquiera sé si iré al salón a cenar algo, ver a Luke tan decaído me ha quitado el apetito. Miro a ambos lados de la calle donde no pasa ni un alma a estas horas. El aire huele a leña ardiendo. Irremediablemente, me transporto a Montseny y me hace pensar en Jan, en lo a gusto que estaría yo ahora a su ladito tapados con una manta en el sofá, viendo una serie o una peli del interminable catálogo de Netflix.

Ay.

Cuando estoy a punto de terminar el cigarro, veo aparecer a una

mujer acompañada de una niña pequeña. La luz anaranjada de las farolas de la calle las alumbran, las puedo ver con claridad, aún más a medida que se acercan con paso lento hacia donde estoy yo. Son dos completas desconocidas y soy consciente de que jamás he hablado con ellas, pero tengo motivos para quedarme bloqueada, completamente en *shock*.

66

CAMILLE

Port de la Selva
1990

—Mami, por fi, no fumes. Es muy malo, te puedes morir —me pide Nimue, a la que no he soltado de la mano hasta que hemos llegado al hostal. Ahora estamos fuera, hace frío, ya es de noche, y no soy capaz de desprenderme de la imagen de esa niña, la hija de Salvador, tan igual a Nimue, que cualquiera podría pensar que son gemelas.

—Lo sé, cariño, tienes razón.

Entramos en el hostal, donde saludamos a la mujer, que nos mira raro. No queda nada de la amabilidad con la que nos recibió. Subimos a nuestra habitación, donde me dejo caer abatida en la cama.

—¿Papá va a venir?

Guardo silencio y, pensativa, me entretengo mirando una arañita pequeña que pulula en una esquina del techo, entretejiendo su endeble telaraña.

—Sí, Nimue. Papá, tarde o temprano, vendrá, y nosotras estaremos aquí esperándolo.

67

ALEX

La niña, que va de la mano de una copia exacta de Nimue, pero un poco más alta y con el cabello teñido de rubio en lugar de plateado, es la misma a la que vi cuando salí de casa de los Fian el día que hablé con Diane, una Diane fría y déspota, puede que borracha, que aseguró que su hija estaba muerta. Mientras la madre ignora mi presencia, la niña sí me reconoce, porque abre mucho sus ojos oscuros y evita mirarme, ocultando media carita en el chaquetón de color rojo pasión de la que supongo que es su madre. Y es ese detalle, ese insignificante detalle, el que provoca que me falte el aire. Chaquetón rojo. Nimue. Una doble, la que vi entrar aquella mañana en el cobertizo pensando que era Nimue. Pero no era ella, porque Nimue estaba en la cocina bebiendo café. No había salido. No había ido al cobertizo. Y tampoco volví a ver ningún chaquetón rojo con capucha.

Me cuesta respirar. Los pensamientos van y vienen, se entremezclan en una maraña confusa, se lían los unos con los otros, son recuerdos, *flashes*. La mujer parece percatarse y no duda en acercarse a mí para preguntarme si me encuentro bien. Hasta su voz, grave y profunda, es parecida a la de Nimue, aunque la mujer que tengo delante va maquillada, los labios rojos a juego con su chaquetón. La presencia de esta doble de Nimue resulta más fuerte, más poderosa e intimidante.

—Eh… sí, estoy bien, gracias —contesto, aún asombrada por el evidente parecido.

—No tendrías que fumar —comenta sonriendo, mirando cómplice a su hija, escondida tras su chaquetón—. Es malo. ¿A que es malo, Eva?

Eva. La mejor amiga de Ally se llamaba Eva.

La niña asiente tímida.

—Eva… —murmuro, decidida a no dejar escapar la oportunidad de hablar con la niña—. Eva, ¿sabes quién es Ally? ¿Ally Fian? Debe de tener tu edad.

Pese a mi esfuerzo por parecer dulce, es como si hubiera invocado al diablo por cómo la mujer da un paso atrás rodeando a su hija con los brazos en un gesto protector. Tenso la mandíbula, la miro fijamente. No es Nimue, pero si no se maquillara ni se tiñera y se dejara el cabello blanco, podría ser ella. Son prácticamente iguales.

—¿Quién eres? —pregunta la mujer con desconfianza. Da otro paso hacia atrás preparada para huir corriendo.

—Te pareces mucho a alguien que conozco.

—Eva, cariño, vámonos —espeta nerviosa.

La mujer acelera los pasos. Las he perdido, lo sé, pero, en un último intento, elevo la voz para que, desde la poca distancia que nos separa, me oiga.

—¡Se llama Nimue! ¡¿La conoces?! —grito, y me da igual parecer una perturbada.

Y entonces, la mujer, sin detenerse, gira la cabeza dedicándome una mirada de hielo con esos ojos azules, casi transparentes, idénticos a los de Nimue.

—¡Chica! —me increpa una voz a mi espalda, como si hubiera estado incomodando a la mismísima reina—. ¿Qué haces molestando a la señora Torras?

—¿Torras? —le pregunto a la mujer del hostal, a la que me cuesta ubicarla fuera del mostrador de recepción.

—Fedra Torras, la hija de Salvador Torras, el que fue jefe de la Policía Local de Port de la Selva durante más de treinta años —explica orgullosa, como si estuviera hablando de una eminencia, y, acto seguido, regresa al interior del hostal.

Jefe de la Policía Local de Port de la Selva.

—Las piezas del puzle empiezan a encajar, Claire. Salvador Torras —repito, como si tuviera a Claire delante y pudiera hablar con ella. Pienso en su carta, en las palabras que dejó plasmadas antes de morir: «Todo está conectado. Todo. Y todos».

Mi mente empieza a funcionar a mil por hora. Salvador Torras, el capo de la sociedad secreta, el culpable de que cada diez años

siga recordándose la maldición de la bruja Arsenda, era jefe de la Policía Local de este pueblo. ¿Los tiene a todos comprados? ¿Amenazados, tal vez? Puede que no solo sea una sociedad secreta, puede que sea una secta y que Torras tenga un poder de convicción tan grande, que los haya hecho creer a todos que sus niñas corren peligro si no le garantizan a la bruja a otras niñas, niñas de fuera, niñas cuyos padres no pertenecen a ese selecto y truculento grupo del pueblo.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —le pregunto a la mujer con urgencia, antes siquiera de llegar hasta el mostrador.

—¿Al señor Torras? —se sorprende—. Pues aquí al lado, vive en la plaza, en el número 41. Sigues bajando esta calle y ahí está su casa, todo el mundo lo sabe —contesta, gesticulando con las manos para indicarme la dirección.

—¡Gracias!

Había pasado por la plaza doctor Oriol varias veces, y jamás me fijé en la casa de tres plantas que conserva un portón antiguo, de madera oscura maciza con una aldaba de hierro en forma de puño. Por el reborde de piedra clara de la entrada, su construcción parece tener influencias judías.

La plaza está desierta. La casa, alumbrada por dos farolillos a ambos lados de la puerta, parece un lugar lúgubre al fusionarse con la espesa neblina que encubre el asfalto. Me detengo en mitad de la plaza, detrás de un coche aparcado, alcanzando a ver el interior de la casa a través de la ventana que hay en la planta baja. La chimenea está encendida, se ven las llamas reflejadas en el cristal empañado. Salvador disfruta de vivir en una buena ubicación, en pleno centro de Port de la Selva y a unos pocos metros de la playa. No sé si la doble de Nimue y su hija Eva han entrado aquí; en cualquier caso, ahora mi interés se centra en Salvador, en poder verle la cara, saber cómo es. Pienso en la posibilidad de llamar a la puerta, cuando veo a un hombre tras la ventana. Me está mirando. Es aterrador, tanto, que hago algo impropio en mí. Huir. Sí, ya, no es la primera vez que huyo, pero, en otras circunstancias, habría querido hablar con él. No obstante, tal y como lo vendió Claire en su carta, es el mal personificado, un lobo en este pueblo en el que, por cómo ha hablado la mujer del hostal, parecen adorarlo, quizá por su falsa piel de cordero. A pesar de no atreverme a acercarme a

él, no a estas horas de la noche y en una plaza sin vida, ahora sé cómo es su cara. Ahora podría reconocer a Salvador en cualquier lugar. Se parece a Nimue y a la mujer con la que me acabo de cruzar dándole una muy mala impresión. Ojos claros, nariz grande y aguileña, pómulos altos y una piel tan transparente, que su rostro parece haber escapado al tiempo. No sé nada de Nimue, esa es la verdad, pero en cuestión de pocas horas he avanzado más que en todo el mes que estuve aquí, y no me cabe la menor duda de que el capo de la sociedad secreta es su padre y, por tanto, la mujer del chaquetón rojo que protegía a la niña de mí como si fuera una enemiga, su hermana. Un parecido así no puede ser casualidad.

68

CAMILLE

Port de la Selva
1990

—Mami, ¿cuándo vamos a salir de aquí? —pregunta Nimue. Después de tres días encerradas en la habitación del hostal, ya no sé con qué más entretenerla—. Quiero ir al cole…

Impensable que una niña de diez años pida ir a la escuela con las mismas ganas que Nimue. Mi niña es muy inteligente, le encanta leer y escribir. Siempre me está pidiendo libros y me hizo sacarle el carnet de la biblioteca, a la que vamos cada tres días para elegir nueva lectura. Su sueño es ser escritora y tener una enorme biblioteca. Ojalá sus sueños, todos los que acumule a lo largo de su vida, se hagan realidad. Ojalá la locura no sea hereditaria, aunque, sabiendo que mi madre me abandonó a las puertas de un orfanato para irse a una fábrica abandonada y cortarse las venas, no hay nada en esta vida que pueda sorprenderme.

En el momento en que, indecisa, le voy a contestar con un manido «pronto, cielo» que se queda mudo en mi garganta, alguien llama a la puerta golpeando con el puño cinco veces. Extrañada, abro pensando que es el servicio de habitaciones, porque llevan sin limpiar la habitación tres días debido al cartelito de «No molestar» que he dejado colgado en el pomo. Sin embargo, me encuentro con Salvador, el amor de mi vida, el hombre de mis sueños al que he venido a buscar, tal vez demasiado tarde, pero que, al fin, está aquí. ¡Aquí! Tal y como le pedí, ha venido. Una profesora que tuve decía que la esperanza es lo último que debe perderse. Yo jamás la perdí.

—Hola, Salvador —lo saludo con vergüenza, como si fuera una quinceañera tontamente enamorada. Noto cómo me arden las

mejillas, cómo su presencia me acobarda y me hace sentir pequeñita.

—¿Podemos hablar a solas, Camille? —inquiere, más relajado que cuando Nimue y yo fuimos a verlo a su casa, mirando con curiosidad a la niña. A su hija.

—Nimue, cielo, quédate en la habitación y no salgas. Voy a hablar con tu padre.

«Con tu padre».

Qué bien ha sonado. Pero Salvador, como si estuviera desconforme, frunce los labios y niega lentamente con la cabeza.

—Sí, mami.

Salvador y yo salimos al pasillo y nos quedamos quietos frente a frente. Su mirada, tan azul, me hiela la sangre, no queda nada del romanticismo que hubo aquella vez, hace tanto tiempo… Necesito apoyarme en la pared, siento que voy a desfallecer, hace días que apenas pruebo bocado. ¿Por qué hemos esperado tanto? ¿Por qué no me llamó antes? ¿Por qué no se quedó conmigo? Ahora, múltiples posibilidades que no dependían de mí, cobran vida propia. Son mundos paralelos, vidas alternativas que jamás podrán ser. Pero todo a su tiempo, pensé una vez, aun cuando ese tiempo ha resultado ser demasiado.

—Camille, ¿sabes algo de la oscura maldición de Port de la Selva? —pregunta susurrante con la mirada sombría.

—¿La oscura maldición?

—En 1620 enviaron a la hoguera a la bruja Arsenda. ¿No has oído hablar de ella? —Niego con la cabeza extrañada. ¿Una bruja? Eso… ¿eso que tiene que ver con nosotros? Me siento desubicada—. No fue una más de las condenadas por brujería en Cataluña. La bruja Arsenda murió aquí, y, antes de arder, lanzó una maldición al pueblo. A este pueblo —aclara, como si me estuviera hablando de un peligro inminente.

—¿Una maldición?

—Sí. Dijo que cada diez años se llevaría a una niña, y así habría sido de no ser por…

—Salvador, por favor, no somos críos —interrumpo—. Esto… esto son cuentos —me río. Pero Salvador no se ríe. Me mira fijamente, serio, y continúa hablando.

—No, no somos críos, pero no te estoy hablando de ningún

cuento. Esto es serio, y por eso te he llamado, porque te necesito, Camille. Estoy aquí por la maldición, una maldición que existe desde muchísimo antes de que tú y yo naciéramos. Estoy aquí, Camille, para salvar a las niñas que pertenecen a Port de la Selva tal y como hicieron mis antepasados, y, especialmente, para salvar a nuestra hija. A nuestra pequeña Nimue.

69

ALEX

Luke no atiende a mi llamada desesperada ni lee mi wasap, debe de estar durmiendo la mona. Yo soy incapaz de pegar ojo. Mis anteriores búsquedas en Google sobre algo relacionado con la maldición de la bruja Arsenda en Port de la Selva fueron inútiles, no aparecía nada sobre desapariciones de niñas y mucho menos sobre Ally Fian. Pero no desisto. Así que tecleo desde el móvil «Salvador Torras», con la esperanza de encontrar algo de información sobre él. Y… nada. No sé por qué me sorprende. Solo unos cuantos «Salvador Torras» en redes sociales que no tienen nada que ver con el hombre que busco, que poca pinta tiene de abrir un perfil en Facebook. Ya lo decía Claire en la carta: *Hackers*, tienen *hackers* que se encargan de hacer desaparecer todo rastro, por muy mínimo que sea, de la maldita sociedad secreta.

Llamo a Jan. Necesito hablar con él. Casi nunca tiene el móvil a mano, pero debe de estar preocupado por mí, porque enseguida coge mi llamada.

—Necesitaba escuchar tu voz.

Suspira. Creo que sonríe. Lo visualizo echándome de menos con el codo apoyado en la repisa de la chimenea y la mirada fija en las llamas.

—Y yo la tuya. ¿Estás bien, Alex?

—Sí. Bueno, no. No puedo dormir. He descubierto algo.

Le explico mi encuentro con Fedra Torras, tan idéntica a Nimue que parecen gemelas. El rostro fantasmagórico de Salvador Torras mirándome a través de la ventana de su casa de tres plantas. Salvador Torras, el mismo nombre que Claire dejó escrito en la carta que no pudo enviar, el culpable de todas las desapariciones actuales, el capo de una sociedad secreta que ha ido pasando y

degenerando de generación en generación durante siglos. Las desapariciones de las niñas que no son del pueblo, ofrendas para que la bruja, ¡la bruja, qué idiotez!, no se lleve a las suyas.

—Es de locos.

—Eso es lo que pienso, Jan.

—¿Pero cómo se puede detener algo así? Alex, mataron a Claire. Tienen las manos manchadas de sangre, a saber a quién más se han cargado para seguir con esto durante tantos años. Pueden estar dispuestos a cualquier cosa para seguir haciendo de las suyas. Por lo que me cuentas, parece que se ha convertido en una bola demasiado grande, demasiada gente implicada que puede ser peligrosa.

—Ya… —Me quedo callada. Mis nervios y la preocupación se palpan a través de la línea telefónica—. Jan, si me pasara algo…

—No. No, Alex, no. No corras riesgos. Puede que esta vez no puedas hacer nada, es demasiado difícil. Es posible que el culpable no venga a ti de una manera tan sencilla. Ya estuviste expuesta al peligro y casi te matan.

—Mañana voy a volver al retiro de Nimue.

—Alex, por favor… —sigue suplicando.

—Voy a llegar al final de este asunto.

Respira fuerte, debe de estar llevándose la mano a la nuca, rascándose hasta hacerse daño como hace siempre que se pone nervioso.

—No me va a pasar nada. Tengo a Luke.

—Luke… —resopla—. Ese tío no te va a defender de los monstruos, cariño.

«Cariño».

Es la primera vez que Jan me llama «cariño». Es solo una palabra, un poco empalagosa, eso sí, de las que elevan el nivel de azúcar en la sangre, una tontería, pero se me eriza la piel y el deseo de que esté aquí, conmigo, en esta habitación donde nos reconciliamos, crece por momentos.

—Te prometo que volveré a Montseny en dos días. Dos días, Jan. Te lo juro.

—Periodista… no prometas algo que no sabes si vas a cumplir —suelta con preocupación, la voz ronca, atrapada en su garganta.

—Eso fue lo que me dijo Daniel hace tiempo…

«También me lo dijo Luke», me callo.

—Pues Daniel tenía razón —afirma tajante—. Esto… joder, todo lo que pasa ahí me da mala espina. Si creen tan fervientemente en que tienen que secuestrar a niñas para que la bruja no se lleve a las suyas y mataron a una chica por querer saber demasiado, imagínate lo que te pueden hacer a ti, que es posible que estés cerca de descubrir quién o quiénes son los culpables.

—Fedra Torras llevaba un chaquetón rojo.

—¿Qué tiene que ver un chaquetón rojo?

—¿No te lo conté? Una mañana vi entrar en el cobertizo del retiro a una mujer que pensé que era Nimue y llevaba un chaquetón rojo. Ahí, en el cobertizo, hay algo.

Jan vuelve a suspirar, esta vez más fuerte, como si estuviera enfadado y hasta las mismísimas narices de mí. Seguro que se arrepiente de haber venido a Port de la Selva a buscarme, que estaría mucho más tranquilo sin mí.

—Pero Luke y tú ya estuvisteis en el cobertizo y no había nada —trata de entender.

—Bueno, no sé, puede que no miráramos tan bien. Los fantasmas no existen, Jan. La voz que oí en mi habitación pidiéndome ayuda no era la bruja, no era un fantasma. Era Ally, estoy segura, pero la sugestión del momento no me permitió ver más allá de esas absurdas creencias. En cierto modo, me dejé llevar, y, por un momento, me convertí en uno de ellos. Creí en la bruja. Mira, sé que sonará a que he visto demasiadas pelis, pero tiene que haber alguna entrada a un túnel subterráneo donde la tienen encerrada, y es posible que se acceda a través del cobertizo, aunque, aparentemente, Luke y yo no viéramos nada —recapacito.

—Eso pasó hace meses…

—¿Crees que la niña puede estar muerta, Jan?

El silencio prolongado de Jan, que sé que acaba de encenderse un cigarro porque he oído el click del mechero, me dice que sí. Que, lo más probable, es que Ally Fian, después de un año y ocho meses desaparecida, esté muerta. Pero no es capaz de decir nada. Yo tampoco. Porque, de ser así, soy culpable. Culpable por no haberla socorrido cuando oí su voz desgarrada pidiéndome ayuda.

70

CAMILLE

Port de la Selva
1990

Le escribo una carta a mi pequeña. A mi Nimue. Es posible que ahora no entienda el motivo de nuestra separación, pero sé que, con el tiempo, sabrá que todo lo que voy a hacer a partir de ahora es para salvarla. Salvarla de la maldición. Y estará bien, al fin con su padre, como siempre deseé.

Salvador me quiere. Lo vi en su forma de mirarme, eso no se puede fingir, y me lo confirmó con un beso furtivo en el pasillo del hostal que llevo tatuado en el alma y evoco cada vez que necesito fuerzas. Apenas fueron dos segundos, pero me volví loca. Loca por él. Y me prometió que cuidaría de mi niña. De nuestra niña. Puso tanto énfasis al decir «nuestra niña», que supe que Nimue iba a ser feliz con él.

—Si no lo haces, Arsenda, la bruja de Port de la Selva, se la llevará. Y no volverás a verla nunca, Camille. Nunca.

Entonces, después de darle muchas vueltas a mi ya de por sí descentrada cabeza, me dio un nombre: Lia Campbell.

—La bruja no se puede llevar a nuestras niñas, Camille. En la sociedad, una sociedad que lleva en Port de la Selva desde el siglo XVII, necesitamos una salvadora como tú que haga desaparecer a las forasteras, a las que no son de nuestro círculo. Si no lo haces… —Su rostro cambió, pude percibir el dolor en cada una de sus facciones —. Si no lo haces, la bruja se llevará a Nimue. A nuestra hija. Y nos queda poco tiempo.

Me puse a temblar. Nadie se llevaría a mi pequeña, ¡nadie! Tenía que salvarla. Así que acepté. Una niña cada diez años

tampoco son tantas niñas. Salvador me abrió los ojos y me ofreció el preciado regalo de hacer algo bueno por el mundo, aunque ese mundo se redujera a un pueblo de poco más de ochocientos habitantes. Un lugar secreto donde nadie las encontraría, solo la bruja, que, satisfecha con niñas de fuera, dejaría en paz a las nuestras.

Qué misión más importante se me había encomendado.

Jamás se llevaría a Nimue. Jamás.

Me convertí en la salvadora de las niñas de Port de la Selva sin preguntar quién había ejercido tan honorable labor antes que yo. Qué más daba. Era la integrante más preciada de la sociedad. Por fin era alguien importante, quién me lo iba a decir cuando en el orfanato me aseguraban que sería una fracasada toda la vida. ¡Ja! Si pudieran verme ahora…

Salvador, que me regaló una propiedad preciosa y antigua en una colina a las afueras del pueblo para que pudiera vivir lejos de miradas curiosas, así me lo hizo saber:

—Dicen que nadie es imprescindible en esta vida, Camille, pero tú sí lo eres. Lo sabes, ¿verdad? Eres imprescindible. Eres especial. El universo te ha confiado una misión muy importante.

Secuestré a Lia Campbell, una niña americana de cinco años, cuatro días más tarde. No fue difícil, los turistas son despistados, confiados. Pero algo salió mal… Nadie me dijo que estaba tan enferma.

71

ALEX

—Llegó la hora, Alex. Puedes estar tranquila, Nimue ha venido a la presentación y, conociendo a las hermanas Baudin, va a durar más de dos horas —me informa Luke por teléfono, cuando estoy a un minuto de llegar al retiro—. Por cierto, no ha venido sola.

—¿Arturo?

—Eres adivina. Están juntos, el tipo dejó a su mujer, a la madre de Ally. No recuerdo su nombre.

—Diane —la menciono con pena. Al final, Nimue ganó la batalla, aunque, conociéndola como creo que la conozco, me resulta extraño que se dejen ver por el pueblo tan alegremente—. Luke, te mantengo informado —le digo, apresurada, con ganas de cortar la llamada para pasar a la acción.

—Alex, una última cosa.

—Dime.

—Si hay algún huésped, intenta que no te vea. Pase lo que pase, tranquila. Encuentres lo que encuentres, estará bien, incluso si no encuentras nada, pero, si en algún momento ves que puedes estar en peligro, corre.

—Vale, no te preocupes.

—No quiero que te pase nada, Alex. Te tengo aprecio.

Y cuelga.

«—Si tanto aprecio te tiene Luke —me dijo Jan ayer—, iría contigo al retiro. No te dejaría sola en ese sitio.

»—¿Y quién va a avisarme cuando Nimue salga de la presentación y vuelva al retiro? —le defendí.

»—Joder, Alex —refunfuñó, poco antes de colgar tras un "te quiero" y un par de "ten cuidado"—. Has visto demasiadas pelis».

La doble verja de la entrada está abierta a cal y canto. Me quedo un

rato mirando la casa. La hiedra ha ido trepando hasta ocupar gran parte de la fachada. No parece haber nadie, ni una sola luz encendida. Puede que, con un poco de suerte, no haya ningún escritor alojado y la puerta de entrada también esté abierta, que lo de forzar cerraduras, por mucho tutorial que viera en el pasado, no es lo mío.

Miro de reojo el cobertizo, tan destartalado y oscuro que en este día gris, con las ramas de los árboles balanceándose con violencia por el viento, da miedo. Todo a mi alrededor parece siniestro, más que la última vez que estuve aquí.

Está empezando a llover.

Intento no hacer ruido al girar el pomo de la puerta de la entrada. Bien. Está abierta. Y, que yo recuerde, no hay alarma que pueda saltar.

En el interior de la casa reina el silencio, solo oigo mi respiración descontrolada a causa de los nervios. Subo las escaleras lentamente y con cuidado. Solo me faltaba que diera un traspiés, cayera al suelo, y Nimue me encontrara inconsciente o muerta, porque, con lo empinadas que son, partirse la cabeza al caer no es muy difícil. A medida que subo, como buena peliculera que soy, imagino cosas, situaciones que, probablemente, no van a suceder, pero esta casa da para muchas historias, y así me entretengo y dejo de pensar que estoy cometiendo un delito: allanamiento de morada.

Me detengo en el pasillo y, por fin, hago lo que debería haber hecho cuando me alojaba aquí, en la habitación que queda frente a las fotografías en blanco y negro, cuyas gentes congregadas en la parte superior de la pared que le otorgan discreción, me miran con gesto sombrío. Todos van vestidos de negro y Salvador Torras posa en el centro con la cabeza alta. No me cuesta distinguirlo, aun cuando su apariencia en la foto es la de alguien más joven y fuerte que no tiene nada que ver con el anciano que vi anoche tras la ventana. No obstante, toda mi atención se la lleva una mujer que hay a su lado, la única que no mira al objetivo porque lo mira con admiración a él, al capo. Además, solo ella tiene la cabeza cubierta con la capucha de la túnica, aunque se intuye que tiene el cabello largo y blanco. Como el de Nimue.

—¿Quién es? —pregunto en un susurro, poniéndome de puntillas para mirarla mejor.

A quien sí reconozco es a la mujer del chaquetón rojo, Fedra Torras, la hija de Salvador, que está situada al fondo, entre dos hombres mayores. En el año en el que hicieron esta fotografía no debía de tener más de veinte años. Esta imagen me da escalofríos, pero las tres que le preceden son aún peores, más antiguas y tétricas, integrantes de la misma sociedad secreta en los años veinte y cincuenta. No son las mismas personas, aunque hay un hombre muy parecido a Salvador que me hace pensar que puede tratarse de su padre. La primera fotografía se hizo en 1910 y la última en 2000, los años aparecen escritos en una esquina del marco apenas visible, y se entremezclan con fotografías de paisajes y calles de Port de la Selva que te despistan para que no te fijes en esas personas siniestras.

¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo Luke tampoco reparó en ellas?

Recuerdo a Nimue mirarlas con temor cuando la ataqué. Yo estaba tan fuera de mis casillas, que ahora me parece que la que le dio el puñetazo fue otra persona. Nunca creí ser capaz de agredir a alguien con tanta violencia, aun cuando todo el mundo sabe que hay momentos que son capaces de sacar lo peor de nosotros mismos. Nimue no aparece en ninguna fotografía, lo que me hace pensar que está fuera de esta locura. No entiendo cómo no las miré con más atención antes, cómo fui tan dejada durante el mes que estuve alojada aquí, aunque, pensándolo bien, de no haber sido por la carta que escribió Claire, habría averiguado muy poco a través de ellas. Hasta hace poco no conocía la existencia de Salvador ni de ninguna sociedad secreta, y, si este lugar es el centro de todo, él es la clave, el responsable actual de todo lo malo que ocurre en Port de la Selva, incluida la muerte de Claire. Por otro lado, pienso que exponerlas así, aun estando tan altas que pasan desapercibidas, es como escupir hacia arriba.

¿Por qué Nimue las tiene a la vista de todo el mundo? ¿Qué trató de decirme al mirarlas?

Saco el móvil y fotografío las imágenes enmarcadas con rostros congelados en el tiempo que me devuelven la mirada. Tres a la del año 2000; necesito que cada cara se vea nítida en la imagen de mi móvil. Seguidamente, intento entrar en la que fue mi habitación, pero la puerta está cerrada con llave.

Me dispongo a salir de la casa para ir al cobertizo, cuando oigo

que la puerta se abre. Freno en seco, expectante, y me giro encontrándome a un chico joven, de unos veintitantos años, pelirrojo, con gafas de pasta, alto y flaco, que me mira con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. Este sí tiene pinta de escritor.

—Eh… ¿Buscas algo?

Darle explicaciones sería una pérdida de tiempo, por lo que, al intuirlo indefenso dadas sus características físicas, pese a que he aprendido por las malas a no fiarme de buenas a primeras de las apariencias, entro en su habitación.

—Pero ¿qué haces? —pregunta confundido.

De espaldas a él, levanto la mano, como queriéndole decir que solo será un segundo, que vengo en son de paz y no tengo nada en su contra. Miro a mi alrededor sin saber muy bien por dónde empezar. Me sitúo frente al escritorio, donde hay un ordenador con la tapa levantada que el chico se apresura en bajar. Asiento conforme. Yo habría hecho lo mismo.

La mortecina luz de primera hora de la tarde se filtra en el cuarto, junto con el monótono repiqueteo de la lluvia, que salpica y perla la ventana. El chico se sobresalta cuando un rayo proyecta su espectral resplandor a través de las vidrieras, mientras la lluvia las golpea sin descanso.

—Enciende la luz —le ordeno, dirigiendo la mirada a la cama. Sorprendentemente me hace caso—. ¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—¿Yo?

—No, el tipo que hay detrás de ti.

—¡¿Qué?! —se asusta, mirando hacia atrás. ¿De dónde ha salido este hombre?

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Jaume.

—Jaume, ayúdame a mover la cama, por favor.

—¿La cama?

—¡Sí! ¡Venga! —lo insto, colocándome a un lado y tirando de la cama con todas mis fuerzas.

Entre los dos, apartamos la cama que pesa como un muerto. He subestimado a Jaume, tiene más fuerza de la que pensaba. Gateando, me acerco a la pared, donde reparo en la rejilla de ventilación que la cama cubría, justo encima del zócalo.

—Jaume, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde esta mañana, ¿por? ¡¿Quién eres?! —se exaspera.

—¿Has oído algo? —le pregunto, con la mirada clavada en la rejilla. El chico se queda blanco como la pared, paralizado. Sí, ha oído algo. Eso es buena señal—. Jaume, ¿has oído algo? —insisto, porque se ha quedado bloqueado.

—Eh… no, nada, solo un murmullo, como un lamento, algo raro, pero al ser una casa vieja… Me contaron que hace siglos murió una bruja aquí, algo de una maldición, ¿verdad? Y…

—Déjate de brujas.

Salgo corriendo de la habitación ante la mirada confusa del pelirrojo. Oigo cómo cierra la puerta con llave en cuanto desciendo las escaleras. Corro bajo la lluvia hasta el cobertizo y entro. Aparentemente no hay nada, solo trastos viejos y maquinaria de jardinería acumulando polvo. Le doy una patada a la alfombra vieja como me acuerdo que hice la vez que estuve aquí con Luke; no obstante, en esta ocasión le doy más fuerte, y la alfombra deja al descubierto un entablado de madera distinto al resto, más oscuro y nuevo. Termino de apartar la dichosa alfombra y me percato de que hay un tirador de acero. Es la entrada. Me levanto y, en el momento en que voy a abrir la trampa, oigo unos pasos que me recuerdan a cuando caminaba por el bosque sola y de noche: vuelvo a sentirme observada.

Hay alguien cerca, tengo que darme prisa o salir de aquí y regresar en otro momento. Mi móvil suena. Es un wasap de Luke. Nimue ha salido de la presentación. «¡Vete del retiro!», ha escrito hace diez minutos, lo que me hace pensar que dentro de la casa no tenía buena cobertura. Para cuando voy a irme, sabiendo que tengo que volver porque Ally está muy cerca, posiblemente debajo de la trampa que no me va a dar tiempo de abrir, ya es tarde. Una mano me aprisiona la boca con un trapo húmedo que huele a perro mojado. Forcejeo, le doy codazos al estómago del cuerpo que tengo detrás de mí, pero el escozor en la garganta me deja inútil. Todo mi esfuerzo es en vano. A los pocos segundos se me nubla la visión y me mareo. Lo último que alcanzo a ver es un mechón de pelo blanco pasando por delante de mis ojos y luego todo se reduce a la nada, a un apacible vacío.

72

JAN

He perdido la cuenta de las veces que he llamado a Alex con su: «No me agobies, Jan» incrustado en el cerebro. Salta el buzón de voz, estoy desesperado, no sé qué hacer.

—Igual ha habido un problema con la cobertura, está lloviendo mucho en todas partes —trata de tranquilizarme Montse sin ningún éxito.

—Le ha pasado algo. Fue al retiro y…

Me llevo las manos a la cara. Siento tanta impotencia que lo destrozaría todo. Salgo a la calle, enciendo un cigarro, Montse sale detrás de mí.

—A ver, chico, tranquilo… también tienes que darle su espacio, no podéis estar enganchados como lapas. Pero no va de eso, ¿no? No, claro que no —niega Montse al ver mi gesto de impotencia, porque si no he ido a Port de la Selva es precisamente para darle su espacio, para no «agobiarla»—. A ver, pensemos. ¿Cuánto hace que se fue al retiro?

—Ayer por la tarde —contesto alejándome de ella, saliendo a la terraza para sentarme a una de las mesas.

—Hay que ver esta chica, la manía que tiene de meterse siempre en peligros que no le conciernen… —murmura con fastidio, poniendo los ojos en blanco y chasqueando la lengua—. Vale, han pasado veinticuatro horas. Bueno, tampoco son tantas, Jan.

¿Que no son tantas? ¡Joder!

—Lo peor de todo es que no tengo el número de Luke. No sé con quién contactar. No sé qué cojones hacer —me impaciento.

Montse resopla, parece dudar. Está tan preocupada por Alex como yo, pero trata de disimularlo para no ponerme más nervioso.

—Coge el coche y ve a Port de la Selva, aunque estoy segura de

que no ha pasado nada, de que Alex está bien.

«No me agobies, Jan».

Levanto la cabeza para mirar a Montse, que me escruta con sus ojillos benevolentes detrás del vidrio de las gafas, antes de regresar al interior del hostal. Joder. Estoy a un segundo de romper a llorar como un crío. Este nudo en la garganta no se va, mientras la bruma envuelve las montañas engulléndolas por completo.

73

LUKE

—Bruce, ¿dónde estás?

—En Gerona. ¿Tu amiguita y tú habéis encontrado algo?

—Alex no ha vuelto a dar señales de vida. Ha pasado un día, estoy preocupado.

—Espérate lo peor, chico. Esa gente es peligrosa.

—¿Y lo dices tan tranquilo?

—¿Qué quieres que hagamos? Me preocupa tanto como a ti, Luke, pero ella solita se ha metido en la boca del lobo.

—Alex ha intentado ayudar, hacer justicia por Claire. ¿Y así se lo pagas, Bruce?

—A esa chica solo le interesa su estúpida novela, tener una historia, quedar como la heroína. Le importa una mierda Claire y lo que hayan hecho con esa niña.

—Te equivocas.

—Lo siento, pero ya es tarde.

—No, Bruce. Me niego. Voy a volver.

—Si vuelves, te matarán.

74

ALEX

Me despierta una voz. Apenas tiene fuerza, como yo, que me cuesta levantarme de este suelo húmedo de cemento como si me hubiera dado un ataque de ciática. No estoy segura de dónde estoy. Tengo el cuerpo pesado como el plomo, el cerebro envuelto en algodón. Me pellizco el puente de la nariz tratando de ahuyentar pensamientos oscuros que consisten en:

«Voy a morir aquí. Joder, voy-a-morir-aquí».

Miro hacia arriba, donde atisbo una rejilla por la que se cuela un poco de claridad.

—¿Hay alguien ahí? —insiste la voz, una vocecilla débil e infantil que habla en un murmullo, la de una niña, la del fantasma.

—Sí. Sí. ¿Eres Ally? ¿Ally Fian? —pregunto, feliz pese a las circunstancias, palpando la pared como si así pudiera sentirla. Está al otro lado. ¡Ally está aquí! ¡Está viva!

Yo no soy una niña. No han pasado diez años. Pero también me ha raptado la bruja, Nimue, creo, por el mechón de pelo blanco que vislumbré un segundo antes de que me tragara la oscuridad.

—Sí, soy Ally —confirma tranquila—. ¿Quién eres?

Voy a llorar.

—Me llamo Alex. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra —contesta—. Llevo mucho tiempo aquí.

Un año y ocho meses.

—¿Te han hecho algo? ¿Estás bien?

—La bruja me tiene aquí encerrada, pero me cuida y me da de comer y beber. A veces me lo como todo, otras veces no tengo hambre, pero… pero estoy bien —balbucea.

—Ally, vamos a salir de aquí. Te voy a sacar de aquí.

—No se puede.

Me levanto. Sé dónde estamos. Bajo tierra, tal y como ha dicho Ally, debajo del retiro literario de Nimue. Se accede por el cobertizo, por la trampilla que Nimue tenía oculta bajo la alfombra polvorienta en la que habría podido reparar hace meses, si aquella patada hubiese sido más fuerte. Pero de nada sirve pensar en lo que pude haber hecho entonces; lo hecho, hecho está, igual que el tema de las fotos del pasillo, demasiado altas para que reparara en ellas. Ahora, lo único que importa es que Ally sigue aquí, está viva y parece estar bien.

Esto está muy oscuro, así que avanzo a tientas en el pequeño espacio hasta dar con la madera de una puerta. Busco mi bolso, pero ni rastro de él y mucho menos de mi móvil. Si tuviera mi móvil… aunque dudo que aquí haya cobertura.

Agarro el picaporte oxidado, un fuerte olor a metal se incrusta en la piel de mis manos, y lo sacudo. Nada, la puerta no se mueve. Algo la bloquea. Empujo más fuerte, grito, pero soy incapaz de abrir. Trato de no dejarme dominar por el pánico. Estoy atrapada bajo tierra, sí, esto es una jodida cárcel y no sé cuánto tiempo llevo aquí… ¿Una hora, dos, cinco? ¿Un día? Estoy desorientada, tengo sed y un hambre voraz. No sé si es de día o de noche; en cualquier caso, Luke sabe que estoy aquí y esa es ahora mi única esperanza.

—No se puede abrir. Ya te lo he dicho, Alex. No se puede salir de aquí.

75

LUKE

«No eres un héroe. Abandona. Se acabó. Ya perdí a una hija. No quiero perder a un hijo, porque eso es lo que te considero, Luke: un hijo».

Las palabras de Bruce retumban en mi cabeza como ecos dañinos. Todo este tiempo tratando de averiguar qué le pasó a Claire, intentando dar con los culpables para hacer justicia, y ahora que creo estar cerca de la verdad, dice que se acabó y que no puede hacer nada por Alex.

Viejo chalado.

Es de noche cuando me cuelo en el retiro. Las luces del salón y de la cocina están encendidas, también la de la ventana de la habitación que ocupó Alex. Debe de haber alojado algún escritor en el retiro de Nimue, cuya silueta veo moverse por la cocina, o puede que tenga a Alex encerrada ahí. Una vez más, marco el número de Alex. Salta el buzón de voz. No ha dado señales de vida, pero, si algo tengo claro, es que no ha salido de aquí. ¿Y su coche? Ni rastro. Temo que le hayan hecho algo por haber descubierto demasiado. Que Nimue la tenga encerrada arriba sería un alivio. Hablamos del fantasma, que en realidad no era un fantasma, claro, ¿cómo es posible que estuviéramos tan sugestionados? Entonces dedujimos que podía tratarse de la niña desaparecida, que podía estar en una habitación subterránea, justo debajo de la habitación donde se alojaba Alex.

Miro en dirección al cobertizo. Ahí no había nada, entramos hace meses, pero ¿y si no nos fijamos bien? ¿Y si se oculta un túnel con acceso a estancias subterráneas donde Nimue encierra a las niñas?

Respiro hondo.

Decidido, voy hasta la casa y golpeo repetidas veces la aldaba. Nimue se asoma a la ventana de la cocina. Cuando me ve, se le ensombrece el gesto.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Sabes perfectamente de quién te hablo, Nimue. ¿Dónde está Alex?

—¿Alex?

No va a decirme la verdad. Si algo me demostró cuando me alojé en el retiro, es que es una gran actriz. Entro sin pedir permiso, la aparto de un codazo, busco en todos los rincones de la planta baja, abro puertas y corro escaleras arriba sin que Nimue me lo impida, aunque va acechante detrás de mí.

—Luke, te pediría que no armes ningún escándalo, ¿vale? Tengo alojado a un escritor, y de verdad que no tengo ni idea de dónde está Alex —dice con tranquilidad. Demasiada tranquilidad. No lo entiendo.

Ya en el pasillo que conduce a las habitaciones, le echo un vistazo a las fotografías que Alex quería ver con más atención antes de que se la tragara la tierra. Están colgadas en la parte alta, encima de imágenes con paisajes, que son las que destacan en la pared. Son siniestras. Hay grupos de personas, todos vestidos de negro, la sociedad secreta de Port de la Selva de la que hablaba Claire en su carta, una carta que Nimue escondió en su cuarto, en una caja de latón debajo de la cama. Blanco y en botella.

—¿Los conoces? —le pregunto a Nimue sin mirarla—. ¿Conoces a estos locos? —señalo con rabia.

—Luke, no…

—¿No qué? ¡¿Qué le habéis hecho a Alex?! ¿Qué le hiciste a Claire? ¡Alex! ¡Alex! ¡Alex! —la llamo repetidas veces, aporreando la puerta de la que fue su habitación. La luz está encendida, se cuela a través de la ranura de la puerta—. ¡Alex! Alex, ¿estás ahí?

Hay alguien ahí dentro. A lo mejor Nimue ha drogado a Alex y está inconsciente. Nimue rompe a llorar y me deja noqueado. Sigo aporreando la puerta con rabia.

—Sé que entraste en mi habitación —balbucea—. Lo que te escribió Claire… yo no sabía… no sabía que eras su novio hasta que vi que la carta había desaparecido y os relacioné, pero no fui yo,

Luke, tienes que creerme.

—¿Y quién fue, eh? ¡¿Quién fue?!

Nimue me mira aterrorizada. La puerta del dormitorio se abre y aparece un chico joven, alto y desgarbado, que me suena de haber visto en alguna parte, pero no sé dónde.

—¿Qué está pasando? —pregunta con determinación mirando a Nimue, que esconde la cara entre las manos y sigue llorando, con la espalda apoyada en la pared donde todas esas gentes, criminales bajo mi punto de vista, nos instigan—. ¿A quién buscas?

—A Alex. Se llama Alex. Una chica bajita, morena, de ojos grandes.

—Sí, estuvo aquí ayer por la tarde —confirma—. Entró en mi habitación, descubrió algo debajo de la cama y se largó.

De malas formas, aparto al chico para entrar en la que ahora es su habitación y muevo la cama. Descubro lo que deduzco que Alex vio ayer por la tarde. Una rejilla de ventilación encima del zócalo, de donde debía de proceder la voz del «fantasma».

—¿Alex? ¡¿Alex?! —la llamo a gritos, intuyendo que está ahí abajo o, al menos, cerca, muy cerca.

—¡Luke! ¡Luke, estoy aquí! —Su voz me produce una alegría indescriptible—. Por el cobertizo, tienes que darte prisa. ¡Se la ha llevado!

EN LA ACTUALIDAD

76

CAMILLE

Lia Campbell sufría del corazón. A la mañana siguiente de secuestrarla, entré en su habitación para darle el desayuno y me la encontré muerta. Fui hasta el pueblo a buscar a Salvador, que me echó de malas maneras de su casa.

—No puedes venir aquí, Camille.

—¿Y Nimue?

—Arriba, jugando con Fedra. Su hermana —recalcó.

Nunca llegué a preguntarle qué le había contado a su mujer para que aceptara a mi niña en su casa.

—A partir de ahora iré a verte a la casa vieja una vez a la semana. Pero no vuelvas más aquí, ¿entendido? —Me quedé conmocionada, la mirada fija en él pero sin verlo en realidad. No, no podía verlo. No podía ver nada—. ¿Entendido, Camille? —insistió con más ahínco, su tono cada vez más fuerte, más agresivo y autoritario.

Llamaba a mi casa la casa vieja, y a las habitaciones subterráneas, a las que se accedía a través de una trampilla ubicada en el interior de un cobertizo, el zulo. Un zulo que escondería a las niñas a las que no llamábamos niñas, sino ofrendas. Ofrendas para Arsenda, la bruja que aterrorizó a los antepasados de Salvador y de tantos otros habitantes de Port de la Selva. Salvador era quien me mantenía, quien me daba dinero y me compraba comida, aunque con una condición: nadie podía verme. Sería peligroso, peligroso para Nimue, a salvo gracias a Salvador, su padre, y gracias a mí, que hacía el trabajo sucio para que la bruja Arsenda no se fijara en ella.

—Nadie debe conocer tu existencia —me advirtió una vez—. Puedes estar tranquila, Camille. Aquí todo el mundo está de nuestra

parte. Aprecian nuestra labor, mantenemos a sus niñas a salvo. Te adoran.

Cuando aquella tarde se le pasó el enfado, caminamos durante diez minutos en silencio por las profundidades del bosque. Salvador parecía incómodo a mi lado. Mientras yo me acercaba, intentando entrelazar mi brazo con el suyo, él se apartaba, y así durante todo el paseo. No había vuelto a besarme desde aquel día en el pasillo del hostal. Pero me amaba. Yo sabía que me amaba, aunque imaginaba que le debía un respeto a su esposa. Le conté que Lia estaba muerta. Que su corazón había dejado de latir, no sabía por qué, a lo mejor estaba enferma.

Y nada. Salvador era de piedra. No sintió nada.

—Entiérrala en el bosque. Deshazte de ella.

Fue todo cuanto dijo con una frialdad que me heló la sangre. Y eso fue lo que hice. Porque no podía permitir que le pasara nada a Nimue. Porque mi papel en la sociedad salvaría vidas, salvaría a mi niña. A partir de ese momento, temí que los años transcurrieran, pero al tiempo es imposible controlarlo, es libre y cruel, todos le juzgan, pero nadie es capaz de manipularlo, así que diez años después, la sociedad eligió otro nombre. Corría el año 2000: Sandra Serra, una niñita preciosa de ocho años que solo vivió tres meses. Dejó de comer. En 2010 le tocó a Magda Salas, mi preciosa Magda, de tres añitos, que me recordaba tanto a Nimue por sus ojos claros, sufría de asma. Un día, al cabo de cinco meses de tenerla alojada en el zulo, se ahogó. Dejó de respirar. Su tez se volvió violácea al mismo tiempo que su corazoncito se detuvo. Fue terrible. Cerró sus ojitos en mis brazos. Con ella derramé más lágrimas que con ninguna otra al enterrarla en el bosque, un bosque maldito, tanto como lo estaba mi alma negra y corrompida. Y enloquecí. Aún más. No de amor, un amor desquiciado por Salvador, quien me venía a visitar con menos frecuencia porque, por lo visto, era la mejor en mi cargo y ya no necesitaba consejos ni vigilancia.

Salvador no dejaba de enviarme dinero, de mantenerme, a mí y a las niñas. Nunca he sabido de dónde saca tanto dinero, imagino que todos los integrantes de la sociedad deben de colaborar con algo, pero me he acostumbrado a vivir sin hacer preguntas. A vivir como un fantasma. He aprendido que, cuantas menos preguntas, mejor; eso me dijo una vez Salvador.

En fin… la maldición. De no haber sido por Nimue, que ya tenía treinta años y se había convertido en una mujer preciosa aunque solitaria y tímida, me habría colgado de uno de esos árboles, testigos mudos de tanta muerte, de tanto horror.

—Tienes que dejarlo, mami.

Seguía llamándome «mami» de una forma tan cariñosa… Mi preciosa Nimue. Y, cada vez que lo hacía, cada vez que «mami» salía de su boca, el corazón me latía de nuevo con fuerza, me hacía sentir viva, desaparecía el fantasma, volvía la mujer que un día fui.

—No, no, no —negaba yo—. No puedo, cielo. Si dejo de llevármelas, la bruja irá a por ti.

—¡Eso es lo que te hizo creer Salvador! —Pese a que Salvador la crio, jamás lo llamó «papá». Creo que discuten a menudo, que no se llevan bien. Nimue no está de acuerdo con lo que hemos hecho durante estos años, pero yo sigo empeñada en hacerle ver que todo, absolutamente todo, lo hemos hecho por ella. Para que la bruja no se la lleve, para que la maldición no la condene a un destino inevitable. La bruja posó los ojos en mi Nimue y logramos salvarla. Siempre estará a salvo mientras sigamos con nuestra importante labor—. Pero no, mamá, no es cierto —prosigue ceñuda—. Soy mayor, ya no soy una niña, la bruja no va a ir a por nadie. La bruja no existe.

¿Cómo podía decir algo así? ¡El pueblo está maldito! Arsenda se fijó en mi Nimue, los ojos de la bruja siempre la verán como una niña porque así la sigo viendo yo.

—Si yo no lo hago, ¿quién lo hará? —rebatí—. ¡Nadie va a cuidar de esas niñas tan bien como lo hago yo!

Nimue cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza en un gesto de desaprobación que se me antojó similar al de su padre, al que seguía queriendo locamente pese a todo, y así sería hasta el final. Mi hija parecía decepcionada, se le escapó una lágrima que se apresuró en borrar.

¿Estaba mi niña decepcionada conmigo? ¿Por qué?

Lo que había hecho a lo largo de esos veinte años había sido por ella, para que la bruja la dejara en paz. Pero entonces, tomó una decisión. Dejó el apartamento y vino a vivir a la casa vieja conmigo, aunque a Salvador no le pareció bien. Trató de disuadirla sin éxito; Nimue siempre tuvo un carácter fuerte. Poco a poco, la fue

reformando y quedó preciosa. Nimue adquirió algo que estaba roto y le insufló vida nueva, y hasta montó una biblioteca en el salón con primeras ediciones de libros maravillosos que no sé de dónde sacaba, pero decía que lo que para algunos son estorbos, para otros son tesoros. Trabajaba en una librería de Cadaqués y yo sabía que estaba cerca de lograr su gran sueño, su gran pasión: ser escritora. Me equivoqué. Los años siguieron transcurriendo. Creo que yo me volví más loca y Nimue también. Le salieron canas rápido, a los treinta y dos. Jamás se las cubrió y parecía más mayor de lo que era, pero no le importaba. Ambas lucíamos una cabellera larga y blanca, blanca como las brujas, decía un libro, no recuerdo cuál, uno que Nimue me prestó.

En 2020, yo convertida en una mujer de sesenta y siete, aunque parezco una anciana de noventa, surgió otro nombre: Ally Fian. La he cuidado mejor que a ninguna, es tan preciosa… siempre pendiente de ella, de que esté bien, de que coma bien… Un año y ocho meses es lo que llevo junto a Ally, mi nueva niña, tan dulce y buena… Me la llevé con diez añitos, la misma edad que tenía Nimue cuando tuve que dejarla ir. Pero ahora todo se ha torcido. Las extrañas no me gustan, las entrometidas solo traen problemas, no sé qué voy a hacer, esto es insólito. La vigilé. Sabía que era diferente, más fuerte que aquella pobre chica escocesa a la que tuve que ahogar en el mar. Pensé que la nueva, después de ver las fotografías que le dejé sobre la cama, órdenes de Fedra, que es puro veneno, no regresaría y no pasaría nada. No tendría que volver a matar; ver morir a alguien es la peor sensación del mundo. Y, sobre todo, no quería volver a hacer llorar a Nimue, que estuvo meses sin hablarme después de matar a Claire. Pero la entrometida ha vuelto. Esa chica tonta ha tenido que volver…

He llamado a Salvador. Pensaba que se enfadaría, pero no. Ha tomado una decisión. Otra terrible, pero necesaria decisión.

77

ALEX

La oscuridad me tiene desorientada, tensa y en una alerta constante que me provoca un insoportable dolor de cabeza. Desesperada, me sorprende la calma con la que estoy llevando la situación, quizá porque una parte de mí está decidida a luchar. Estoy asustada, claro que estoy asustada, pero ¿qué más puedo hacer?

A través de estas paredes, pese a lo gruesas que parecen al palparlas, se oye todo. Además, hay eco. El eco de aquí me tiene acojonada. Primero han sido unos pasos, lentos pero decididos. Luego, el chirrido de la puerta contigua a la mía, donde estaba Ally, cuyas palabras, pese a lo pequeña que es, han sido claras y contundentes: «No se puede salir de aquí». Entonces, ha sonado la voz de una mujer. No era Nimue. Ni su clon, la mujer del chaquetón rojo, seguro que no. Sigo preguntándome de quién se trata. También es posible que estas paredes distorsionen la voz, por lo que reconocerla solo de oídas es más complicado.

—¿Adónde vamos? —ha preguntado la niña.

—Lo siento, mi niña. Lo siento.

La disculpa de la mujer me ha dejado preocupada. He empezado a dar golpes a la puerta, he gritado, le he pedido que me saque de aquí, que no le haga daño a Ally, pero nada. Lo único que he conseguido es cansarme, más de lo que ya me siento. Y se ha llevado a Ally. Eso es lo peor. Me angustia pensar que se la ha llevado por mi culpa, que puedo ser la causante de que le ocurra algo mucho peor que tenerla encerrada aquí durante tanto tiempo. Pienso en Diane, su madre; en Arturo, el que creía que era su padre y cuyo romance con Nimue ya no esconde. Sé más de lo que sabía hace unos meses, pero sigo sin entender cómo, en pleno siglo XXI, este grupo de personas siguen creyendo en una maldición. No se

trata de creer en algo o no, es maldad, maldad de la que de verdad hay que temer, porque puede estar en cualquier parte, incluso en un pueblecito de costa cuyos vecinos se esmeran en tener sus casas impolutas, pero no en proteger a las niñas. La *bruja* no es Nimue. Tampoco es Fedra. No era la voz de ninguna de ellas, sigo especulando, devanándome los sesos y visualizando a la pequeña Ally Fian.

—¿Alex? ¡¿Alex?!

Miro hacia arriba, de donde procede la voz. Es Luke. Me pongo de puntillas y le hablo atropelladamente y a gritos.

—¡Luke! ¡Luke, estoy aquí! Por el cobertizo, tienes que darte prisa. ¡Se la ha llevado!

—¿Se la ha llevado? ¿A quién?

—¡A la niña! ¡A Ally Fian! Tienes que darte prisa, Luke.

—Ahora mismo voy para allá.

La voz de Nimue tarda solo un segundo en intervenir, pero cuando lo hace, la reconozco al instante.

—¡No!

No sé qué es lo que está pasando ahí arriba, oigo un estruendo, como si alguien se hubiera dado un golpe contra la pared y, seguidamente, pasos. Luke corre. Es él, tiene que ser él, pero no viene solo. Alguien lo acompaña. Resulta angustioso oír pero no ver. Pienso en Jan. Si ha pasado mucho tiempo, si ha intentado contactar conmigo, debe de estar tan angustiado como lo estoy yo, encerrada entre estas cuatro paredes sin poder hacer nada, donde vuelvo a preguntarme, una vez más, cómo ha sobrevivido durante tanto tiempo una niña pequeña.

Pasan los minutos. Creo que son pocos, pero me parece una eternidad. Oigo golpes, puertas abrirse y, por fin, ¡por fin!, Luke cerca, llamándome.

—¿Alex?

—¡Estoy aquí!

Golpeo fuerte la puerta. Lo oigo blasfemar. Se le suma otra voz, una que no identifico, pero es joven y se trata de un hombre que me dice que me aparte de la puerta, que va a disparar a la cerradura.

—¿Disparar? —preguntamos Luke y yo al unísono.

—¡Tú apártate de la puerta y avísame cuando estés!

Me aparto en un rincón y entierro la cabeza entre las rodillas

pegadas al cuerpo. Me cubro los oídos, un acierto, teniendo en cuenta que el tipo, cuando le doy el aviso, dispara tres veces hasta aflojar la cerradura. De una patada, como en las películas, consigue abrir la puerta, que resulta más endeble de lo que me ha parecido hace un rato.

—*Fuck!* —espeta Luke, el primer taco que le oigo decir.

—¿Jaume?

El escritor pelirrojo, alto y esmirriado, tiene ahora una mirada distinta en la penumbra del pasadizo. Es una mirada decidida, dispuesta a salvar el mundo, que me deja descolocada.

—¿Quién eres?

Él me formuló la misma pregunta cuando me colé en su habitación.

—Jaume Gibert, policía —se presenta, mostrándonos una placa con cierta torpeza, algo que me hace pensar que es un policía novato—. Pero no es momento de dar explicaciones. ¡Vamos! —nos dice, animándonos con un gesto a que lo sigamos por el túnel, que por suerte es ancho y no desata mi temida claustrofobia, hasta dar con la trampilla, por la que salimos al exterior. Luke me ayuda a subir por la escalerilla por la que la *bruja* me bajó drogada. Apenas me siento las piernas.

—Sabía que me sonabas, lo sabía. Te vi en la comisaría de Gerona, cuando me echaron a patadas diciéndome que era un guiri loco, que qué droga me había tomado —le dice Luke al policía infiltrado en el retiro de Nimue.

—Mis superiores son gilipollas —espeta Jaume—. Pero yo te creí, tío. Te escuché, te creí, y por eso estoy aquí.

Luke, turbado, le dedica una mirada de agradecimiento. Cuando salimos, Nimue trata de cortarnos el paso, pero no tengo nada que temer. Somos tres contra ella, y uno es policía, va armado.

Estoy a salvo.

¿Lo estoy?

—Nimue, aparta —dice Luke.

Nimue traga saliva, tiene los ojos rojos de haber estado llorando. Está nerviosa, mirando de reojo al gato negro que, relajado, se ha colocado a su lado. Miro a Jaume, impasible, tranquilo. Cuánto infiltrado se le ha colado a Nimue en el retiro, ¿no?

—A la cala. No hay tiempo que perder —indica Nimue con

urgencia, sorprendiéndonos a todos.

Más rezagada de lo que me gustaría, corro tras ellos a través del bosque. Me falta el aire, sobre todo cuando llegamos a la zona rocosa y tengo que sortear varios obstáculos para bajar hasta la cala. Pienso en todo lo malo que podría haberme ocurrido si Luke no hubiera aparecido. No muy lejos, ulula un búho. Irvin, que significa bello. El protector de la casa que espanta a los malos espíritus. Todavía sigo sin tener claro si han pasado unas horas o un día entero desde que la mujer de cabello blanco que ahora sé que no era Nimue, me dejó inconsciente y me encerró en el cuarto contiguo al de Ally. Pero es de noche. Una noche negra, eléctrica, cubierta de nubarrones que no nos dejan ver las estrellas, y una luna desvanecida cuya luz parece apagarse por momentos. Cuando estamos a punto de llegar al final del sendero, oímos gritos, gritos de niña, que se apagan con la misma rapidez con la que una ola borra una huella en la arena.

¡Ally!

Lo que a continuación veo me deja fuera de escena. Me he convertido en una figurante que mira a unos y a otros sin saber qué hacer.

78

CAMILLE

Mi niña dulce, mi niña querida, mi cielo… yo no quería. No quería ahogarte. No quería que desaparecieras. Pero tenía que hacerlo. Nos iban a descubrir. Debes entender que la sociedad es lo más importante, Ally. Es necesario que siga oculta, que no salga de este pueblo, que nadie de fuera lo sepa, que sigan viniendo familias con niñas, niñitas inocentes, para que la bruja no se lleve a las de aquí… la bruja… Repito las palabras de Salvador cual mantra, me balanceo hacia delante y hacia atrás con mi niña dulce en brazos, arropándola para darle calor.

Está tan fría…

La bruja soy yo.

«Salvador, ¿qué me hiciste? ¿En qué monstruo me has convertido?», se pregunta una parte pequeña de mi ser que todavía se mantiene cuerda, tras el pánico que Salvador hizo crecer en mí al asegurarme que Nimue corría peligro.

¿Cómo he llegado a esto? ¿En qué momento me trastorné de tal manera que no soy capaz de distinguir la realidad de la ficción, la verdad de la mentira, el mal del bien?

Tres intrusos y Nimue aparecen de improviso en esta cala oscura en la noche, casi siempre desierta, tan solo iluminada por el resplandor de esta luna llena que hoy, a causa de los nubarrones, apenas se refleja en las tranquilas aguas.

Uno de los hombres me apunta con una pistola.

—Merezco morir —susurro, con mi niña muerta en brazos.

—Mamá, para, por favor. ¡Para! Suelta a la niña —me pide Nimue acercándose a mí. ¿Me tiene miedo? ¿Por qué camina tan despacio con las manos levantadas? ¿Por qué me llama «mamá» en lugar de «mami»? ¿Es porque hay gente y le da vergüenza?

—La bruja no te va a hacer nada, Nimue, nada. Mira, mira, mira… —Le enseño a la niña con los ojos cerrados. La niña muerta —. Mira, ya la tiene a ella, a ti no te va a hacer nada.

—Mamá, se acabó. Dame a la niña. Dame a Ally.

El hombre pelirrojo sigue apuntándome con el arma. Él, otro hombre y la entrometida que lo ha estropeado todo, me miran como si estuviera loca. Pero no, yo no estoy loca, solo quería salvar a mi pequeña, a mi Nimue. Solo eso… nada más. Cualquier madre habría hecho lo mismo en mi lugar.

—¡Camille! —grita una voz a mi espalda.

79

ALEX

Salvador Torras aparece en escena. Ha llamado Camille a la mujer de cabello blanco que tiene a Ally. Lo identifico enseguida pese a la distancia que nos separa. Descolocado, nos mira a todos. No nos esperaba, pero sí parecía esperar a la tal Camille. Él ya sabía que estaba aquí con la niña, la última en cargar con las consecuencias de la locura de la maldición.

Luke aprieta los puños, se está conteniendo, tan atónito y afligido como yo al ver el cuerpecito empapado de Ally en brazos de esa mujer, cuyo rostro permanece medio oculto por su cabellera larga y blanca. Camille, la ha llamado Salvador; mamá, la ha llamado Nimue. Se trata de la misma mujer vestida de negro que descubrí en la fotografía de la sociedad secreta del año 2000, la que miraba al capo con el ensimismamiento de una enamorada. Está claro quién la ha trastornado, quién la ha convertido en el monstruo que es. Se trata del mismo hombre que ahora la coge de la mano y la obliga a levantarse, momento en que Nimue aprovecha para arrebatarle a Ally de los brazos y traérnosla rápidamente. Hay una súplica en la mirada de Nimue. Al alejarse de nosotros, susurra:

—Perdonadme.

Mientras el policía pelirrojo, al que le tiemblan las canillas, sigue apuntando con la pistola, Luke tumba a Ally en la arena con cuidado, la sujeta de la nuca y se agacha para ver si aún respira. El resto del mundo nos ha dejado de importar; Luke y yo estamos centrados en la niña, en hacerla volver en sí, si es que eso es posible.

—Está viva, Alex —dice con alivio.

Luke reanima a Ally con cinco respiraciones boca a boca seguidas de treinta compresiones en el tórax. En vista de que no

reacciona, repite la acción sin perder los nervios, hasta que se sacude y, presa de un ataque de tos, escupe agua. Al poco rato abre los ojos. Ally ha regresado a la vida.

—Va a coger una pulmonía —añade Luke, quitándose el abrigo y poniéndoselo a la niña, a la que protejo entre mis brazos.

Está delgada y demacrada, distinta a la niña de la fotografía que me dio la directora del colegio al que deseo que pueda volver pronto. Que, a poder ser, le queden pocas secuelas, aunque me temo que el trauma será inevitable.

—Quédate con ella —me pide Luke tras examinarla, levantándose y situándose junto a Jaume.

Abrazo con fuerza a Ally dándole todo el calor de mi cuerpo y vigilando que la tez de su piel vuelva a su color. Ella solloza entre mis brazos ocultando su carita en mi pecho, huyendo del terror que le provoca seguir estando cerca de Camille, *la bruja*. Y menos mal, porque lo que ocurre a continuación no es apto para menores de edad:

—¿Quién de los dos mató a Claire? —pregunta Luke autoritario, dirigiéndose a Camille, que está al lado de Salvador, cuyo rostro denota lo miserable que es como persona.

—Tenemos que proteger a las niñas de Port de la Selva. Es nuestra misión desde hace siglos. Debemos cumplir, se lo debemos a nuestros antepasados, atemorizados por la maldición de Arsenda, la bruja. Siento lo de Claire, no nos dejó otra opción. Descubrió demasiado, igual que vosotros, igual que tu estúpida amiga —suelta Salvador, señalándome con desprecio.

Maldito cabrón.

Desde donde estoy, no alcanzo a ver la expresión que compone Luke, de espaldas a Ally y a mí, aunque no me cuesta imaginármelo rojo de ira, ya que, en cuestión de segundos, le arrebata la pistola al policía. Apunta contra Camille y Salvador y, sin decir nada, dispara con precisión, pero lo que no ha visto venir, y yo tampoco, es a Nimue abalanzándose y siendo ella quien recibe el fatal balazo. Cae desplomada sobre la arena con una gran cantidad de sangre manando de su pecho.

Nadie dice nada. Incluso el viento ha frenado en seco. Parece que el tiempo se haya congelado en este rincón del mundo.

El gato negro, el gato de las brujas, siempre corriendo a sus

anchas, se acerca al cuerpo inerte de Nimue. La olisquea, lame la sangre. Impasible, la contempla como quien sabe qué ocurre con el alma cuando abandona el caparazón. Maúlla y, acto seguido, rápido como la bala que ha atravesado el cuerpo de Nimue, se adentra en el bosque.

Todos sabemos que no volveremos a ver al gato.

Durante unos segundos más, un silencio desangelado se apodera de la cala. A lo lejos, Irvin, el búho, sigue ululando ajeno a la tragedia. Abrazo con más fuerza a Ally, ahora lo necesito yo más que ella; estoy bloqueada, tanto como parece estarlo Luke, que, paralizado, deja caer la pistola que Jaume se apresura en recoger. Cuando Luke, abatido, cae de rodillas, Camille emite un grito desgarrador que me hiela la sangre. En sus brazos sostiene a Nimue, que aún tiene los ojos abiertos, aunque está claro que se le ha escapado la vida.

—Mi niña. Me han matado a mi niña. ¡Mi niña!

Camille le cubre la herida con las manos, presiona fuerte, pero la sangre no deja de manar. Nimue se ha ido, todos lo sabemos salvo su madre, que se niega a aceptar la triste evidencia. Contemplamos su dolor desde la distancia, un dolor que podemos sentir tan hondo en nuestro pecho que también, pese a conocer las fechorías que esta mujer ha cometido, nos duele.

A Salvador se le ve desorientado. Observa la escena de cerca, aun cuando se le percibe lejos, en otro mundo. Parece un chiquillo asustado, temeroso de que sus secretos hayan salido a la luz. A lo lejos, suenan unas sirenas; algún vecino, alarmado por los gritos o el disparo, ha debido de llamar a la policía. Y Camille sigue llamando a Nimue en vano. Aún alberga la esperanza de que su hija, su niña, como la llama, abra los ojos. Pero me temo que no hay nada que hacer.

—Despierta, mi niña. —Desesperada, le acaricia la cara, el cabello, ese cabello plateado ahora teñido de sangre, y la besa sin cesar—. Tienes que despertar, Nimue. Mira, la luna. —Camille alza la vista al cielo. Llora. Jamás he visto a nadie llorar así, como si se estuviera rompiendo por dentro. Es terrible—. La luna ya se deja ver; mira, cielo, los nubarrones ya no la cubren. Mi niña, despierta. Despierta, por favor… mi niña…

La voz, sin fuerza, muere en su garganta. Y vuelve a reinar el

silencio.

Salvador, derrotado, niega con la cabeza, coge de la mano a Camille, que abandona el cuerpo de su hija en la arena, y se deja llevar por él. Jaume, Luke y yo somos testigos de cómo ambos se meten en las frías aguas y desaparecen en la noche. Dos minutos, tres, cuatro… incrédulos y paralizados, miramos en dirección al mar, buscamos a Camille y a Salvador, pero ya no están. Se han ido. El mar se los ha llevado.

Un par de coches de policía han estacionado en la carretera de arriba. Alcanzamos a ver las luces de las sirenas y oímos unos pasos que vienen hacia aquí en tropel. Del silencio más absoluto al ruido más ensordecedor. Junto a ellos, corre Bruce, el chófer, el padre de Claire, que mira fijamente a un Luke hundido, cuya sed de venganza por lo que le hicieron al «amor de su vida» no ha salido como esperaba. La bala ha ido a parar a la persona equivocada. Nimue era inocente. Su único pecado fue proteger a Camille y a Salvador, sus padres, silenciando el horror, los actos atroces que han cometido durante años.

—Alex. ¿Eres Alex? —pregunta Ally débilmente. Asiento con la cabeza y le sonrío. La piel ha abandonado el color violáceo que tenía cuando hemos llegado y su cuerpecito está recuperando una temperatura normal—. ¿La bruja ya se ha ido?

Le acaricio la mejilla, le doy un beso en la frente y, entre lágrimas, con un nudo en la garganta que me estruja y me duele, le digo con suavidad:

—Sí, Ally, estás a salvo. La bruja se ha ido para siempre.

80

ALEX

Es medianoche. Por lo visto, he estado más de veinticuatro horas desaparecida, ahora lo sé, así que, en vista de que no estoy segura de que vaya a recuperar mi móvil, uno de los policías se apiada de mí y me presta el suyo. Llamo a Jan. Tarda en coger la llamada, no reconoce el número, pero, finalmente, con voz temblorosa y cansada, contesta:

—Quién es —saluda con desgana.

—Jan.

—¡Alex! Alex, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes. Jan, mañana vuelvo. Vuelvo contigo.

—Joder, estaba a punto de coger el coche para ir a ver qué pasaba, pero no quería ago… —Se detiene. Inspira profundamente sin terminar de pronunciar la palabra. Iba a decir que no quería agobiarme, en mala hora le solté en broma que no me agobiara. Porque Jan jamás podría agobiarme—. ¿Qué es todo ese ruido? ¿Qué ha pasado? —pregunta inquieto.

—Te lo contaré todo, ahora no… ahora no puedo… Jan, te quiero.

—Yo también, periodista. —¿Está llorando? Se le quiebra la voz —: Te quiero mucho.

Estamos arriba, en una carretera sin asfaltar por la que también se accede a la cala. El escenario que presencio parece sacado de esas películas americanas en las que coches de policía, ambulancias, y un montón de gente, vecinos curiosos incluidos, se agrupan después de una tragedia en la que ha habido muertes, tiroteos, y el bien ha salido ganando. El mal, ahora, se encuentra en las profundidades del mar, este mar que ya vio otras vidas perdidas. Jaume, el único

policía que creyó en Luke, ha arriesgado su carrera al venir por libre a Port de la Selva, pero no se ha escondido y es quien se ha encargado de contarlo todo a sus compañeros de Gerona, que han conducido hasta aquí gracias a Bruce. En un principio, Bruce denunció mi desaparición para que le hicieran caso, y luego, ya viniendo a Port de la Selva para que no se echaran atrás, les habló de lo que ocurre en este rincón de la Costa Brava. Es probable que los departamentos policiales de Port de la Selva reciban un escarmiento, incluso que algunos de los implicados terminen en prisión. Jaume también les ha dicho que ha sido él quien, como medida de protección, no le ha quedado otro remedio que disparar, con la fatal suerte de terminar con la vida de una inocente, Nimue Torras. Espero que Jaume no tenga problemas. No sé qué habríamos hecho sin él.

¿Ahora que Salvador Torras está muerto, qué pasará con la sociedad secreta? ¿Desaparecerá? ¿Dejarán de creer en el fantasma de la bruja Arsenda y en la maldición que ha atemorizado a medio pueblo durante siglos? No lo sé. La que armó Arsenda, que tan solo debía de ser una chica joven, enfadada y asustada, a punto de morir injustamente en una hoguera alrededor de un público enardecido. Ahora, si de una ficción se tratara, tendría que venir esa parte en la que pasa un tiempo y la protagonista relata qué fue de las vidas de esos personajes, qué fue de Port de la Selva, un lugar pintoresco repleto de historia y de leyendas que ocultó, incluso en la era tecnológica en la que todo se sabe, desapariciones y muertes, pero me temo que aún no tengo las respuestas. No sé qué pasará. Tampoco sé qué fue de las otras niñas que precedieron a Ally. No sé dónde están. Y con Camille muerta, nunca se sabrá. Sin embargo, hay una duda que me quema, la de si alguien tomará el relevo de Salvador, y es cuando me viene a la cabeza Fedra, la mujer del chaquetón rojo, su hija. Un mal presentimiento se apodera de mí con apremio, mientras contemplo cómo Bruce abraza a Luke con fuerza. Los miro sin perder de vista a Ally, a la que están atendiendo dentro de la ambulancia. Aunque débil y aturdida, su vida no corre peligro. Ya han dado aviso a Diane, viene hacia aquí. Estoy deseando ser testigo del encuentro.

—Alex. —Luke se acerca a mí con una sonrisa forzada. Sigue temblando, parece asustado, pese a que Jaume ha dado la cara por

él. A ambos se nos ve agotados—. Gracias.

—Lo que ha pasado no nos devolverá a Claire —interviene Bruce, viniendo hacia nosotros con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina—. Pero se ha hecho justicia.

Asiento con lágrimas en los ojos, incapaz de hablar, viendo, a lo lejos, cómo un par de agentes cubren con prisas el cuerpo sin vida de Nimue, que han colocado encima de una camilla.

—Fedra. Fedra Torras, la hija de Salvador —suelto sin pensar, con la mirada fija en un mechón de pelo blanco de Nimue sobresaliendo de la funda.

Bruce y Luke se miran extrañados.

—Una mañana, cuando estaba en el retiro, la vi entrar en el cobertizo con el mismo chaquetón de color rojo que llevaba la otra noche. Eso fue hace dos días. Creo. —Me siento desubicada—. Estoy segura de que la mujer que entró en el cobertizo era ella, pensaba que era Nimue, pero no. Se trataba de Fedra.

—¿Qué quieres decir? —inquiere Luke.

—Que Salvador ha muerto —empiezo a decir con voz temblorosa, señalando el mar y visualizando el instante en el que Camille y el capo de la sociedad secreta han echado a andar hacia las aguas hace apenas unos minutos—. Pero esa mujer puede recoger el testigo y continuar con toda esta locura —me preocupo.

Bruce corre en dirección a un par de policías. Sabe quién es Fedra Torras y, con un poco de suerte, hasta es probable que también sepa dónde vive. Al cabo de un rato, Luke y yo lo vemos desaparecer dentro del coche policial.

—Has sido muy valiente, Alex.

—Bueno, una gitana me leyó la mano y me dijo que viviría hasta los ochenta y ocho, así que me acompaña esa seguridad y no me importa correr riesgos.

Luke, sorprendido, arquea las cejas. No sé por qué he soltado esa tontería, serán los nervios del momento.

—¿En serio?

Me echo a reír, niego con la cabeza, tengo sueño.

—No, es broma.

Y aun así, a pesar de lo que acabamos de vivir, seguimos teniendo la capacidad de reír y hasta de bromear, aunque todo a nuestro alrededor haya olido a podrido durante tanto tiempo.

—Por cierto, Luke, nunca te he preguntado cómo es que hablas tan bien mi idioma.

—Bruce nos dio clases de español a Claire y a mí desde pequeños. Su padre era de Santander.

—Eso me dijo el día que lo conocí —murmuro, recordando lo bien que me cayó, pese a la poca conversación que le di durante el trayecto.

—Te llamas Luke, ¿a que sí? —Ally se acerca cojeando, acompañada de una sanitaria que nos sonríe y regresa a la ambulancia. Luke asiente extrañado mirando fijamente a la niña—. Tengo un mensaje para ti —añade con la voz débil y un poco ronca.

—¿Un mensaje para mí?

—Sí. Del fantasma.

Luke y yo nos miramos sin comprender nada. ¿Fantasma? ¿Qué fantasma? Se me pone el vello de punta.

—A veces venía donde la bruja me tenía encerrada… al principio me daba miedo, como cuando venía a verme a la salida del cole cuando vivía y aún era de este mundo, pero si sigo aquí es gracias a ella. A Claire.

—Claire está…

—Lo sé, soy una niña, pero no soy tonta —replica con retintín, poniendo los ojos en blanco—. Me dijo que no me creerías, así que me contó algo que solo sabéis ella y tú. Cuando erais pequeños, te metías mucho con Claire, eras un niño travieso y la llamabas cigüeña porque tenía las piernas muy flacas. —Luke está rígido, no es capaz ni de pestañear—. Un día de verano, en el jardín, a Claire le picó una avispa. Teníais ocho años. Claire se hizo la valiente, pero le dolía un montón, y tú lo sabías, porque hacía un año también te había pasado lo mismo, así que te acercaste a ella preocupado, le diste un beso donde le había picado la avispa, y le prometiste que la cuidarías siempre, que algún día os casaríais. Me dijo que ese fue el momento en que se enamoró de ti. Al día siguiente, fuiste a su casa y le regalaste un anillo que hiciste con una ramita. Lo conservó siempre. Era su amuleto de la suerte. Está dentro de un joyero que aún sigue encima de la mesita de noche de vuestra habitación. Dice que te ve abrir ese joyero cada noche, pero que tienes que esconderlo en alguna parte para que no siga poniéndote triste y ser feliz.

—Pero cómo…

Ally nos mira divertida y sonríe.

—También me dijo que es una pena que tengas novio, Alex, que le gustabas para Luke.

—¿Cómo puede ser?

Hablo yo porque Luke es incapaz de hacerlo. Está llorando, no puede dejar de mirar a la niña. Por la cara que pone, debe de ser cierto que el episodio de la avispa y la promesa infantil solo la conocían Claire y él, que no son invenciones. Ally ha hablado con claridad sabiendo lo que quería transmitir. Luke me ha dicho que soy valiente. No, Ally, que cumplió once años dentro de una celda húmeda y fría, es valiente. Una superviviente. Después de todo lo que ha pasado, no entiendo de dónde saca esa fuerza. Solo espero que no se derrumbe al cabo de unos días, cuando vuelva a la realidad, una realidad aplastante que a mí aún me cuesta asimilar.

—¡Ally! ¡Ally!

Diane y Arturo bajan del coche y vienen corriendo hasta donde nos encontramos. Todos lloran, incluida Ally, ya en brazos de su madre. Arturo mira en dirección a la camilla donde reposa el cuerpo sin vida de Nimue y se lleva la mano a la boca en un intento torpe de ahogar un sollozo. Contempla su cuerpo cubierto por la funda mortuoria, el mechón de pelo blanco que sobresale por un descuido. Sabe que es ella. Lo siente en los huesos, en el alma rota. Y llora. Se rompe en pedazos delante de todos. No solo de emoción por haber encontrado a Ally sana y salva, un milagro que a estas alturas nadie esperaba, sino por la tristeza de la muerte de un amor. Arturo quería a Nimue. Lo veo en sus ojos, en las lágrimas que caen sin control por sus mejillas. Hay amores imposibles, inesperados, insólitos, que los pobres mortales no llegamos a comprender. Cuando nos llega la hora, cuando todo termina, las luces se apagan y se cierra el telón, nos convertimos en un vacío, el que dejamos en los que nos han querido. Y es un vacío que nada ni nadie puede suplir. Ni siquiera el paso del tiempo.

—Ally, no voy a volver a dejarte sola. Nunca. Nunca… —le promete Diane a su hija, mirándome y susurrándome un tímido «gracias».

No importa qué era lo que quería decirme cuando falté a nuestra cita. Lo único importante es Ally, y al fin está con ella. Diane sonríe.

Le devuelvo la sonrisa colocando la mano en el brazo de Luke, llevándomelo de nuevo a la cala.

Aquí ya no tenemos nada que hacer.

81

ALEX

Luke y yo estamos sentados a la orilla en silencio, con el rumor de las olas como único sonido de fondo y el ulular de Irvin a lo lejos. Policías, ambulancias y gente han abandonado la zona hace rato. Es de madrugada, hace frío, pero no nos importa. Estamos tan exhaustos que apenas sentimos este aire fuerte e incómodo azotando nuestras caras. Se trata de una despedida, y a las despedidas hay que dedicarles un poquito de tiempo. Tiempo… ese fenómeno misterioso que pasa pero que a lo mejor no pasa; a lo mejor está inmóvil y somos nosotros los que pasamos.

—Al final va a resultar que sí existen los fantasmas —suspira Luke, jugueteando con la arena, la mirada fija en el mar negro como una mancha de petróleo. En todo el rato que llevamos juntos, ha evitado hablar de Nimue, pero noto cómo la culpa lo acecha y lo sume en la tristeza.

—Fantasmas buenos, Luke.

O eso quiero creer. Luke sacude la cabeza y en su cabello brillan reflejos rubios que se distinguen pese a la escasa luz que envuelve el paraje.

—¿Por qué Ally la ha podido ver y yo no?

Vaya. Difícil pregunta.

—Siento no tener una respuesta clara para tu pregunta, pero creo que los fantasmas solo existen cuando algo debe ser recordado, como una historia digna de ser contada o un mensaje que haya que transmitir. Ally lo ha dicho, si sigue viva es gracias a Claire. Era la niña quien la necesitaba. Y ella, el amor de tu vida —añado, con lágrimas en los ojos y el corazón encogido—, le habló a Ally para que te transmitiera que siempre estará aquí, contigo, pero no puedes verla porque, si pudieras hacerlo, no serías capaz de pasar

página. Y Claire, esté donde esté, quiere que seas feliz, Luke. Que sigas adelante.

Una ligera contracción asoma a la comisura de sus labios. Compone una pequeña sonrisa y luego, con voz adormecida, murmura mi nombre.

—Alex…

—Mmmm…

—¿Cómo nos verán desde arriba? —me pregunta Luke con aire infantil.

Sonrío. La respuesta a esa pregunta es más fácil. Alzo la cabeza y clavo la vista en las estrellas. Una vez leí que las estrellas que vemos están a una distancia menor a mil o dos mil años luz, por lo que, técnicamente, estamos viendo su pasado y que incluso somos capaces de percibir su brillo aun después de morir, cuando su energía interna se agota.

—Nos ven pequeñitos, como si fuéramos estrellas —contesto, con la seguridad que Luke necesita—. Y con el mismo amor con el que nos miraban desde aquí abajo.

Levanto la mano y la dirijo a su pecho, expresándole con mi gesto que Claire sigue ahí, en cada latido, siempre cerquita suyo, y que no hay nada que pueda borrar el recuerdo de lo que vivieron. Noto los latidos pausados de su corazón que me reconfortan. Luke asiente y, ahora sí, deja que aflore la culpa y sus emociones más oscuras, murmurando sin fuerza lo mucho que le apena la muerte de Nimue. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos. Para cuando los abro, el sol se está poniendo en el horizonte bañando el mar en una pátina dorada. Port de la Selva nos regala un amanecer precioso que me recuerda a un algodón de azúcar y que nos demuestra, una vez más, que siempre, pase lo que pase y mientras sigamos vivos, un nuevo día nos aguarda en forma de segunda oportunidad.

82

ALEX

Fedra Torras dormía plácidamente en el momento en que Bruce, en compañía de dos agentes, irrumpieron en su casa. Cuando le contaron lo que acababa de ocurrir, rompió a llorar; sin embargo, ya en comisaría, dejando a su hija Eva al cuidado de su padre que, por lo visto, no tenía nada que ver con los asuntos turbios de su mujer y su suegro, no tardó en confesarlo todo y en colaborar. Empezó a dar nombres de los integrantes de la actual sociedad secreta para que le redujeran la condena.

Había un motivo de peso por el que Salvador Torras no luchó: hace año y medio le diagnosticaron una forma rara de afasia progresiva primaria, un tipo de demencia que afecta al centro cerebral del lenguaje. A Salvador, que había vivido por y para la sociedad secreta, le quedaba poco tiempo para que se desarrollasen de manera violenta síntomas similares a los del párkinson, junto con un deterioro de la memoria, de la capacidad de raciocinio, de la movilidad… Por eso, antes de que no fuera capaz ni de comer solo, se dejó ir junto a Camille.

—Pagarán por lo que hicieron durante años. Gracias, Alex —me agradece Bruce.

Luke y Bruce han venido a despedirse de mí, después de haberme vuelto loca buscando mi coche. Camille debió de dejarlo escondido en una cochera de la parte de atrás del retiro. Le dedico una sonrisa y, seguidamente, miro a Luke, momento en el que Bruce se retira para darnos privacidad.

—Luke, cuídate mucho. Buen viaje a Edimburgo.

—Alex, quería decirte algo, por si no nos volvemos a ver —murmura, mirándome con los ojos brillantes—. Aquel beso…

—No hace falta que…

—No, déjame hablar, por favor —me interrumpe—. Aquel beso fue de verdad. Fue sincero.

—Anda, dame un abrazo. Ya sabes que aquí tienes una amiga. Por si vuelves.

—Menos mal que no está Jan para partirme la cara… —ríe, abrazándome fuerte, como si no quisiera dejarme ir, como se abrazan a esas personas a las que sabes que no volverás a ver—. Te deseo lo mejor —me susurra al oído—. Eres buena, Alex. Muy buena.

No quiero volver a llorar, así que pestañeo un par de veces seguidas para ahuyentar las lágrimas.

—Sé feliz, Luke. Y, si algún día me quedo soltera, serás el primer hombre al que llame —bromeo. O no.

Le guiño un ojo y le doy un beso fuerte en la mejilla. Me invade una sensación extraña, y, aunque no lo sé con certeza, intuyo que Luke se siente igual. Es como si todo lo vivido anoche les hubiera ocurrido a otras personas, no a nosotros, que, transcurridas solo unas horas, todavía nos cuesta creer que hayamos destapado una sociedad secreta que secuestraba a niñas cada diez años desde hace cuatro siglos.

Lanzo mi equipaje a la parte de atrás del coche y me siento frente al volante sintiendo las miradas de Bruce y Luke. Los miro por última vez. Es curiosa la manera que tiene el destino de unirte a otras personas.

—Luke, hemos hecho algo increíble.

Se enjuga una lágrima, me dedica una sonrisa, una de esas con las que seguro que tiene a media Escocia conquistada, y asiente conforme.

—Sí. Hemos hecho algo increíble —repito para mí misma en un murmullo, en el momento en que arranco el motor y me alejo despacio de la vieja casa de piedra construida encima del lugar en el que hace cuatrocientos años una mujer perdió la vida, víctima de una persecución misógina como lo fue la caza de brujas.

¿Qué vidas cobijará a partir de ahora el que fue el retiro de Nimue?

Echo un último vistazo por el retrovisor, y detrás de Bruce y Luke, como si de un espejismo se tratara, veo a Nimue de brazos cruzados. Su figura se me aparece tan clara que parece real.

El gato negro está a su lado.

Nimue, o mejor dicho su fantasma, compone un ligero asentimiento de cabeza y sonríe. Es posible que los fantasmas no tengan un lugar al que ir y se queden entre nosotros aunque no los podamos ver. Que sigan permaneciendo ahí donde fueron felices cuando formaban parte de un mundo que se resisten a abandonar.

83

ALEX

Cuando atisbo el cartel en el que indica dirección Barcelona en lugar del desvío que hay que coger para ir directamente a Montseny, dudo. Es solo un segundo de incertidumbre, pero enseguida tengo claro lo que quiero hacer. Apenas he dormido; sin embargo, pese a saber que la hostia será buena cuando vuelva a la normalidad, me siento llena de energía, me muero de ganas de ver a Jan, como si lo ocurrido hubiera intensificado mis sentimientos. Y es que hay sucesos que, aunque veas de cerca te tocan a cierta distancia, y te demuestran que nunca se sabe cuándo será la última vez que verás a alguien a quien quieres. Estoy convencida de que a Arturo jamás se le pasó por la cabeza que no volvería a ver a Nimue, en cuya muerte no dejo de pensar, así como en la culpabilidad que sentirá Luke de por vida. Que se lo digan también a él, a Luke, aunque creo que la pequeña Ally alivió su pena al transmitirle el mensaje de Claire, que se reduce a pasar página, a intentar ser feliz. Sin ella. A pesar de todo. Hay fantasmas que no pesan, al contrario, son un rayito de luz para los que tenemos que seguir viviendo sin ellos.

Y yo que no creía en fantasmas…

Me quedo con lo bueno, con el aprendizaje y, sobre todo, con Ally sana y salva, sabiendo que la sociedad secreta se ha disuelto y no volverá a hacer daño. Ninguna niña volverá a correr peligro. Eso espero.

«La muerte es más universal que la vida. Todos morimos, pero no todos vivimos», cito a Andrew Sachs, cuyas palabras resuenan en mi cabeza cuando me adentro en el denso tráfico de Ronda de Dalt. Aparco el coche y camino por el barrio de Gracia cinco minutos hasta llegar a mi apartamento. Al entrar, veo la carta que Claire le

escribió a Luke. La dejé en la mesita de centro, frente al sofá. Y es entonces cuando me derrumbo. Mucho estaba tardando, aferrada a una especie de realidad paralela, como si todo lo que he vivido no me perteneciera. Me acomodo en el sofá, me llevo las manos a la cara y lloro, lloro durante lo que me parece una eternidad. La tensión me agarrota los hombros y el cansancio se apodera de todo mi cuerpo. La posibilidad de que Camille hubiera terminado con la vida de Ally ahogándola en el mar como hizo con Claire hace más de un año, me provoca un inesperado dolor de cabeza. También siento una pena inmensa por las otras niñas que no corrieron la misma suerte que Ally, las niñas muertas cuyas tumbas se desconocen, porque Camille, la única que, según Fedra, sabía dónde estaban, ya no existe.

Enciendo la cafetera y, tratando de calmarme un poco antes de conducir hasta Montseny, fumo un cigarro asomada a la ventana. Aún con lágrimas en los ojos, incapaz de frenar el hipo que emerge de mi garganta en cada sollozo, contemplo el ir y venir de gente ajena a las tragedias en las que yo me vuelco, y no sé por qué. Lo que sí tengo claro es que se acabó. Quiero vivir tranquila y ser una de esas personas que no se enfrentan a muertes o a desapariciones de desconocidos. Es posible que no vuelva, que me desvanezca como una historia que pasa sin pena ni gloria.

—Pero eres como eres —me digo, exhalando el humo del cigarrillo y pensando en la novela que escribí, *La maldición de Arsenda* que, cómo no, finalmente no ha tenido nada que ver con la realidad. Al final voy a pensar que sí tengo imaginación, que puedo crear cualquier trama, aunque no sea inspirada en un caso real, porque mis hipótesis siempre se van a la mierda, porque nada de lo que plasmo en la hoja en blanco es verdad.

«¿También está inspirada en un caso real?», me han preguntado. Cometí el error de contestar que sí. Tendría que haberle dado la razón a mi editora y haber dejado claro desde el principio eso de: «Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia». Y ambientarla en Escocia, no tan cerca. Bueno, a ver cómo me las apaño ahora.

Es noche cerrada cuando llego a Montseny, con la maravillosa sensación de sentirme en casa, algo que no me ha ocurrido horas antes en Barcelona. Mientras conducía, he recibido un wasap de Jan

preguntándome qué me apetece para cenar, y que está deseando abrazarme. Debe de estar preocupado, a lo mejor cree que no voy a regresar, porque no le he contestado, pero me gustan las sorpresas. Que sufra un poquito… Parece mentira que tras esa fachada se esconda alguien tan dulce. No sé qué me dirá o qué cara pondrá cuando vea mi pequeño Citröen Saxo subiendo la cuesta hasta su casa, a tope de todas mis cosas, varias maletas y hasta el ordenador de mesa envuelto en plástico de burbujas dentro de una caja de cartón. Mi apartamento no ha quedado vacío del todo, todavía no, pero tiempo al tiempo.

Nada más apagar el motor, veo salir a Jan con los brazos en jarra y una sonrisa luminosa. Me recibe efusivo, cogiéndome en volandas y entrando en casa, NUESTRA casa, que no solo huele a estofado y a chimenea, también huele a hogar. A un futuro precioso.

—No sabes las ganas que tenía de verte y lo mucho que he sufrido —gruñe en mi oído.

—Ya pasó todo —murmuro, colocando las manos a ambos lados de su cara. Contengo las lágrimas, la emoción por lo vivido, por todo lo que Jan aún no sabe y le tengo que contar.

—Relájate. Siéntate en el sofá e intenta no pensar en nada —me recomienda, rozando mi mejilla con las yemas de sus dedos y mirándome como siempre me mira, como si fuera su tesoro más preciado—. Y no llores, periodista. Tú lo has dicho, ya pasó todo.

—Ally está viva.

—Gracias a ti.

Me suelta, me da un beso cariñoso, me promete un masaje después de cenar y vuelve a la cocina. Miro a mi alrededor y esbozo una sonrisa.

—Jan…

—Dime —contesta sin mirarme, pendiente de la cena.

—Hay que comprar una librería. Quedaría bien ahí, al lado de la chimenea.

Se da la vuelta y abre mucho los ojos, expectante.

—Es que tengo un montón de libros y no sé dónde los voy a poner.